

*Una novela irresistible que insta
a disfrutar de cada momento*

CÓMO SER FELIZ

Eva Woods

PLAZA  JANÉS



Eva Woods

CÓMO SER FELIZ

Traducción de
Sheila Espinosa Arribas

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Scott (SP), con todo mi amor

No siempre eres consciente del momento exacto en el que tu vida se va al traste. Las cosas cambian progresivamente, año tras año, momento a momento, hasta que un día miras a tu alrededor y te das cuenta de que te has alejado tanto de quien solías ser que ya ni siquiera pareces la misma persona. Suele ser un derrumbe gradual, silencioso: una roca aquí, una piedra allá; la lenta erosión de tu persona, trozo a trozo, cachito a cachito.

Otras veces, en cambio, eres capaz de precisar en qué instante tu vida se hizo añicos. Cuando los naipes del castillo que con tanto mimo habías construido se desmoronaron. Y supiste que ya nada volvería a ser lo mismo. Entonces ignorabas si sobrevivirías o si acabarías sepultada bajo los escombros para siempre. Pero lo conseguiste. Sin saber muy bien cómo.

Día uno: Haz un nuevo amigo



—Perdone.

Mutismo. La recepcionista siguió aporreando las teclas del ordenador.

Annie volvió a intentarlo.

—Perdone.

Era un «perdone» de nivel dos, por encima del que solía usar con los turistas que bloqueaban las escaleras mecánicas y por debajo del que se reservaba para los que ocupaban con su bolso un asiento del tren. Nada.

—Perdone —insistió, elevándolo al nivel tres (robo descarado de una plaza de aparcamiento, agresión involuntaria con el paraguas y casos similares.)—. ¿Le importa atenderme, por favor? Llevo cinco minutos esperando.

—¿Qué? —dijo al fin la mujer sin dejar de teclear.

—Necesito modificar la dirección en el historial de una paciente. Este es el cuarto departamento al que me envían.

La recepcionista extendió una mano sin levantar la mirada. Annie le entregó el formulario.

—¿Es usted?

—Bueno, no.

Obviamente.

—Solo puede modificar la dirección el propio paciente.

—Mmm, ya, pero es que la paciente no puede hacerlo.

Lo cual sería evidente si alguien del hospital se dignara leer los papeles.

El formulario aterrizó sobre el mostrador.

—No puede modificarla nadie más. Por lo de la protección de datos, ya sabe.

—Pero... —De pronto Annie tuvo la horrible sensación de que estaba a punto de echarse a llorar—. ¡Necesito modificar la dirección para que me envíen su correo a casa! ¡Ella ya no puede ni leerlo! Por eso he venido. ¡Por favor! Solo... solo es eso cambiar la dirección. No entiendo por qué es tan difícil.

—Lo siento —resopló la recepcionista mientras se limpiaba algo de debajo de la uña.

Annie cogió el formulario.

—Mire, llevo horas metida en este hospital. Me han mandado de una oficina a otra. Historiales. Neurología. Pacientes externos. Recepción. Neurología otra vez. ¡Y, por lo visto, nadie tiene ni la más remota idea de cómo hacer algo tan sencillo como modificar una simple dirección! No he comido. No me he duchado. Y no puedo irme a casa hasta que usted no entre en el ordenador e introduzca un puñado de palabras. Es lo único que tiene que hacer.

La recepcionista seguía sin mirarla a la cara. Clac, clac, clac. Annie sintió bullir en su interior la rabia, el dolor, la frustración.

—¿Quiere hacer el favor de ESCUCHARME?

Se inclinó sobre el mostrador y giró la pantalla del ordenador. Las cejas de la mujer desaparecieron bajo su flequillo ahuecado.

—Señora, voy a tener que llamar a seguridad si no...

—Solo quiero que me mire a la cara cuando le hablo. Necesito que me ayude. Por favor. —Y, de pronto, ya era demasiado tarde. Estaba llorando. Notaba en la boca el creciente sabor de la sal—. Lo siento. Lo siento. Es que... es... De verdad, solo necesito modificar una dirección.

—Mire, señora... —La recepcionista estaba hinchándose por momentos, con la boca abierta, a punto de decirle a Annie adónde podía irse. Pero entonces ocurrió algo extraño. En vez de mandarla a paseo, su rostro se contrajo hasta dibujar una sonrisa—. Hola, Pe.

—Eh, hola. ¿Todo bien por aquí?

Annie se dio la vuelta para ver quién las había interrumpido. En la puerta de la oficina había una mujer alta que lucía todos los colores del arcoíris. Zapatos rojos. Medias lilas. Vestido tan amarillo como los limones sicilianos. Gorro de lana verde. Su bisutería de ámbar despedía un brillo anaranjado y sus ojos eran de un azul intenso. Semejante despliegue cromático debería desentonar, pero extrañamente sucedía todo lo contrario. Se inclinó sobre Annie, tocándole el brazo, y esta retrocedió.

—Lo siento, no pretendo colarme. Solo necesito un segundito de nada para pedir cita.

La recepcionista empezó a teclear, esa vez con más brío que antes.

—Para la semana que viene, ¿verdad?

—Gracias, eres un sol. ¡Disculpa si me he colado vilmente! —El arcoíris volvió a sonreír—. ¿Has podido ayudar a esta señorita tan encantadora, Denise?

Hacía mucho tiempo que nadie llamaba «señorita encantadora» a Annie. Se tragó las lágrimas e intentó que su voz sonara firme.

—Pues no. Por lo visto, es complicadísimo hacer un simple cambio en el historial de un paciente. Esta es la cuarta oficina a la que me envían.

—Ah, seguro que Denise puede ayudarte. Guarda todos los secretos del hospital en la punta de esos maravillosos dedos.

La mujer tecléo en el aire. Tenía una gran herida rojiza en el dorso de la mano, cubierta en parte con un apósito.

Denise asintió a regañadientes.

—Está bien. Traiga eso.

Annie le entregó el formulario.

—¿Puede ponerlo a mi nombre, por favor? Annie Hebden.

Denise empezó a teclear y, en cuestión de diez segundos, aquello que Annie llevaba esperando todo el día ya estaba hecho.

—Mmm... Gracias.

—De nada, señora —contestó Denise, y Annie sintió que la mujer le reprochaba

que hubiera sido tan borde, la propia Annie lo reconocía, pero es que todo era tan complicado y frustrante...

—Guay. Adiós, guapa. —La mujer arcoíris se despidió con la mano de Denise y luego volvió a apoyarla en el brazo de Annie—. Oye, siento que estés teniendo un mal día.

—Que... ¿qué?

—Se te nota que estás teniendo un día horrible.

Annie no supo qué responder.

—Estoy en un puñetero hospital. ¿Te parece que la gente viene aquí a pasar un buen día?

La mujer volvió la cabeza hacia la sala de espera que tenían detrás. La mitad de las personas llevaban muletas y algunas tenían la cabeza rapada y la cara pálida; había una señora con un camisón de hospital encogida en una silla de ruedas y un montón de niños que trataban de matar el aburrimiento vaciando los bolsos de sus madres mientras estas aporreaban la pantalla del móvil.

—No veo por qué no.

Annie retrocedió, furiosa.

—Gracias por tu ayuda, aunque no tendría que haberla necesitado. Este hospital es un desastre. De todos modos, no tienes ni idea de por qué estoy aquí.

—Es verdad.

—Bueno, pues me voy.

—¿Te gusta la tarta? —preguntó la mujer.

—¿Qué? Claro que me... ¿Cómo?

—Espera un segundo.

Salió corriendo. Annie miró a Denise, que volvía a tener la mirada fija en el teclado. Contó hasta diez, molesta consigo misma por estar allí plantada, sacudió la cabeza y echó a andar por el pasillo, con su paleta de colores verde bilis y azul desesperación. Ruido de camillas, puertas abriéndose y cerrándose, llantos a lo lejos. Un anciano, diminuto, tumbado en una camilla gris. Menos mal que ya había terminado. Necesitaba volver a casa, poner la televisión, esconderse debajo de la colcha...

—¡Espera! ¡Annie Hebden!

Annie se volvió. Aquella mujer tan irritante se dirigía hacia ella corriendo, más bien se deslizaba, con un cupcake cubierto de glaseado de chocolate en la mano.

—Para ti —dijo entre jadeos, y la obligó a cogerlo.

Tenía las uñas pintadas una de cada color. Annie se quedó muda por segunda vez en los últimos cinco minutos.

—¿Por qué?

—Porque sí. Los cupcakes tienen la virtud de hacer que todo sea un poquito mejor. Bueno, todo menos la diabetes tipo dos, claro.

—Eh... —Annie miró la magdalena que tenía en la mano. Un poco chafada—. Gracias.

—De nada. —La mujer se lamió de la palma de la mano los restos del glaseado—. Ups, espero no coger una infección. Aunque ya poco me importa. Soy Polly, por cierto. Y tú eres Annie.

—Sí...

—Que tengas un buen día, Annie Hebden. O, al menos, un poco mejor de lo que le estabas teniendo hasta ahora. Y recuerda que hay que soportar el chaparrón para poder contemplar el arcoíris.

Le dijo adiós con la mano y se alejó brincando (Annie nunca había visto a nadie recorrer el Pasillo Maldito dando saltitos) hasta que la perdió de vista.

Annie esperó el autobús bajo la lluvia, una lluvia gris y turbia en la que Lewisham parecía haberse especializado. Pensó en lo absurdo que era lo que le había dicho aquella mujer. No siempre había arcoíris después de un chaparrón, pero sí, invariablemente, calcetines empapados y el pelo hecho un asco. Pero al menos ella tenía una casa a la que volver. Debajo de la marquesina había un vagabundo sentado; el agua le goteaba sobre la cabeza y formaba un charco alrededor de sus pantalones sucios. Annie se sintió fatal por él, pero ¿qué podía hacer? No podía ayudarlo. Ni siquiera podía ayudarse a sí misma.

Cuando por fin llegó el autobús, iba tan lleno que tuvo que quedarse de pie apretujada entre un cochecito de bebé y un montón de bolsas de la compra que la golpeaban cada vez que el vehículo tomaba una curva. En la siguiente parada, una anciana subió las escaleras con paso inseguro y tirando de un carrito de la compra. Una vez arriba, avanzó arrastrando los pies, pero nadie levantó la mirada del móvil para ofrecerle su asiento. Al final, Annie explotó. ¿Qué pasaba con la gente? ¿Es que no quedaba ni una pizca de amabilidad en toda la ciudad?

—¡Por el amor de Dios! —gruñó—. ¿Alguien va a tener la gentileza de ceder el asiento a esta señora, por favor?

Se levantó un chico con unos auriculares enormes, visiblemente avergonzado.

—No hacía falta mentar el nombre de Dios en vano —dijo la anciana, y chasqueó la lengua mientras se sentaba.

Annie no despegó los ojos de sus pies, que habían dejado unas marcas mugrientas en el suelo húmedo del autobús, hasta que llegó a su parada.

¿En qué momento su vida se había convertido en... eso?, pensó. Perdía los papeles en público, lloraba delante de desconocidos... No hacía mucho, ella misma habría arqueado las cejas si alguien se hubiera comportado de aquella manera en su presencia. Le habría ofrecido un pañuelo de papel y le habría dado unas palmaditas en la espalda. No sabía qué había sido de esa mujer. La persona que solía ser.

A veces sentía que su vida había cambiado en un abrir y cerrar de ojos.

Ojos cerrados... y volvía a estar en el dormitorio de su preciosa casa, en aquella última mañana soleada. Todo iba bien. Tenía una vida llena de ilusiones, de esperanza y de una felicidad un tanto extenuante. La perfección.

Ojos abiertos... y estaba otra vez en el autobús, de camino a su horrible piso, bajo la lluvia, totalmente despierta, llena de miedos y de tristeza.

Un parpadeo, la perfección. Dos parpadeos, el horror. Pero daba igual las veces que cerrara los ojos, nunca volvería a ser como antes.

Día dos: Sonríe a los desconocidos



El timbre estaba sonando. Annie se despertó de golpe, con el pulso acelerado. ¿Quién sería? Otra vez la policía, la ambulancia... Pero no, lo peor ya había pasado.

Se incorporó y vio que había vuelto a quedarse dormida en el sofá, con la ropa con la que había ido al hospital. Ni siquiera recordaba lo que estaba viendo en la tele. ¿*Tattoo Fixers*, quizá? Le gustaba ese programa. Se sentía mejor sabiendo que algunos tomaban decisiones aún peores que las suyas.

Riiing. Apartó la manta con la que Costas la había tapado. Al levantarse, de entre su ropa cayeron al suelo migas, pañuelos usados y un mando a distancia. Era como si hubiera vuelto a casa borracha, pero borracha de tristeza, de dolor, de rabia.

¡Riiing!

—¡Ya voy!

Dios. Pero ¿qué hora era? Miró el reloj del televisor. Las 9.23 de la mañana. Tenía que darse prisa o no llegaría al horario de visitas. Costas se había ido hacía siglos para cubrir el turno de los desayunos; entraba y salía sin apenas cruzarse con ella. De pronto sintió vergüenza de sí misma: la Annie de hacía dos años jamás se habría dormido vestida.

—¡Annie Hebden! ¿Estás en casa?

Annie frunció el ceño. A través de la cadena de la puerta vio una mancha de color verde esmeralda. Era la rarita del hospital. Polly no sé qué.

—Eh... ¿Sí?

—Te he traído una carta. —Una mano asomó por el hueco de la puerta, esa vez con las uñas plateadas, y agitó un sobre delante de la nariz de Annie. Iba a su nombre, pero con otra dirección—. Supongo que tú has recibido la mía —añadió alegremente.

Annie miró la montaña de cartas apiladas sobre la alfombra. Facturas. Una suscripción a *Tu jardín* que ya debería haber cancelado hacía tiempo. Y un sobre blanco, inmaculado, a nombre de Polly Leonard.

—¿Qué ha pasado?

—Supongo que Denise se lio con los nombres cuando cambiaste la dirección. Ya la he llamado para que lo arregle, así que problema solucionado.

¿El hospital podía facilitar sus datos tan alegremente a cualquiera?

—¿Y has venido hasta aquí solo para darme una carta?

Se tardaba más de media hora desde casa de Polly, en Greenwich, hasta la de Annie, en Lewisham, más aún en hora punta.

—Claro. Nunca había estado en esta parte de la ciudad, así que me he dicho: «¿Por qué no?».

A Annie se le ocurrían millones de razones para no poner un pie en Lewisham. La elevadísima tasa de criminalidad. La monstruosidad que era su centro comercial de los setenta. El hecho de que llevaran años poniendo la zona patas arriba, hasta convertirla en un infierno de coches, martillos neumáticos y alquitrán chorreante.

—Vaya. Pues gracias por traérmela. —Hizo pasar la carta de Polly por el hueco de la puerta—. Bueno, adiós.

Polly no se movió de donde estaba.

—¿Hoy también irás al hospital?

Su instinto le decía que mintiera, pero por alguna razón Annie no pudo.

—Ah... sí. Sí que he de ir, pero...

—¿Tienes hora con el médico?

—No exactamente.

No tenía ganas de dar explicaciones.

—Yo también he de ir. He pensado que podríamos hacer juntas el trayecto.

De vez en cuando, Annie se quedaba en la oficina, a veces hasta veinte minutos

más, para asegurarse de que sus compañeros se hubieran ido y así no tener que coger el autobús con ellos.

—No estoy vestida —replicó.

—No pasa nada. Puedo esperar.

—Pero... pero... —Su estúpido cerebro era incapaz de pensar en una sola excusa para que esa desconocida tan molesta y multicolor no entrara en su hogar—. Supongo que... Bueno, pasa —dijo finalmente, y la dejó entrar.

—Así que esta es tu casa...

Polly se plantó en el centro de la anodina sala de estar como un árbol de Navidad. Esa vez llevaba lo que parecía ser un vestido de cóctel largo hasta los tobillos, de un raso del color de la crema de menta, con unas botas de motorista. Una chaqueta de piel sintética y un gorro de lana completaban el conjunto. El bajo del vestido estaba sucio y empapado, como si hubiera recorrido las calles de Lewisham bajo la lluvia. Parecía la modelo de un anuncio de moda urbana.

—No puedo decorarla a mi gusto. El dueño no me deja. —El piso, un décimo, aún tenía el suelo laminado y el gotelé setentero original, y siempre olía a humedad y a los guisos de los vecinos—. Mmm, tengo que ducharme. ¿Te apetece... un té o algo?

—No te preocupes. Te espero aquí, leyendo, por ejemplo.

Polly miró a su alrededor: la habitación hecha un asco, la ropa tiesa en el tendedero, con los pantalones y las mallas de Annie descoloridos y desgastados por haber pasado demasiadas veces por la lavadora.

Polly cogió un papel de la polvorienta mesa de centro.

—«Cómo conseguir un poder notarial» —leyó—. Parece interesante.

¿Era sarcasmo?, se preguntó Annie. Un escueto panfleto con una triste foto de archivo en la que alguien sujetaba la mano de un anciano, cuando en realidad el objetivo de un poder notarial era más bien coger la mano al abuelo y atársela antes de que pudiera hacer daño a alguien. O a sí mismo.

—Bueno, vale. No tardaré mucho.

Annie entró en el aseo —espejo con manchas negras, cortina de baño llena de moho — preguntándose si había perdido el juicio. Había una mujer rarísima en su casa, y estaba consintiéndolo. Una mujer de la que no sabía nada, que podría estar loca...

Bueno, seguramente lo estaba a juzgar por su ropa. Quizá por eso la había conocido en el departamento de Neurología. La pobre debía de haberse dado un golpe en la cabeza que la había transformado en una persona que ignoraba dónde estaban los límites, que irrumpía en las casas ajenas y leía sus deprimentes folletos.

Annie se dio la ducha más rápida de la historia, lo que su madre solía llamar «sacarse lustre». Cuando su vida se hizo añicos, la ducha fue durante meses el lugar en el que solía llorar, con el puño metido en la boca para no hacer ruido. Pero hoy no había tiempo que perder, así que tras asearse se vistió con lo primero que pilló, que resultó ser prácticamente idéntico a lo que había llevado el día anterior. No tenía sentido ponerse guapa para ir a un sitio en el que la gente o bien estaba muriéndose, o bien deseaba estar muerta.

Cuando salió de su habitación —sin maquillaje, con el pelo mojado y recogido de cualquier manera—, oyó voces en la sala de estar y se le cayó el alma a los pies. Por lo visto, él había tenido un turno corto ese día.

—¡Annie! —Polly sonrió de oreja a oreja al verla aparecer—. ¡Acabo de conocer a este cielo de amigo que tienes!

—¡Hola, Annie! —la saludó Costas.

Costas era griego, guapísimo, y tenía unos abdominales en los que podían partirse nueces. Tenía veintidós años, había convertido el cuarto de invitados en un cuchitril infecto y, por increíble que pareciera, trabajaba en un Costa Coffee. Al menos a él le parecía increíble.

—Es mi compañero de piso. Tenemos que irnos ya.

—Un minuto. ¡Costas ha traído pastitas!

—Mi jefe me ha dicho que me las llevara. ¡Aún están buenas! —Tenía una bolsa de papel abierta entre las manos llena de cruasanes y galletas danesas. Miró a Polly y sonrió—. Si vienes al Costa algún día, te preparo un café griego especial. ¡Está tan fuerte que te explotará la cabeza!

De repente Annie se puso furiosa. ¿Cómo se atrevía aquella mujer a presentarse en su casa y levantar la tapa de su vida, descubrir la sordidez de su piso, los platos acumulados en la cocina?

—Yo me voy —anunció—. Costas, ¿te importa lavar tus cacharros? Anoche dejaste la bandeja del horno cubierta de algo verde.

—Spanakopita... Hay que humedecerlo un poco.

—¡Oh, me encanta el spanakopita! —exclamó Polly—. Estuve en Grecia de mochilera cuando tenía dieciocho años. *Yiasou!*

—*Yiasou!* —Costas levantó el pulgar y le regaló una sonrisa de oreja a oreja. Siempre estaba sonriendo. Era agotador—. Muy bien, Polly.

Annie se puso el abrigo con la actitud más pasivo-agresiva que fue capaz de mostrar.

—Al final llegaré tarde.

—¡Ah! Es verdad, en marcha. Encantada de conocerte, Costas, amigo de Annie.

—Es mi compañero de piso —replicó la aludida, y abrió la puerta de un tirón. Estaba cabreada. Aunque no sabía muy bien por qué.

—Señores pasajeros, tenemos que hacer una parada para cambiar de conductor. Tardaremos... pues... no lo sé.

Una marea de resoplidos recorrió el autobús.

—Ahora sí que llego tarde —murmuró Annie.

—Menuda panda de ineptos —refunfuñó el anciano que iba sentado a su lado, vestido con un traje de pana que olía a humedad—. Dos libras por trayecto para esto. Se llenan los bolsillos a nuestra costa, eso es lo que hacen.

—Bueno, así podemos aprovechar para echar un vistazo a nuestro alrededor —dijo Polly alegremente.

Annie y el anciano intercambiaron una mirada de incredulidad. Al otro lado de la ventana había un supermercado Tesco enorme y un descampado con un coche carbonizado en el medio.

—O para hablar —continuó Polly—. ¿Adónde va usted, señor?

—A un entierro —masculló el anciano apoyándose en su bastón.

—Vaya, lo siento. ¿De un amigo?

Annie se encogió en su asiento. Un hombre con los vaqueros manchados de pintura había puesto los ojos en blanco. ¿Y si los demás creían que iban juntas? Ella y la mujer que abordaba a los desconocidos en el autobús para hablar. La plaga más peligrosa de todo Londres, peor que los zorros urbanitas o las palomas.

—Mi viejo compadre Jimmy. Ha *tenío* una vida larga, eso también es *verdá*. Fue piloto de caza durante el Blitz, los bombardeos nazis aquí, ya sabe.

—Ah, qué interesante. ¿Y cómo se conocieron?

Una mujer con un pañuelo en la cabeza se quitó un auricular de la oreja y chasqueó la lengua. Annie no sabía dónde meterse.

—Crecimos en la misma calle. En Bermondsey. Él estaba en la RAF, yo en la Marina. Podría contarte unas cuantas historias, bonita —dijo el anciano, y soltó una carcajada que sonó enfisematosa.

Annie cogió un ejemplar de *Metro* abandonado y, mientras el hombre contaba sus batallitas, se entregó a la lectura de un artículo sobre apuñalamientos relacionados con la mafia.

—... Jimmy se escondió en el armario hasta que el *marío* se quedó *dormío* y entonces salió por la ventana...

—Qué pena —exclamó Annie en voz alta sacudiendo el periódico—. Tres apuñalamientos en un solo mes.

—Pandilla de matones —dijo el anciano—. Jimmy y yo éramos el terror del barrio, pero nunca apuñalamos a nadie. Un puñetazo en la cara, eso sí que es *civilizao*. Propio de caballeros.

Annie cerró los ojos; no podía soportarlo ni un segundo más. Por suerte, el autobús reemprendió la marcha y el compadre de Jimmy se bajó en la siguiente parada, no sin antes coger la mano de Polly y plantarle un beso.

—Un placer hablar con usted, señorita.

—Llevo gel antiséptico en el bolso —dijo Annie.

Polly se echó a reír.

—Seguro que ese hombre vive más tiempo que yo.

Annie volvió a levantar el periódico. Todo el mundo llevaba los auriculares

puestos, como la gente decente. Solo Polly insistía en mirar a su alrededor, saludar a niños y perros, establecer contacto visual a diestro y siniestro. Si seguía comportándose así, acabaría apareciendo la policía y no llegarían al hospital.

Pero al final sí llegaron. El vagabundo seguía sentado bajo la marquesina del autobús. Annie se preguntó si habría pasado allí la noche. Tenía la cabeza gacha. Polly se agachó junto a él, para vergüenza de Annie, que optó por desviar la mirada.

—Hola. ¿Cómo te llamas? Yo soy Polly.

El hombre levantó la cabeza lentamente y carraspeó. Su voz sonaba carrasposa, a lija.

—Jonny.

—¿Quieres que te traiga algo cuando salga? ¿Una bebida calentita?

Annie se puso roja por la vergüenza ajena. ¿No era un gesto un poco condescendiente ofrecerle una bebida caliente en lugar de dinero?

El hombre parecía sorprendido.

—Un café estaría bien. O cualquier cosa que esté caliente.

—¿Con azúcar?

—Eh... Sí, dos, por favor. Gracias.

—Vale, pues nos vemos dentro de un rato. Ahora tengo que entrar.

—Ah. Buena suerte.

Annie había echado a andar, muerta de la vergüenza. Una vez dentro, intentó quitarse a Polly de encima.

—Yo me voy por aquí, así que...

—Yo también. A mi querida planta de Neurología. —Pasó un brazo alrededor del de Annie—. Es el mejor departamento con diferencia, donde te tratan el cerebro. Todo lo que eres está aquí dentro. Mucho mejor que el corazón o que las piernas, o que el peor departamento de todos: Dermatología.

—Sí —dijo Annie con ironía—, es genial cuando el cerebro se te hace papilla dentro de la cabeza. —Se encontraban ya delante de la unidad de Ingresos—. Bueno, yo me quedo aquí.

—Vale —dijo Polly sin moverse.

—Es que... solo puede entrar una persona. O sea, que sería mejor que...

¿Por qué no se iba? Si seguía allí, acabaría viendo a...

—Hola. ¡Hola!

Annie se encogió al oír la voz aguda y nerviosa de una mujer que se dirigía hacia ellas, tambaleándose y ataviada con un camisón de hospital, y señalando a Annie con un dedo largo y huesudo.

—Usted. Señorita. ¿Es la enfermera?

—Qué pena —murmuró Polly—. Señora, ¿podemos ayudarla en algo?

Annie intentó bloquear a Polly.

—No creo que debamos...

—Estoy buscando a la enfermera. —Annie sabía que la mujer apenas tenía sesenta años, aunque aparentaba ochenta. Tenía las mejillas hundidas, el pelo lleno de canas y, por debajo del camisón del hospital, las piernas atrofiadas y cubiertas de moretones, una de ellas vendada—. Necesito... ¡Ay, se me ha olvidado!

—Seguro que enseguida se acuerda. ¿Quiere que la acompañemos a su habitación?

Polly la había cogido del brazo, salpicado de cicatrices que nunca parecían curarse.

—No deberías hacer eso.

Annie tenía ganas de gritar.

—Ah, venga ya, Annie, necesita ayuda.

—Déjalo, ¿quieres? —le espetó Annie—. ¡Vete a tu puñetera cita de una vez!

La mujer se la quedó mirando.

—Yo a ti te conozco, ¿verdad? ¿Eres la enfermera?

—Yo... eh... —Se le había atascado la voz en la garganta. Polly también la estaba mirando con el ceño fruncido—. No, soy...

Justo en ese momento apareció por la puerta una enfermera visiblemente agobiada.

—¡Maureen! Ven, te acompaño a la cama. No puedes caminar con la pierna así.

Pero Maureen no se movía. Seguía con la mirada fija en Annie.

—Yo te conozco. ¡Te conozco!

Demasiado tarde para disimular.

—Sí. Soy yo, mamá. Annie. Ahora mismo iba a verte.

Charity, que era una de las enfermeras más agradables, a pesar de que insistía en rezar por los pacientes, le dedicó una mirada llena de comprensión.

—Vamos, Maureen. Tu hija irá a verte enseguida.

Cuando se cerraron las puertas, Polly miró a Annie.

—¿Por eso has venido? ¿No estás enferma?

—No. Mi madre... tiene demencia. Demencia precoz. El fin de semana pasado se cayó al suelo mientras intentaba coger una freidora del armario. Y eso que no tiene freidora desde 2007. Pero bueno, le darán el alta pronto y entonces... No sé qué pasará entonces.

Respiró hondo. La expresión de Polly no había cambiado. Interés, comprensión pero ni un ápice de lástima.

—Supongo que eso explica que te cueste tanto contener la ira.

Annie sintió que algo se rompía en su interior.

—Oye, no te conozco de nada... y no tienes derecho a decir eso. Mi madre no ha cumplido aún sesenta años y ya tiene una demencia severa. ¿Por qué no debería estar furiosa? Claro que lo estoy. Déjame en paz, ¿vale? No tienes derecho a... a plantarte en mi casa, inmiscuirte en mi vida y...

El resto de la frase quedó sepultada bajo un inoportuno torrente de lágrimas. Polly reaccionó de un modo extraño a su exabrupto, que la había dejado jadeando y sin respiración.

—Ven conmigo —dijo.

Y la cogió de la mano. La suya estaba helada, aunque tenía una fuerza sorprendente. La arrastró por el pasillo.

—¿Qué? No, no quiero... ¡Suéltame!

—Ven, que voy a enseñarte algo.

Habían llegado a una puerta en la que se leía: «Dr. Maximilian Fraser, especialista en neurología». Debajo, alguien había pegado un cartel escrito a mano con tinta verde: «Esto no es un almacén de material». Polly abrió la puerta.

—¡Doctor Cascarrabias! Aquí está tu paciente favorita.

Una voz respondió desde la oscuridad:

—Adelante, Polly, no te cortes. Qué más da que esté revisando un caso altamente confidencial.

—A mí no me engañas. Estás comiéndote un Crunchie y mirando vídeos de gatos en YouTube —replicó Polly, y era cierto.

La estancia era minúscula, no mucho más grande que un armario, con una de las paredes recubiertas de un cristal oscuro. Detrás del ordenador había un hombre vestido con una bata blanca, con barba de varios días y el pelo oscuro y abundante, de punta, como si se lo hubiera despeinado con las manos.

—¿Y ahora qué quieres?

Tenía acento escocés. Annie reparó en que se fijaba en ella, así que agachó la cabeza y se miró los viejos mocasines negros.

—Quiero enseñarle el escáner a mi nueva amiga Annie.

—Otra vez no. Crees que no tengo nada mejor que hacer, ¿verdad? Que vamos tan sobrados de fondos en el hospital que básicamente soy tu esclavo particular.

—Venga. Soy tu mejor paciente y lo sabes.

—Él es mi mejor paciente. Nunca me molesta.

Annie vio que señalaba con la cabeza hacia un bote de cristal en cuyo interior flotaba un cerebro humano.

—Está bien, adelante —dijo el médico con un suspiro.

Hizo clic con el ratón y la pantalla de la pared cobró vida para mostrar otro cerebro, esa vez en una imagen espectral. Era blanco y esponjoso. Una mitad era más oscura que la otra y la atravesaban unos finos tentáculos negros.

—Eso es mi cerebro —anunció Polly con orgullo.

—Ah —dijo Annie, sin saber muy bien qué era lo que estaba viendo.

Polly cruzó el despacho y dio unos toquecitos con el dedo en el cristal.

—Cuidado con dejar huellas —refunfuñó el doctor, pero ella no hizo ni caso.

—Esto es mi árbol. Mi glioblastoma. ¿Sabías que significa «rama»?

Annie miró al médico en busca de orientación.

—Nadie sabe qué significa, Polly —dijo él.

—Bueno, deja que se lo explique a Annie. Esto es mi cerebro y esto de aquí con forma de árbol... es mi tumor. —Polly sonrió—. Yo lo llamo Bob.

—Respire hondo.

Annie cogió aire. Estaba sentada en la silla del médico. Él se había arrodillado en el suelo y la miraba fijamente a los ojos. Los suyos, marrones, tenían una expresión inteligente, como los de un perro.

—¿Puede seguir el dedo? —le preguntó al tiempo que levantaba el índice.

—Pues claro —replicó ella, irritada—. Estoy bien. No he llegado a desmayarme.

No entendía por qué se había alterado tanto. Apenas conocía a Polly, con tumor cerebral o sin él. Esa Polly que había ido a buscar un «té calentito y muy dulce», según sus propias palabras, porque «¿no es lo que se hacía durante la guerra?».

—Es comprensible —dijo el médico—, usted no lo sabía. ¿Nunca se ha preguntado por qué Polly se pasa el día en el hospital?

—Nos conocimos ayer. Y se comporta como si fuéramos uña y carne.

—Polly es así. Es bastante difícil no acabar siendo amigo suyo.

El doctor Fraser tenía un acento muy marcado, sobre todo al pronunciar las erres. Se puso en cuclillas.

—Así pues... está enferma.

—Muy enferma.

—¿Y no se puede... hacer nada?

El médico se levantó con una mueca.

—Dios, estoy haciéndome viejo. No debería contarle nada, por lo de la confidencialidad. Pero acaba de ver un escáner de su cerebro, así que supongo que podría considerarse que la paciente ha dado su consentimiento. Por la localización actual de Bob, es bastante probable que, si intentamos extraerlo, acabemos dañando seriamente el cerebro. —Annie recordó lo que Polly le había dicho. Lo de que el cerebro es todo lo que somos—. Le hemos administrado quimio y con eso ha ganado

algo de tiempo. De momento, lo tenemos vigilado. Le hacemos un montón de resonancias magnéticas que cuestan un dineral. Si se acerca al córtex frontal, se acabó lo que se daba, y estamos hablando de un tumor muy agresivo. Y en un estado muy avanzado.

—¿Si se acerca?

—Cuando se acerque.

—¿Cuánto le queda? —preguntó Annie.

El doctor Fraser alzó las cejas.

—Que conste que los médicos odiamos esa pregunta. No somos adivinos. Pero a ella le hemos dicho que unos tres meses.

Annie se quedó con la boca abierta. Era muy poco tiempo. Apenas un semestre académico. Un trimestre fiscal. Una temporada de una serie estadounidense. Imagina que solo te quedaran tres meses y tuvieras que concentrar toda una vida en tan poco tiempo.

—Vaya —dijo; teniendo en cuenta las circunstancias, era lo único que se le ocurría.

La puerta se abrió de repente.

—¡Tampoco hace falta que me desmontes el despacho! —exclamó el doctor Fraser justo cuando Polly aparecía con un vaso de plástico.

—¡Ups! —Se le derramó un poco de té en la mano y se lo limpió de un lametazo—. Toma, bébetelo.

Annie observó el contenido del vaso. Tenía un aspecto asqueroso, como si fuera agua de aclarar la vajilla, turbia y jabonosa. De pronto se sintió superada por la situación: el minúsculo y oscuro despacho, la extraña mujer del tumor, su propia madre a escasos metros de allí, también con un cerebro moribundo en su interior. Se levantó de la silla; la cabeza le daba vueltas.

—Lo siento... de verdad, pero no puedo más. Lamento que estés enferma, Polly. Te lo digo de corazón. Pero tengo que irme.

Y salió corriendo de allí, dejando tras de sí un charco de té en el suelo.

Día tres: Busca tiempo para desayunar



—¡Buenos días, Annie Hebden!

A Annie nunca le habían gustado las mañanas, ni siquiera cuando Jacob la despertaba a primer hora y ella se abrazaba a su cuerpo calentito, tumbado a su lado, con la suave caricia de su aliento en el cuello. Últimamente tampoco le gustaban las noches. A veces había un momento del día, a eso de las cuatro de la tarde, después de tomarse un montón de cafés de la mugrienta máquina del trabajo que nadie limpiaba desde 2011, en que no se sentía mal del todo. Pero a las seis de la mañana... Era demasiado pedir, para ella y para cualquiera. Cruzó la sala de estar hasta la puerta que Polly no dejaba de aporrear.

—¿Qué hora es? Aún es de noche.

—Hace un día precioso.

Polly no parecía cansada.

—Mentira. Son las seis de la mañana de un miércoles del mes de marzo.

¿Y qué hacía Polly en su casa tan temprano? Es más, ¿qué hacía en su casa, a secas?

—Bueno, vale, pero ya verás como luego hace un día precioso, y traigo café y cruasanes, así que ¡déjame entrar!

Dos mañanas seguidas despertándose por culpa de Polly, y eso a pesar de que el día anterior había huido vilmente de ella. Por un instante pensó en fingir que la puerta se había quedado atascada por un extraño accidente. Luego suspiró y la abrió. Esa vez

ni se molestó en pasar la cadena. Veinticuatro horas y ya sabía que no había nada que pudiera impedir la entrada a aquella mujer.

Polly estaba fresca como una rosa, vestida con unos vaqueros y una camiseta en la que ponía «*Yes We Can*». En los pies llevaba unas botas camperas de color rojo cereza.

—¿Qué te parece? —Movi6 la cabeza de lado a lado—. ¿Hannah Montana muriéndose de c6ncer?

Llevaba el pelo corto y rizado recogido en una coleta que dejaba al descubierto una calva bastante grande fruto de la quimioterapia, y tenía la piel salpicada de manchas rojizas.

—Ja.

Annie no se acostumbraba a las bromas que Polly hacía sobre el c6ncer. Ni siquiera estaba acostumbrada al c6ncer.

Polly levant6 una bandeja con dos vasos de pl6stico.

—¡Caf6! ¿Tienes alguna taza bonita? Es una l6stima beb6rselo en estos vasos de pl6stico.

—Ya me ocupo yo. T6 siéntate.

—Tranquila, no tengo intenci6n de morirme ahora mismo, Annie. ¿Y las tazas?

Annie señal6 hacia la cocina mientras se sentaba en su horrible sof6 de piel sint6tica rajado por un lateral.

—¿T6 duermes en alg6n momento del día?

—Ah, no tengo tiempo para eso. ¡Me quedan tres meses de vida! —Seguro que era la primera vez que alguien decía esa frase con tanta alegría—. O eso es lo que dice el doctor Cascarrabias. AsÍ es como lo llamo yo.

—Es verdad, sÍ que parecía un poco... gruñ6n.

Polly inspeccion6 una taza de Cartman de *South Park* antes de descartarla. Se la habían regalado a Annie en el trabajo, en un amigo invisible, a pesar de que nunca había visto un solo episodio de *South Park* ni expresado el m6s mÍnimo inter6s por la serie.

—Es un bendito. El tÍpico m6dico cascarrabias con complejo de Dios que no puede salvar a todo el mundo, pero es el mejor en lo suyo. —Se oy6 el eco de la voz de

Polly desde el interior del armario de la cocina—. En serio, Annie, deberíamos hablar de tu gusto por la vajilla.

Era como si en el mundo de Polly las tazas fueran un problema y el cáncer una realidad más de la vida. Al final, encontró unas de flores que los padres de Annie habían recibido como regalo de bodas.

—Oooh, ¡qué vintage!

—No, son trastos viejos, sin más. —Annie bostezó—. Hoy sí que tengo que ir a trabajar. No han querido darme más días por lo de mi madre.

—Por eso he venido tan temprano. Para que podamos trazar un plan.

—¿Qué plan?

Annie no tenía fuerzas para nada esa mañana.

—Te lo explico. A ver...

Polly había servido el café en aquellas tacitas minúsculas y los cruasanes en un plato de flores, sembrando el suelo de migas en el proceso. Un suelo en el que ya había polvo y restos de tostada. Tenía la casa muy abandonada. Costas había crecido con siete hermanas; antes de instalarse en Inglaterra, apenas sabía hervir un cazo de agua, así que las faenas de la casa no eran su fuerte precisamente.

—Como ya sabes —dijo Polly mientras se ponía cómoda; había sacado una libreta con las tapas fucsias y los bordes plateados—, me quedan tres meses de vida. Cuando me enteré me llevé un disgusto enorme, claro. Lo típico: negación, lloros sentada bajo la ducha, una semana entera metida en la cama...

Annie conocía bien el proceso. Casi podía decirse que lo había inventado ella.

—... pero al final me di cuenta de que, en realidad, es una oportunidad increíble. Ya no tengo que preocuparme de las tonterías que nos hacen perder el tiempo: las facturas, las pensiones, ir al gimnasio. Ahora mi vida, o lo que me resta de ella, está concentrada gracias a mi buen amigo Bob el tumor. Y tengo intención de vivirla al máximo.

Annie cogió un cruasán.

—No me digas que has escrito una lista de cosas que te gustaría hacer antes de morir.

—Es lo típico cuando te quedan tres meses de vida. Pero no, es un poco más complicado que eso. No quiero limitarme a ir tachando líneas. Nadar con delfines, ir al Gran Cañón... Además, todo eso ya lo he hecho, obviamente.

—Obviamente, claro —murmuró Annie con la boca llena de cruasán.

—No deseo... sentirme obligada a hacer lo que hace cualquiera. Quiero cambiar las cosas, dejar mi propia huella, ¿entiendes?, antes de desaparecer para siempre. Quiero demostrar al mundo que se puede ser feliz y disfrutar de la vida incluso cuando parece que las cosas no podrían ir peor. ¿Sabías que la gente a la que le toca la lotería retrocede, pasados unos años, al nivel de felicidad que tenía antes de que le tocara? ¿Y que lo mismo ocurre con las víctimas de accidentes graves, una vez que se han adaptado a los cambios en su vida? La felicidad es un estado mental, Annie.

Annie apretó los dientes. Lo que le había pasado a ella no era un estado mental; era real.

—Entonces ¿cuál es el plan?

—¿Has oído hablar del Reto de los Cien Días Felices? Es una de esas historias que se hacen virales en internet, ¿te suena?

—No.

A la Annie de antes le encantaban esas cosas, las colgaba en Facebook, compartía frases inspiradoras. La de ahora, en cambio, odiaba los proyectos, los planes y las listas. Carecían de sentido cuando tu vida se había desmoronado de un día para otro.

—En realidad, es fácil. Solo tienes que hacer una cosa cada día que te haga feliz. Puede ser un detalle sin importancia. O algo grande. De hecho, ahora mismo ya estamos haciendo algo.

—Ah, ¿sí?

Annie miró a su alrededor sin demasiado convencimiento.

—Desayunar en una vajilla bonita. Ver el amanecer junto a una amiga. —Polly levantó la taza hacia el cielo rojizo que asomaba a través de la ventana y Annie pensó: «¿Una amiga? ¿Así de fácil? ¿Y cómo puede algo tan insignificante marcar la diferencia?»—. Creo que, con un poco de suerte, me queda eso, cien días, así que he decidido empezar el reto. Y quiero que me ayudes.

—¿Yo?

Polly dejó la taza sobre la mesa. Tenía una mancha de espuma en el labio y el pelo incendiado, del mismo color rojizo que el sol, que por fin había hecho acto de presencia, brillante y cegador.

—Annie... No te ofendas, pero eres la antítesis de una persona feliz.

Annie parpadeó.

—Estoy pasando una mala racha. Ya viste a mi madre el otro día.

—Tiene que haber algo más —replicó Polly—. Se necesitan años de trabajo para conseguir una actitud como la tuya.

—Bueno, vivo en un apartamento de mierda lleno de moho, que encima tengo que compartir con un chico griego que no ha lavado un solo vaso en toda su vida.

—¿Costas? ¡Es adorable!

—Puede que sí. Pero cuando te acostumbras a encontrarte sus calzoncillos sucios en cualquier parte o a tener que rascar el queso reseco de los platos... deja de serlo. Mira. —Annie hundió la mano entre los cojines del sofá y palpó hasta encontrar una cáscara de pistacho—. Las deja por todas partes. Me pone histérica. Y aún no he hablado del trabajo, que lo odio, y al que voy a llegar tarde si no me espabilo.

—Vale. Eres una desgraciada. Por eso te propongo que hagamos el reto juntas. ¿Qué me dices? Durante los próximos cien días, si es que aguanto, tenemos que pensar en algo positivo cada uno de ellos y escribirlo. Podemos retroceder al día que nos conocimos, así nos quitamos un par de encima. Quiero demostrar que es posible ser feliz, incluso cuando todo va mal.

Annie pensó en una respuesta.

—Pero... No sé si creo en esa teoría, Polly.

—Puedes intentarlo al menos. ¿Qué tienes que perder?

Por un instante Annie estuvo a punto de contárselo, de explicarle que lo peor de todo no era la madre enferma, el pesado de Costas o el piso de mierda, pero no fue capaz. Polly era una completa desconocida. En vez de eso, dijo:

—Se me ocurren unas cuantas cosas. Ahora debo irme a trabajar o llegaré tarde... otra vez. —Se levantó y apuró la taza de café espumoso, una mejora considerable,

reconoció, con respecto al amargo instantáneo que solía prepararse—. Mira, Polly, te agradezco que hayas querido incluirme en tu... proyecto —añadió, si bien pensó: «Es una maldita intromisión en mi vida»—. Sin embargo, eso de los retos no va conmigo. Ahora mismo tengo demasiado lío en la cabeza. Gracias por el desayuno. Seguro que algún día volveremos a vernos en el hospital.

Día cuatro: Aprovecha al máximo la hora de la comida



Por mucho que Annie odiara ir al hospital, tenía que reconocer que había algo extrañamente reconfortante en aquel edificio. El murmullo sordo en los pasillos, la sensación de que el personal sabía lo que hacía, que solo tenías que sentarte y esperar a que, en cuestión de minutos, alguien viniera a tomarte la tensión o a revisarte con una maquinita. Los carteles que te recordaban que te lavarás las manos o los carritos llenos de material. Allí la vida iba en serio. No tenía sentido ponerse nervioso por cualquier tontería.

No como en la oficina de Annie.

—Annie. Nueve cero ocho. Solo para que lo sepas. Apúntalo en el control de entradas.

Annie apretó los dientes con tanta fuerza que le extrañó no ver trocitos de esmalte volando por los aires.

—Vale. Gracias, Sharon.

—No te olvides de apuntarlo, ¿eh? Redondeando, es casi un cuarto de hora que tienes que recuperar.

Sharon, una amargada que se alimentaba a base de patatas fritas y Appletiser, era la única persona en toda la oficina que no odiaba las nuevas hojas de fichar. Annie había aprobado el sistema, al menos al principio. Hasta había ayudado a implementarlo, en el desempeño de sus funciones como gerente de administración. Claro que se solidarizaba con los compañeros que tenían hijos enfermos, que perdían el tren o que

se les estropeaba la caldera, pero aquello era un trabajo serio y cada uno tenía que ocuparse de lo suyo. En aquella época, vestía elegantes trajes pantalón o vestidos con cinturón y chaqueta, se llevaba la comida de casa en un táper y ayudaba a organizar la cena de Navidad.

Hasta que todo cambió.

Se sentó delante de su escritorio; polvo y migas de pan en todas las rendijas, sin una sola foto, sin nada agradable. Las plantas que tanto había cuidado se habían secado y estaban cubiertas de polvo, y dos años antes había tirado la foto de su boda a la papelería, donde el marco se hizo añicos. Encendió el ordenador y oyó cómo protestaba mientras intentaba volver a la vida. Se preguntó si Polly seguía trabajando. Seguro que su oficina era un sitio lleno de iMac limpios y relucientes, y plantas que todo el mundo regaba (no solo Sharon, que primero las dejaba morir y luego señalaba sus cuerpos disecados con el dedo como si fueran víctimas en un juicio amañado), y donde todo el mundo llevaba gafas de pasta y compartía ideas alrededor de una mesa de fútbol.

—¿Vienes a la comida de hoy, Annie? —le preguntó Fee, la secretaria ejecutiva, mientras se rascaba el eccema—. Necesito saber qué vais a pedir.

Annie respondió que no con la cabeza. Una vez había hecho el esfuerzo de apuntarse, pero lo cierto era que no tenía nada en común con Sharon o con Tim, que se limpiaba la nariz con la manga, ni con Syed, que nunca se quitaba los auriculares, o...

—¿Annie?

—Hola, Jeff.

Esbozó una leve sonrisa. Al fin y al cabo, era el jefe.

—¿Podemos hablar un segundo? —preguntó él moviendo los labios como si Annie no hablara su mismo idioma.

Jeff no se daba cuenta de que trabajaba en la oficina más triste del planeta, donde el entusiasmo era tan útil como abrirse las venas tirado en el suelo. Su despacho estaba lleno de pósteres con frases motivadoras y posits con eslóganes como «Los derrotistas nunca ganan. Los ganadores no conocen la derrota». Las estanterías estaban llenas de libros de empresa: *Hazte rico o muere en el intento*; *Gerente intermedio rico, gerente intermedio pobre*. ¿Cómo era posible forrarse dirigiendo un

servicio municipal de procesamiento de residuos? Annie no lo sabía.

—Siéntate en la zona de charlar.

Jeff, que era dueño de unos treinta trajes de Top Man y estaba intentando dejarse barba, era un gran fan de la «zona de charlar», que consistía en dos tristes sillas y una mesa en la que se apilaban varios números de la revista del ayuntamiento, *El boletín de Lewisham*.

—Annie... ¿Cómo estás?

«Mierda —pensó ella—. Fatal. Muriéndome por dentro.»

—Bien.

—Porque me he dado cuenta de que has estado... ¿un poco ausente esta semana?

—Me he cogido unos días libres.

—Sí, sí, pero... cuando estás aquí ¿no te relacionas con la gente?

¿Por qué Jeff lo convertía todo en una pregunta?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, me han dicho que no hablas con nadie en la cocina ni sales a comer con los demás. El típico paréntesis junto a la vieja fuente de agua, ya sabes, ¡ja ja!

—¡Eso es porque estoy haciendo mi trabajo! Además, desde que hicieron los recortes, ¡ni siquiera tenemos fuente!

—Ya sabes lo que quiero decir.

Se inclinó hacia Annie con el semblante serio. Era cinco años más joven que ella y sin embargo le hablaba como si fuera una niña a bordo que, ya puestos, era exactamente como se sentía en aquel preciso instante.

—La cuestión, Annie, es que una oficina es más que un lugar de trabajo. Es un equipo. Un grupo de amigos, espero. Como la tripulación de un barco. —Hizo un gesto con las manos que pretendía imitar el acto de tirar de una cuerda—. ¿Qué hay de malo en charlar durante unos minutos mientras te tomas un cafelito? Y también ayudaría que sonrieras más. La gente cree que eres un poco... ¿antipática?

Annie volvió a sentir el escozor de las lágrimas en la nariz.

—Mi madre está enferma. Ya lo sabes.

—Es verdad, tienes razón. Soy consciente de que has tenido... una mala racha estos

últimos años. Sabes que en esta empresa apostamos firmemente por la conciliación familiar, eh... —replicó Jeff, y de pronto se quedó callado, quizá porque acababa de recordar que Annie ya no tenía familia.

Lo sabía perfectamente. Todo el mundo lo sabía y, aun así, se enfadaban por la máquina de franquear o porque alguien se había acabado la leche. ¿Qué coño les pasaba?

—Ya sé que ha sido duro. Pero debemos venir al trabajo con una actitud proactiva, pase lo que pase. ¡Actitud mental siempre positiva, Annie! —Hizo un gesto como si estuviera empuñando un bate de béisbol imaginario—. Ya sabes que este año habrá más despidos. Todos vamos a tener que luchar por nuestros puestos, así que... si pudieras participar un poquito más, sonreír, ya sabes, preguntar a la gente por sus hijos, esas cosas. A ver, que ya han pasado dos años, ¿no? Desde... ¿que ocurrió?

Annie se miró las manos con la cabeza gacha. Sentía una humillación insoportable, pero no quería llorar delante de Jeff. Esperaría hasta que pudiera escabullirse al aseo y, una vez allí, lloraría hasta que no le quedaran lágrimas, como había hecho al menos una vez por semana durante los últimos dos años.

—Lo intentaré —respondió apretando los dientes—. ¿Puedo irme?

Se dirigió hacia la cocina y esperó a que la calcificada tetera rompiera a hervir. Oía permanentemente a atún y en el fregadero había un manchurrón que bien podía ser vómito o restos de pasta instantánea. Sharon la había rascado con un tenedor, como si fuera el escenario de un crimen culinario, y había dejado una de sus notitas: «El personal de limpieza NO tiene por qué limpiar los restos de TU comida».

La vida tenía que ser mucho más que aquello, seguro. Arrastrarse todos los días hasta el despacho, en un autobús lleno de gente del extrarradio cabreada camino del trabajo. Sentarse en una oficina que nunca acababa de estar limpia del todo, con personas que, si se las encontrara por la calle, cambiaría de acera para evitarlas. Mientras la tetera rompía a hervir sintió que en su pecho se instalaba una certeza incuestionable. «Tiene que haber algo más. Es imposible que la vida sea esto.»

—Ha venido alguien a verte.

Annie levantó la mirada de la pantalla y vio a Sharon inclinada sobre su mesa. Sharon solo tenía cuatro conjuntos, o eso parecía, y los llevaba siguiendo un estricto orden de rotación. El de hoy era el número dos, un jersey rojo cubierto de pelos de perro (tenía cuatro) y una falda hasta los tobillos con el bajo torcido.

—¿Quién es?

Sharon resopló por la nariz.

—Una mujer. Vestida como una pirada.

Ay, no, solo podía ser Polly. Aquella mañana, al ver que nadie llamaba a su puerta, Annie se había creído a salvo. Era evidente que la forma de Polly de enfrentarse al diagnóstico era intentando vivir al máximo, pero ¿cuánto le duraría esa actitud? El problema de vivir a tope era que en algún momento había que pagar los impuestos, cortarse el pelo o renovar la lechada de la ducha. ¿Por qué insistía en aferrarse a Annie, que en lugar de vivir la vida a tope se escondía de ella en los aseos para llorar? Quizá aún estaba a tiempo de quitársela de encima.

Demasiado tarde; Polly se dirigía directa hacia ella saludando con la mano. Llevaba un sombrero de fieltro rojo y un abrigo enorme tipo capa, y sujetaba una caja de cartón. Annie dio un respingo.

—¿Qué haces aquí?

—He pensado que podríamos salir a comer juntas.

—No tengo tiempo para comer.

—¡Annie! ¿Te pagan el descanso de mediodía?

—Bueno, sí, pero...

—¿Quieres decir que consiguen de ti una hora de trabajo gratis todos los días?

—Baja la voz —susurró Annie mirando a su alrededor. Sus compañeros estaban encorvados en sus respectivas mesas, comiéndose un bocadillo o sorbiendo de una lata de sopa, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador—. ¿Cómo has sabido dónde trabajo?

—Ah, estás en la página web. ¡Te he traído un pack de bienvenida! —Polly dejó la caja sobre la mesa. En su interior había un marco plateado, una taza con el mensaje «No hace falta estar loco para trabajar aquí, pero tú seguro que lo estás», bolsitas de

té, galletas, bolígrafos de colores, toallitas húmedas, una plantita y una libreta con la cubierta forrada de seda azul—. Unas cuantas cosas para alegrar tu puesto de trabajo. Apuesto a que es feo y está sucio.

—¡No es verdad!

—¿Seguro? —Polly deslizó un dedo por la base del ordenador; al levantarlo, estaba negro del polvo—. Las mesas de trabajo siempre están asquerosas. Pasamos muchísimo tiempo entorno a ellas y ni siquiera nos molestamos en hacerlas agradables. Cualquier detalle, por pequeño que sea, puede marcar la diferencia.

Annie suspiró.

—Venga, será mejor que nos vayamos. No nos permiten recibir visitas.

Empujó a Polly hacia la puerta, pasando por delante de Sharon, que las observaba boquiabierta. Por fin la mujer había encontrado algo más interesante a lo que dedicar su tiempo que el Farm World.

Polly se quedó mirando con actitud crítica el edificio de hormigón, setentero, justo al lado de una autovía de diez carriles.

—No me extraña que te sientas mal. Este sitio hundiría a cualquiera.

—Exacto. Y tengo que trabajar aquí todos los días haciendo algo que odio, así que ¿de qué sirve adornar la mesa con unas bolsitas de té?

—De mucho. Para hacer un viaje de mil kilómetros hay que empezar por el primer paso.

—No irás a decirme que me abra a mis compañeros porque todos somos iguales bajo la piel, por mucha piel que haya.

Polly se echó a reír.

—No. Hay gente que sencillamente es horrible. Y hay cosas de las que hay que huir como de la peste. Lo que creo que deberías hacer es dejar ese trabajo.

Annie volvió a sentir que la ira bullía en su interior. ¿Quién se había creído que era para decirle qué debía hacer con su vida?

—No puedo. Necesito el dinero.

—Puedes buscar otro trabajo —replicó Polly alegremente.

—Estamos en plena recesión.

—Excusas. —Polly agitó una mano—. Es lo mismo que dice todo el mundo, Annie:

«¡Ah, antes todo era mejor! ¡Ahora todo es peor, sobre todo desde que no podemos mandar a nuestros hijos a trabajar a la mina!». Es una forma de escurrir el bulto como cualquier otra.

—Pero...

Polly la cogió del brazo.

—Sé que estás cabreada, pero lo siento, ya sabes que tengo el comodín del cáncer. Con el tiempo, te darás cuenta de que tengo razón. Ahora ven conmigo. Vamos a hacer algo para el Reto de los Cien Días Felices. Lo de hoy es bastante sencillo: cogerse un descanso para comer.

—No he dicho que vaya a hacer ese reto. Y, de todas formas, ya hago un descanso para comer todos los días.

—¿Y qué haces? ¿Miras Facebook? ¿Haces recados?

—A veces me compro un bocadillo.

—¿En algún sitio chulo?

—Aquí no hay de eso. En el supermercado normalmente.

—Dime que al menos te levantas de la mesa para comértelo.

—¿Y adónde quieres que vaya? ¿Al aseo? ¿A la isleta que hay en medio de la rotonda?

—¿Qué tal aquí?

Polly se detuvo y abrió los brazos al estilo *vedette* de Las Vegas. Annie miró de reojo el cuadrado de césped en el que se habían detenido.

—¿El parque? No pienso entrar ahí. ¡Podría raptarnos una red de traficantes de drogas!

Polly ya estaba abriendo las puertas.

—¡Hola, hola, si alguien vende droga, me gustaría comprar un poco de *crack*! ¿Ves?, nada. Creo que estamos a salvo.

—Hace frío.

—Tengo mantas.

Polly se aposentó en un banco y sacó dos mantas pesadas de la bolsa de tela que llevaba.

—Me siento ridícula.

Al menos se alegraba de que la manta le ocultara parte de la cara. ¿Y si alguien de la oficina pasaba por allí y la veía de picnic en aquel parque frío y deprimente, rodeada de cagarrutas de perro? Pensarían que al final había perdido el último tornillo que le quedaba.

Polly sacó dos cajitas de cartón.

—No eres vegetariana, ¿verdad?

—No, pero...

—¡Pues come!

En la caja había un trozo de cheddar medio desmenuzado, una pera muy jugosa cortada, una loncha gruesa de jamón dulce y un pedazo de pan con la corteza crujiente. Todo regado con una salsa de un rojo intenso.

—Esto por aquí no lo encuentras —dijo Annie en tono acusador—. No hay más que pollerías y kebabs ambulantes.

Probó un poco de queso, que estaba salado y se deshacía en la boca. Dios, estaba delicioso. ¡Y pensar que su menú para ese mediodía eran unos tranchetes...! Polly picoteó de la caja y luego la dejó a un lado.

—Toma —dijo mientras sacaba algo de la bolsa—. Una lista de diez cosas que puedes hacer durante la hora de la comida y que están a diez minutos de tu oficina. Yoga. Una agrupación coral. Un mercadillo.

—¡No puedo salir a comer todos los días!

—¿No? ¿Por qué?

Annie no supo qué responder.

—Me lo pensaré.

—Pueden ser cosas pequeñas. Mira este sitio, por ejemplo. ¿A que es bonito? Hay un campo de fútbol. Podrías venir a ver tiarrones en pantalones cortos. También hay perros a los que acariciar e incluso una pequeña terraza donde tomarse un café. Por no hablar del parque infantil.

Señaló con la cabeza hacia la zona de juegos, donde los niños jugaban en los columpios y se tiraban por el tobogán, abrigados para protegerse del frío. Annie hizo

una mueca y apartó la mirada; siempre intentaba evitar los parques infantiles.

—Ya te he dicho que me lo pensaré.

Polly se recostó en el banco y cerró los ojos para disfrutar del tenue sol primaveral.

—No seas tu peor enemiga, Annie. Hay mucha gente que estaría encantada de ocupar ese puesto. No lo olvides: hoy es el primer día del resto de tu vida.

Annie puso los ojos en blanco, pero tenía que admitir que el aire fresco y la comida le habían levantado un poco el ánimo. Mejor que una sopa instantánea mientras Sharon la vigilaba por encima del hombro y todos los demás comentaban el programa del día anterior de *¡Mira quién baila!* Cayó en la cuenta de que Polly había estado en su casa y en su trabajo, donde últimamente pasaba el noventa y seis por ciento del tiempo, y ella, en cambio, no sabía nada de Polly, excepto que tenía un vestuario de lo más excéntrico y que parecía un manual de autoayuda andante.

—Y tú... ¿te encuentras bien? —le preguntó.

Polly abrió un ojo.

—Sigo muriéndome. Pero aparte de eso, sí, estoy bien. Tengo un buen nivel de energía, supongo que porque tomo tantas pastillas que a veces me sorprende que no me castañeteen los dientes. El doctor Max está obsesionado con que la cosa crezca un milímetro y yo empiece a babear.

Annie se quedó pálida, pero Polly continuaba sonriendo.

—Y... ¿has dejado de trabajar?

—Claro. Trabajaba de relaciones públicas, ¿sabes? ¿A quién le importa la campaña de un nuevo pintalabios cuando te quedan tres meses de vida?

Annie no le preguntó de qué vivía si había dejado el trabajo. Solo una pija podía llamarse Polly. Un montón de preguntas le rondaban la cabeza. ¿Estaba casada? ¿Tenía hijos? Y, sobre todo, ¿por qué la había escogido a ella?

—Eso del proyecto... —empezó, sin saber muy bien cómo plantearlo—. ¿Tus amigas también están haciendo el reto?

Estuvo a punto de decir «tus otras amigas», pero ellas dos aún no habían llegado tan lejos.

—Ah, les encantaría. Son muy de colgar en Instagram el aguacate del desayuno y

bloguear sobre el retiro de yoga al que fueron en sus últimas vacaciones. A mí eso no me va. En cualquier caso, todas tienen hijos y trabajos y maridos y demás. Están muy ocupadas.

No como Annie, que ya no tenía nada de todo aquello.

—Entonces... ¿por qué me lo has propuesto a mí?

—Porque sí. Necesito alguien que no se lo crea. Quiero averiguar si es posible trabajarse la felicidad, incluso cuando la vida es una mierda. Necesito saber que la muerte también puede tener sentido. Que no solo es un golpe de mala suerte que te toca porque sí. ¿Lo entiendes?

—Mmm... Supongo que sí.

Annie no tenía muchos amigos. Prefería un grupo reducido de gente en la que poder confiar, aunque su teoría se había ido al garete ahora que ya no volvería a hablar nunca más con Jane. No tenía sentido negarlo: en su vida había un agujero enorme, un espacio vacío en el que antes albergaba a las personas que más quería. Mike. Jane. Jacob. Y su madre. Quizá, solo quizá, estaría bien tener una nueva amiga. Pero Polly era impredecible y un poco pija, y para Annie aquel reto absurdo era como ponerse una escayola en un brazo amputado. Así pues, rebañó los restos de la comida (tan dulce, tan crujiente) y anunció que tenía que volver a la oficina.

—¿Qué te debo?

—No seas tonta. Yo me quedo un rato más —respondió Polly, envuelta en la manta—. Seguro que hay alguna tienda chula por aquí.

—Si te gustan el pollo frito y las bicis robadas —bromeó Annie, aunque sin demasiada convicción, y es que se había dado cuenta de que se encontraba mejor, más animada, no como cuando se comía un sándwich en su envase triangular sentada delante del ordenador.

De vuelta a la oficina, se cruzó con la recepcionista, que retrocedió al verla.

—Joder, ¿estás bien? ¿Te encuentras mal o algo?

—No, ¿por qué?

—Porque diría que acabas de sonreírme.

Una vez en su mesa, Annie abrió la caja de Polly. Puso los bolígrafos en el

organizador de material, que estaba lleno de polvo, y luego se lo pensó mejor y lo limpió con la manga del jersey. Dios, estaba asqueroso. Pasó los bolígrafos a la taza del Parque de Animales Salvajes de Cotswolds, donde habían llevado a Jacob en su primera salida en familia. Que también resultó ser la última. Se había pasado los meses siguientes rememorándola. ¿Se había resfriado? ¿Había cogido una infección? Colocó la planta al lado del monitor y acarició las hojas, gruesas y de un verde intenso. Jacinto, rosa claro. Los había plantado exactamente del mismo color en el pequeño jardín de su casa. Se preguntó si Mike y Jane seguirían cuidándolos.

Sharon inspiró con fuerza, un gesto con el que solía llamar la atención de Annie sin tener que pronunciar su nombre.

—Has llegado tarde después de comer. Eso son diez minutos más.

Annie suspiró.

—Ahora lo pongo en la hoja de fichar.

—Y deberías contestar el mensaje. No me sobra el tiempo, ¿sabes? No puedo pasarme el día cogiendo recaditos.

—¿Qué mensaje?

—Lo he dejado en tu mesa. Era una mujer extranjera.

Annie rebuscó en su escritorio hasta que encontró el trozo de papel debajo de la mesa, al lado de una bola de pelo de un tamaño nada desdeñable. Fulminó a Sharon con la mirada, pero su compañera ya había vuelto al trabajo (Farm World), de una importancia capital.

Alisó el papel y, de repente, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Era culpa suya. Se había tomado un descanso, se había permitido el lujo de sentirse bien por un instante. Y ahora mira... Se levantó de golpe y cogió el bolso.

—¿Adónde vas? —le gritó Sharon—. ¡Tienes que recuperar los diez minutos!

Annie la ignoró. En ese momento lo que menos le preocupaba era la puñetera hoja de fichar.

Pasaron casi cuarenta minutos hasta que llegó al hospital, jadeando y sudando a mares por debajo del top de nailon.

—Mi madre... ¿ha empeorado?

—¿Quién?

La recepcionista ni siquiera levantó la mirada.

—Maureen Clarke. Dígame si está bien, por favor.

—Espere.

La mujer tecleó en el ordenador mientras a Annie le hervía la sangre. ¿Por qué eran todas tan incompetentes?

—¿Annie? ¿Es usted?

Annie se dio la vuelta al oír aquella voz con acento escocés. Era el neurólogo de Polly, con el pelo de punta y la camisa blanca arrugada, como si llevara días sin dormir.

—Me han mandado un mensaje, mi madre...

—Sí, nos ha tenido un poco preocupados, pero está bien, tranquila.

—¿Qué ha pasado? —El corazón de Annie recuperó gradualmente su ritmo normal—. ¿Por qué está tratándola usted? ¿No era neurólogo?

—Polly me pidió que echara un vistazo a su historial. No es mi especialidad, claro está, pero algo sé.

—Ah.

¿Qué pretendía Polly? ¿Entrometerse en todas las áreas de su vida?

—Su madre estaba... —El médico suspiró—. Digamos que un poco alterada. Creía que la habíamos encerrado en la cárcel. Oiga, ¿por qué no viene conmigo? Quiero que conozca a un colega.

Annie siguió al doctor Fraser por el pasillo, que estaba pintado del color del vómito de bebé. Vio que todo el mundo lo saludaba al pasar: celadores, enfermeras, limpiadoras. «Buenas tardes, doctor Fraser.» «Hola, Max.» Y él les devolvía el saludo. Al cabo de unos minutos se detuvieron delante de una puerta, que el médico abrió con su pase de seguridad.

—¿Mi madre está encerrada?

—Por ahora. Annie, temíamos que hiciera daño a alguien.

Maureen estaba en la cama, vestida únicamente con un camisón del hospital,

temblando como si estuviera muerta de frío, mirando a su alrededor con los ojos como platos. Annie corrió a su lado, pero se detuvo a medio camino, horrorizada.

—¡Está atada!

—Es el procedimiento habitual, Annie. Ya sé que es duro, pero, créame, es para que no se lastime.

Las muñecas de su madre, delgadas como las de una niña, estaban envueltas en sendas tiras de espuma que, a su vez, iban sujetas a la cama. Lo peor de todo era que no reparaba en ella aunque miraba en su dirección, lo que significaba que no la había reconocido, a su hija, a su única familia; lo que venía a significar que en un momento tan duro como aquel Annie tenía el mismo valor para su madre que la cama, el contenedor de las agujas usadas o el monitor al que estaba conectada.

La puerta se abrió de nuevo y entró un hombre alto vestido con una bata de un blanco impecable.

—¿Quién es usted? —preguntó contrariado. Annie no reconoció el acento—. He dicho que la señora Clarke debe permanecer en aislamiento.

—Por eso está muerta de miedo. —Annie sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas a causa de la rabia—. Por favor... ¿Hacía falta atarla, como a un animal?

El hombre arqueó una ceja. Annie reparó en que era insultantemente guapo, con esa piel tersa y aceitunada, el pelo negro y peinado hacia atrás y los típicos pómulos por los que cualquier modelo mataría.

—¿Doctor Fraser? —dijo el recién llegado—. ¿Qué está pasando aquí?

El aludido se pasó una mano por la cara, erizándose las pobladas cejas en el proceso.

—Esta es la hija de la señora Clarke, Sami. He pensado que podrías explicarle los distintos tratamientos. ¿Por qué no vamos a tu despacho?

—¡No puedo dejar así a mi madre! —protestó Annie.

—El doctor Fraser tiene razón. Su presencia está alterándola. Por favor.

El médico les indicó que pasaran a una pequeña sala adyacente. Antes de cerrar la puerta, Annie entrevió la mirada confusa y aterrorizada de su madre. «No sabe quién soy. No me ha reconocido.»

—Le ruego que tome asiento. —Señaló una silla de plástico, y Annie se sentó, rota

por la rabia y la tristeza—. Señora Clarke...

—Es señora Hebden.

¿Por qué daba por supuesto que no estaba casada? ¿Es que acaso lo aparentaba? El tal Sami frunció el ceño ante la interrupción.

—Su madre está muy enferma. Ha padecido lo que se conoce como un episodio disociativo y le ha lanzado una silla a una enfermera. Por suerte, nadie ha resultado herido. Sin embargo, no podemos correr riesgos.

Annie miró estupefacta al doctor Fraser en busca de confirmación y él se encogió de hombros, a todas luces incómodo. Así que era verdad.

—Pero... si es diminuta.

—Una persona puede volverse muy fuerte cuando sufre demencia. Me gustaría llevar el caso de su madre. Soy el doctor Quarani, el nuevo especialista en Geriátrica del hospital. Deberíamos discutir las opciones.

Annie asintió débilmente.

—¿Puede ayudarla?

Tenía los ojos clavados en la mesa, intentando no llorar. Junto al ordenador había un marco con la foto de una mujer muy guapa, con los labios pintados de rojo y un pañuelo en la cabeza, y dos niños pequeños colgando de ella. Una familia perfecta.

—Hay un ensayo clínico. Para un medicamento nuevo. Ha demostrado ser bastante efectivo en ciertos tipos de demencia.

Annie levantó la mirada.

—¿Mejoraría?

—Creemos que puede ralentizar la evolución de la enfermedad en casos precoces como el de su madre, calmar al paciente. Funciona regenerando determinadas neuronas del cerebro, aunque debe tener claro que no podemos revertir el daño que ya está hecho.

Annie sabía que la enfermedad ya había hecho su trabajo, retorciendo y enredando las sinapsis del cerebro de su madre, mezclando los recuerdos como en un cajón de sastre.

—Pero ¿podría evitar que empeorara?

—Ralentizar el proceso, quizá. Pero, señora Hebden, esa medicación también tiene efectos secundarios, como todas. Es experimental. ¿Entiende lo que eso significa?

—Medítelo, Annie —intervino el doctor Fraser.

El doctor Quarani volvió a fruncir el ceño.

—La señora Clarke debería iniciar el protocolo lo antes posible. Me gustaría trasladarla a la planta de Geriátrica hoy mismo. Quiero tenerla en observación durante el ensayo para monitorizar el progreso del tratamiento.

Geriátrica. Su madre aún no había cumplido sesenta años e iban a encerrarla con los viejos a los que no les quedaba tiempo ni esperanza.

—Si dijera que no, ¿qué sucedería?

—Tendría que liberar su cama en cuestión de días y pasaría a estar a su cuidado. Yo le sugiero que piense en una residencia.

¿Y eso cuánto costaría? ¿Encontraría algún sitio decente? Annie asintió lentamente.

—Creo que... que es buena idea. El ensayo. Si usted lo ve claro.

De pronto el doctor Quarani sonrió y Annie lo miró estupefacta. Era deslumbrante.

—Gracias, señora Hebden. Le buscaré un dossier con la información sobre el ensayo. Por favor... —añadió el médico mientras le sujetaba la puerta.

Annie la cruzó bastante aturdida. Su madre seguía allí, pequeña e inerte. Solc movía los ojos.

—No haga mucho caso a Sami —dijo el doctor Fraser después de cerrar la puerta tras él—. Es un buen hombre, aunque a veces su trato con los pacientes es un tanto... brusco. No está acostumbrado a las exigencias de los pacientes británicos, que primero te piden un dedo, luego la mano y luego el brazo entero.

—¿Cree que es buena idea?

—Es la única opción, lo cual no quiere decir que funcione. Pero tal como está ahora su madre seguro que no mejorará.

Ambos se volvieron hacia la mujer de la cama, que los observaba como si fuera capaz de discernir lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Vosotros dos...

Annie esperó.

—¿Sois mis abogados? Porque yo no he hecho nada, lo juro. Sea lo que sea.

—No, mamá —dijo Annie con voz cansada—. No estás en la cárcel. No has hecho nada malo.

—Creo que sí. —Respiró hondo, visiblemente nerviosa, y la bocanada de aire se transformó en un sollozo—. Lo que no sé es qué he hecho. ¿Puedes llamar a Andrew, por favor, para que venga a buscarme?

—Mamá... —Annie guardó silencio. Otra vez no—. Ahora lo llamo. No te preocupes.

—Podemos darle un calmante —propuso el doctor Fraser con delicadeza—. Que duerma de momento, y así usted podrá considerar la propuesta de Sami. Si tiene alguna duda, pregunte, ¿de acuerdo? Soy neurólogo, pero mi especialidad tiene mucho en común con la geriatría, por desgracia.

—Gracias. —Annie quería acercarse a su madre, abrazarla, acariciarle la mano, lo que fuera, pero sabía que tendría la piel fría como el hielo, con el pulso más débil que el aleteo de un pajarillo asustado. Y para ella sería aterrador que la abrazara una completa desconocida—. Será mejor que vuelva al trabajo. Me va a caer una buena.

—Seguro que lo entienden, ¿no?

—Yo no estaría tan segura. Gracias, doctor Fraser.

—Por favor, llámeme Max. Doctor Max, si lo prefiere.

—De acuerdo. Gracias.

Cuando se dirigía hacia la salida, desandando sus pasos por el pasillo color miseria, se cruzó con Polly. Estaba sentada en una camilla, charlando con una limpiadora que estaba apoyada en el mocho y reía.

—¡Annie! —exclamó, y se bajó de la camilla de un salto—. Tenemos que dejar de vernos de esta manera.

Annie se tragó las lágrimas.

—¿Qué haces otra vez aquí?

—Bueno, la máquina de las resonancias está muy solicitada, así que me paso casi todos los días para ver si hay un hueco y me hacen mi escáner. —De pronto, se dio cuenta de que Annie tenía mala cara—. ¡Ay, Annie! ¿Estás bien? ¿Es por tu madre?

Ven aquí, siéntate.

Annie se desplomó en una de las sillas de la sala de espera, no sin antes percatarse del desgarrón que atravesaba la tapicería de plástico. Destripada, como ella.

—Tiene... un mal día. No sabe quién soy. Se ha puesto muy nerviosa... y han tenido que atarla.

—Lo siento mucho. Ha debido de ser horrible.

Allí estaba aquella mujer, aquella completa desconocida con sus propios problemas, dándole palmaditas en el brazo. Como si realmente se preocupara por ella. ¿Cómo lo hacía? Annie respiró hondo. Tenía que haber algo más. Fuera lo que fuese, era evidente que a Polly le funcionaba. Y Annie estaba demasiado cansada para luchar, demasiado cansada para seguir resistiéndose al único rinconcito de color y optimismo que quedaba en su vida.

—El Reto de los Cien Días —se oyó decir en voz alta—. Quiero hacerlo. Si te parece bien, vaya.

—Pues claro. Las dos tenemos que seguir viniendo, ¿no es mejor relajarnos e intentar disfrutar?

Annie era incapaz de imaginarse disfrutando de aquello, no odiando hasta el último segundo de su existencia. ¿De dónde iba a sacar algo en su vida que la hiciera feliz? Pero, al igual que con el ensayo clínico de su madre, cuando te quedas sin opciones es mejor intentar algo que quedarte de brazos cruzados.

—Vale —dijo—. Me apunto. Siempre que no tenga que nadar con delfines.

—¿No te gustaría?

Annie se estremeció.

—Creo que no se me ocurre nada peor.

—¡Pero si todo el mundo adora a los delfines!

—Yo no. Tienen pinta de estar tramando algo. Cuando alguien sonrío tanto, mejor no fiarse.

Polly se echó a reír.

—Ay, Annie, qué graciosa eres. Lo prometo, nada de criaturas marinas. ¿Por qué no vienes el sábado a mi casa? Y así comparamos nuestras respectivas listas para la semana que viene, ¿te parece bien?

Hacía años que Annie no iba a casa de nadie, que no hacía una nueva amiga o simplemente socializaba. La idea se le antojaba aterradora. Pero se obligó a responder.

—Vale. Allí estaré.

Día cinco: Actívate



Annie estaba delante de la cómoda sujetando en alto el bañador que acababa de recuperar. Era realmente elegante, con rayas blancas y negras. Se lo había comprado para ir de vacaciones a Grecia con Mike. Se suponía que serían las últimas que pasarían los dos solos, y en cierto modo así fue pues no volvieron a ir juntos a ningún sitio; de hecho, nunca más lo harían. Se lo acercó al cuerpo. El olor a sal y a crema solar que aún desprendía la tela le recordó otra época en la que había sido feliz. Las aguas turquesa, el susurro del ventilador del techo, despertarse con el sol dibujando cuadrados de luz sobre el suelo de madera.

Habría sido muy fácil volver a guardarlo en el cajón, no ir a la piscina municipal, con su frío perpetuo y sus vestuarios deprimentes, pero quería tener algo nuevo que contar a Polly para el día siguiente. Así pues, puso el bañador en una bolsa, junto con la toalla y un gorro de goma de anciana cubierto de flores de plástico. Y cuando a mediodía se zambulló en la piscina no pudo evitar sonreír al grupo de sexagenarias de la clase de aquagym, ataviadas todas ellas con gorros como el suyo, y ellas la saludaron con la mano, y Annie les devolvió el saludo tímidamente al tiempo que se preguntaba si algún día podría llevar a su madre a algo así, si es que el ensayo clínico funcionaba. Se dio cuenta de que, sin saberlo, la esperanza se había instalado de nuevo en su corazón, después de tantos años en paradero desconocido.

Día seis: Celebra tu cuerpo



—¡Ay, Dios! Perdona, Annie, se me había olvidado que venías.

Annie miró fijamente a Polly, que la observaba desde el umbral de la bonita casa de tres plantas a la que supuestamente la había invitado.

—Mmm... ¿Ve voy?

—No, no, entra. De verdad que lo siento. La culpa la tiene Bob, ¿sabes? Hace que me olvide de las cosas.

Annie bajó la mirada al suelo, cubierto de un mosaico blanco y azul. ¿Es que no se había dado cuenta? Quizá era otro síntoma del cáncer.

—Mmm... ¿tu familia está en casa?

Sabía que la casa era de los padres de Polly, pero no qué hacía ella viviendo allí. ¿Acaso no tenía familia propia o una pareja?

—No, han salido.

Gracias a Dios.

—Polly...

—¿Te apetece algo? ¿Un té?

—Gracias, pero ¿has visto que...?

Polly dio media vuelta, pisando los azulejos con los pies desnudos.

—Que si he visto qué.

—Que estás... eh...

Solo fue capaz de gesticular hasta que Polly bajó la vista.

—Ah. ¡Se me había olvidado por completo! Ja, ja. Seguro que tengo a los vecinos contentos.

Así que era consciente de que iba totalmente desnuda, pero no tenía la menor intención de taparse. Annie sintió que se le tensaban los hombros. Por suerte, en cuanto entró en la cocina y vio una anciana con el pelo blanco y una cámara en la mano, entendió lo que estaba pasando.

—Voy a hacerme un retrato —explicó—. En cueros. Es algo que siempre he querido hacer, y ya no creo que vaya a tener mejor aspecto que ahora.

Polly estaba toda llena de marcas del tratamiento, cardenales como huellas de dedos que le trepaban por los brazos y las piernas. Además estaba delgadísima y se le marcaban las venas y los huesos bajo una piel fina como el papel.

Annie se había dejado guiar hasta una estancia grande y luminosa, medio galería y medio cocina, con una panorámica del Támesis visible desde el gran jardín trasero. El corazón le dio un vuelco. Aquella era la cocina de sus sueños, sobre la que tanto había leído en las revistas de decoración, donde imaginaba a sus hijos correteando descalzos, robando manzanas del frutero, llevándole sus dibujos y sus golpes para que los curara con besos. Ya nunca cumpliría aquel sueño.

—Hemos terminado, querida, por si quieres vestirme —dijo la artista a la que Polly presentó como Theresa.

—Qué lástima. La verdad es que resulta liberador. —Polly extendió los brazos y sus pechos temblaron con el movimiento. Annie apartó la mirada—. Eh, Annie, tú también deberías hacerte un retrato. Te lo regalo.

—¿Cómo?

—Hazte una foto. Aprovechando que Theresa está aquí. Trabaja a partir de fotografías, ¿sabes?

Theresa asintió como animándola.

—No creo que...

—¡Venga, Annie! ¡Para cruzar el océano primero hay que perder de vista la costa! ¡Haz algo todos los días que te dé miedo!

Ay, Dios, lo de las frases motivadoras iba a ser su perdición.

—No. Lo siento. De verdad que no puedo.

Podía oír la ansiedad que desprendía su voz, lo cual era un pelín patético teniendo en cuenta que Polly se estaba muriendo, que le clavaban agujas en la columna, le metían cámaras en el cuerpo, hasta una sonda en el cerebro, ¿no? ¿Cómo era posible que a ella le resultara tan inquietante la sola idea de desnudarse delante de una desconocida?

—Venga, mujer —insistió Polly—. ¿Qué es lo peor que puede pasarte?

—Es que no puedo —repitió Annie—. Lo siento.

Hacía años que no se desnudaba delante de nadie. Incluso en el hospital lo hacían con mucho tacto, te dejaban a solas detrás de una cortina cuando tenían que examinarte, esperaban a que te taparas. Se les daba bien la discreción: pañuelos y una retirada silenciosa mientras llorabas, inconsolable, en la sórdida habitación en la que acababan de romperte el corazón.

—Está bien —dijo Polly, aunque le había cambiado la cara—. ¿Quieres mirar las fotos conmigo? Estoy un poco nerviosa.

—Claro.

En las imágenes, Polly tenía los hombros ligeramente encorvados, como si intentara proteger su cuerpo, que había pasado por tanto. Estaba todo a la vista: los moretones, la cicatriz de la cánula en la mano, las bolsas debajo de los ojos. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba más grave.

—Qué rollo... Ojalá lo hubiera hecho hace años, ¿sabes? Siempre lo tuve er mente, y entonces estaba sana, sana y... Joder, si es que estaba tremenda. Ahora puedo decirlo porque tengo cáncer. Era una tía buena en toda regla y no hacía más que quejarme de la celulitis y de las varices, y hablar a todas horas de ponerme bótox. ¡Me gastaba trescientas libras en una crema facial! ¿En qué estaba pensando? Debería haberme hecho una foto desnuda todos los días. Tendría que haber forrado la casa con ellas y salir a la calle en pelotas. —Se sorbió la nariz—. Mierda. Ya está, ¿no? Nunca voy a tener mejor aspecto que ahora mismo. Esto irá a peor hasta que al final me muera.

Annie miró a Theresa, alarmada ante el repentino cambio de humor de Polly, pero

la mujer seguía recogiendo su equipo tranquilamente. Observó su propio cuerpo, oculto debajo de un jersey ancho, y se mordió el labio mientras unas lágrimas inesperadas le abrasaban la nariz. No, no iba a llorar por una barriga flácida y unos muslos gruesos, por unas uñas amarillentas y unos talones agrietados que no habían visto una pedicura desde el día de su boda. El cuerpo de Polly la había traicionado de la peor forma posible; lo mínimo que podía hacer era no odiar el suyo, que estaba perfectamente sano. Se echó el pelo, lacio, graso, hacia atrás.

—Está bien. Pero solo un par de fotos, ¿vale?

—Precioso. ¿Podrías arquear un poco más la espalda? ¡Es una lástima esconder esos pechos tan maravillosos!

Annie se puso colorada, pero obedeció. Por alguna extraña razón (Polly), estaba tumbada en un sofá a lo «píntame como a una de tus chicas francesas», desnuda de los pies a la cabeza. Todo estaba a la vista, desde el vello púbico sin depilar hasta las marcas de los calcetines a la altura de los tobillos. Solo que en vez de Leonardo DiCaprio a bordo del *Titanic*, a ella estaba retratándola una anciana de setenta años.

—¿Hay alguna forma de eh... camuflar esta cicatriz... de alguna manera? —preguntó a Theresa.

—Me gusta dibujar a la gente tal como es, Annie —respondió la aludida—. Confía en mí. Nada de retoques. Qué es, ¿una cesárea?

—Mmm... Sí. —Annie evitó la mirada de Polly—. Ojalá me hubiera dado tiempo a ponerme a dieta —añadió apresuradamente.

—Estás guapísima, tonta —dijo Polly—. Como un cuadro de Rubens. Voluptuosa.

—¿De quién?

—El pintor. Sí, mujer, el de la National Gallery. Da igual. Ya te llevaré algún día.

Annie se puso colorada otra vez. Iba tan perdida...

—¿Voluptuosa no es otra forma de decir «gorda»?

—Ya me gustaría a mí estar como tú —dijo Polly extendiendo una pierna esquelética.

—Pero si estás muy bien —replicó Annie—. Solo un poco delgada.

Polly se echó a reír.

—Ay, Annie, por favor. Estoy delgada porque tengo cáncer. Me estoy muriendo. Eh, ¿crees que esto me engorda el tumor?

—Perdón, lo siento.

Annie suspiró, consciente de haber metido la pata.

—¡Enfermera! ¿Esta quimio es baja en calorías? ¡Los químicos tóxicos engordan muchísimo!

Polly empezó a dar vueltas por la habitación levantando mucho las piernas, delgadas y llenas de cardenales. Theresa, por su parte, seguía haciendo fotos tranquilamente.

—¿Es tu primera experiencia con el cáncer, querida? —preguntó a Annie.

—Pues... sí.

—No te preocupes. Es normal, lo de los altibajos. Son las emociones, ¿sabes?, que la golpean todas a la vez como una ola. Es intentar vivir al máximo mientras, al mismo tiempo, te mueres. Las normas de antes ya no sirven. Hay que ponerse el cinturón y prepararse para el viaje.

Día siete: Pasa tiempo con la familia



Ding-ding-ding.

Hasta el timbre sonaba optimista. Annie estaba otra vez frente a la casa de los padres de Polly, limpiándose nerviosa las manos en los vaqueros. Había tardado siglos en escoger una botella de vino, sorprendida ante la enorme oferta que había en Sainsbury's. Rioja. Sauvignon. Chablis. Al final había elegido uno de ocho libras, pensando que con ese precio seguro que era bueno.

No sabía por qué había aceptado la invitación de Polly, cuyo objetivo era «compensar» el episodio exhibicionista: «Vente mañana a comer. A mis padres les gusta organizar la comida del domingo». Por educación, seguramente. O por no pasar otro domingo sola. Eran los días más difíciles: Mike y ella solían ir a comer al pub o llevar a Jacob al parque.

Le abrió la puerta un chico con gafas de pasta y el ceño fruncido.

—¿Sí? Espero que no hayas venido a predicar la palabra de Dios.

—No, soy... ¿amiga de Polly?

Le parecía un poco atrevido utilizar aquella palabra.

—Ah. ¿Me permites? —Sujetó la botella lejos de la cara y la examinó—. Mmm... Vale.

—¿Es Annie? —En el recibidor apareció una mujer con un vestido cruzado de color morado; esbelta y elegante, con el pelo canoso recogido en un moño y unas gafas colgando del cuello, que se puso para observar a Annie—. Querida, ¿no sabes

cuánto nos alegramos de que Polly tenga una amiga nueva! Eres muy valiente.

A Annie aquello no le gustó. No estaba interesada en nada que implicara valentía. La madre de Polly también inspeccionó la botella de vino.

—¡Qué bien! Mi favorito.

—¿Chardonnay? —preguntó el chico sin demasiada convicción—. ¿En serio?

—Chist, calla. La semana pasada leí un artículo en *The Guardian* que decía que está otra vez de moda.

Annie se los quedó mirando. ¿Había elegido mal?

—Yo soy Valerie, querida, y este listillo de aquí es George, mi hijo. Georgie, sirve una copa a Annie. Tenemos un Sancerre o un Malbec. O podríamos sacar un Riesling, ¿verdad?

Annie no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Mmm... El que esté abierto, gracias.

Valerie la invitó a entrar; desprendía un olor exótico, a almizcle, que le hizo pensar automáticamente en naranjales y en la luna llena sobre el desierto. Su madre siempre había olido a guiso y a Halls. Ahora olía a hospital.

—No hagas caso a George —le susurró Valerie al oído—. Es muy protector. Todo este asunto ha atraído a un montón de gente extraña. Turistas de la desgracia ajena, ¿sabes? Es horrible cómo miran a Polly solo porque está enferma.

¿Era lo que pensaban de ella? Annie miró por encima del hombro hacia la puerta. Ojalá hubiera cambiado de idea y se hubiera quedado en casa. La visita iba a ser un desastre, lo presentía.

Polly estaba encaramada al brazo de un sofá rosa de estampado indio, hablando con un hombre mayor vestido con un jersey azul marino y unos pantalones con pinzas.

—¿Ves? El problema del euro es...

Tenía una voz atronadora y una copa enorme de vino tinto en la mano.

Polly vio a Annie y se levantó de un salto. Llevaba un peto vaquero y el pelo recogido con un pañuelo rojo. Annie se sintió fuera de lugar con sus vaqueros y su jersey con capucha.

—¡Annie! Menos mal que has venido a rescatarme de esta horrible conversación sobre economía. ¡Me da igual, papá! Si ni siquiera me interesaba cuando creía que iba

a estar presente para ver las consecuencias.

Annie se puso tensa, pero el padre de Polly se limitó a chasquear la lengua como si su hija acabara de explicar un chiste verde.

—Te guste o no, Poll, el resultado del referéndum tendrá más impacto en el futuro que el color de tus próximos zapatos nuevos.

—Pero los zapatos me hacen feliz, papá. A mí y a quienes me rodean.

Levantó un pie, embutido en una zapatilla verde azulada y bordada con hilo de oro que reflejaba la luz del sol. Annie se encorvó disimuladamente para intentar ocultar sus viejas Converse.

—Roger Leonard —anunció el hombre con voz atronadora mientras le estrujaba la mano—. Dime, Annie, ¿tienes alguna opinión sobre la situación de la Unión Europea o sobre el calzado de mi hija que quieras compartir con nosotros?

—Me gustan las zapatillas —respondió ella.

—Vaya, otra que tal. —Roger bebió un trago de vino—. Supongo que os habéis conocido en el hospital, ¿no?

—Cuánta gente fantástica hay allí —dijo Valerie, que estaba removiendo algo en el fuego—. Cuando Polly se puso malita lo primero que pensamos fue en ir a un médico privado. Estábamos mentalizados para gastarnos lo que hiciera falta, ¿verdad, cariño? Pero ella dijo que no, que prefería tratarse en un hospital público. ¡Mi pequeña valiente! Y se han portado maravillosamente con ella.

Annie siguió las explicaciones de la madre asintiendo con la cabeza. ¿Eran conscientes de que había gente que no tenía más elección que ser «valiente»? Ella misma, por ejemplo, que no tenía ni idea de cómo pagaría la residencia de su madre cuando le dieran el alta.

Polly se sentó a la mesa y echó la silla hacia atrás hasta que solo dos patas tocaron el suelo.

—Sobre todo el doctor Cascarrabias. Mi madre lo adora.

—Es encantador. Y con ese acento...

—Parece que lleve un disfraz de Chewbacca.

—Venga ya, Pe —exclamó Valerie—, no seas exagerada. Es un hombre muy

masculino, nada más.

A Annie le gustaba que el doctor Max fuera peludo. Le daba un aire tierno, como de osito de peluche gigante. Mientras se sentaban a la mesa, se preguntó cuál sería la situación familiar de Polly. ¿Por qué vivía con sus padres? Seguro que tenía casa propia, o la había tenido. ¿Era posible que una mujer tan deslumbrante como ella estuviera soltera? El cáncer era un impedimento a la hora de buscar pareja, sin duda.

—Pues ya estamos —anunció Valerie mientras dejaba sobre la mesa una fuente de barro humeante.

George protestó.

—Por Dios, mamá, ¿otra vez cuscús? Sabes perfectamente que estoy haciendo dieta baja en carbohidratos.

—Como si no fuera suficiente con tu hermana. ¿Tú también vas a quedarte en los huesos?

—Me encantaría. Ojalá estuviera tan delgado como ella. Yo solo comeré pollo.

Así que era eso. Annie estaba intentando identificar el contenido de la fuente, una especie de guiso amarillento con un intenso olor a especias. Dejó que Roger le sirviera un par de cucharadas.

—A Valerie le encanta la comida marroquí.

Annie exploró el plato en busca de algo comestible. Aquello parecía un tomate, pensó. Se lo metió en la boca sin demasiada convicción; de pronto, soltó un grito y se puso colorada. Pues no, no era tomate. A George se le escapó una sonrisa.

—A mi madre le encanta poner *peperoncini* al tajine. Ten cuidado.

—Tráele un poco de agua, Georgie —dijo Valerie.

Annie se bebió el vaso entero, muerta de la vergüenza. Los demás estaban a sus anchas, comiendo de aquel estofado ardiente, bebiendo vinos de nombres impronunciables, comentando las noticias de los periódicos. Annie intentó deducir a qué se dedicaba cada uno de ellos.

George, al parecer, era aspirante a actor y disfrutaba despellejando a las estrellas que salían en las revistas: «Mira lo calvo que está. Y esta se ha puesto bótox». Roger, por su parte, trabajaba en la City. En cuanto a Valerie, había sido directora de un colegio femenino, aunque ya estaba jubilada. La mesa estaba cubierta de periódicos y

revistas, algunas incluso académicas con nombres como *Avances en oncología*. Mientras comían hablaban sin parar usando jerga médica.

—Creemos que a Pe le convendrían las terapias alternativas —dijo Valerie, y siguió masticando con delicadeza—. Hay muchos estudios sobre la acupuntura, por ejemplo, y la fitoterapia china parece que es muy efectiva. La semana que viene voy a una charla sobre homeopatía.

George resopló.

—Por favor, mamá.

—¿Qué? Cada vez hay más evidencias sobre el poder del pensamiento positivo. ¿Qué tiene de malo probar cosas nuevas?

—El doctor Cascarrabias dice que son tonterías.

Polly apenas había probado un par de bocados de su plato.

—Sí, bueno, entiendo que al hospital no le interese financiar terapias no convencionales, pero nosotros creemos en todas las posibilidades. ¿Verdad, Roger, cariño?

George puso los ojos en blanco. Roger, que no había levantado los suyos de la comida, dijo:

—Mi niña es una valiente. ¿A que sí, Pe? Va a plantar cara al monstruo.

Annie no entendía nada. El doctor Max le había dicho que Polly estaba desahuciada. Como no tenía nada que aportar a la discusión, se dedicó a comerse lo que había alrededor de los *peperoncini* sin dejar de pensar en lo aburrida que era como invitada. ¿Por qué había tenido que aceptar la invitación? Podría estar en su cama, viendo una temporada de *Anatomía de Grey* y oyendo a Costas hablando a gritos en la habitación de al lado. Los domingos Costas siempre llamaba a su madre. De pronto deseó poder hacer lo mismo que él. Hablar de la vida y diseccionar los culebrones de la semana sabiendo que su madre al menos sabía quién era. Tampoco era mucho pedir.

George apartó su plato.

—Vale, me largo.

—¿Adónde vas, George? —le preguntó Polly inocentemente.

Él le lanzó una mirada que Annie no entendió.

—Al gimnasio.

—Ah, sí. ¿Has quedado con alguien en especial?

—Eh, Poll —replicó George—, hablando de alguien especial, ¿no piensas llamar a Tom? Ha vuelto a escribirme preguntándome por ti.

¿Quién era Tom? Valerie y Roger se miraron, a todas luces alarmados, pero Polly ignoró el comentario y siguió mareando su tajine.

—Pásatelo muy bien levantando pesas, hermanito.

—¡Pero si no has probado el postre! —protestó Valerie—. ¡He hecho clafoutis!

—Mmm, nada de carbohidratos ni de azúcar, ¿recuerdas?

—Pero Georgie...

—Ahora no, mamá. Se me hace tarde. —Se puso una chaqueta de cuero—. ¿Volveremos a ver a Annie?

La aludida se puso colorada.

—No seas maleducado, Ge —lo regañó Polly—. Que está oyéndote.

Roger, ajeno a la tensión del momento, aprovechó para rellenar la copa de Annie antes de que ella pudiera decir que no. Apenas había probado bocado; si seguía así, acabaría borracha.

Valerie tenía la mirada perdida, ausente.

—¿Estás bien, mamá? —le preguntó Polly.

—Creo que voy a echarme un rato, cariño. —Miró a Annie y le dedicó una sonrisa deslumbrante—. ¡Soy muy afortunada de tener a mis dos hijos en casa! ¿Tú estás muy unida a tus padres, Annie?

—Mi madre ahora mismo no está muy bien. Está ingresada en el hospital.

—Vaya, lo siento. ¿Y tu padre?

Annie podía sentir los ojos de Polly clavados en ella.

—Bueno... digamos que nunca estuvo presente.

—Oh, qué pena. —Valerie volvía a tener la mirada perdida—. No te importa recoger los platos, ¿verdad, Roger, cariño? Creo que voy...

—¿Mmm?

Roger estaba mirando el móvil por encima de las gafas. De pronto el aparato vibró y todos dieron un respingo.

—¡Ojalá no trajeras ese chisme a la mesa! —exclamó Valerie. Luego se le quebró la voz al añadir—: Este es un momento para estar en familia. En familia, Roger. —Se levantó arrastrando la silla—. Recoge tú. Yo voy a tumbarme un rato.

Polly también se levantó, no sin antes acabarse el clafoutis, que resultó ser una especie de pastel de natillas.

—Ven, Annie. Te mostraré el jardín.

Annie la siguió, consciente de la tensión que flotaba en el ambiente y con la horrible sensación de que tenía algo que ver con ella.

—Perdona lo de George. Este año lo han nominado a un Oscar en la categoría de hermano con más mala leche.

—No pasa nada. —Annie aún estaba intentando asimilar la belleza de aquel jardín, que era como dos veces su piso. Se extendía colina abajo y estaba repleto de rincones encantadores, muebles de forja, árboles frutales y pequeñas estatuas—. Entonces ¿creciste aquí?

Polly miró a su alrededor sin demasiado interés.

—Sí. Y no esperaba tener que volver con treinta y cinco años. Supongo que tú también creciste por aquí, ¿no?

A unas dos millas de allí, aunque a un mundo de distancia.

—¿Eso es el Shard?

Podía ver el famoso rascacielos con forma de cuña elevándose sobre los árboles, más allá de la cinta plateada que era el Támesis. De pronto Annie sintió otra punzada de envidia. Se imaginó creciendo allí, en aquel jardín, con las tiendas y las cafeterías de Greenwich nada más doblar la esquina, y no en Lewisham, donde su mayor preocupación había sido no quedarse embarazada antes de acabar el instituto.

—Deberíamos ir hasta arriba —dijo Polly.

Echó a correr y se subió de un salto al viejo columpio de madera que colgaba de

las ramas de un manzano. Aquello empezaba a parecer una sesión de fotos; la ropa cuidadosamente escogida, el jardín y la panorámica de la ciudad al otro lado del río. Algo digno de Instagram, la viva imagen de lo que era una vida perfecta.

—¿Te refieres al Shard?

—Tengo unas entradas que compré hace tiempo para ir con George y con su novio y... Da igual. La cuestión es que al final lo dejaron, y menos mal porque Caleb es lo peor, así que no las usamos. ¿Te apetece? Otra actividad más para el reto. Podrías traerte a tu compañero de piso.

—¿A Costas? —Estaba hasta la coronilla de él, todo el día en el cuarto de baño cantando temas de Mariah Carey y cubriendo con queso cuanto comía—. Puedo preguntarle si tiene planes.

—Según George, hacer turismo en tu propia ciudad es cutre —dijo Polly con una sonrisa—. Reconozco que incordiar a mi hermano es otra de las cosas que me hace feliz. ¿Tú tienes hermanos, Annie?

—No que yo sepa —respondió, aunque podría ser que tuviera algún medio hermano.

—Ah, es verdad, antes has dicho que te criaste sin tu padre. ¿Dónde está?

—No tengo ni idea. Lo único que sé de él es que se largó cuando yo tenía dos días. No pudo soportar eso de tener una familia.

Se marchó dejando atrás a Maureen Clarke, de veinticuatro años, arruinada y sola con un bebé recién nacido en un piso de protección oficial, aturdida y abandonada, preguntándose en qué momento se había torcido su vida. La familia de Annie se parecía muy poco a la de Polly, que tenía un padre triunfador y una madre elegante, un hermano inteligente y seguro de sí mismo y una preciosa casa con un jardín lleno de árboles frutales.

—Qué duro.

—En realidad, no. Supongo que no se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido. No pienso mucho en él.

Polly le dedicó otra de sus molestas miraditas de gurú de la autoayuda.

—La vida es demasiado corta para malgastarla con remordimientos, Annie. Quizá deberías intentar encontrarlo, ¿no?

—Ya he empezado con lo del Reto de los Cien Días Felices —dijo Annie, cambiando bruscamente de tema—. Bueno, he apuntado algunas cosas. —En su lista había escrito cosas como nadar, caminar e ir a ver a su madre. Nada demasiado ambicioso—. ¿Cómo va tu lista?

Polly no respondió y Annie vio que había dejado de columpiarse. Estaba pálida.

—¿Estás bien?

—Solo es... Mierda, no debería haberme comido el postre.

Se tiró de rodillas al césped y vomitó. Annie corrió a su lado.

—¡Polly! ¿Estás bien?

Polly se sentó en el suelo y se limpió la boca.

—Es Bob. Me pasa con frecuencia. Siento que hayas tenido que presenciarlo.

Mientras la ayudaba a levantarse, Annie se dio cuenta de que estaba temblando.

—¿Por qué no te echas un rato? No hace falta que me acompañes.

Era fácil olvidarse de lo enferma que estaba Polly, pero a pesar de la alegría que irradiaba era imposible negar la certeza de que el tumor estaba consumiéndola poco a poco, día tras día.

Día ocho: Ve caminando al trabajo



«No, no, por favor. No puede ser. No puede estar...»

Annie se incorporó jadeando en la cama, con el cuerpo cubierto de un sudor frío. Era el mismo sueño de siempre. Aquella mañana, en su casa de antes. El dibujo del sol en el suelo. Unos breves segundos de felicidad antes de que todo estallara, los pasos de Mike en el pasillo, su voz gritando aterrorizado: «¡Annie! ¡Annie, llama a una ambulancia!».

Pero solo era un sueño. No era real; no ocurría en el presente. Consiguió controlar la respiración y regresar lentamente al mundo. Lunes por la mañana. Por un momento, tuvo la tentación de darse la vuelta y seguir durmiendo, pero al final consiguió arrastrarse hacia la puerta, donde escuchó atentamente para asegurarse de que Costas no estaba en la sala de estar. Era absurdo, pero la idea de cruzarse con él yendo en pijama le producía una rabia infinita. Annie sabía lo que era tener una casa preciosa, con su habitación de invitados, su asiento bajo la ventana y su jardín lleno de flores, y en cambio allí estaba, compartiendo piso otra vez. Se dio una ducha, se cepilló los dientes frente al espejo con salpicaduras de dentífrico y se puso su habitual atuendo de color negro. El sueño se aferraba a ella como una tela de araña y en su respiración sonaba una nota grave de pánico que no tenía ningún sentido. Hacía muchos años de aquello. Era demasiado tarde para ceder al pánico.

Aprovechando que se había levantado temprano, decidió ir a trabajar caminando. En cuanto abrió la puerta y notó el frío que se colaba desde la calle estuvo a punto de

arrepentirse, pero entonces pensó en el autobús repleto de gente y recordó que necesitaba poder anotar algo en su libreta. Así que salió a la calle. Un pie delante del otro, alejándose del pasado, paso a paso, hasta que se le aceleró la respiración más por el ejercicio que por el sueño y notó que se le despejaba la cabeza. Pasear quizá no era la actividad más edificante del mundo, pero el sol de la mañana teñía la acera de un rosa tan bonito que cuando llegó a la oficina se sentía radiante y satisfecha. Aún era pronto; esa vez se había librado del tráfico. Sharon, con su tacto habitual, le dijo que tenía la cara «roja como un tomate y cubierta de sudor», pero a Annie le dio igual.

Día nueve: Anota tus pensamientos



Annie mordió el extremo del bolígrafo mientras contemplaba la página en blanco de la libreta. Al otro lado de la pared de su habitación, Costas estaba hablando con alguien en griego. Otro que podía llamar a su madre siempre que le apetecía, sin tener que preocuparse por si ella lo reconocía o no. Intentó no prestarle atención.

De momento, en poco más de una semana había hecho una nueva amiga... o lo que fuera. Se había desnudado delante de otro ser humano por primera vez en dos años. Había hecho ejercicio. Se había tomado un descanso en la oficina para comer. No era mucho, sobre todo teniendo en cuenta el estado actual de las cosas (nada de bailar bajo la lluvia ni recorrer a pie la ruta maya), pero sí era más de lo que había hecho en mucho, mucho tiempo. Pero ¿qué podía inventarse para hoy, y para mañana, y para pasado mañana? De pronto oyó un estruendo de ollas procedente de la cocina. Abrió la puerta del dormitorio y se encontró a Costas fregando los platos, frotando los tenedores y salpicándolo todo de agua.

—Hola, Annie. Estoy limpiando los cacharros, como me pediste.

—Genial. Gracias. Mmm... —Podría haberle dicho que no lo encharcara todo pero en lugar de eso le preguntó—: Oye, ¿te apetece ir al Shard conmigo?

—¿El edificio grande?

—El mismo. Una amiga tiene entradas. Creo que las vistas están bien.

—¡Me encantaría, Annie! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

—Tampoco hay para tanto —murmuró ella, y se retiró de nuevo a su habitación.

Se había saltado la norma no escrita de no dirigirle la palabra y, si no quería saber hasta el último detalle de los remedios para destaponar las orejas de su madre y el negocio de su primo Andre, que se dedicaba a la cría de cabras en Faliraki, no le quedaba más remedio que pasarse el resto de la noche encerrada en su cuarto. Pero al menos le había preguntado lo de las entradas y se sentía un poquito mejor persona. Quizá hasta podía servirle como actividad feliz del día.

Día diez: Prepara el té para tus compañeros de trabajo



—¿Le has puesto azúcar?

Sharon olisqueó con recelo la taza que Annie acababa de ofrecerle.

—Dos terrones. ¿Está bien así?

—Ahora solo me pongo uno. Estoy a dieta.

—Es verdad... En el papel que hay en la cocina he leído «dos».

—Bueno, pues tendré que bebérmelo.

Annie no replicó. Le pasó un café a Syed, el hipster de la oficina que se encargaba de las redes sociales y que esa mañana llevaba un jersey de críquet y un pantalón de pana. Syed se quitó los cascos y Annie oyó el estruendo amortiguado de la música que estaba escuchando.

—Genial. Gracias, Annie —dijo, y levantó el pulgar.

—Té verde para ti, Fee.

Dejó la taza encima de la mesa de la secretaria ejecutiva, y esta levantó la cabeza de golpe.

—¡Ah! Gracias.

Annie reparó en que Fee no tenía buen aspecto, si bien reconoció que, viniendo de ella, era una observación un tanto hipócrita. Tenía los labios agrietados y le temblaban las manos.

—Eh... ¿estás bien?

Annie esperaba que sí, así no tendrían que mantener una incómoda conversación

sobre emociones. En esa oficina se podía hablar de televisión, de bebidas, de fallos informáticos y de poco más.

—¡Ah! Sí, sí. Estoy bien. Todo perfecto.

Annie se sentó a su mesa con la taza que Polly le había comprado. A diferencia de las de los demás, la suya era la única que no estaba desportillada. Echó un poco de agua al narciso y pasó los dedos por la base de la pantalla del ordenador. Ni una mota de polvo. Y, aunque seguía atrapada en la oficina y odiando hasta el último segundo del tiempo que tenía que pasar en ella, hubo de reconocer que con una mesa limpia y una actitud menos antisocial lo odiaba un poquito menos.

Día once: Regala flores



—¡Qué bonitas! ¡Dalias!

—Son peonías, mamá —la corrigió Annie—. ¿Te gustan?

—Son preciosas, cariño.

Annie sintió que se le hacía un nudo en la garganta. A su madre siempre le habían encantado las flores. Se esperaba hasta el día que cobraba y corría al mercado a comprar sus favoritas. Annie solía llevarle un buen ramo todos los viernes, cuando iba a verla con Jacob, casi siempre cogidas en su propio jardín. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo.

Su madre vio al doctor Quarani dirigiéndose hacia ella con su bata blanca e impoluta.

—Mire, doctor. Esta señorita tan amable me ha traído dalias.

Él ni siquiera sonrió.

—Tengo que tomarle el pulso, señora Clarke.

—Parece que está un poco mejor —dijo Annie mientras el médico sujetaba la muñeca de su madre con una mano—. Más calmada, al menos.

—Su estado de ánimo se ha estabilizado un poco, sí. Como ya le dije, es importante no hacerse ilusiones.

—Lo sé.

Y, sin embargo, a pesar de la advertencia, a pesar del horror de los dos últimos años sintiéndose como si la pisotearan con unas botas con puntera de hierro, Annie no

pudo evitar albergar un atisbo de esperanza. Como una flor mustia cuando la pones en agua. Tenía que andarse con cuidado. Sabía perfectamente que la esperanza era un sentimiento en el que no se podía confiar.

—¡Annie!

Se dirigía hacia la salida cuando oyó que alguien la llamaba. Era la voz de un hombre. Se dio la vuelta.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Qué haces...? ¿Estás bien?

Era el hermano de Polly, George, sentado en la sala de espera de Urgencias con una venda en la cara.

—No es nada —respondió él con una mueca—. Me he dado un golpe en el gimnasio. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido a ver a mi madre. Está ingresada.

Annie se lo quedó mirando. Tenía una gota de sangre en la camiseta. Él le devolvió la mirada, la examinó con frialdad, se detuvo en el bolso barato, en el pelo despeinado, en los pantalones de poliéster que la hacían sudar.

—Oye, Annie... Mi hermana está muy enferma.

—Ya lo sé.

—Y es un poco... peculiar. Colecciona personas. Gente desamparada, descarriados. —Annie no pudo evitar sentirse ofendida—. Siempre ha sido así, pero ahora que está enferma es aún peor. Se le pegan como lapas. Polly cree que puede ir por ahí regalando todo lo que tiene porque como solo le quedan «tres meses de vida»... —George frunció el ceño—. Eso no lo sabemos, ¿vale? A veces la gente vive muchos años con cáncer.

Annie estaba tan cansada... Cansada del hospital, de que su madre no la reconociera, de su piso diminuto. Cansada de la vida en general.

—Mira, yo no me he «pegado como una lapa» a tu hermana. Fue ella la que se presentó literalmente en la puerta de mi casa. Pero fue amable conmigo y me pidió que la ayudara con el Reto de los Cien Días y... Bueno, no supe decirle que no ¿vale?

George asintió despacio.

—Vale. Te creo.

—No estaba preguntándote si me crees o no. Vamos, hombre, ¿quién sería capaz de timar a una mujer con cáncer?

—Antes yo habría dicho lo mismo que tú, pero ya hemos tenido que impedirle unas cuantas veces que fuera por ahí regalando dinero como si tal cosa. Mi hermana cree que la gente no miente. Ni siquiera sus amigos. Una compañera del colegio intentó convencerla para que invirtiera en un negocio de joyería que básicamente no existía, y uno de nuestros primos le pidió dinero para una ONG cuya misión es llevarlo a él y a su familia de safari a África. La gente es muy mala, ¿sabes?

—Qué me vas a contar —replicó Annie.

—Ya. Bueno, lo siento si he sido un poco...

—¿Borde? ¿Maleducado?

Estaba harta de ser siempre tan correcta. Para su sorpresa, George sonrió.

—Iba a decir «hostil aunque impasible», como una belleza sureña haciéndose la ofendida. Debería haberte tirado una bebida a la cara.

Movió el vendaje con cuidado. Tenía el ojo izquierdo morado. A Annie se le escapó una mueca de dolor.

—Eso tiene mala pinta.

—No pasa nada. Aunque no creo que pueda hacer audiciones durante una temporada. Tampoco es que esté desbordado de trabajo que digamos. —Levantó la mirada hacia Annie—. Oye, ¿te importa no explicárselo a mi hermana? No quiero que se preocupe. Ha sido un golpe tonto.

Annie se encogió de hombros.

—Claro.

—Gracias. Perdona por haber sido tan gilipollas. Es que estoy cabreado, ¿sabes? A todas horas. Debería estar triste, intentar apoyarla, pero lo único que siento es una rabia infinita. Me parece increíble que esto le haya pasado a ella.

—Te entiendo —replicó Annie, que conocía perfectamente esa sensación.

—De verdad que lo siento. ¿Te veré el día de la horterada de excursión al Shard?

—Supongo que sí. Bueno, adiós, George. —Al llegar a la puerta se dio la vuelta—
Rodajas de pepino.

—¿Qué? —preguntó George, que tenía los ojos cerrados.

—Te bajaré la hinchazón. Mételas en el congelador y luego pónelas sobre el ojo.
Es un truco muy útil.

Que la gente solía descubrir cuando se pasaba buena parte del día llorando.

Cuando llegó a la parada del autobús, Jonny, el vagabundo, estaba otra vez allí, leyendo un libro de bolsillo al que le faltaba la cubierta. Annie lo saludó tímidamente y sintió un poco de vergüenza cuando él le devolvió el gesto con una sonrisa. Tenía los dientes fatal. ¿Qué sentido tenía saludarlo si no podía hacer nada por él? El autobús se detuvo delante de la parada y ella se subió con una vaga sensación de haber fracasado, aunque sin saber muy bien por qué.

Día doce: Limpia la casa



Estaba desnuda. Hasta el último centímetro de su piel al descubierto, expuesta para que la viera todo el mundo.

Annie estaba sentada en el sofá, con una taza de té enfriándose encima de la mesa. Su retrato estaba apoyado contra una silla, rodeado de tiras de papel de embalar como los pliegues de un vestido de gala. Se lo había encontrado allí al llegar a casa.

Se lo quedó mirando un buen rato en silencio. Era ella, eso seguro —la cicatriz en el vientre, el lunar en el hombro—, pero al mismo tiempo no era ella. De alguna forma, las curvas y los pliegues de su cuerpo, por los que tantas lágrimas de rabia había derramado frente al espejo, se habían transformado en algo distinto.

Aquella mujer era ella, Annie Hebden, exesposa de Mike, examiga de Jane, madre de Jacob. Nunca dejaría de serlo. Hija de Maureen, otra cosa que tampoco dejaría de ser, por mucho que a su madre se la tragara la enfermedad. No había nadie como ella en todo el planeta, ni en el pasado ni en el futuro. No existía ni una sola persona con sus mismas huellas digitales, con sus recuerdos, con su sangre corriéndole por las venas. Solo había una Annie y estaba viva, a pesar de todo. Y aquel retrato lo demostraba.

Se levantó del sofá, inquieta. ¿Qué podía hacer? Había perdido el contacto con sus amigos, había declinado las invitaciones de sus compañeros, ya no salía de marcha y no tenía plantas como antes, tampoco arreglaba la casa y ni siquiera se lavaba el pelo. Se pasaba las noches encerrada en aquel piso con la televisión y el azúcar como

únicos compañeros. Había llegado el momento de poner fin a esa etapa. De hecho, había llegado el momento de empezar de cero.

En un arranque de proactividad, tiró de la manta andrajosa que cubría el sofá hasta dejar al descubierto la tapicería de polipiel llena de agujeros. Una lluvia de cáscaras de pistacho cayó al suelo. «Maldito seas, Costas.» Siguió con las fundas y luego con la alfombra cochambrosa. Todo estaba cubierto de migas y de manchas de ketchup y de té. Lo metió todo en la lavadora y la puso en marcha. De pronto se le ocurrió que aquello también era un pequeño acto de felicidad: el sonido de la ropa lavándose, dando vueltas dentro del tambor. Le recordó los lunes a la vuelta del colegio, cuando llegaba a casa y se encontraba la lavadora zumbando y a su madre sentada delante del televisor viendo ese programa en el que había que completar palabras, con una taza de té en una mano y una chocolatina de naranja en la otra. Se sentaban juntas y apuntaban las respuestas en la parte de atrás de la revista de la programación semanal de la BBC. A su madre se le daba bien. Siempre le ganaba. Era capaz de recordar palabras poco usuales como «vivacidad» o «categórico». Ahora, en cambio, había días en que ni siquiera recordaba su propio nombre.

Para desembarazarse de la pena avanzó otro paso y abrió la nevera y los armarios, sacó la comida caducada, los pimientos cubiertos de moho como si de la barba de un hipster se tratara, los platos preparados y congelados en bloques de hielo, los paquetes de pasta y arroz derramándose sobre las estanterías. En cuestión de minutos ya había llenado una bolsa enorme de basura. Empezó a hacer una lista: «Limpiar las ventanas. Tapizar el sofá». Sacó todas las tazas del armario y las adecentó por dentro hasta que estuvieron relucientes. Polly tenía razón: había elegido esa vajilla con un gusto pésimo. Cogió otra bolsa de basura y la llenó de tazas, todas menos las de porcelana buena, las que eran de su madre. Añadió a la lista: «Comprar cucharillas. Hacerme con un buen cortador de hortalizas. Pedir al casero que pinte las paredes de un color que no parezca caca de perro».

Siguiente parada: el cuarto de aseo. Contempló la cortina mohosa de la bañera con una mueca de asco. Compraría una nueva, de colores, que no se le pegara a las piernas como un fantasma viscoso. También cambiaría la alfombra y adquiriría un par de juegos de toallas. Tiró los pintalabios resecos, los envases de rímel apelmazado,

los botes de gel con un dedo de espuma en el fondo. Dios, estaba todo asqueroso. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Cuando Costas llegó a casa después del turno de noche la montaña de bolsas acumuladas en el recibidor había crecido tanto que apenas pudo abrir la puerta. Miró a su alrededor, aturdido, y ladeó la cabeza al ver a Annie frotando el hornillo y cantando con la radio de fondo.

—¡Annie! ¿Esto es por lo del queso? ¡Porque te prometo que lo limpio! ¡Lo limpio bien! No echas a Costas a la calle, por favor.

Annie se echó a reír.

—Tú tranquilo que no te echo. Estoy echándome a mí misma. O como mínimo las partes de mí defectuosas.

Costas parecía confundido.

—Siento que hayas tenido que vivir en estas condiciones —continuó Annie—. Te prometo que, a partir de ahora, haré que este piso sea más agradable. Estoy pensando que podríamos hacerlo entre los dos, ¿no? Me refiero a mantenerlo un poco más decente. ¿Qué te parece? Básicamente, que el sofá no esté lleno de cáscaras de pistacho o que las fuentes del horno no acaben con un dedo de queso pegado.

Costas frunció el ceño.

—Annie, ¿estás bien?

Meditó la respuesta. Llevaba dos semanas sin llorar en la ducha. El piso estaba más limpio que cuando se mudó. Su madre había mejorado. Y tenía actividades sociales pendientes, con gente de verdad, anotadas en la agenda.

—Ahora que lo dices, Costas, ¿sabes qué? Que tampoco estoy tan mal.

Día trece: Mira las cosas con perspectiva



—Está buenísimo —dijo Polly sin apartar los ojos del trasero de Costas, que estaba leyendo el cartel de la pared—. Más bueno que una caja entera de baklavas.

—Tiene veintidós años —le susurró Annie al tiempo que la fulminaba con la mirada. Ojalá no hablara tan alto—. Además, estoy casi segura de que es gay.

Costas nunca le había dicho nada al respecto, pero era bastante evidente, aunque solo fuera porque salía de fiesta tres días a la semana y siempre por la zona de Vauxhall.

—No sé cómo no me he dado cuenta —dijo Polly con un suspiro—. Ningún hetero lleva las cejas tan bien perfiladas. Bueno, quizá George y él acaben haciendo buenas migas.

Annie lo dudaba. George no le había dirigido la palabra ni una sola vez desde que Costas había mencionado cómo se ganaba la vida. Incluso le había visto arrugar la nariz mientras el pobre Costas explicaba emocionado todos los tipos de café que era capaz de preparar. «*Latte, skinny latte, flat white...*»

—¿Cuánto falta? —protestó George—. Llevamos una hora aquí esperando.

—No han pasado ni diez minutos —lo regañó Polly—. Y ya verás como vale la pena.

—No puedo creer que me haya dejado engañar de esta manera. ¿Qué será lo siguiente? ¿El Madame Tussauds? ¿El zoo?

—¡El zoo! ¡Qué buena idea! ¿Por qué no vamos la semana que viene? Podría

adoptar un animal, ponerle mi nombre. Dejar mi huella para cuando ya no esté. A menos que sea un insecto, claro.

Costas no paraba de mirar embelesado a su alrededor.

—En Grecia no tenemos nada así de grande. Nos quedamos sin dinero y prendimos fuego a la capital —explicó alegremente.

—Di que sí, Costas, ese es el espíritu —dijo Polly frotándole el hombro. Annie se sentía incómoda. Esa mujer no tenía ni idea de lo que significaba respetar el espacio personal—. Es una maravilla del mundo moderno. Cuando hace buen día se ve Kent.

—¿Y por qué alguien querría ver Kent? —murmuró George; aún tenía el ojo morado, pero cada vez que Annie intentaba preguntarle cómo estaba se las arreglaba para cambiar de tema.

Por fin subieron al ascensor, con una familia cuyos miembros, todos ellos en chándal, no dejaban de observar el conjunto de Polly: una falda roja de volantes que dejaba al descubierto sus piernas, largas y frágiles; un sombrero de vaquero de color rosa y cubierto de brillantitos, más propio de una despedida de soltera, y una chaqueta de seda morada. Annie habría parecido un payaso vestida de aquella manera, pero Polly atraía muchas miradas de admiración, además de unas cuantas de auténtica perplejidad.

—¿No es esa que sale en la tele? —le oyó susurrar a un miembro de la familia Chándal.

—Al ser humano siempre le han inspirado las alturas —declaró Polly—. Mira a Wordsworth. O a Coleridge. Paseando por el Distrito de los Lagos, borrachos de naturaleza, vomitando poesía.

—Borrachos de brandi, querrás decir. Y hasta las cejas de opio —apuntó George—. ¿Crees que tendrán algo de eso ahí arriba?

El ascensor se detuvo y salieron a una gran explanada de cristal llena de gente. Annie parpadeó para protegerse de la luz cegadora que inundaba la sala. Londres se extendía a sus pies como una ciudad de Lego, con sus zonas verdes y sus bloques formando edificios, con las casas y los coches serpenteando. Un tablero de Monopoly a escala real.

Polly se había abierto paso hasta la barra.

—¡Opio no creo, pero champán rosado seguro que sí!

George chasqueó la lengua.

—¿Champán barato? ¿Lo dices en serio?

Pero Polly ya volvía cargada con cuatro copas en una bandeja.

—Cállate ya, George. Te has vuelto un esnob, ¿lo sabías? Aún recuerdo cuando tu comida favorita eran los espaguetis con tomate. Coge la copa y bébetela.

—Mientras no se entere nadie... —dijo—. ¿Costas tiene edad para beber?

—Tengo veintidós años —replicó Costas, un poco molesto—. Gracias, Polly. Eres muy amable. Gracias por el champán rosado y el trayecto en el gran ascensor y la vista de tu bonita ciudad.

—De nada —respondió la aludida, y volvió a apoyarle la mano en el hombro—. Se agradece estar aquí con alguien que no es un repipi ni un esnob, la verdad.

—Champán barato en lo alto del Shard —murmuró George que, a pesar de las protestas, estaba bebiéndose su copa—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Queréis ir al M&M's World con un gorrito de la Union Jack?

—¿Existe un M&M's World?

Costas se acercó la copa a los labios y estornudó. Polly le revolvió el pelo.

—Adorable.

Annie cogió su copa sin demasiada convicción. Era una flauta de plástico llena de un líquido con burbujas del color del oro rosa. Una vez había visto un vestido exactamente de la misma tonalidad en una tienda de trajes de gala mientras buscaba algo bonito para el baile de graduación. Era caro, casi cien libras, pero había ahorrado todo el dinero que ganaba trabajando los sábados en Boots y le había lanzado unas cuantas indirectas a su madre, a las que esta respondía con sonrisas huidizas, hasta que por fin llegó la mañana de su decimoctavo cumpleaños. Annie bajó corriendo la escalera y se encontró una funda colgando de la puerta. Tenía que ser el vestido de sus sueños, de encaje y seda, con la falda larga y elegante, y el corpiño que se ajustaba a sus curvas y le hacía un busto digno de una modelo de pasarela. Cuando lo abrió, pensó que su madre estaba gastándole una broma.

—Mamá, ¿qué es esto?

—Ah, fui a ver el vestido que querías, pero era demasiado caro, así que te he hecho este con la máquina de coser. Es exactamente igual.

No se parecía en nada. Tenía el color de un salmón pasado, el encaje era de poliéster y el corpiño tenía unas varillas que se le clavaban en las costillas. Annie parecía una especie de merengue gigante con él puesto. Al final, la noche del baile de graduación volvió a casa antes de tiempo y se puso a ver *Frasier* en la tele. Otro recuerdo que no era especialmente feliz. Pero ahora estaba allí, bebiendo champán en lo alto del Shard. Miró a Polly y levantó la copa.

—Salud.

—Salud. —Polly dio un trago—. Max me va a matar. Se supone que no puedo beber antes de las resonancias. Paso tanto tiempo en esa máquina que estoy pensando en empapelarla a mi gusto. Venga, subamos hasta la terraza exterior.

Fuera hacía un sol cegador y el viento soplaba con fuerza. Annie decidió que aquel no era un buen momento para mencionar su leve problema de vértigo y se quedó tan cerca de la pared como pudo mientras Polly corría hacia la barandilla y señalaba todos los monumentos y sitios importantes de la ciudad.

—¡Somerset House! ¡El London Eye! ¡El Big Ben!

—El Museo Británico —apuntó Costas con una sonrisa—. ¡Donde guardáis todas las estatuas valiosas que robasteis del Partenón y que os negáis a devolver!

—Pues no se está tan mal aquí arriba —admitió George a regañadientes.

Annie lo miró de reojo.

—¿Cómo tienes la cara?

—Bien —respondió él entornando los ojos para protegerse del sol—. Nada que no se cure con un poco de tiempo.

—Siento lo de tu novio.

—¿Qué? —George frunció el ceño—. ¿Y eso qué significa?

—Nada... que se suponía que hoy venías con él, ¿no? Caleb, ¿verdad?

—Caleb y yo solo somos amigos.

Lo dijo en un tono de voz desenfadado, o al menos pretendía serlo, pero Annie conocía perfectamente la diferencia entre fingir que se ha superado una relación y

haberla superado. A veces creía que ella no lo conseguiría nunca.

Decidió no insistir. Miró hacia la barandilla y notó que el viento le empujaba el pelo hacia la cara. Desde allí arriba Londres no era la ciudad que ella conocía, llena de cagarrutas de perro, calles en obras y pisos caros y húmedos. Era una metrópoli brillante llena de millones de almas, todas convencidas de ser la más importante del mundo. Una ciudad donde cientos de personas desaparecían cada día, morían en hospitales o en residencias, a veces en plena calle, y otros cientos llegaban en paritorios y piscinas para partos, a veces sin querer en el metro. Así pues, ¿qué más daba que, entre toda esa gente, Polly estuviera muriéndose o Jacob ya lo hubiera hecho? Annie sintió que el peso de esa idea la aplastaba. Tantos sueños rotos, tantos corazones hechos añicos...

—Me siento muy pequeño —dijo George casi para sí mismo.

—Justamente estaba pensando lo mismo.

—Quiero decir... que toda esta gente ni siquiera sabe que existo. ¿Cómo pretendo llegar a ser actor cuando hay tantas personas con las mismas aspiraciones que yo? Casi sería mejor que lo dejara.

—Pero por otro lado —replicó Annie—, si metemos la pata hasta el fondo y mandamos nuestras vidas al traste, lo más probable es que nadie se entere o que no le importe lo más mínimo. Podemos morirnos en cualquier momento sin que nadie sepa de nosotros.

George se la quedó mirando.

—Me gustas, Annie. Eres un buen antídoto para ese optimismo tan desagradable que se gasta mi hermana. Cuando le diagnosticaron el cáncer me esperaba lo peor, que se deprimiera, que llorase, pero en vez de eso se convirtió en una especie de biblia de la autoayuda con patas.

Annie no acababa de entenderlo.

—Habláis de ello con tanta... normalidad.

George se encogió de hombros.

—El espectáculo debe continuar, ¿no? Estás vivo hasta que un buen día te mueres.

—Supongo.

—Además, es lo que ella quiere. Nada de lágrimas ni de caras largas. Y mis

padres... En el fondo, no creen que vaya a pasar. Y no los culpo, la verdad. Es que ¡mírala! ¿Entiendes por qué preferimos pensar que aún hay esperanza?

Annie lo entendía perfectamente. Polly estaba sonriendo, feliz, con las mejillas sonrosadas por el sol y el viento. Sí, estaba muy delgada, pero tampoco era algo raro entre las londinenses. No parecía que estuviera enferma. Estaba radiante.

—Venid aquí —los llamó Polly haciendo gestos para que se acercaran. El sol se filtraba entre las nubes y calentaba el cuerpo de Annie—. Mirad, ahí está la estación de London Bridge. ¿Tenéis idea de las horas que he pasado allí, pelándome de frío en el andén, quejándome y maldiciendo? Pero mirad qué tranquila se ve desde aquí arriba.

Y era verdad. Los trenes entraban en la estación siguiendo la maraña de vías, como patos deslizándose sobre el agua. Gente minúscula, con sus problemas, sus sueños, sus esperanzas y sus miedos.

—Seguro que así es como nos ve Dios —dijo Polly en voz baja.

—Ah, por ahí sí que no paso. ¡RECLAMO MI DERECHO A VETO! —exclamó George—. No me seas hipócrita, Poll, ¡si tú ni siquiera crees en Dios! Ahora no puedes hacerte creyente simplemente porque tengas cáncer. Eso es hacer trampa.

Polly estaba sacándole la lengua.

—Vale, vale. Llámalo como quieras. El universo. El monstruo de espagueti volador. Quizá yo también os veré así desde el cielo.

—Siempre tan optimista —replicó George—. Aún recuerdo cómo eras de adolescente. Puede que ni te abran las puertas.

—Si hay vida después de la muerte, pienso explicar a Dios lo de aquella vez que decapitaste a todas mis Barbies y ataste las cabezas a la litera.

—Él lo entenderá. Seguro que sabe lo pesada que eres.

—Ella, si no te importa.

—¿Tú crees en Dios, Annie? —le preguntó Costas en voz baja mientras los dos hermanos seguían discutiendo.

Él sí que era creyente. Annie había visto el crucifijo y las botellitas de agua bendita que guardaba en su habitación. Nunca había querido sacar el tema. ¿Cómo era posible

que un hombre gay formara parte de una Iglesia que odiaba lo que él era? Sin embargo, sabía que a veces llegaba a casa el domingo por la mañana después de pasarse toda la noche de fiesta, con la música retumbándole en la cabeza, y se iba a la iglesia ortodoxa de Camberwell. Uno de los muchos casos en los que no lograba entender a la gente.

—Mmm... Creo que no. —De lo contrario, tendría que creer en un dios que había permitido que Jacob muriera y que su madre se consumiera de dolor—. Tú eres religioso, ¿verdad?

Costas se encogió de hombros.

—La Biblia dice que lo que yo hago es un pecado. Me refiero a... ya sabes, a ser gay.

La miró tímidamente en busca de alguna señal que indicara que ya lo sabía o que le molestaba. Annie controló su reacción hasta que consiguió adoptar una expresión de absoluta tolerancia.

—Pero luego veo esto... —Señaló hacia el cielo, teñido de azul, rosa y plata—. Y conozco gente maravillosa que me lleva a ver edificios enormes y me da bebidas de color rosa, y pienso que tiene que haber algo más. Aunque no sea una persona, una cosa, un sitio. ¿Entiendes lo que quiero decir, Annie?

—Creo que sí —respondió ella.

Llevaba un año viviendo con Costas y era la primera vez que hablaban tanto rato. Él ni siquiera le había dicho directamente que era gay. Habían dormido separados por una pared, como dos completos desconocidos, y ahora, en cambio, allí estaban, contemplando el sol resplandeciente sobre las calles de Londres, y era un espectáculo tan bonito como el champán rosado, los vestidos de fin de curso y los nuevos amigos.

—¡Polly! Por el amor de Dios...

Annie despertó de su ensimismamiento y vio a Polly subida a la barandilla que rodeaba la plataforma. George la sujetaba por la cintura y un guardia de seguridad se dirigía corriendo hacia ellos. Sintió que el corazón le daba un vuelco y que la cabeza le daba vueltas. Pero Polly reía.

—Venga ya, no seas tan aburrido, George. ¡Quiero ver más lejos!

—Señorita, no puede subirse ahí, es peligroso.

—Qué más da, ¡si estoy muriéndome!

Reía, sí, pero Annie vio que también tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Y mientras George la ayudaba a bajar de la barandilla y hacía un gesto hacia los ascensores para indicar a los demás que ya era hora de irse, Annie también se dio cuenta de que él tampoco era el chico irascible que aparentaba ser, sino que, en realidad, estaba muerto de miedo.

Día catorce: No hagas nada



«Annie. ¡Annie, llama a una ambulancia!»

Annie estaba en su antigua casa y el sol se colaba a través de las cortinas blancas de la habitación. Tenía a Jacob en brazos, pero cuando bajó la mirada vio que estaba azul, la piel casi traslúcida, con una maraña de venitas asomando por debajo. Estaba tan frío y tan quieto... Como si fuera un muñeco de cera idéntico a su bebé. Era una pesadilla. Sabía que estaba dormida, e intentó despertar a través de las capas de sueño que la mantenían inmóvil.

«No es real. Esto no es real», se dijo.

Se incorporó y miró el reloj. Otra vez domingo. Costas aún no había vuelto a casa y el piso estaba en silencio. Se preparó una taza de té, un huevo pochado y unas tostadas y, al recordar los comentarios de Polly sobre su vajilla, decidió servirlo todo en un plato bonito.

Se sentó en el sofá, por fin libre de cáscaras de pistacho, y reparó en que los rayos del sol ya no iluminaban las migas y los restos de comida que solía haber por todas partes. Algo era algo. Un algo pequeño, pero algo al fin y al cabo. Contempló la comida en el plato, que estaba decorado con una cenefa de lilas. El amarillo de la yema, el verde pálido del aguacate. Cuando se dio cuenta, ya había cogido el móvil y le había hecho una foto, aunque consiguió contenerse cuando ya tenía el índice sobrevolando el botón de Facebook. Ni en broma. No quería convertirse en el tipo de persona que cuelga fotos de su desayuno.

Tenía un mensaje de Polly, alegre y dicharachero como siempre, en el que le preguntaba si le apetecía ir a la National Gallery en algún momento de la semana. Annie aún estaba preocupada por lo que había pasado en el Shard, la forma en que se había encaramado a la barandilla para tocar el cielo. Era evidente que estaba más enferma de lo que parecía, por eso se había arriesgado de aquella manera, había ido demasiado lejos. De haberse tratado de cualquier otra persona, Annie le habría dado largas, se habría inventado alguna excusa relacionada con el trabajo. Pero con Polly no podía perder el tiempo. Si posponía un encuentro con ella, existía la posibilidad de que fuera el último. Por eso le respondió que sí, a pesar de las dudas, y luego se dispuso a disfrutar de un domingo tranquilo sin hacer absolutamente nada.

Día quince: Termina algo que tengas a medias



—Y por eso, para celebrar que hemos terminado el proyecto de las multas por vertidos incontrolados, ¡por fin!, vamos a ir a tomar algo al Shovel después del trabajo —dijo Jeff tratando de sonar natural, a pesar de que estaba leyendo una tarjeta—. Permittedme que os recuerde que, de acuerdo con la política sobre diversidad del ayuntamiento, las consumiciones correrán a cargo de cada uno y que la asistencia no es obligatoria. Este proyecto ha llegado a buen puerto gracias al trabajo en equipo. Todos habéis contribuido para que fuera un éxito y...

Annie desconectó. Había dedicado más tiempo a los vertidos ilegales del que jamás habría imaginado. Le sorprendió la elección de local. El ayuntamiento estaba tan preocupado por evitar cualquier referencia cultural que pudiera resultar ofensiva que habían trasladado la Navidad a enero, cuando a nadie le apetecía celebrar nada.

—¿Tú vas a ir?

Fee estaba de pie delante de Annie, susurrando mientras Jeff seguía hablando de fondo.

—¡Ah! Pues no lo sé. —Llevaba años evitando sistemáticamente cualquier tipo de encuentro fuera del trabajo—. ¿Y tú?

Fee tenía unas ojeras muy marcadas.

—Bueno, supongo... Si tú vas...

Annie se imaginó manteniendo una conversación incómoda con Jeff, que solo sabía hablar de gimnasios y de trabajo, fingiendo que no odiaba a Sharon y huyendo de la

halitosis de Tim. Claro que, por otro lado, tampoco tenía nada mejor que hacer.

—Supongo que sí. Pero solo esta vez, ¿vale?

—Solo esta vez —asintió Fee. Sonrió y su rostro se destensó por completo—. Vale la pena celebrar que se ha acabado. No sé tú, pero si vuelvo a oír la expresión «vertidos incontrolados», no respondo de mis acciones.

Día dieciséis: Empápate de cultura



—¡Me encanta! —exclamó Polly mientras subía la escalera del museo.

Llevaba un vestido corto de color amarillo, en honor al sol que bañaba Londres y que convertía el Támesis en una cinta de plata. Como aún era marzo, se había puesto también unas medias lilas, unos zapatos de tacón de piel de serpiente verdes y un abrigo vintage con el cuello de pelo. La gente se la quedaba mirando allá adonde fuera, y era normal porque además iba hablando como si se hubiera tragado un megáfono.

—Yo estudié Historia del Arte en la universidad. ¿Y tú, Annie?

—Nada —respondió ella susurrando para compensar el volumen de Polly—. Empecé a trabajar directamente.

En casa no entraba mucho dinero y su madre la convenció de que lo mejor que podía hacer era buscar trabajo. «No pidas la luna, Annie.» A veces se preguntaba si existía otra Annie por ahí, en un mundo paralelo, que asistía a actos en bibliotecas, hablaba de literatura ataviada con las bufandas que ella misma tejía y, en otoño, levantaba a su paso las hojas secas con las ruedas de su bicicleta.

—Supongo que la mía es una carrera un poco de broma. Me pasé cuatro años contemplando la belleza en todas sus formas. Tengo la teoría de que si te pasas el día viendo, oyendo y oliendo cosas agradables siempre tendrás pensamientos positivos y serás feliz.

Annie lo dudaba. Era imposible rodearse únicamente de cosas agradables. Siempre

habría autobuses sucios y martillos neumáticos destripando las aceras como en Trafalgar Square. Y siempre habría muertes.

—¿Cuánto cuesta... la entrada al museo?

Si seguía apuntándose a los planes de Polly su presupuesto mensual pronto se agotaría. Encima había tenido que cogerse la tarde libre en el trabajo, y las cejas alzadas de Sharon habían sido un gesto evidente de su opinión al respecto.

—¡Es gratis! ¿No has venido nunca?

—No que yo recuerde.

En los viejos tiempos las chicas y ella —Jane, Miriam y Zarah; las Cuatro Fantásticas, como Jane insistía en que las llamaran— solían ir a Londres todos los sábados. Iban a una exposición, de compras o simplemente comían fuera. Como hacía tiempo que no se hablaban, Annie había acabado perdiendo la costumbre. Le daba un poco de vergüenza. Tenía tanta cultura al alcance de la mano y lo único que hacía era ver la televisión.

Polly volvió a cogerla del brazo y tiró de ella.

—Vamos, te prometí que te enseñaría unas cuantas mujeres desnudas.

Annie se dejó arrastrar de una sala a otra, haciéndose pequeñita cada vez que Polly se ponía a gritar a pleno pulmón.

—Y este es Degas. Un viejo pervertido de tomo y lomo, pero mira qué bonitas estas pelirrojas. Me encantaría ser pelirroja. ¿A ti no? Estoy segura de que habría vivido muchas más aventuras. Mira cómo les pintaba la espalda, cuánta sensibilidad. Y mira, Rubens. Este es el que quería mostrarte.

Annie observó el cuadro. Una colección de traseros celulíticos, barrigas protuberantes y muslos pálidos y sensuales. Polly tenía razón: se parecían a ella. Menos en el pelo, que ella tenía de un color castaño indeterminado.

—Entonces... ¿esto es lo que se consideraba bonito en aquella época?

—Para ellos, la delgadez equivalía a pobreza. O a enfermedad. —Polly señaló su propio cuerpo con la mano—. A ver, tampoco hace falta meterse con las delgadas. Solo quería que vieras que lo que ahora nos parece deseable no lo fue en otros períodos de la historia, como en ese caso, durante el Barroco. El ideal de belleza cambia continuamente.

—Entonces yo he nacido en la época equivocada —dijo Annie.

No podía dejar de mirar esos tonos de piel nacarados. Nada de bronceados artificiales, solo rosas, marfiles y blancos rotos. Los pliegues de la carne eran gloriosos; los cuerpos, rollizos y llenos de vida. Era evidente que los habían alimentado con nata, miel y carne de caza. Y aquellas mujeres se mostraban orgullosas, coquetas y arrebatadoras.

—Este es mi favorito —anunció Polly mientras la llevaba hasta otro cuadro en el que una mujer desnuda tumbada de espaldas miraba en un espejo de mano—. *La Venus del espejo*. Me encanta ese rosa. Intenté encontrar el tono exacto para el vestido de mis damas de honor, pero no sabía ni cómo llamarlo.

Annie la miró sorprendida. Hasta ese momento nunca le había oído decir que estaba casada. Quiso indagar, que le contara algo más. Pero al final no se atrevió a preguntarle al respecto por miedo a estropearle el buen humor. Polly seguía mirando el cuadro como si intentara memorizar hasta el último centímetro de lienzo.

—¿Sabes qué pienso en ocasiones? Que ojalá hubiera venido una vez a la semana solo para mirar este cuadro. Creo que jamás me cansaría de él. En lugar de eso, perdí el tiempo viendo todo tipo de cosas absurdas: compañeros de trabajo a los que odiaba, el interior de trenes sucios y viejos, noticias ridículas de internet sobre famosas que engordaban... Todo el día corriendo de reunión en reunión, preocupada por la cuenta del rímel o por si debería hacer pilates. Cuánto tiempo perdido, Annie.

Annie no sabía qué decir.

—Seguro que también has visto cosas bonitas.

—Sí, claro. —Polly suspiró—. La puesta de sol en el Gran Cañón, el Taj Mahal los Alpes nevados y todo eso. Pero no es suficiente. ¿Cómo voy a conformarme con eso? Yo deseo verlo todo. No quiero dejar de ver cosas bellas.

Annie temía que Polly se pusiera a llorar, así que apoyó una mano en el brazo de su amiga. No le dijo «tranquila, no pasa nada» porque sabía que era cierto.

—Pero ahora estamos aquí. Podemos mirar el cuadro.

Polly respiró hondo y sonrió.

—Eso es verdad. Ahora estamos aquí, admirándolo. Y seguirá aquí cuando las dos

ya no estemos, igual de increíble que ahora. Tienes razón, Annie. Creo que lo que necesitamos en este momento es la parte más importante de cualquier visita a un museo: primero la tienda de regalos y luego un trozo de tarta.

De camino hacia la salida Polly se detuvo en la escalera, lo cual provocó una colisión múltiple entre el grupo de chinos que caminaban detrás de ella.

—¿Qué?

Annie no pudo evitar preocuparse. ¿Iba a vomitar otra vez? ¿Intentaría subirse a lo alto del edificio? ¿Pensaba desnudarse? Al parecer, todas esas opciones eran válidas, juntas o por separado. Pero Polly estaba sonriendo.

—¿Has visto *La dolce vita*?

—Ah, sí. —Era la película favorita de su madre. Una fantasía llena de italianos guapos y helados en plazas soleadas. Tan distinta de lo que era ahora la vida de su madre—. ¿Por qué?

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Mmm... No creo.

Polly señaló con el dedo.

—¡Una fuente! ¡Para bailar en el agua!

—¿Estás loca? ¿Tú sabes lo sucia que está el agua?

Polly, que ya había echado a andar, le respondió por encima del hombro:

—¡Oh, no! ¿Y si me pongo enferma? Venga ya, Annie. La vida no consiste en esperar a que pase la tormenta, sino en aprender a bailar bajo la lluvia. ¿Dónde está tu espíritu aventurero?

Desaparecido en combate. De hecho, ni siquiera estaba segura de haberlo tenido alguna vez.

—¡Polly!

Iba directa hacia la fuente, con su agua helada y su olor a piscina municipal. Annie salió corriendo detrás de ella. Cuando la alcanzó, ya estaba quitándose el abrigo.

—Algo me dice que esto no está permitido —protestó Annie; estaba histérica.

Polly puso los ojos en blanco.

—Mejor. Espero que me detengan. Es otra cosa que nunca me ha pasado.

—Pero...

—¡Venga ya, Annie! ¿Has bailado alguna vez en una fuente?

Pues claro que no. Las únicas fuentes que conocía eran las de algún proyecto fallido de arte urbano, de esas que siempre estaban llenas de colillas.

—Ay, Dios.

Polly ya se había descalzado. Tenía los dedos finos y largos, las uñas pintadas de color plata y las piernas llenas de marcas y delgadas como dos palillos. Pero se estaba riendo mientras se metía en el agua.

—¡Madre mía, está helada! ¡Venga, métete!

A Annie no se le ocurría nada peor que resfriarse en una fuente llena de agua sucia. ¿Y si cogía la polio? ¿Aún existía? Un hombre con un chaleco amarillo y un walkie en la mano se dirigía hacia ellas.

—Señora, voy a tener que pedirle que salga de ahí.

Polly chapoteaba con la falda remangada.

—¿Por qué?

El hombre parecía confuso.

—Mmm... Por su salud y su seguridad.

—Ah, no pasa nada, estoy muriéndome, ¿sabe? Le firmo lo que quiera.

El hombre miró a Annie, que se encogió de hombros.

—Lo siento, está muy enferma y...

—Sáquela o la detengo.

—Pero ¿es usted policía?

—Bueno, no exactamente, pero conozco algunos.

Annie tuvo la sensación de que aquel preciso instante era un punto de inflexión para ella. Podía mantenerse al margen y dejar que el hombre sacara a Polly, quien, al fin y al cabo, solo quería chapotear en una fuente pública antes de morirse, o podía...

—¿Qué está haciendo? —exclamó el hombre—. Pare... ¡Señora, ya basta!

Annie se había quitado las botas y estaba rebuscando debajo de su falda para quitarse también los leotardos. Una vez conseguido, saltó el borde de la fuente y no

pudo evitar una mueca de sorpresa al notar lo fría que estaba el agua.

—¡Dios!

Polly empezó a aplaudir entre risas.

—¡Venga, Annie, tú puedes!

La gente empezaba a acercarse a la fuente y a hacer fotos. Annie no sabía dónde meterse.

—¿Me concede este baile, señorita Hebden? —le preguntó Polly cogiéndola de las manos.

—Ay, Polly, de verdad que no puedo...

—¡Venga ya! La idea es bailar en la fuente, no pasear por dentro. —Se volvió hacia la multitud y gritó—: ¡Si nos ponen una canción, les dedicamos el baile!

—Polly, no...

Desde el altavoz de un móvil empezó a sonar una versión metálica de «New York, New York».

—¡Se ha equivocado de ciudad! —exclamó Annie.

—Da igual. Vamos.

Polly le pasó un brazo alrededor de la cintura y empezó a balancearse. Annie se unió al baile sin demasiada convicción, salpicándose de agua (infectada, seguro) toda la falda. Se oyó un plop; alguien más había saltado a la fuente. Era un grupo de estudiantes de intercambio con los vaqueros remangados hasta las rodillas, riéndose y maldiciendo en español. Varios padres empezaron a meter a sus hijos y el aire se llenó de chapoteos, de gritos y de risas. La canción enfiló su final apoteósico y la gente coreó «¡New YORK, New YOOOOOORKKK!».

—Ay, Dios mío. Ha sido divertidísimo.

La gente ya había empezado a dispersarse entre risas y aplausos. Aquel instante de genialidad ya era cosa del pasado. Un minuto, dos a lo sumo, en los que un grupo de londinenses habían conectado en vez de ir cada uno a lo suyo. A Annie le había parecido una eternidad.

Polly respiraba con dificultad.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

Su amiga asintió mientras tosía.

—Ha valido la pena. Ha sido alucinante.

—Bueno, ¿por qué no vamos a algún sitio calentito? ¿Te apetece un té y un trozo de tarta?

Polly tosió otra vez.

—Té y tarta... suena... genial.

—¿Ya se te han secado?

Polly levantó uno de sus pies huesudos, envuelto en servilletas de papel.

—Creo que me estoy pelando.

—Avísame si tienes frío. El doctor Max dijo que debías andarte con cuidado.

—¡Estoy bien! —Polly levantó su taza—. ¿Sabes qué? Ojalá hubiera comido tarta todos los días de mi vida. ¿Tú sabes la cantidad de ensaladas y de bayas de goji que he llegado a meterme entre pecho y espalda? Y todo para acabar palmándola a los treinta y cinco. Qué pérdida de tiempo, Annie. Seguro que los pasteles que nunca me comí me perseguirán eternamente. A partir de ahora, mínimo dos trozos al día. Se me va a poner un culo que ni el de la Kardashian.

Annie dio un mordisco a su trozo de pastel, cubierto de un glaseado rosa palo tan bonito que casi daba pena comérselo.

—Me lo dices a mí, que no recordaba si había estado alguna vez en la National Gallery —replicó—. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? No recuerdo la última vez que hice algo tan simple como esto: tomarme un té con alguien.

—Hace tiempo que quería preguntártelo. ¿Dónde están tus amigos, Annie?

Annie parpadeó, sorprendida. Aún no se había acostumbrado a la franqueza de Polly.

—Antes tenía. Amigas del colegio y tal. Pero supongo que nos distanciamos.

Cuando su relación con Jane quedó reducida a cenizas, el fuego también arrasó el resto de sus amistades. Entonces no le importó. Era como llorar por la destrucción de una aldea minúscula cuando una ciudad entera había sido reducida a escombros. Pero ahora sí sentía la pérdida, todos los sábados cuando se quedaba sola en casa, cada

vez que se planteaba ir de vacaciones pero no se decidía porque no quería ser la única mujer, solitaria y triste, que fuera al viaje.

—Bueno, ¿y tú? —contraatacó—. Aún no he conocido a ninguno de tus amigos.

Quizá Polly se avergonzaba de ella.

—Si te soy sincera, digamos que he estado evitándolos.

—¿Por qué?

—Ah, no lo sé. Quizá porque cuando los miro me doy cuenta de lo mucho que debo de haber cambiado. Y me tratan de un modo diferente, como si fuera a romperme en cualquier momento. A mí me gustaría que se atrevieran a decirme que mi ropa no pega o algo así, que es lo que habrían hecho antes. Me hacen sentir... incómoda.

—Yo también he estado evitando a mis amigas —admitió Annie—. Desde hace mucho tiempo.

Tanto que dudaba que siguieran siendo sus amigas.

—¡Nunca es tarde! —Polly cerró los ojos un instante mientras degustaba un delicioso macaron de pistacho—. De eso va todo esto, ¿sabes? Yo tengo las horas contadas, por eso quiero que los demás hagáis lo que yo ya no puedo hacer. Disfrutar del arte. Comer pasteles. Ah, y esto.

Metió la mano en el bolso, que estaba recubierto de espejitos, y dejó una entrada encima de la mesa. Annie leyó lo que ponía.

—*Fantasía sobre un tema de Thomas Tallis*. ¿Qué es?

—Solo es un concierto en el que se interpreta la obra musical más alucinante de todos los tiempos. Algo para los oídos, además de para los ojos. ¿Podrás venir?

—Ah, pues no sé...

—Comodín del cáncer —murmuró Polly mientras masticaba un trozo de bizcocho Victoria—. Por favor... Me encanta y podría ser mi última oportunidad de escucharla.

—Bueno, vale. Pero solo si me dejas pagarte mi entrada. La verdad, me siento incómoda cada vez que me invitas.

Estaba pensando en el comentario de George sobre los gorriones, pero Polly se limitó a hacer un mohín.

—Annie, no puedo llevarme el dinero conmigo cuando me vaya, pero sí puedo usarlo para pasármelo bien con mis amigos. ¿Qué hay de malo en eso?

Amigos. Todo ese tiempo pensando en los que había perdido por el camino, sin percatarse de que acababa de encontrar una nueva amistad. Creía que nunca volvería a pasar —¿cómo se hacen amigos a los treinta y cinco años?—, pero había ocurrido y además en un lugar tan poco común como el departamento de Neurología del hospital de Lewisham.

—De acuerdo —dijo tímidamente—. Pero tienes que dejarme hacer algo a mí también, ¿vale? No puedo acoplarme siempre a tu lista de cosas felices.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó la cara de Polly y, de pronto, Annie cayó en la cuenta de que estaba a su merced.

—Podrías empezar retomando el contacto con alguna amiga. Al fin y al cabo, yo no voy a estar aquí para siempre.

Pero a Annie no le apetecía hablar de eso. Prefería disfrutar del momento, relajada, feliz, sintiendo que tenía una amiga de verdad sentada al otro lado de la mesa. Una amiga de verdad a la que estaba perdiendo a marchas forzadas.

—Me lo pensaré —respondió.

Día diecisiete: Escucha música



—No sabía que había que venir tan elegante. ¿Por qué no me has avisado?

El Royal Festival Hall estaba repleto de parejas maduras, ellos con esmóquines y ellas con vestidos hasta los pies, bebiendo cantidades ingentes de vino blanco y discutiendo civilizadamente sobre Mahler. Annie se había puesto los mismos pantalones negros de siempre y el mismo jersey, y sentía que estaba dando la nota. Por si fuera poco, Polly se había olvidado las entradas en casa y habían tenido que convencer al personal del auditorio para que las dejara entrar. Al final, tuvieron que echar mano del comodín del cáncer —y de la Visa de Polly— para arreglar el desaguisado, todo ello aderezado con unas cuantas lágrimas de cocodrilo. Annie había esperado a un lado, avergonzada por el espectáculo y por su propia reacción. Ahora llegaban tarde y la gente se las quedaba mirando mientras se abrían paso por la cola. Polly llevaba un vestido estampado con ramilletes de aciano.

—Pero si vas bien. ¿Qué más da? Hemos venido a oír, no a ver.

—¿Y qué es lo que vamos a oír?

Había intentado buscarlo en YouTube antes de ir al concierto para no parecer tan ignorante, pero Sharon se había pasado todo el día rondando su mesa y, al final, no había encontrado el momento.

—A mi compositor favorito de todos los tiempos: Vaughan Williams. Es tan dramático y tan bonito... Supongo que los esnobs de la música clásica dirán que es un sentimental, pero ¡a quién le importa!

¿Había esnobs hasta en la música clásica? Sus únicas experiencias con música en directo habían sido una excursión para ver *El fantasma de la ópera* el día de su despedida de soltera y un concierto de Take That en el O2. Si no recordaba mal, Jane se había encargado de organizarlo todo las dos veces. Mientras ocupaban sus asientos —muy cerca del escenario; ¿cuánto habían costado las entradas?—, sintió el cosquilleo típico de los nervios.

El ambiente era solemne, casi reverencial. Abrió una botella de Coca-Cola Light que había traído, lo cual le granjeó unas cuantas miradas asesinas de la gente que se sentaba a su alrededor. Escarmentada, la escondió debajo del asiento y decidió aguantarse la sed hasta que acabara el concierto. Aquello no era como en los musicales. Nadie llevaba bebidas ni golosinas, ni aprovechaba para echar un vistazo a Facebook antes de que empezara el espectáculo.

El murmullo se convirtió en un silencio sepulcral en cuanto aparecieron los miembros de la orquesta, cogieron sus respectivos instrumentos, los afinaron y prepararon las partituras. Desprendían una sofisticación increíble y parecían muy concentrados. Annie empezó a ponerse muy nerviosa. ¿Y si tenía que toser? Quizá le daba por toser en una parte especialmente importante del concierto. ¿La lincharían?

—Vamos allá —susurró Polly, e incluso esas dos sencillas palabras, pronunciadas con un hilo de voz, atraieron aún más miradas asesinas.

Annie se cogió al borde de la silla. Tenía ganas de estornudar. Ay, Dios, iba a escapársele un estornudo. Arrugó la nariz justo cuando sonaba la primera nota.

Vaya. Era... Annie se dio cuenta de que había fruncido el ceño y estaba mordiéndose el labio, sorprendida por la potencia de aquel sonido. Las notas graves y profundas, la misma frase interpretada por distintos instrumentos, una y otra vez, alternando con momentos de silencio en los que se sentía temblar. La melodía abrasándole los oídos, las notas bajas vibrando en sus entrañas. De pronto reparó en que estaba clavada al asiento. Y las ganas de estornudar habían desaparecido por completo.

Veinte minutos más tarde una tormenta de aplausos se elevó sobre la platea. Annie estaba enjugándose las lágrimas. Polly se volvió hacia ella.

—¿Y bien?

—Me ha gustado. Me ha gustado... mucho.

Era lo mejor que había oído en su vida.

—¿Estás teniendo un momento *Pretty Woman*? Lo siento, no puedo llevarte a ningún sitio en mi jet privado, pero al menos no tienes que acostarte conmigo por dinero.

La voz de Polly sonó con su potencia habitual, lo cual le valió la desaprobación de la pareja de octogenarios que se sentaban justo detrás de ellas. La orquesta ya se preparaba para la siguiente pieza cuando, de repente, resonaron por todo el auditorio las primeras notas de «Like a Virgin». Annie miró a su alrededor en busca del origen del sonido. No sería su móvil, ¿no? Pues no, era el de Polly. Todo el mundo la miraba. Hasta los miembros de la orquesta. Lentamente, con toda la parsimonia del mundo, lo rescató del fondo de su bolso y apretó el botón de «rechazar llamada», pero no antes de que Annie pudiera leer un nombre, TOM, en la pantalla. La miró con los ojos como platos, pero Polly se limitó a reír.

—Creo que están a punto de echarnos. Ven, vamos a comer unos churros y a pasear por el Southbank mientras criticamos a todo el mundo.

Y se dirigieron hacia la salida, sabiéndose el objeto de la ira de quinientas personas, aunque extrañamente a Annie no le importó tanto como habría creído.

Día dieciocho: Busca tiempo para charlar



—¿Qué estás escuchando? —preguntó Sharon, que se había asomado por encima de la mesa de Annie.

Annie se arrancó los auriculares de un tirón. Llevaba un buen rato escuchando la pieza de Vaughan Williams una y otra vez, dejando que el sonido inundara sus oídos mientras observaba las calles que rodeaban la oficina, sucias y mal iluminadas.

—Ah, nada.

—Se supone que no podemos llevar auriculares. ¿Y si te necesito para algo?

Annie podría haber respondido que Syed llevaba los auriculares puestos todo el día, hasta para ir al lavabo, pero prefirió no hacerlo.

—Me haces una señal con la mano, Sharon. O me mandas un correo.

Sharon volvió a sentarse, con el habitual chasquido de las rodillas.

—Nunca se ha hecho así. ¿Qué sentido tiene mandarte un correo si estamos en la oficina? Me parece un comportamiento antisocial, qué quieres que te diga.

Pero Annie apenas la oía. Estaba ahogando el sonido desagradable de su voz con el lamento *in crescendo* de los violines y, la verdad, le daba igual lo que dijera.

Día diecinueve: Hazte con una mascota



—¡Mira! ¿A que es adorable?

Los ojos de Annie se deslizaron hasta los pies de Polly, embutidos en unos relucientes zapatos con plataformas plateados, aunque no demasiado estables. Era como si sus pies quisieran bajar al suelo, deseosos de caminar como la gente normal.

—Eso es un perro.

—Un cachorro. —Polly se agachó para coger en brazos aquel lío de patas que saltaba alrededor de sus pies. Era un bóxer, o eso le pareció a Annie (nariz chata, ojos oscuros y vidriosos), y desprendía un intenso olor a pelo mojado—. Se llama Buster.

—Pero ¿de dónde lo has...?

—Bueno, me he levantado y he pensado: «A ver, ¿qué es lo que siempre he querido tener?».

—¿Pulgas? ¿La rabia?

—¡Un cachorrito! Así que se lo he comprado a un tío de Gumtree. Ha sido fácil.

—Mmm... ¿Y cuánto has...?

—Ah, ochocientas libras más o menos.

Polly estaba tirando besitos y haciendo muecas al cachorro, que no dejaba de emitir una especie de quejido agudo. ¡Ochocientas libras! Era casi lo que Annie pagaba de alquiler cada mes. Intentó no poner los ojos en blanco.

—Poll..., te das cuenta de que has traído un perro a un sitio lleno de gente enferma,

¿verdad? ¿Eres consciente de que estás en un hospital?

—Tranquila, seguro que no coge nada.

—Polly, ¿cómo has conseguido entrarlo?

—Lo he escondido en el bolso. —Ahora estaba a la defensiva—. He pensado que alegraría a la gente. Esto es tan deprimente...

—Sí, el ala de Neurología es deprimente, pero, ahora en serio, ¡míralo!

Buster, que las observaba con los ojos muy abiertos y sin dejar de moverse ni un segundo, estaba haciendo pipí en el suelo. Polly lo apartó de ella mientras el pobre animal hacía sus necesidades en el pasillo que, curiosamente, era del color de la orina.

—Ups.

—Voy a buscar al doctor Max —dijo Annie.

Lo encontró arrodillado delante de la máquina expendedora, con un brazo dentro y una expresión de concentración máxima en la cara.

—¿Estás bien?

—¡Chist! Es una maniobra muy delicada... ¡Ajá! —Un KitKat Chunky se precipitó al vacío y el médico sacó la mano de la máquina, sujetándolo victorioso—. Dedos de cirujano uno, máquina ladrona cero. —De pronto se percató del modo en que Annie lo miraba—. ¡Lo he pagado! Pero no ha caído. Y no he comido nada desde esta mañana.

—No te juzgo. Necesito que me ayudes con algo.

—¿Con qué? —preguntó escupiendo un poco de chocolate sin querer.

Annie se lo explicó. Y al médico le cambió la cara.

—Vale. Esto no pienso tolerarlo. Llévame con ella.

Diez minutos después el doctor Max había enviado a Polly a hacerse otra resonancia, no sin antes soltarle un discursito sobre los distintos tipos de infecciones que podría contagiarle un cachorro, y ahora estaba de rodillas en el suelo recogiendo el pipí del animal con un rollo de papel del hospital. Buster se había refugiado al lado de la pared.

—¿Puedo...? —se ofreció Annie tímidamente.

—No. Ya está. Cómo odio a los criadores de perros. Convierten a los animales en máquinas de criar. Pobrecito, lo han separado demasiado pronto de su madre, mira qué asustado está.

—Y Polly, ¿por qué ha...?

—Desinhibición. —Se sentó de cuclillas y suspiró—. Es una mala señal, Annie. Significa que el tumor está devorándola por dentro. Las partes de su cerebro que controlan los impulsos y las decisiones... ¿Sabes cuando pintas un dibujo con un aerógrafo y está todo lleno de puntitos? Pues eso es lo que está pasando ahora mismo en su cerebro.

Annie asintió; tenía un nudo en la garganta.

—El otro día se puso a bailar dentro de una fuente.

—¿Lo ves? Pérdida de control. No es buena señal.

—Pero se la ve tan bien... Feliz, casi siempre.

El doctor Max chasqueó la lengua.

—No es felicidad, es euforia. Hay que sumarle la pérdida de memoria y los cambios de humor, lo que se conoce como labilidad emocional.

—Pero...

—Annie, esto no es una de esas películas con mensaje: «Vive tu vida al máximo». Estamos hablando de daños cerebrales. Es lo que está pasándole a Polly.

—Yo también bailé en la fuente con ella.

El médico levantó la mirada y frunció sus pobladas cejas.

—No creía que fueras de esas.

—Ni yo. La verdad es que no sé qué pasó. Supongo que pensé que así podría evitar que la cosa se saliera de madre.

Él asintió.

—Eres una buena influencia para ella. Menos en lo de la fuente. Es como si... se distrajera y no fuera tan consciente de lo que le ocurre. Como si estuviera más estable.

—Entonces está yendo a peor.

—Sí. Y empeorará aún más. Eh, Annie, ¿estás llorando?

—Es que... —Se mordió el labio mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. Pobre cachorrito, apartado de su madre. No es justo.

El doctor Max se incorporó torpemente sujetando una bola de papel manchada de pipí.

—Venga, Annie. Ya tenemos suficientes lágrimas en esta planta.

—Lo... lo siento. ¿Crees que Buster podrá volver con su madre, aunque solo sea durante una temporada?

—Mañana intentaré devolverlo. Me va a oír el desgraciado del criador. De momento puede quedarse en mi despacho, ya le buscaré un sitio para que haga pipí.

—¿Quieres que te acompañe mañana a hablar con el criador?

Max pareció sorprenderse.

—¿No trabajas?

—Mañana es sábado.

—Ah, es verdad. Aquí a veces se pierde la noción del tiempo. —Sonrió y su mirada se suavizó—. Solo si te ocupas tú de partirle la cara. Yo tengo que cuidar estas manos de cirujano, las necesito para obrar milagros. ¿Tienes un buen gancho de derecha, Annie?

—Sé defenderme. Crecí en un barrio obrero, ¿sabes?

—Muy bien. En ese caso, insisto en que vengas.

—Me ha parecido tan injusto que el doctor Cascarrabias se llevara al pobre Buster... —protestó Polly unas horas más tarde mientras se dirigían hacia la salida del hospital. Cada dos por tres se paraba para saludar a alguien o preguntarle por su salud: «Eh, Paul, ¿qué tal ese tobillo? ¡La próxima vez no te tomes el partido tan serio!», «¡Mercy! ¿Te has hecho algo en el pelo?». Limpiadoras, personal de Administración, enfermeras... Era como si conociera a todos en el hospital—. Soy perfectamente capaz de cuidar a un cachorro. No tiene derecho a impedírmelo.

—¿De dónde sacas el tiempo para conocer a toda esta gente? —le preguntó Annie mientras Polly saludaba a otro celador.

—Bueno, estos últimos meses me he pasado media vida aquí metida. Esperando para los escáneres, para que me hicieran una analítica, para la quimio... Es mi especialidad: sacar el máximo partido a la sanidad pública.

Annie también había pasado mucho tiempo en aquel hospital y no se sabía ni un solo nombre. Antes de conocer a Polly solía refugiarse en un libro o, como se sentía culpable porque no estaba trabajando, aprovechaba para responder correos desde el móvil.

—¿Conoces bien al doctor Max? —preguntó disimuladamente, intentando que sonara natural pero sin conseguirlo.

—¿El hombre que ha tenido las manos dentro de mi cabeza? Estoy familiarizada con su trabajo, sí.

—Bueno, y... ¿qué tal? ¿Está...? Ya sabes. —Annie notó que se sonrojaba. Cómo lo odiaba. En su caso, nunca era un leve tinte rosado, sino una explosión de un rojo intenso, como cuando aplastas un tomate—. ¿Está casado o algo? No sé, como prácticamente vive en el hospital...

Polly se echó a reír.

—Annie, menuda picarona estás hecha. ¿Te gusta el doctor Cascarrabias?

—No, no me gusta. Solo me preguntaba cómo debe de ser su vida. Trabaja tanto...

Tampoco llevaba alianza, aunque podría ser por una cuestión de higiene.

—A Annie le gusta Max, a Annie le gusta Max...

—¡Calla, Polly!

Annie miró a su alrededor muerta de vergüenza.

—No sé si está casado. Casado con su trabajo sí, eso seguro. Pero, Annie, no tenemos tiempo para enamoramientos, ¡hay que vivir la vida! Por mucho que el doctor Cascarrabias pretenda impedir que me divierta.

Annie recordó el consejo del médico: Polly no debía perder la estabilidad.

—Oye, Polly, siento lo del perro, pero hay muchas otras cosas divertidas que podemos probar. ¿Qué te gustaría hacer para el próximo día del reto?

—Sinceramente, me encantaría, y, por favor, no me odies, hacerte un cambio de imagen.

Annie resopló.

—¿En serio? Qué típico. ¿De verdad crees que voy a convertirme en una mujer nueva solo por ponerme un poco de pintalabios?

Polly deslizó un brazo alrededor del suyo. Annie esperaba que no estuviera manchado de pipí de perro.

—A ver, te entiendo, ¿eh? Ya sé que es un poco condescendiente querer cambiar el aspecto de alguien. Pero hay tantos looks posibles en el mundo... Tanta ropa, tantos colores de tinte, tantos tipos de maquillaje... Hasta hace poco incluso yo me había pasado la vida llevando siempre lo mismo. Trajes, vestidos de corte rectos. Vaqueros, vaqueros y más vaqueros. Pantalones de yoga. El mismo delineador de Barry M. Por eso ahora intento ponerme todo lo que tengo en el armario, así, a lo loco, ¿entiendes? ¿Siempre vistes de negro?

Annie revisó su atuendo del día: pantalones negros y la camisa gris que había llevado al trabajo.

—Así es más fácil. Ahorro tiempo por la mañana.

Incluso mientras lo decía, sabía que no era más que una excusa barata. Antes le gustaba la ropa, ¿verdad? Cuando se quedó embarazada, se compró un montón de conjuntos de premamá. Le encantaba la forma de su cuerpo, la promesa de lo que estaba por venir.

—Sería muy divertido —insistió Polly, intentando engatusarla—. ¿Por qué crees que me visto así? —Tiró de los bajos del modelito del día, un vestido corto, rosa y con volantes, encima de unas medias naranjas—. No me queda mucho tiempo, Annie. Puede que nunca pueda volver a ponerme una falda pantalón o unas botas de vaquero. Tiene que ser ahora o nunca. Podrías hacer como yo. Recuerda que si el plan A no funciona, tienes veinticinco letras más para escoger.

—¿Ahora es cuando usas el comodín del cáncer?

—Creía que se había entendido.

¿Qué replicar a eso? Polly se moría; el comodín del cáncer era real. Lo mínimo que podía hacer por ella era ponerse un vestido.

—Vale. ¿Por qué no te vienes a casa y, no sé, nos hacemos la manicura o algo?

—Genial. Llevaré brownies.

—No tenemos nueve años —refunfuñó Annie—. No será como una fiesta de pijamas en la que... Ay.

—¿Annie? —Polly retrocedió hasta donde su amiga se había detenido en seco en medio del pasillo—. Te has quedado blanca. ¿Estás bien?

«Muévete. Escóndete. Rápido. ¡Rápido!», se dijo Annie. Pero las piernas no le respondían. Estaba petrificada, con la mirada clavada al frente, incapaz de apartar los ojos del hombre que estaba sentado en la cafetería del hospital. No veía lo que estaba bebiendo, pero sabía perfectamente qué era. Café con leche, con un azucarillo. O medio, si es que estaba intentando perder peso. Llevaba vaqueros y un polo verde, y sus brazos parecían fuertes y bronceados.

Annie rememoró los gritos de ese hombre desde el pasillo. «¡Annie, llama a una ambulancia!» Recordó haber buscado el móvil entre las sábanas e intentar marcar el número mientras el pánico se apoderaba de ella...

Polly le pasó una mano por delante de la cara.

—Annie, ¿estás bien? Eh, como en aquella canción de Michael Jackson: «*Annie, are you OK? Annie, are you OK? Are you OK, Annie?*».

Su voz sonaba clara y penetrante. Annie volvió en sí y echó a andar a toda prisa hasta que hubo dejado atrás la cafetería. Polly corrió tras ella, balanceándose peligrosamente en lo alto de sus plataformas, deteniéndose por el camino para saludar a un médico residente.

—Eh, hola, Kieran, ¿hoy te toca de noche? No olvides tomarte las vitaminas que te dije. Van genial para subir la melatonina.

Annie se dejó caer en una silla —plástico verde, la espuma asomando por los agujeros—, ajena a todos los ruidos del hospital: chirrido de ruedas, pitido de monitores, pasos rápidos. Vidas que se iban. Vidas que acababan de empezar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Polly.

—Era... Solo era... alguien a quien hacía tiempo que no veía.

—¿Quién? ¿Tu padre ausente? ¿El amor de tu vida? Algo te ha afectado muchísimo.

—No. Estoy bien. Es que... no he comido nada. Será mejor que me vaya a casa.

Se dirigió hacia la puerta a toda prisa con la cabeza gacha, la cara medio tapada con el pañuelo, aunque seguramente él no la vería ni aunque se toparan de frente; estaba convencida de que ya nunca pensaba en ella.

Día veinte: Practica un deporte de riesgo



—¿Es aquí? —preguntó Annie, nerviosa.

Se encontraba en el coche del doctor Max que, al igual que su dueño, estaba un poco abollado y con la tapicería manchada de barro y de algo que parecía ser chocolate derretido. Habían aparcado delante de una especie de desguace en Deptford y no había nadie a la vista. Montones de cascotes se apilaban entre los restos de varios coches calcinados y se oían las notas de una canción de Rihanna procedentes del interior de una pequeña caseta.

—Polly dice que lo compró aquí. —El doctor Max emitió una especie de gruñido—. No puedo creer que viniera hasta aquí ella sola. A veces pienso que esa chica no está bien de la cabeza, con tumor o sin él.

—¿Entro?

Buster se encontraba entre los pies de Annie, protestando con quejidos lastimeros mientras mordisqueaba la alfombra.

—Mejor vamos los dos. No sé si es seguro entrar ahí.

Habían bromeado sobre la posibilidad de acabar a puñetazos, pero Annie estaba nerviosa. Se bajó del coche con Buster en brazos envuelto en su abrigo. El silencio era casi absoluto, excepto por el sonido de la radio y el crujido del metal cada vez que lo mecía el viento.

—¿Hola? —gritó.

Nada. Se dirigió hacia la caseta. Se le había salido la parte de atrás de la camisa

de los pantalones.

—Hola, ¿hay alguien ahí?

La puerta chirrió ligeramente y del interior de la caseta salió un hombre de aspecto siniestro que se limpiaba las manos con un trapo. Llevaba un chaleco muy ajustado que dejaba a la vista unos brazos gruesos como troncos.

—¿Qué *quier*?

Tenía un acento extraño; recortaba las palabras.

—Mmm... Hola —dijo Annie, nerviosa—. Ayer una amiga mía le compró este perro, pero la cuestión es que no puede quedárselo... Tiene cáncer, ¿sabe?

—No *e* problema mío.

—Es demasiado pequeño para estar separado de su madre —intervino el doctor Max—. ¿Dónde la tiene?

—La he *vendío*.

—Por el amor de Dios... ¿Tiene licencia de criador? Debería darle vergüenza, amigo.

El hombre cambió de postura ligeramente y sus brazos se tensaron. Annie empezó a retroceder con Buster pegado al pecho. Podía notar el latido de su corazón a través del jersey, martilleando a la misma velocidad que el suyo.

—Doctor Max, quizá deberíamos...

—No pienso dejarme intimidar. Este individuo está saltándose la ley.

El aludido silbó, como si llamara a un perro, y dos hombres más salieron del interior de la caseta. Annie se quedó petrificada.

—Eh... Doctor Max...

—Es una vergüenza, eso es lo que es. Pienso denunciarlo, y le exijo que devuelva el dinero a mi paciente...

—¡DOCTOR MAX! —Annie ya estaba retrocediendo hacia el coche—. Creo que deberíamos salir de aquí.

Pero Max estaba plantándoles cara. Era corpulento, pero no lo suficiente para enfrentarse solo a los tres tipos que se dirigían hacia él. Annie tuvo una visión horrible: el médico tirado en el suelo, con la cara destrozada a puñetazos. Y sería una lástima porque era una cara bien bonita.

—¡Por favor! —gritó, esa vez dirigiéndose al hombre que parecía ser el cabecilla—. Está enfadado porque mi amiga tiene cáncer. Es su médico, ¿sabe? —El Hombre Siniestro no dijo nada, pero la miró y ladeó la cabeza como si estuviera escuchándola, así que Annie siguió—. Es un buen médico. Ayuda a muchísima gente. No le pegue... es cirujano, tiene que cuidarse las manos.

—¿E médico?

—Sí. Y muy bueno.

—Estoy aquí, Annie, no sé si me ves.

Annie lo fulminó con la mirada.

—¡Chist! Bueno, ¿por qué no nos marchamos con el perro y no se hable más del tema?

—Ni de coña, no pienso largarme corriendo, no...

—HAZ EL FAVOR DE CALLARTE, doctor Max.

Uno de los hombres se dirigía hacia ellos. Era el más corpulento de los tres, como la matrioska que contiene a las demás. Tenía las manos en la hebilla del cinturón. Annie no sabía por qué. ¿Pensaba pegar a Max con el cinturón? De pronto vio que se bajaba los pantalones.

—¿Ve *eto*? ¿Qué *e*?

Max se lo quedó mirando, sorprendido. El hombre le mostraba un lunar oculto debajo del vello que le cubría las nalgas.

—Es... es un lunar.

—¿E de *lo malo*?

—No sabría qué responderle. —Max entornó los ojos—. Yo diría que no, a menos que haya cambiado recientemente.

—E antiguo.

—Ya. Bueno, debería vérselo un dermatólogo, pero no creo que deba preocuparse, no.

El hombre se subió los pantalones e intercambió una mirada elocuente con sus dos compañeros. El líder entró en la caseta y salió con un puñado de billetes grasientos.

—La *mitá* —gruñó—. No *pueo* quedarme el perro. No tengo dónde meterlo.

—Nos los llevamos nosotros —intervino Annie—. Puede quedarse conmigo una temporada. No pasa nada, de verdad. —No tenía ni idea de cómo iba a cuidar de un cachorro en un décimo piso. Lo que sí sabía era que tenían que largarse de allí cuanto antes o acabaría recogiendo los restos del doctor Max con una cucharilla—. Por favor —le susurró—. Tus pacientes te necesitan. Polly te necesita.

—Puedo con los tres.

—Ya lo sé. Seguro que sí. Pero, en serio, deberíamos... irnos.

El médico asintió, aunque a regañadientes y con los puños aún apretados.

—¿Crees que podrás cuidar del perro? Yo lo haría, pero nunca estoy en casa. No sería justo para la pobre criaturita.

—Claro que puedo. Por favor, ¿nos marchamos de aquí?

Al final Max dio media vuelta y Annie corrió hacia el coche tan deprisa que, de haber estado aún en el colegio, habría ganado fácilmente los cien metros lisos, en lugar de quedar siempre la última, que era lo que solía ocurrirle en la vida real. Buster seguía apretado contra su pecho, ajeno a lo que acababa de pasar, con la lengua colgando.

—Pues parece que acabas de adoptar un perro, Annie —dijo Max mientras arrancaba el motor—. Vámonos. Será mejor que busquemos una tienda de animales.

Día veintiuno: Cambia de imagen



—¿Está lista para la sesión de fotos, señorita Hebden?

—En absoluto. Pero será mejor que entres.

Annie abrió la puerta y se encontró a una Polly que parecía sacada de los pósteres de reclutamiento de la Segunda Guerra Mundial. Mono de trabajo azul marino pintalabios rojos, pañuelo en el pelo. Ella, en cambio, iba vestida con unos pantalones de pijama y una sudadera con capucha. La sudadera tenía una mancha seca en un lateral, de gachas, probablemente. Quizá Polly tenía razón y necesitaba un cambio de imagen.

—Ayúdame con esto, ¿quieres? —Polly estaba arrastrando una maleta enorme—. ¡Ay, mira, mi bebé! —exclamó, y se lanzó sobre Buster, que le lamió la cara.

—No sé si eso es buena idea.

—Venga ya, ¿tú también? Si de todas formas estoy muriéndome. Prefiero hacerlo achuchando a esta preciosidad.

La preciosidad tenía mucho morro, o eso pensaba Annie. Costas y ella habían abandonado la cama al menos diez veces durante la noche para bajarlo a que hiciera pipí, y eso a pesar de que Costas tenía que levantarse a las cinco para ir a servir cafés. Aun así, Annie se encontró un montón de charquitos sospechosos por la mañana y tuvo que abrir todas las ventanas para que se marchara el olor. Por eso en el piso hacía un frío que pelaba. Por suerte, Costas había recibido al cachorro con los brazos abiertos y ya se refería a él como «bebé», lo cual resultaba preocupante. Buster no

podía quedarse a vivir con ellos.

En cuanto Annie vio la maleta empezó a temer por su seguridad.

—¿Pero no íbamos a hacernos la pedicura y a ver *Orange is the New Black*?

Polly se echó a reír.

—Buen intento, Hebden. Ya conoces mi lema: ve a por todas o quédate en tu casa.

—Ya estoy en mi casa —se quejó Annie.

Aun así, sabía que sus protestas no servirían para nada y, si era sincera consigo misma, debía reconocer que estaba un poco emocionada viendo las telas que Polly sacaba de la maleta. Pielés sintéticas. Sedas. Estampados en rojo, verde y lila.

Polly la observó con aire crítico.

—Vale. Primero lo básico. ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una pedicura como Dios manda?

Diez minutos más tarde, y a pesar de sus protestas, Annie estaba envuelta en una toalla, con los pies a remojo en una palangana y una crema de nombre impronunciable abrasándole sus partes nobles mientras Buster mordisqueaba sus zapatos en una esquina. Había intentado justificar su dejadez insistiendo en que la suya era una postura feminista, pero Polly había vuelto a arquear sus cejas casi inexistentes.

—¿En serio? ¿O más bien es que hace años que no dejas que nadie se te acerque?

—Las dos cosas —replicó Annie de mal humor. Observó a Polly, que se dirigía hacia ella con algo parecido a una tira de celo muy ancha en las manos—. ¿Qué es?

—Nada. ¡Anda...! ¿Qué es eso que hay ahí?

—¿Qué...? ¡Ahhh! —Polly le había pegado algo a la pierna y luego se lo había arrancado con la misma rapidez—. ¡Por todos los santos, Polly! ¿Qué ha sido eso?

—Cera, tonta. Será mejor que sigamos o acabarás con una sola tira calva.

—Te odio —murmuró Annie.

Luego vino todo lo demás. Los pies recuperaron el esplendor de antaño, con las uñas cortadas; las de las manos, limadas. Polly no paraba de negar con la cabeza.

—¿Cómo has dejado que se te estropearan tanto? ¿Es que no te las veías cada vez que mirabas el teclado?

A Annie le habría gustado responder que era fácil ignorar ciertas cosas. Solo había que cerrar los ojos, o mirar hacia otro lado, y decirte que, tal como estaban las cosas,

daba igual que te mordieras las uñas o que tuvieras las cutículas rojas y agrietadas. Pero no podía hablar porque tenía la cara cubierta de un potingue parecido al yeso y le daba miedo abrir la boca por si se resquebrajaba. Tenía una extraña sensación de alarma por todo el cuerpo; zonas que llevaban años sumidas en un pacífico estado de abandono estaban siendo atacadas, deforestadas, abrillantadas e hidratadas.

—No tiene nada que ver con la belleza —explicó Polly—. Hay cientos de formas de estar espectacular. Lo importante es cuidarse. Si tienes el pelo grasiento y las manos reseca y doloridas, ¿cómo vas a sentirte bien?

Polly estaba perfilándole las cejas cuando, de pronto, se abrió la puerta. Oh, no. Costas. Tenía la esperanza de que ese día volviera más tarde que de costumbre. Llevaba la camiseta del trabajo y olía a café, pero lucía la misma sonrisa de siempre.

—¡Polly!

—Eh, hola. —Los dos intercambiaron besos—. Estoy haciendo un cambio de imagen a tu querida compañera de piso.

Costas aplaudió emocionado.

—Mis hermanas también hacían esto. ¡Yo les pintaba las uñas!

Diez minutos más tarde Annie estaba mirando al techo muerta de la vergüenza mientras Polly le pintaba las uñas de las manos de color oro y Costas hacía lo propio con las de los pies, pero de color plata. Tener a su compañero de piso, poco más que un adolescente, arrodillado entre las piernas no era algo que Annie esperara de la vida. Buster contemplaba la escena atentamente, con la cabeza ladeada.

—¿Falta mucho? —preguntó—. A las diez empieza *Anatomía* y...

—Sí, falta mucho —la interrumpió Polly—. Falta el pelo, el maquillaje y la ropa. Déjame preguntarte algo, Costas: ¿cómo crees que debería vestirse Annie?

—Con faldas anchas —respondió él de inmediato—. Es una mujer, ¿cómo se dice? Ah, sí, voluptuosa, así que necesita... ya sabes. —Se llevó las manos a la cintura y dibujó una forma acampanada—. Faldas anchas. Y aquí más ajustado —añadió al tiempo que formaba dos copas con las manos en la parte frontal del pecho.

—¡Maravilloso! —Polly asintió y los dedos de Annie se llenaron de gotitas de laca de uñas—. Como uno de esos vestidos de baile de graduación. Es una idea genial. Y

luego también una falda de tubo y una blusa, y unos tacones altos.

—Los pantalones negros no —dijo Costas, un tanto enigmático, como si Polly y él ya hubieran hablado del tema.

Annie pensó que no dejaba de ser irónico, viniendo de alguien que llevaba las camisetas tan ajustadas que podías saber hasta qué había desayunado (batidos de proteínas básicamente).

—Os oigo —dijo enfadada.

Polly la ignoró y se levantó de un salto.

—Annie, durante los próximos cinco minutos no te muevas. Vamos a vestirte.

Una falda de seda roja con unas enaguas debajo. Un jersey ajustado de manga corta que parecía que proviniese de los años cincuenta.

—Apóyate en mí. —Polly le embutió el pie en un zapato de charol rojo con el tacón de aguja—. Ahora el otro.

Eran altos, más que cualquier otro zapato que hubiera llevado hasta entonces, tanto que no podía parar de balancearse.

—¡Soy incapaz de andar con esto! ¿Cómo pretendes que cruce el lodazal que hay alrededor de la estación de Lewisham?

—Annieee, no se anda con ropa como esta. Coges un taxi y luego te deslizas como una reina hasta la puerta del restaurante.

—No puedo permitirme ir en taxi. Y nunca voy a restaurantes.

Ya no, al menos.

Polly puso los ojos en blanco.

—Es para una ocasión especial. Algo por lo que valga la pena arreglarse, montar un poco el espectáculo, ¿entiendes?

A Annie no se le ocurría ninguna ocasión digna de tanto revuelo. El día de su boda, por ejemplo, Mike había propuesto ir en su propio coche hasta la oficina del Registro Civil. Estaban gastándose hasta el último penique en la casa y no tenía mucho sentido tirar el dinero.

—Bueno, de todas formas, así no puedo ir a la oficina. Se reirían de mí.

—Claro que no. Por eso tenemos opciones. ¡Costas!

Costas, que se había puesto un tocado con velo y todo, empezó a sacar modelitos,

cada uno en su respectiva percha.

—Para una salida informal —dijo, y le mostró unas botas hasta las rodillas, una minifalda de ante, unas mallas y un jersey negro con el cuello redondo—. ¡Enseña los pechos, Annie! —Otra floritura, otro modelito—. Para una cita por la noche. —«Como si fuera a ocurrir», pensó Annie. Esa vez Costas le mostraba un vestido rojo con volantes en las mangas y una chupa de cuero negra. El vestido era precioso, tenía que admitirlo—. Te hace más dura —explicó Costas—. Como grrr, una tía motera. —Era la primera vez que alguien la describía así—. Día en las carreras. —Costas sacó un vestido de flores con tirantes anchos, la falda acampanada y la cintura estrecha, en tonalidades amarillas y rosas—. Sombrero grande. Y tacones.

—Nunca he ido a las carreras —protestó Annie—. ¿Qué se supone que debo ponerme en un día normal? Para ir a trabajar... o al hospital.

—Mañana ponte este vestido rojo —le ordenó Polly—. Con la chaqueta. Y unas botas, si tienes, de esas de media caña. Recógete el pelo en una coleta alta. Y píntate los labios de rojo. Ahora te enseño a peinarte.

Annie tenía la melena llena de rulos. Se sentía como si estuvieran desmontándola pieza a pieza para luego volverla a reconstruir. Como quien descuelga unas cortinas sucias para lavarlas. Pero ¿qué sentido tenía si por dentro seguía siendo la misma persona?

Al cabo de un rato Costas consultó la hora en su reloj Casio.

—¡Hora de irse!

Eran las nueve y media.

—Ay, quién tuviera tu edad... —Polly suspiró—. Me encantaba ir al G-A-Y los domingos por la noche. Diviértete, cariño.

—¿Puedo llevarme este sombrero?

—Por favor. Te queda genial. Y que sepas que estás perdiendo el tiempo en la cafetería, sabes mucho de moda.

Costas se encogió de hombros.

—Es hasta que encuentre algo mejor. Adiós, Polly, adiós, Annie. ¡Chica motera! Grrr. —Se agachó para besar a Buster entre los ojos—. Hasta luego, cosita. No te

preocupes, papá volverá temprano para bajarte a hacer tu pipí de la mañana.

Annie esperaba que no se encariñara demasiado con el perro.

—Deberíamos recoger todo esto. —Empezó a reunir brazadas de ropa, distraída por el brillo dorado de sus uñas—. ¿De dónde has sacado esta ropa? No es tuya, ¿a que no?

Polly estaba mucho más delgada que Annie y era veinte centímetros más alta que ella.

—Tengo una amiga, Sandy, que es estilista. Tiene habitaciones enteras llenas de ropa, es a-lu-ci-nan-te. Me ha dicho que puedes quedarte lo que te guste. A ella las firmas le regalan ropa continuamente por si los paparazzi pillan in fraganti a alguna de sus clientas famosas.

—Gracias —respondió Annie, que no tenía intención de ponerse nada de todo aquello; era divertido jugar a disfrazarse, pero no pensaba sucumbir al tópico del cambio de imagen que de paso transforma tu vida.

Polly se había sentado, como si de repente se hubiera quedado sin energía.

—Bueno, y ahora que estamos las dos solas, ¿vas a contarme de qué iba lo de ayer? Annie se quedó petrificada, con un sombrero de paja en las manos.

—Mmm... ¿Qué?

—Me refiero al chico del que huiste en el hospital.

Annie aferró el sombrero.

—No hui de ningún chico.

Polly aguardó unos segundos para volver a hablar.

—Annie, si no quieres contármelo, no pasa nada. Pero no me mientas, ¿vale? ¿Tiene que ver con el hecho de que vivas aquí y compartas piso con Costas?

—Vivo aquí porque no puedo comprarme una casa, y no puedo pagar el alquiler yo sola, y no puedo aspirar a algo mejor.

Polly se examinó las uñas, pintadas de todos los colores del arcoíris.

—Hay muchos «no puedo» en esa frase, señorita Aguafiestas.

Annie lanzó el sombrero al interior de la maleta con una fuerza un tanto innecesaria.

—Mira, mi vida no siempre ha sido así, ¿vale? Estoy... pasando una mala racha. Antes me gustaba la ropa. Solía arreglarme para salir. Unos vaqueros, un top bonito,

unos tacones, bien peinada. Compraba revistas de decoración y hacía pasteles, y me chiflaba decorar mis propios muebles. El lote completo. También tenía una casa que era mía y que me encantaba, pero todo eso era con Mike.

—¿Y Mike es...?

Annie suspiró. Odiaba esa parte. Odiaba la forma en que la miraba todo el mundo cuando acababa de oír su historia.

—Era mi marido.

—¿Estás divorciada! Qué chic. ¿O sufrió una muerte horrible? Ay, Dios, si es así, lo siento.

—No, hasta donde yo sé, está perfectamente y sigue viviendo en nuestra casa con Jane.

—Mike y Jane, parece sacado de un libro infantil. ¿Y Jane es...?

—Era mi mejor amiga. Desde que teníamos cinco años.

Annie y Jane. El colegio, el instituto, las visitas en la universidad, el Interrail por España, la dama de honor en su boda. Hasta el día que Mike llegó a casa y le dijo: «Annie, tenemos que hablar». Ella estaba en tal estado de shock que solo entendió partes de la conversación. «Nos hemos enamorado... No era nuestra intención... No queremos hacerte daño...»

—Ah, vale, ya lo entiendo. —Polly sonrió—. ¿El tío del hospital era Mike?

—Sí.

—¿Y qué hacía allí? ¿Está enfermo?

—No lo sé.

A Annie se le ocurría otra explicación, pero era tan horrible que prefería no pensar en ello.

—Lo siento, tuvo que ser espantoso, pero me encantan las historias dramáticas. ¡Tu marido te dejó por tu mejor amiga! ¿La cosa mejora? Me refiero a que si empeora. ¿Se casaron?

A modo de respuesta, Annie sacó el móvil del bolsillo y buscó en Facebook hasta que encontró la foto de una mujer rubia y sonriente con un cóctel rosado en la mano. También tenía el puente de la nariz rosado; nunca se ponía protector solar, por mucho

que Annie le diera la brasa. Polly miró la pantalla.

—Jane Hebden. ¿Es el apellido de tu exmarido? ¿No recuperaste el tuyo, Annie Clarke?

—No.

No sabía muy bien por qué. Quizá pensó que ya había perdido suficiente y no quería borrar el último rastro de su matrimonio. Jane le había quitado todo lo demás.

—¿Y sigues siendo amiga suya en Facebook? ¿Para mirar sus fotos y torturarte?

—Mmm... Sí.

Básicamente, era su pasatiempo favorito: espiarlos por internet.

—En fin... —Polly se levantó con cierta dificultad—. Lo admito, Annie, tienes un catálogo de desgracias difícil de superar. ¿Algo más? No tendrás cáncer, ¿no? Ya sabes que es mi especialidad. Espero que no estés intentando disputarme el título de «vida más trágica de la historia».

Por un momento Annie pensó en explicárselo todo —la sangre en el pijama de Mike, las luces de la ambulancia tiñendo las paredes de la sala de estar, el sonido de sus propios gritos emergiendo desde lo más hondo de su ser—, pero no pudo. No se sentía capaz de expresar todo aquello en voz alta.

—Nada más. Solo el trabajo de mierda, el piso, el divorcio y la madre senil.

—Mejor. —Polly se agachó para ayudarla a recoger la ropa, las gasas, los encajes, la seda y el cuero—. Vaya dos, Annie Hebden. Yo muriéndome y tú deseando morirte.

—Pues lo deseé durante una buena temporada.

—No te culpo. Menuda tormenta de mierda. La cuestión es... ¿qué piensas hacer al respecto?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, para mí ya es demasiado tarde. Puedo intentar disfrutar de mis últimos cien días o los que me queden, pero eso es todo. Tú tienes toda la vida por delante. ¿Qué vas a hacer con ella? Recuerda que no se trata de contar los días, sino de hacer que los días cuenten.

Annie no dijo nada. Siempre había temido aquella pregunta. La rabia y el dolor habían moldeado su vida del mismo modo que las perlas se forman a partir de un grano de arena. Cuando dejó de ser la Annie esposa de Mike y madre de Jacob, se

convirtió en Annie la que odiaba a Jane y a Mike. La mujer que estaba furiosa, que se negaba a perdonar. ¿Qué sería de ella sin todo ese odio? ¿En quién se convertiría si soltaba lastre?

—Grandes preguntas —dijo Polly—. ¿Qué te parece si, de momento, nos hacemos una taza de té y vemos un rato la tele?

—Me encantaría —asintió Annie, agradecida.

—Pero mañana, Annie Hebden-Clarke, te pondrás el vestido rojo, te pintarás los labios, te arreglarás el pelo y harás algo positivo para cambiar todo eso. ¿Trato hecho?

Annie asintió. Era más fácil seguirle la corriente; al menos era lo que había aprendido desde que la conocía.

—Me desmaquillo y luego preparo el té.

Polly parecía agotada, a pesar del tono alegre de su voz. Tenía una sombra verdosa alrededor de los ojos que no tenía nada que ver con el maquillaje.

—Vale. Echaré una cabezadita mientras tanto.

Una vez en el cuarto de baño, Annie tuvo que revolver el armario. Hacía mucho tiempo que solo usaba un protector labial. Al final encontró el desmaquillador y también algo más oculto en el fondo. Era una cajita de pastillas para dormir con el nombre «Maureen Clark» escrito delante. Se las habían recetado a su madre cuando mostró los primeros síntomas de la enfermedad, y Annie tuvo que escondérselas porque una noche se tomó cinco de golpe.

Recordaba un día en concreto, cuando ya lo había perdido todo y su marido y su mejor amiga estaban viviendo juntos en la que había sido su casa. La policía se había presentado en el piso. «Señora, hemos encontrado a su madre...» Deambulando por la calle en camisón, sin saber dónde estaba ni quién era. Annie se había encerrado en ese mismo cuarto de baño con la caja de pastillas. Acarició el papel de plata que cubría los pequeños compartimentos, y se imaginó abriéndolos todos y tragándose las pastillas una a una. Quería dormir, no volver a despertarse bajo aquel muro de dolor que amenazaba con aplastarla. No lo hizo entonces, obviamente —su madre la necesitaba—, pero tampoco las tiró.

Acarició la caja y cerró la puerta del armario.

En la sala de estar, Polly se había quedado dormida, respirando lentamente, con Buster acurrucado entre los brazos y roncando con una oreja hacia arriba y la otra doblada. Annie los tapó con una manta, se sentó y puso *Anatomía de Grey*. Ojalá el hospital de Lewisham estuviera lleno de gente guapa como el Seattle Grace. Algún médico atractivo sí que había, como el doctor Quarani. Y el doctor Max, con su mal humor y su pelo siempre alborotado, la barba de varios días y las camisas sin planchar. Quizá sí que debería lucir el vestido rojo al día siguiente. Si se ponía una sola prenda más de color negro, acabarían confundiéndola con un paso de peatones y le pasarían por encima.

Día veintidós: Coquetea con alguien



—¿Annie?

Annie se dio la vuelta. Estaba en la barra de la cafetería, tomándose un café con leche y un bollo para desayunar. Eran de las pocas cosas capaces de sacarla de la cama en una mañana fría y gris como aquella.

—Ah, hola, doctor Max.

Colocó la taza estratégicamente en un intento de ocultar el bollo. El doctor Max tenía aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche. Llevaba la ropa arrugada y el pelo tieso en distintos ángulos, como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Aun así, al verlo, Annie sintió una especie de calorcito en el estómago, una sensación que se extendió hasta los dedos de los pies y luego hacia arriba, hasta lo alto de la cabeza.

—Estás distinta —dijo él frunciendo el ceño—. ¿Te has hecho algo?

Annie llevaba el vestido rojo, tal como Polly le aconsejó, además de la chaqueta de cuero y las botas. Aún tenía la melena sedosa y con volumen de los rulos del día anterior, así que se lo había recogido en una coleta.

—Ah, es que... Polly me ha hecho un cambio de imagen.

Max puso los ojos en blanco.

—De verdad, qué mujer... ¿Es que tenéis doce años? ¿Qué tenía de malo tu aspecto de antes?

Annie odiaba reconocerlo, pero esa mañana había salido de casa con una energía especial, sintiendo el balanceo de la coleta al caminar. Costas, que justo volvía de

fiesta cuando ella se iba, cubierto de purpurina de la cabeza a los pies, había gruñido al verla y Annie se lo había tomado como una buena señal. Y ahora el doctor Max se había fijado en ella.

—Es el vestido —dijo finalmente—. ¿Es eso lo que es diferente?

—Ah, sí, es nuevo.

—Es bonito. Es decir, me gusta el color. O sea...

Annie notó que se sonrojaba.

—¿Te apetece un café? —le preguntó, sintiéndose atrevida—. Estoy desayunando algo antes de ir a trabajar.

—Mmm... Bueno, me vendrá bien un descanso de cinco minutos. Tengo una operación dentro de una hora, y estoy tan cansado que podría quedarme dormido con las manos en el cráneo del paciente.

—Qué mal suena eso.

—Es bastante habitual. Esto no es un trabajo de nueve a cinco.

Pidió un expreso triple y sacó un billete de diez libras, pero Annie lo rechazó con un gesto.

—Invito yo. Es lo mínimo que puedo hacer, ahora que mi madre está mucho mejor.

Hasta Maureen había alabado el nuevo look de Annie. «Qué vestido tan bonito, Sally; ¿me lo prestas para el baile?» Sally era una amiga de juventud a la que no veía desde hacía al menos cuatro décadas.

Se sentaron a una mesita grasienta del color de las malas noticias. El doctor Max bebió un buen trago de café.

—Eso es estupendo. De todos modos, ya sabes que puede empeorar otra vez sin previo aviso. De momento, las pruebas de Sami van muy bien, pero la medicación también tiene sus límites.

—Lo sé. Solo me alegro de que haya dejado de lanzar sillas por los aires.

El doctor Max tenía la mirada cansada.

—No debe de ser fácil. ¿Y tú? ¿Te cuidas? ¿Duermes un mínimo de horas y esas cosas?

—Lo intento. Es complicado venir aquí todos los días y luego ir a trabajar, por no hablar de las ideas locas de Polly. Además, ahora también tengo a Buster, que a veces

me despierta por la noche.

—¿Cómo está el meón?

—Hasta el momento se ha comido cinco libros, tres pares de zapatos y un aguacate con piel y hueso.

Por no hablar de los viajecitos en plena noche ascensor arriba, ascensor abajo para intentar evitar los charcos de pipí por todo el piso.

—Tienes que vacunarlo. Y no puedes quedártelo para siempre, ya lo sabes. ¿No vivías en un piso? ¿Y quién cuida de él mientras tú estás trabajando?

—Sí. Lo sé. He tenido que buscarme un paseador de perros. —Que era, se recordó Annie, un gasto dolorosísimo con el que no había contado—. Pero Polly es feliz.

El doctor Max se terminó el café y frunció el ceño, y Annie disimuló una sonrisa al reparar en que tenía gotitas de café en la barba.

—No te dejes avasallar. Ya sé que Polly es encantadora y muy divertida, pero recuerda que su cerebro está en pleno proceso de implosión, ¿vale? Puede que no siempre se comporte como un ser racional.

—Bueno, no pasa nada. De hecho, creo que yo me he pasado de racional durante bastante tiempo, así que supongo que nos complementamos.

Max suspiró.

—Por desgracia para mí, si alguna vez sufro un lapsus de racionalidad, la gente muere. Literalmente.

—¿Nunca tienes tiempo libre? Es decir, ¿siempre estás trabajando?

—Ahora mismo solo hay dos neurólogos en todo el hospital, y apenas damos abasto con el trabajo que hay. No nos pagan todas las horas que pasamos aquí, pero, como ya te he dicho, si no venimos la gente muere.

Annie se metió el último trozo de bollo en la boca, no sin antes percatarse de que estaba lleno de carmín. Por eso no solía pintarse los labios.

—Será mejor que vaya tirando —dijo—. El deber me llama.

Max miró su reloj.

—Y yo. Ya debería estar preparándome para abrir un cráneo.

Y Annie tenía que... ¿qué tenía que hacer? ¿Mover unos papeles de aquí para allá,

introducir unos números en el ordenador? Le daba vergüenza lo anodino que era su trabajo. Se levantó de la silla.

—Bueno, gracias otra vez por ayudar a mi madre. Y buena suerte con lo del cerebro.

—Gracias por el café. —Todavía la escudriñaba—. Es el vestido, creo. Muy bonito.

En el autobús, Annie se sentó al lado de una adolescente que llevaba la música tan alta que se oía con claridad a través de los auriculares. Otro día habría suspirado, chasqueado la lengua y tenido todo tipo de pensamientos negativos sobre la chica en cuestión. Ese día, en cambio, no le molestó tanto. Su madre estaba bien, al menos por el momento, tenía un vestido nuevo y había tomado café en compañía de un médico. Y ni siquiera eran las nueve. Empezó a pensar en su rutina diaria. Hacía dos años que era exactamente la misma. Despertarse, meterse en la ducha, tomarse un tazón de muesli, vestirse de negro. Salir por la puerta. Esperar el autobús, suspirando cada vez que llegaba tarde. Apretujarse con el resto de los pasajeros, casi siempre de pie. Llegar al trabajo, introducir el código en la puerta, sentir que el corazón se le caía a los pies porque, por muy horrible que fuera el trayecto hasta allí, era el paraíso comparado con la oficina. Sentarse a su mesa. Encender el ordenador. Responder el correo. Comerse un bocadillo a la una, espiar a Mike y a Jane en Facebook. ¿Y si hoy hacía algo diferente? ¿Y si cambiaba?

La chica se quitó los auriculares y se levantó para pasar por delante de ella.

—Bonito vestido —le dijo con toda la naturalidad del mundo.

—¡Gracias! —respondió Annie.

Y siguió sonriendo un buen rato después de que la joven bajara del autobús.

Cuando llegó a su parada le llamó la atención la tienda que había al lado de la marquesina, la típica pastelería de barrio por cuya puerta se escapaba el olor a azúcar glaseado y a chocolate fundido. Se dirigió hacia allí sin pensárselo.

Diez minutos más tarde llegó al trabajo. Tuvo que pedir a un hombre que introdujera el código por ella porque llevaba una caja enorme de magdalenas en las manos.

—Gracias.

—¿Qué hay ahí dentro?

El hombre señaló la caja con la cabeza. Trabajaba arriba, si Annie no recordaba mal. Alguna vez lo había visto fumándose un cigarrillo bajo la lluvia.

—Magdalenas. ¿Te apetece una?

De repente notó que se le aceleraba el corazón. Seguro que se reía de ella y pensaba que era estúpida.

—¿En serio?

—Claro. Hay un montón.

—Vaya, ¡gracias! —El hombre sonrió, y eso que Annie siempre lo había visto serio y con cara de malas pulgas, hasta entonces—. Eres muy amable. Otro día al tajo, ¿eh?

—Qué remedio.

Annie puso los ojos en blanco y le devolvió la sonrisa mientras se dirigían hacia el ascensor. Al pasar por delante de la recepcionista le mostró la caja.

—¿Una magdalena?

—Estoy a dieta.

—Bueno, pues otro día.

Abrió la puerta de la oficina y vio a Jeff salir de la cocina con un café en la misma taza desportillada de siempre, que tenía el logo de una empresa de software.

—Buenos días.

—Ah. Hola, Annie. —Su voz sonó inexpresiva. ¿Ella también tenía el mismo aspecto triste que el resto de los trabajadores del edificio?—. Estás... —Se quedó mirando el vestido y luego se fijó en el maquillaje—. ¿Una ocasión especial?

—No, no. He traído magdalenas. ¿Quieres una?

Jeff abrió los ojos.

—Oh, eso es... Vaya. Mmm... ¿Hay para todos?

—Claro. —Llevó la caja hasta la mesa central, en la que solían repartir el correo.

Todos la miraban; resultaba inquietante. Sabía que la mayoría de sus compañeros la consideraba antisocial, antipática incluso, y una tiquismiquis con los gastos comunes —. He... he traído magdalenas, por si...

Dejó la frase a medias, convencida de que todo el mundo estaría siguiendo alguna dieta sin gluten. Pero Jeff ya estaba escogiendo la primera, cubierta de crema.

—Gracias, Annie. Esto me ayudará a soportar la reunión de tres horas que me espera esta mañana.

A continuación se acercó Syed, seguido de Fee. Annie se dirigió hacia su mesa y encendió el ordenador.

—Hola, Sharon.

¿Por qué no llevar al límite aquello de hacer las cosas de otra manera?

Sharon había estado observando la escena de las magdalenas con los ojos entornados, mientras el resto de los miembros de la oficina revoloteaba alrededor de la caja como una bandada de cuervos.

—No son muy saludables, ¿no? Me refiero a las magdalenas. —Y eso lo decía precisamente la mujer que siempre pedía dos raciones de patatas fritas con la comida, una para zampársela durante el descanso y la otra para ir picando el resto de la tarde —. Bueno, da igual, tienes trabajo pendiente. Eso son otros quince minutos que hay que sumar a tu hoja de fichar.

Annie suspiró y aparcó cualquier intención de hacer de la oficina un lugar mejor. Aunque limpiara la cocina y llevara magdalenas para todos, estaba luchando contra el peso de la apatía, que era más densa que los ladrillos. Estaba luchando contra la certeza de que no había ni una sola persona en todo el edificio que quisiera estar allí. ¿Quién desearía pasarse el día encerrado en una caja sin luz natural, haciendo una labor intrascendente, rodeado de gente desagradable y de suciedad acumulada tras años de indiferencia?

Cogió la primera factura. Al principio, cuando entró, casi disfrutaba con su trabajo. Le gustaba la pulcritud, el placer de sumar cosas, de presionar teclas para que la gente cobrara, de crear hojas llenas de números y de datos. Cobrar un sueldo, como los adultos. Sin embargo, con el tiempo ir a esa oficina se convirtió para Annie en una especie de muerte en vida. Sentía que no podía respirar, como si hasta el último

centímetro de su piel estuviera cubierto de polvo y de mugre, sepultada bajo las miserias ajenas. Era curioso, pero le resultaba aún más deprimente que el hospital, donde en principio solo se iba a recibir malas noticias. Quizá tenía que ver con el hecho de que en un hospital la gente se enfrentaba a la vida, en lugar de ignorarla sin apartar los ojos de la pantalla.

A su alrededor, los sonidos de la oficina se fundían en uno solo. El ruido de las teclas, el runrún de la fotocopidora, el zumbido de los auriculares de Syed, que estaba escuchando un podcast. Y, de pronto, Annie volvió a tener el mismo pensamiento: «Tiene que haber algo más. Es imposible que la vida sea esto».

Día veintitrés: Queda con un viejo amigo



—Buenos días.

La madre de Annie estaba despierta, sentada en la cama con las manos apoyadas en el regazo, como una reina.

—Hola, mamá. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Muy bien, gracias —respondió con su tono de voz más amable—. ¿Y tú quién eres, querida?

Annie sintió que se le partía el corazón.

—Soy Annie.

—Anda, qué curioso. Creo que mi hija también se llama Annie. Llegará en cualquier momento, viene todos los días a visitarme.

A través del hueco de la puerta Annie vio al doctor Quarani dirigiéndose hacia allí y aprovechó para enjugarse las lágrimas.

—Buenos días —las saludó mientras se guardaba un bolígrafo en el bolsillo de la bata, de un blanco impoluto y perfectamente almidonada. Annie se preguntó si tenía una mujer en casa que se ocupara de la colada—. ¿Cómo está hoy, señora Clarke?

A Annie le gustaba eso de «señora Clarke». Muchas de las enfermeras la llamaban Maureen o «cariño», incluso Mary. Su madre siempre había sido muy tiquismiquis con ese tipo de cosas.

—Estoy bien, gracias, doctor. —Luego añadió en voz baja—: Esta señorita ha venido a verme.

—Qué amable. —El doctor Quarini le tomó el pulso y apuntó algo en la gráfica—. Está usted mucho mejor, señora Clarke. Sus constantes se han estabilizado y hemos observado una reducción drástica en los episodios de angustia.

—Pero sigue sin saber quién soy —dijo Annie tragándose las lágrimas.

—Ya. Lo siento. Como sabe, lo más probable es que no podamos hacer nada al respecto.

—¡Es usted muy guapo! —exclamó la madre de Annie—. ¿De dónde es, doctor?

—De Siria, señora.

—Santo Dios, eso está muy lejos. ¿A que es muy guapo...? Ay, bonita, ¿cómo te llamabas? ¿Crees que está casado?

Annie se puso colorada.

—Mamá, no puedes hablarle así.

—No pasa nada. —El doctor Quarani sonrió; y todavía resultaba más guapo—. Luego me pasaré otra vez a verla. Adiós, señora Hebden.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, Annie oyó el ruido de unos tacones avanzando por el pasillo y supo que era Polly. Hasta ese momento había hecho todo lo posible para mantener a su madre alejada de su nueva amiga. No quería que nadie viera lo débil y desorientada que estaba, y tampoco sabía muy bien cómo explicar su amistad con Polly. Aún era muy pronto; el vínculo entre las dos era demasiado débil para recibir ese nombre.

—¡Holaaa! —Polly apareció por la puerta como un torbellino—. ¿Dónde te habías metido? Estaba buscándote. Me han hecho otro escáner. Creo que ya me han sacado más fotos del cerebro que de la cara. ¡Soy Polly! —exclamó ofreciéndole la mano al doctor Quarani, que se la estrechó.

—Usted es la paciente del doctor Fraser, ¿verdad?

—Ah, sí, la misma. La Chica del Tumor Cerebral. —Lo cogió de la muñeca sin previo aviso, y Annie hizo una mueca de disgusto—. Lleva una Fitbit. ¿Le gusta el deporte?

El doctor Quarani retiró la mano.

—Entreno para correr el Maratón de Londres. Con el doctor Fraser.

—Ah, ¿sí? Qué bien. Yo participé hace cinco años. Si necesita algún consejito para los entrenamientos, puedo...

—Disculpe, señorita. Tengo que seguir con la ronda. Adiós, señora Clarke.

Polly lo siguió con la mirada.

—Ojalá la gente no me viera como la paciente del doctor Max. El cerebro es mío, no suyo. ¿Quién era?

—El médico de mi madre, el doctor Quarani.

—Es lo más hermoso que he visto jamás entre las cuatro paredes de este hospital, y con diferencia.

—Pollyyy —la reprendió Annie—. Ni se te ocurra. Es un hombre muy serio. Además, yo diría que está casado.

—¿Sabes? —exclamó su madre—, creo que todos los médicos que me han tratado desde que estoy aquí son extranjeros. Para mucha gente eso es algo malo, pero yo me pregunto: ¿quién haría el trabajo si ellos no estuvieran aquí? ¡Gracias a Dios que han venido!

—En eso estoy de acuerdo con usted, señora Clarke —asintió Polly—. Sin ellos estaríamos literalmente muertas, ¿a que sí?

Annie pensó en el doctor Max, británico como ella, pero tan lejos de su casa. ¿Por qué trabajaba allí, batallando a diario contra un enemigo invisible? Polly se había inclinado sobre su madre y le hablaba pronunciando despacio las palabras.

—Hola, señora Clarke, soy una amiga de Annie.

Maureen miró otra vez a su alrededor, con esa expresión ausente que a Annie le partía el corazón.

—Ah, ¿mi hija? Está al caer. Nunca viene a verme. Supongo que está demasiado ocupada con ese marido que tiene.

Annie esquivó la mirada de Polly; no quería compasión.

—Mamá, creo que te has confundido. Yo soy Annie.

—No digas tonterías. Annie es mi hija. Sé perfectamente quién es, aunque apenas venga a verme. Ojalá viniera más. Me apetece comer uvas.

Lo dijo con voz lastimera, y Annie pensó en todas las veces que había comprado

uvas para que luego su madre la reprendiera por, según ella, haber tirado el dinero. Le acarició el brazo y vio que la piel se le levantaba al tocarla y no regresaba a su sitio. Solo tenía sesenta años. ¿Cómo era posible que hubiera envejecido de aquella manera?

—Mamá, calla. No pasa nada.

De pronto fue como si el rostro de su madre se quedara en blanco. Parpadeó y se volvió hacia Polly. Su voz sonaba más aguda, más juvenil.

—Señorita, ¿puede ayudarme? Estoy esperando a Andrew.

—¿Quién es Andrew? —preguntó Polly mirando a Annie.

Maureen se echó a reír como una colegiala.

—Andrew es mi amigo especial. Va a pedirme que me case con él, lo presiento. Sally, ¿tú qué crees?

Sally era Annie.

—Claro que sí, Maureen —respondió muy seria—. Pero ¿no crees que deberías descansar un rato?

Polly seguía mirándola, sin entender nada. Annie formó un «está desorientada» con los labios y se volvió hacia su madre.

—Annie llegará en cualquier momento, Maureen. Y seguro que te trae uvas.

De repente se levantó de la silla. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Tenía un límite de lo que podía soportar en un solo día y acababa de superarlo. Polly la siguió hasta el pasillo.

—Annie...

—No. —Le temblaba la voz—. Sé que tienes preguntas, pero ahora no soy capaz de responderte. Por favor...

—¿Andrew es tu padre?

—Sí. A veces... se le olvida que la abandonó hace veinticinco años. Cree que aún están juntos, enamorados.

Se hizo el silencio. Annie clavó la mirada en el linóleo moteado del suelo e intentó contener las lágrimas. Al final fue Polly la que rompió el silencio.

—No hace falta que hablemos de ello si no te apetece. Estaba buscándote porque quiero enseñarte algo.

—¿Adónde vamos?

—A la biblioteca de medicina. ¿Sabías que hay una aquí, en el hospital? Puedes pedir que te impriman artículos científicos y cosas de esas. Ahora mismo hay un montón de líneas de investigación nuevas, aunque aquí no recibimos los tratamientos más modernos por una cuestión de presupuesto.

Polly llamó a la puerta de cristal de una pequeña oficina que en ese momento estaba cerrada. Abrió una mujer muy guapa, con un pañuelo rosa en la cabeza.

—Ah, hola, Polly. Ya tengo las fotocopias que me pediste.

Annie se quedó rezagada, con el corazón desbocado y los ojos fijos en el techo. ¿Era una broma? ¿O una simple coincidencia? Quizá Polly ni siquiera se había dado cuenta. Pero ¿cómo no iba a saberlo?

—Gracias, Zarah. A cambio, te he traído una sorpresita. ¡Mira quién está aquí!

Zarah la vio y abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Annie! Dios mío... ¿Qué haces aquí?

—Mi madre está ingresada. Tú... ¿trabajas aquí?

—Sí, eh... empecé el año pasado.

En otra época de su vida Annie lo habría sabido porque Zarah siempre se lo contaba todo, pero hacía dos años que no se veían. Desde que todo se fue al traste.

—Tenéis que poner os al día —intervino Polly sonriendo como si fuera la presentadora de un programa de citas a ciegas—. Annie viene casi todos los días, Zar. Me extraña que no os hayáis cruzado nunca.

Si se hubieran visto, Annie habría salido corriendo en el sentido opuesto.

—Pero... ¿cómo has sabido que nos conocíamos, Polly? —le preguntó Annie, intentando que no le temblara la voz.

—Empezamos a hablar y Zar mencionó el nombre de su colegio. El mundo es un pañuelo, ¿no te parece?

—Pues no. El colegio al que fuimos está a unos cien metros de aquí.

Otra vez el mismo tono de antes, la misma sonrisa forzada.

—Yo creo que es una señal —continuó Polly—. Deberíais quedar. Aún tenéis vuestros teléfonos, ¿verdad?

—Yo tengo el mismo.

La voz de Zarah sonaba igual de tranquila que la de Polly, como si no hubiera pasado nada. Annie no podía ni mirarla a los ojos.

—Yo también.

—Genial. Annie te mandará un mensaje. —Polly se había cogido a su brazo, implacable como siempre—. ¡Hasta luego, Zarah!

Una vez fuera, Annie se apartó de ella.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿A qué te refieres?

—No me obligues a hacer algo nunca más. Podrías haberme dicho que trabaja aquí.

—¿Y habrías ido a hablar con ella? Porque las cosas entre vosotras van maravillosamente bien, ¿no?

—Pues puede que sí.

—Si eso fuera cierto, sabrías que una de tus mejores amigas trabaja en este hospital.

—No es... O sea, éramos...

—¿Qué pasó?

Polly parecía genuinamente interesada. Se sentó de un salto en un mostrador que había al lado y empezó a balancear los pies, enfundados en unas bailarinas de charol verde.

—Señora, va a tener que... Ah, eres tú, Pe —dijo la recepcionista, una mujer a la que Annie no había visto en su vida; era verdad, Polly conocía a todo el mundo.

—Mira —dijo, y respiró hondo—, ya sé que lo haces para intentar ayudar, pero hay una razón por la que Zarah y yo ya no somos amigas.

—¿Y es...?

Annie abrió la boca. Volvió a cerrarla. Aún no estaba preparada.

—No me presiones —le espetó—. Ya te he explicado lo de mi padre. Yo no soy... No soy como tú, ¿vale? No puedo... abrirme, así sin más.

—Vale. No me lo cuentes. Pero ¡por el amor de Dios, Annie!, las oportunidades que no aprovechamos las perdemos para siempre. Todas, todas. ¿Lo sabías?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir... que mandes un puñetero mensaje a tu amiga. Tómate un café con ella. ¿Qué es lo peor que puede pasarte?

Día veinticuatro: Pasa tiempo con niños



—¡Annie! Qué alegría conocerte por fin. —Aún no había llegado hasta la puerta de la casa, pero ya había caído en los brazos de Milly, la amiga de Polly. Llevaba el pelo por encima del hombro, con mechas lilas, y tenía unas gafas de sol en lo alto de la cabeza, aunque era de noche—. Entra, entra, ya ha llegado todo el mundo.

Annie la siguió hasta el interior de la casa, arrepintiéndose por momentos de haber ido. Polly por fin había organizado una reunión con todos sus amigos y le había pedido que asistiera «para apoyarla», pero empezaba a pensar que era ella la que iba a necesitar apoyo.

Se detuvo en la puerta de la cocina, la cocina de sus sueños, con una botella de vino en la mano. Parecía una imagen sacada de un catálogo. Un montón de gente guapa y estilosa —Polly, George, sus padres, Milly, Seb (el marido de Milly, que llevaba unas gafas de pasta y un jersey de cachemira) y la otra amiga de Polly, Suze (melena rubia, manicura celeste, vaqueros ajustados). No podría sentirse más fuera de lugar ni aunque lo intentara. De pronto el vestido rojo y las botas le parecían excesivos y sabía que no se había pintado bien la raya de los ojos. Por un momento se planteó seriamente la posibilidad de salir de allí corriendo, pero Polly se levantó de un salto y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—¡Atención todo el mundo! Esta es Annie, mi amiga del hospital.

Aquello le hizo pensar en vómitos, lágrimas y linóleo. Saludó con timidez.

—Hola.

Se sentía tan incómoda que incluso había encorvado los hombros. George le sonrió, pero ni siquiera ese gesto le sirvió de ayuda. Él también formaba parte de ese grupo de gente relajada que rebosaba seguridad en sí misma.

Valerie, la madre de Polly, llevaba una especie de vestido corto y recto, y lucía unas gafas de pasta oscuras y el pelo recién alisado.

—Hola, cariño. ¡Qué alegría volver a verte!

A Annie se le partió el corazón. Su madre era una anciana en comparación con esa mujer, cuando en realidad era más joven que ella. Claro que cuando estaba sana Maureen tampoco vestía como Valerie. De hecho, siempre decía que era absurdo gastarse dinero en ropa nueva ya que podía hacérsela ella misma. No era justo. ¿Por qué le había tocado a su madre vivir una porción tan minúscula de la vida? ¿Para luego, encima, perder hasta eso? ¿Y ni siquiera recordar que su marido la había dejado hacía mucho tiempo?

Valerie la acompañó hasta la mesa.

—A ver, ¿por qué no te sientas aquí al lado de George? Me he dado cuenta de que os lleváis muy bien.

—Mamá... —protestó el aludido frunciendo el ceño.

—Refréscame la memoria, Annie: estabas soltera, ¿verdad?

De pronto se hizo el silencio.

—Bueno, sí, pero...

—¡Mamá! —George parecía tenso—. Ya hemos hablado de esto, ¿vale? Déjalo.

Annie se quedó de pie junto a la silla, sin saber muy bien cómo actuar. Polly le apretó el hombro y susurró:

—Venga. Que no nos comemos a nadie.

Para ella era fácil decirlo. ¿Es que no era consciente de que no todo el mundo tenía la habilidad de abalanzarse sobre la vida y agarrarla con las dos manos, quedar con amigos con los que hacía dos años que no hablaba, bailar en una fuente en medio de la calle, cenar con un grupo de desconocidos o reconocer que no sabía nada de música o de ropa?

Todos le sonreían. Como si fuera el pariente pobre al que hay que agasajar.

—Oye, Annie —dijo Suze—, he oído que has adoptado al perro de Poll.

—Digamos que estoy cuidándolo temporalmente.

Lo cual equivalía a decir que la de los zapatos mordisqueados, la falta de sueño y los charcos de pipí por todas partes era ella.

—George podría echarte una mano —intervino Valerie mientras dejaba sobre la mesa una cesta de focaccias caseras—. Le encantan los animales.

George y Polly se miraron. Annie clavó los ojos en el salvaplatos de pizarra que tenía delante. No entendía nada de lo que estaba pasando.

De repente la cosa empeoró considerablemente: desde el pasillo llegó un estruendo de caballería en plena carga seguido de un grito largo y agudo, como de duende, y Annie sintió que se le encogía el estómago del miedo. «Niños», se dijo. Había niños en la casa. ¿Por qué nadie la había avisado? Dos seres rubios y minúsculos aparecieron por la puerta, ella con un vestidito rosa y él con un jersey marinero y unos vaqueros.

—¡Mami, Harry ha hecho caca en el lavabo!

—Mami, Lola me ha pegado. ¡Ponla en el rincón de pensar!

Annie observaba la escena horrorizada mientras las dos criaturas se abalanzaban sobre Milly, una en cada pierna, y ella no podía evitar reírse.

—Cariños míos, decid hola a Annie.

Los dos volvieron sus caritas llenas de curiosidad hacia Annie, como si en cualquier momento fueran a acercarse. Era más de lo que Annie podía soportar. Las naricitas respingonas, el pelo rubio y rizado, los zapatitos. ¿Cuántos años tenían? ¿Tres, cuatro? Gemelos. No, no podía soportarlo ni un segundo más.

—Yo...

Por suerte Polly se percató de que algo no iba bien.

—Annie y yo vamos a salir un momento. Tenemos que contarnos... secretos del hospital.

Y la empujó hacia las puertas del jardín y la tranquilidad que reinaba al otro lado.

—Lo siento, es que... me he agobiado un poco, demasiada gente junta —dijo Annie mientras intentaba desesperadamente no perder el control.

—No me extraña —murmuró Polly, y se dejó caer en uno de los asientos del jardín—. Esos niños son agotadores. No sé cómo lo hace Mill. Creo que necesitaré una semana entera para recuperarme.

—Mmm...

Annie limpió el asiento con la manga y se sentó a su lado.

—A veces pienso que no haber tenido hijos ha sido lo mejor. Imagínate lo duro que sería todo esto si encima fuera mamá.

—¿Querías tener hijos, Polly?

—No lo sé. Siempre supuse que algún día sería madre. Como tú, supongo, ¿no?

—Mmm...

—Pero siempre lo posponía. Me decía a mí misma que lo intentaría a los treinta y tres, a los treinta y cuatro, a los treinta y cinco. Y ahora ya no me da tiempo. Ese bebé adorable, envuelto en su mantita de recién nacido, nunca existirá. No dejaré ningún legado cuando me muera.

Una pausa. Annie ya sabía que no hacía falta que le dijera que lo sentía. Polly lo odiaba.

—Pero quizá es mejor así —continuó—. Todo eso de los gritos y de no poder ir sola ni al lavabo. Y mira... —Levantó un brazo para enseñarle la manga—. Una mancha de chocolate en un Chanel vintage. Al menos he podido hacer otras cosas. Viajar, trabajar... Lo típico. Además, Milly ha cambiado mucho; es como si le hubieran sorbido la vida. Antes era muy divertida, siempre era la última en irse del bar, siempre al día de las últimas noticias, y ahora a veces no sabe ni en qué día vive. Yo tampoco, claro, pero es porque el tumor está devorándome el cerebro. Puede que la maternidad sea eso, un tumor.

Annie apretó los dientes.

—A mucha gente le encantaría tener ese tumor. Estoy segura de que Milly es feliz así.

—Lo dudo, Annie. ¿Tú serías feliz cubierta de vómito hasta la coronilla y teniendo que ver el mismo episodio de *Peppa Pig* diez veces seguidas?

—Lo fui —le espetó a modo de respuesta, y enseguida se arrepintió.

En la creciente oscuridad del jardín, Polly estaba mirándola fijamente.

—Me preguntaba cuándo ibas a contármelo.

—Es que no pensaba contártelo.

—Ya me lo parecía.

Más silencio, roto únicamente por las voces cantarinas de los niños. Annie nunca oyó hablar a Jacob, pero sí balbucear, un torrente de sonidos alegres y nítidos, como burbujas elevándose hacia el cielo.

Polly esperó.

—Supongo que esto tiene algo que ver con Mike y Jane, ¿verdad?

—Más o menos.

—¿Lo ves? Sabía que había algo más. ¡Annie, estás intentando robarme el título de Reina del Drama!

Annie respiró hondo.

—Ya sabes lo del divorcio, lo de la enfermedad de mi madre y lo de mi mejor amiga liándose con mi marido. ¿Crees que ayudaría un poquito de infertilidad?

—Pues claro.

—Tuve tres abortos antes de que Jacob naciera. Uno a las tres semanas. Me cargué la alfombra. Había sangre por todas partes. En la cama, por todo el pijama de Mike, hasta en mi pelo. Otro a las diez semanas. Lo vieron durante una ecografía y tuve que hacerme un legrado. Y el último a los cinco meses. Tienes que dar a luz cuando está tan avanzado. Fue horrible.

Polly se quedó callada un instante.

—¿Dejaste de intentarlo?

Annie negó con la cabeza y se subió las medias con manos temblorosas.

—Mmm... Mike quería dejarlo. Pero yo... no podía. Así que volví a intentarlo. Fingí que estaba tomando la pastilla. Él se puso hecho una furia. Pero esa vez funcionó. Jacob nació a los nueve meses. Era un niño sano.

—Qué nombre tan bonito —dijo Polly.

—Sí. Siempre me había gustado. Y entonces... —Annie respiró hondo. Aún se le hacía un nudo en la garganta, a pesar del tiempo que había pasado—. Una mañana

Mike fue a levantarlo. Había dormido toda la noche de un tirón, o eso creíamos. ¡Yo estaba contentísima! Pensé que las cosas empezaban a mejorar. Jacob no dormía bien y estábamos los tres hechos polvo. Y tuve un momento de auténtica felicidad... El sol se colaba a través de las cortinas y pensé... pensé en lo maravillosa que era mi vida. Pero entonces Mike fue a buscarlo y Jacob estaba... estaba frío. Mike no quería que lo viera, pero... entré en la habitación y estaba... estaba azul y... llamamos a una ambulancia, pero ya... ya estaba muerto. «Muerte súbita», eso fue lo que nos dijeron. Cosas que pasan. —Aunque Annie se había vuelto loca buscando respuestas. ¿Jacob estaba demasiado frío? ¿O demasiado caliente? ¿Había cogido algún virus y ella no se había dado cuenta? Volvió a respirar hondo—. Me derrumbé. Fue como si... ya no supiera ni quién era. Tampoco sabía si sobreviviría. No dormía, no comía, me pasaba la noche tirada en el suelo de su habitación gimiendo como un perro. No me duchaba. No me cambié de ropa en dos meses. Y Jane..., bueno, era mi mejor amiga. Estaba siempre en casa, consolándome. Ayudando. Pero no sabía cómo llegar hasta mí, nadie lo sabía, así que empezó a consolar a Mike y, al cabo de un tiempo, Mike me dijo que lo sentía, que no había sido premeditado, pero que se habían enamorado, supongo que porque Jane se vestía por las mañanas y no lloraba a todas horas ni se negaba a tirar las sábanas de la cuna porque eran lo único que le quedaba de su bebé.

Annie respiró. Lo había dicho. Lo había dicho en voz alta y nada se había roto en pedazos. Dentro, aún se oían voces, la de Lola pidiendo un trozo de pastel. El pájaro del árbol seguía cantando. Los motores de los barcos que surcaban las aguas del Támesis ululaban a lo lejos, lúgubres, como el canto de las ballenas.

Pasados unos minutos Polly buscó la mano de Annie y le dio unas palmaditas, como si estuviera haciéndole entrega de un objeto invisible.

—Toma.

—¿Qué es? —preguntó Annie con voz temblorosa.

—Mi comodín del cáncer. Te lo has ganado.

—¿Sí?

—Joder, pues claro, Annie. Es... ni siquiera sé qué decir.

—Es la primera vez que te pasa.

—Ya lo sé. Creo que será mejor que mande un comunicado a la prensa. —Las dos

se echaron a reír, con los labios temblorosos y los ojos llenos de lágrimas—. Annie, estoy... Dios mío. Y voy y te traigo aquí, con los niños pululando por la casa. No lo sabía, te lo juro. Sabía que había algo más, pero no esto. Madre mía...

—No me digas que lo sientes. Hagamos un pacto, ¿vale? No lo sentimos a menos que sea culpa nuestra. —Annie la miró con los ojos entornados—. Así que... ¿esta era tu vida de antes? ¿Todo el mundo hablando de..., no sé, de quinoa, de derechos humanos y de pasar los fines de semana en una casita de Norfolk?

—Supongo que sí. Seguro que parecemos una pandilla de burgueses.

—No. Es que... si nos hubiéramos conocido antes, no habríamos tenido absolutamente nada en común.

Polly no mintió.

—No, puede que no. Pero aquí estamos, y no sé si sería capaz de pasar por esto sin ti, así que tú no te vas a ninguna parte, Annie Hebden, la única persona capaz de ganarme en una competición de dramas personales. Maldita seas.

—Maldita seas tú —replicó Annie.

Cogió una de las frías manos de Polly y la apretó. Se quedaron un rato más allí, en silencio, contemplando las luces de los barcos y de la ciudad que las rodeaba, con sus ocho millones de corazones latiendo sin cesar.

Día veinticinco: Comparte algo



—¡Annie! ¿Otra vez por aquí? No hace falta que vengas todos los días, ¿eh? Nadie pensará nada malo de ti. En cuanto a tu madre... En fin, ya sabes que seguramente ni se dé cuenta.

El doctor Max estaba delante de la máquina expendedora de nuevo, con un Twix en cada mano.

—Ya lo sé. De hecho, he quedado con una amiga. —La palabra le sonaba rara. Hacía mucho tiempo que no la decía—. ¿Eso vas a comer?

—¡La máquina acaba de darme dos por error! —respondió Max encantado—. Es el karma por todo el dinero que se me ha tragado este esbirro de Satanás. —Se la quedó mirando—. Ah... ¿Te apetece el que me sobra?

—¿Tú no lo quieres?

El doctor Max se dio unas palmaditas en el vientre.

—Ahora mismo vivo básicamente a base de azúcar. Ni me acuerdo de la última vez que comí caliente.

—¿Quieres...? —Annie se dio cuenta de que había estado a punto de invitarlo a comer—. Mmm... En ese caso, acepto el Twix. Me lo guardaré de postre.

—Postre —dijo él con nostalgia—. Yo antes comía de eso. Hoy es el día del Capullo en la cafetería. Bueno, todos los días son el día del Capullo cuando trabajas en un hospital. Cuando no es la dirección, son los pacientes intentando exprimirme hasta la última gota de sangre.

—Tú se la exprimes a ellos continuamente —bromeó Annie.

El doctor Max había abierto su Twix y ya iba por la primera barrita.

—Sangre metafórica, Annie. Te lo juro, este hospital está matándome. Tengo una cola de diez personas esperando a que les escaneen la cabeza para saber si tienen cáncer o no. No está bien, Annie, no está bien.

—¿Hay algo que podamos hacer? No sé, para recaudar fondos o algo así. El doctor Quarani va a participar en el Maratón de Londres. —Lo había visto al llegar, dando vueltas alrededor del hospital, con el semblante serio y concentrado—. Creía que tú también.

—Yo solo quiero ponerme en forma —dijo el doctor Max, a la defensiva—. Por lo demás, no creo en eso de recaudar fondos para financiar los servicios públicos. Al gobierno le encantaría que nos dedicáramos a organizar mercadillos de segunda mano y cosas de esas. Lo que tienen que hacer es invertir el dinero de nuestros impuestos en la sanidad pública y no vendérsela a sus colegas del sector privado. Es una desgracia, Annie. En fin, hasta luego. Tengo que ir a ver el cerebro de un paciente.

Parecía furioso, pero se despidió alegremente con la mano mientras se alejaba. Annie no acababa de conocerlo.

La cafetería estaba llena de médicos y de familias. Había tanta gente que tardó un buen rato en localizar a Zarah. Esa mañana llevaba un pañuelo azul con mariposas, rematado con lentejuelas azules. Annie habría preferido quedar en cualquier otro sitio donde Polly no contara con espías, pero Zarah tenía un descanso muy corto y, como ella iba a diario de todos modos, era lógico que se vieran allí.

—Hola.

Zarah no estaba sola en la mesa y, por un momento, Annie pensó que tendrían que compartirla con un desconocido, pero entonces vio de quién se trataba.

—Espero que no te importe, Annie —le dijo Zarah mirándola a los ojos—. Crec que tenemos que hablar las tres. Esto ha durado demasiado tiempo.

—Es verdad —dijo la otra mujer, alta y espectacular, con un vestido rojo y

ajustado y el pelo perfectamente peinado—. Hola, Annie.

Annie tragó saliva.

—Hola, Miriam.

Miriam la miró a los ojos, franca y sincera, tal como Annie la recordaba. A veces demasiado sincera. Por eso no hablaban desde hacía tanto tiempo.

—¿Estás bien? Zar me ha dicho que tu madre está enferma.

—Sí, está... —Annie no tenía fuerzas para explicarse—. Está ingresada. ¿Cómo está Jasmine?

Miriam pareció sorprendida por un instante, como si no esperara que Annie recordara el nombre de su hija. Pero claro que lo recordaba. Lo sabía todo sobre Jasmine, a la que también había perdido, aunque esa vez por culpa suya.

—Está bien.

—Siento... todo lo que pasó.

—¿Te refieres al día de su cumpleaños?

Annie asintió sin levantar la mirada de la superficie grasienta de la mesa.

—No debería haber ido. Aún no estaba preparada. Pero no quería... fallarte.

Por eso se había obligado a ir y, al ver todos aquellos bebés manchados de pastel, había salido corriendo entre lágrimas. Cuando Miriam fue detrás de ella Annie la apartó, la empujó físicamente, cerró la puerta del coche de golpe y arrancó, dejando a Mike plantado en la acera, siguiéndola con la mirada. Annie solía preguntarse qué habría pasado si aquel día no hubiera montado una escena. ¿Mike la habría dejado? ¿Aquel había sido el momento en que había decidido batirse en retirada, poner tierra de por medio entre él y la persona frágil y desesperada en la que Annie se había convertido?

Miriam suspiró.

—Annie, lo de la fiesta me da igual. Jas ni siquiera se acuerda. Pero nos expulsaste de tu vida. A todos, no solo a Jane.

Al oír ese nombre Annie no pudo evitar apretar los dientes.

—Entiendo que todavía sois amigas.

Zarah y Miriam se miraron.

—Annie..., también somos tus amigas —dijo Zarah—. Te he echado tanto de

menos... Siempre eras la primera persona a la que llamaba cuando tenía un problema. ¿Te acuerdas? Eras la única que nunca perdía los nervios, que me animaba cuando tenía una cita horrible, cuando el coche no arrancaba o cuando mis padres me daban la vara... Yo no quería que dejásemos de ser amigas, pero tú te negabas a vernos. No deseabas ver a nadie. Y Jane... se siente fatal, en serio.

—No lo suficiente como para contenerse.

—Se enamoraron —dijo Miriam—. Creo que realmente pasó así. Para ti fue horrible, desde luego. Y tampoco es que nosotras estuviéramos de su parte.

A Annie se lo había parecido. El día que Mike le dijo que la dejaba Annie llamó a Zarah fuera de sí. Le contó lo ocurrido y, a juzgar por el silencio con el que esta recibió la noticia, Annie supo que todo el mundo estaba al corriente. Ella había sido la última en enterarse. Y por eso hizo las maletas, se mudó y nunca, hasta ahora, había vuelto a hablar con ellas. Qué desastre. Todo —su hijo, su casa, su marido, sus amigas— había desaparecido de repente.

Sintió una mano sobre la suya y, cuando levantó la mirada vio que Miriam le sonreía. Y la primera lágrima se precipitó sobre la mesa.

—Lo... lo siento.

—Lo que te pasó fue horrible, An —dijo Zarah—. Horrible. Nosotras queríamos estar contigo, ayudarte. Pero desapareciste.

Annie sacudió la cabeza y varias lágrimas le cayeron por las mejillas.

—Nadie podía ayudarme. No habría servido de nada.

Zarah asintió.

—Bueno, y ¿crees que ahora que las aguas empiezan a volver a su cauce... podríamos quedar alguna vez, como en los viejos tiempos? Me refiero a las tres. —Annie se dio cuenta de lo extraño que había tenido que ser, también para ellas, que una de sus amigas se enamorara del marido de la otra—. Entendería que me dijeras que no... Jane se siente fatal por lo que pasó, ¿sabes? Sobre todo ahora que está... —De pronto se quedó callada y miró a Miriam—. Se siente fatal —repitió.

Qué menos.

—No puedo perdonarla. Es que no puedo.

Annie tenía un nudo en la garganta y apenas podía hablar. Era demasiado pronto, demasiado reciente. Verlas después de tanto tiempo le había traído muchos recuerdos. De la Annie de antes, de la que tenía amigas, de la que incluso era la sensata del grupo. La amiga a la que las demás acudían cuando el novio de turno les ponía los cuernos, el jefe las presionaba demasiado o no conseguían que los pasteles les quedaran esponjosos. La Annie que había muerto con Jacob.

Se levantó, arrastrando la silla.

—He de irme. Lo siento. Gracias por... Gracias. Me gustaría, lo de volver a vernos. Pronto. Ahora tengo que irme.

Y volvió a salir corriendo, esa vez por un pasillo cuyas paredes estaban pintadas de todos los colores de la tristeza.

Día veintiséis: Recupera una antigua afición



—¿Vienes a menudo?

Annie respondió que no con la cabeza.

—A veces me siento incapaz. —¿Qué clase de persona no visitaba la tumba de su propio hijo?, se preguntó—. Es que... es muy duro —añadió—. Y siempre pienso que me toparé con Mike.

—Te entiendo. Bueno, ¿y dónde está?

Polly giró sobre sus talones y contempló la enorme explanada del cementerio municipal. Iba vestida con un mono vaquero y unas Converse floreadas; parecía sacada de un anuncio de Abercrombie and Fitch.

—Tercera fila a la izquierda.

Annie conocía el lugar exacto. Podría llegar con los ojos cerrados si quisiera, y en ocasiones lo hacía: soñaba que estaba de pie sobre la tumba buscando a su hijo. Ya habían pasado dos años, pero a veces se despertaba esperando oír su llanto. Debería haberse dado cuenta aquella mañana, cuando no lo oyó. No sabía si algún día sería capaz de perdonarse aquel breve momento de felicidad, la sensación de alivio al pensar que Jacob había dormido toda la noche de un tirón. ¿Y si hubiera ido a verlo antes? ¿Y si se hubiera levantado más temprano? Annie apartó de su mente esos pensamientos; sabía que si no lo hacía las dudas acabarían matándola.

—Es esta.

Sintió vergüenza. La tumba estaba hecha un desastre. La pequeña lápida de piedra,

en la que ponía «Jacob Matthew Hebden», estaba a punto de desaparecer entre las hierbas, y el tarro de mermelada lleno de flores que había dejado sobre ella la última vez estaba tirado en el suelo, lleno de agua verdosa.

—Matthew —leyó Polly—. ¿Se lo pusisteis por alguien?

—Por el padre de Mike.

—Mmm... Su padre, no el tuyo.

Annie se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a poner a mi hijo el nombre de alguien a quien no conozco? Al menos, que yo recuerde.

Polly se agachó sobre la hierba.

—En todo este tiempo, ¿nunca has intentado buscarlo?

—No sabría por dónde empezar. Ni siquiera me acuerdo de él; yo solo tenía unos días de vida cuando me abandonó.

—Pobrecita tu madre. Tuvo que ser muy duro.

—Sí. Era un desgraciado, supongo. Siempre pensé que no necesitaba a alguien así en mi vida. No deja de ser irónico que luego mi marido acabara abandonándome a mí, ¿eh? Quizá es hereditario. Lo de los abandonos, digo.

Polly chasqueó la lengua.

—No esperarás que me sume a la fiesta de la autocompasión que acabas de montarte, ¿verdad, Annie?

—No, no. No necesito a mi padre para nada. A veces me resulta raro escuchar a mi madre hablando de él como si no se hubiera ido. Supongo que en algún momento fueron felices.

—En ocasiones pienso eso mismo de mis padres.

Annie frunció el ceño.

—¡A tus padres se les ve muy felices!

—Sí, bueno, las apariencias a veces engañan, Annie. Pero ¡oye!, nada de fustigarnos. Estamos aquí por Jacob, para recordarlo con amor.

Annie se agachó para arrancar un hierbajo.

—Mike tampoco viene mucho, imagino... Debes de pensar que soy lo peor.

Polly tardó en responder.

—¿Sabes? Mi abuelo murió cuando yo era pequeña. Lo incineraron y esparcieron sus cenizas en el mar. Le encantaban los barcos. Una vez le pregunté a mi madre que cómo iríamos a verlo si no estaba en una tumba. Me dijo que las personas no están en las tumbas, que solo son el sitio al que vamos para recordarlas. Seguro que no necesitas que nadie te ayude a recordar a Jacob.

Annie negó con la cabeza e intentó tragarse el nudo que se le había formado en la garganta. Polly se agachó, con gesto dolorido y una mano en la espalda, y extendió un chal de color lila debajo de sus rodillas.

—Esto tiene fácil solución. Solo hay que arrancar las malas hierbas y arreglarlo un poco.

Annie pensó que ojalá hubiera llevado alguna herramienta. Se habían quedado todas en el jardín de la casa en la que ahora vivían Mike y Jane, a menos de tres millas de allí. Se arrodilló en el suelo; sabía que se mancharía los vaqueros de hierba, pero le daba igual. Había olvidado qué se sentía al pisar la tierra en primavera, la humedad que traspasaba la ropa.

—Toma.

Polly le dio una pala y un rastrillo pequeños que acababa de sacar de la bolsa.

—¿Dónde los has conseguido?

—Ah, son de mi madre. Nunca los usa. Un jardinero se ocupa de las plantas. He pensado que podrían sernos útiles.

Durante un buen rato removieron y arrancaron en silencio, con los sonidos de la ciudad de fondo. En todo el cementerio solo había una pareja más, justo al otro lado, arreglando la tumba de alguien. Annie levantó la mirada, vio a Polly cavando muy concentrada, con una mejilla manchada de tierra, y pensó en lo extraño que era arreglar la tumba de su hijo con esa mujer a la que hacía unas semanas ni siquiera conocía.

—Deberías perdonarlos, por cierto —dijo Polly en voz baja.

Annie no necesitaba preguntar a quién se refería.

—No puedo.

—Ya lo sé. Lo que hicieron estuvo mal, fatal, pero... cuando no perdonas a

alguien, al final la que lo sufre eres tú. Los llevas a cuestas a todas partes, todos los días de tu vida.

Annie siguió arrancando malas hierbas en silencio durante un rato.

—Estuvieron a punto de acabar conmigo.

—Lo sé. Pero no lo consiguieron. Y sigues aquí.

A duras penas. En los últimos dos años había vivido momentos en los que no sabía si saldría adelante. La sensación de tener a Jacob en brazos, ligero como siempre, pero frío e inmóvil. El día en que se mudó al piso nuevo, tan pequeño y tan húmedo, preguntándose cómo demonios había caído tan bajo. Cuando llamó la policía para decirle que habían encontrado a su madre deambulando por la calle, confusa y desorientada, y supo que había perdido a otra persona y ni siquiera se había dado cuenta porque era incapaz de ver más allá de su propio dolor. Su vida había cambiado tanto que lo que Mike y Jane le habían hecho se le antojaba insuperable. Respondió a las palabras de Polly con la que empezaba a ser su respuesta estándar:

—Me lo pensaré.

—¡Tachán!

Annie miró con recelo los narcisos que Polly tenía entre las manos.

—¿De dónde los has sacado?

—De por ahí. Tranquila, nadie lo notará. ¿A que son bonitos? —Examinó las trompetas amarillas, los tallos verdes que rezumaban savia—. Me encanta que salgan todos los años de la tierra fría y muerta, justo cuando empiezas a pensar que el invierno va a durar para siempre. Creo que es lo que más añoraré. Tampoco es que vaya a enterarme, supongo. No sé si sabré que es primavera o si simplemente... desapareceré. ¿Puedo poner unos cuantos para Jacob?

Limpiaron el tarro y lo llenaron de agua fresca en el grifo que el departamento de Parques había instalado en el cementerio. Por una vez Annie no tenía nada malo que decir de la empresa para la que trabajaba. Nunca se le había ocurrido pensar que su función era rellenar las grietas en la vida de la gente, recoger la basura, arreglar los baches del suelo, mantener los parques limpios y bonitos. Polly puso las flores en el

tarro y las colocó de modo que los pétalos quedaran hacia fuera.

—Ya está. Estas flores son para ti, Jacob. Encantada de conocerte.

Annie se levantó en silencio.

—¿Puedo decir algo raro?

—Siempre.

—No creo que nos oiga. Al principio intenté convencerme de que sí... Me resultaba insoportable pensar que nunca volvería a verlo. Pero ahora sé que ya no está, sin más. Supongo que por eso no vengo a verlo más a menudo. Antes venía con mi madre, ella sí que cree en estas cosas, pero ahora sería demasiado cruel recordarle que su nieto está muerto. A veces creo que ni siquiera se acuerda de que una vez tuvo un nieto.

Polly se encogió de hombros.

—En mi opinión, no estamos hechos para entender la muerte. En ocasiones me imagino qué pasaría si me acercara a alguien en el metro o en medio de la calle y le dijera: «Perdona, ¿eres consciente de que algún día vas a morirte? Puede que hoy no, ni mañana, pero ALGÚN DÍA, seguro». Todas esas personas que van corriendo a trabajar, al gimnasio, que comen cualquier cosa por el camino. Me pregunto qué pasaría si, de repente, se dieran cuenta de su propia mortalidad y aceptaran su destino. ¿Tú no lo dejarías todo y harías algo que siempre hubieras soñado? Tirarte en paracaídas. Despedirte del trabajo. Decir a alguien que te gusta.

Annie la miró de reojo.

—Espero que esto no tenga nada que ver con el doctor Quarani.

—Qué guapo que es. Siempre tan serio...

—Tiene una foto de su familia en el despacho.

—Podría ser su hermana.

—Pollyyy. —Annie no estaba segura de que Polly hubiera aceptado el hecho de que estaba muriéndose. ¿Cómo podía coquetear con los hombres, hacer planes y amigos nuevos, cuando su vida tenía fecha de caducidad?—. Quizá no es posible vivir siendo consciente a todas horas de que vas a morirte. No sé de dónde sacaríamos la motivación para fregar el suelo o hacer cosas de ese tipo.

—Pues yo me paso el día pensando que tengo que renovar el seguro del coche o comprarme un abrigo nuevo antes de que se acaben los buenos —replicó Polly—. Entonces me recuerdo a mí misma lo inevitable... Pero no puedo, ¿sabes? Es imposible no pensar en el futuro. —Se levantó del suelo, aunque con dificultad—. En fin... Otra cosa que no hace falta que hagas cuando estás muriéndote es dejar el azúcar. De hecho, últimamente estoy pasando una fase bastante obsesiva, así que ¿te apetece una taza de chocolate y un trozo de tarta?

Annie miró una vez más la pequeña tumba de su hijo. Ahora estaba más arreglada, sin malas hierbas y con el césped cortado. Jacob nunca llegó a dejar su huella en el mundo. Se había ido cuando apenas acababa de llegar. Pero para ella, y para Mike, y para Maureen —y también para Jane, seguro—, la corta vida de Jacob implicaba que nada volvería a ser lo mismo.

Seguramente había algún pensamiento profundo que extraer de todo aquello, pero Annie estaba demasiado agobiada. En cuanto a Polly, parecía cansada, sentada en la hierba en una postura que evidenciaba lo agotada que estaba.

—Claro —respondió—. Vamos a comer tarta.

Día veintisiete: Cambia las sábanas



—Annie, ¿vas a dormir con alguien?

A Annie se le escapó una carcajada.

—Ya me gustaría.

En todo el tiempo que Costas llevaba viviendo con ella nunca había pasado la noche con nadie. Sabía que él sí, aunque sus ligues siempre se iban antes del amanecer y solo dejaban tras de sí algún pelo solitario en la bañera.

—Entonces ¿por qué...?

Costas se hallaba junto a la puerta de la habitación de Annie, señalando los montones de sábanas repartidos por toda la habitación.

Buster estaba entre sus brazos lamiéndole la cara con su larga lengua rosada.

—No dejes al perro en el suelo, acabo de limpiar todo esto —le advirtió.

La colcha de la cama, de un color parecido al beis, había acabado en el suelo y Annie estaba poniendo una nueva, turquesa con flores rosas.

—No se va a comer nada, es un buen perro, ¿verdad, bonito? Claro que sí. ¡Claro que sí! Y bien, ¿por qué estás limpiando, pues, Annie?

—He pensado que ya era hora de hacer algunos cambios. Ponerlo todo más bonito.

Llevaba durmiendo bajo la misma colcha desde que se mudó, arruinada y sin posesiones. Había dejado todas sus cosas atrás, había dado la espalda a la vida de antes, había comprado las sábanas más baratas que había encontrado, ásperas e incómodas, y no las había lavado todo lo que debiera.

Costas levantó el pulgar.

—Bien hecho, Annie. Voy a salir un rato.

Iba vestido con una camiseta ajustada de color plateado.

—Diviértete —le dijo Annie con una sonrisa benevolente.

Quizá debería comprar otro juego de sábanas para él. Al fin y al cabo, la caja de zapatos que él llamaba «hogar» no era especialmente agradable.

Pensó en lo que había dicho mientras colocaba la colcha, la alisaba con las manos y contemplaba su nueva cama. Si en un universo paralelo de dudosa existencia alguien viera su habitación, al menos ya no le sacaría los colores.

Se agachó para abrir el último cajón de la cómoda en busca de una funda para la almohada. Algo crujió. Papel crepé. Y, de pronto, Annie recordó que era allí donde había escondido su tesoro máspreciado.

Era lo único que había guardado de Jacob. Todo lo demás era ropa comprada en tiendas, pero aquel jersey minúsculo de color crema lo había hecho su madre, tejiendo sin parar delante del televisor durante dos meses. Los botones tenían forma de cara de corderito. Annie se lo acercó a la cara e inspiró hondo. De entre los pliegues cayó una pequeña pulsera de plástico con el nombre «Jacob Matthew Hebden» impreso. Su identificación del hospital.

Y, de pronto, volvía a estar allí. En su cama de antes, a primera hora de la mañana. Mike le traía a Jacob para que le diera de comer, su cuerpo minúsculo deslizándose entre los dos. El bebé que habían creado. Un milagro. Por lo general, cuando recordaba aquellos días, la rabia que aún sentía lo oscurecía todo. Pero Mike había perdido lo mismo que ella. Aunque ahora tuviera a Jane, Annie sabía que su relación jamás compensaría lo que había perdido. No estaba tan cegada por la ira. Nada curaría la herida. Mike era la única persona que podía entender lo que era sostener aquel jersey diminuto entre las manos y recordar al bebé que ya nunca más volvería a llevarlo. Y quizá, al final, eso significara algo.

Annie suspiró para sus adentros. Maldita Polly. Por mucho que lo intentara, cada vez le costaba más no contagiarse de su desagradable actitud optimista.

Día veintiocho: Perdona a alguien



—Creo que he cambiado de idea. ¿Podemos dar media vuelta?

—Venga, ya sabes lo que dicen: el rencor es como beber veneno y esperar que se muera otro. Y tú, mi querida Annie, te has bebido cinco litros.

Annie frunció el ceño. A ella le gustaba su veneno. Era como el café: intenso, excitante y capaz de mantenerla en funcionamiento. Pero allí estaba, a pesar de todo, sentada en el Volvo que Polly había pedido prestado a Milly.

—¿Y por qué no perdonas tú a alguien, si tan importante es? Seguro que se te ocurre alguien con quien estés enfadada.

Polly hizo una mueca.

—Aún no estoy preparada.

—Pues yo tampoco.

—Tú has tenido más tiempo que yo. Y, créeme, el mío es un cerdo asqueroso.

—Tú eras la que decías que tenemos que perdonar, liberarnos del veneno y todo eso. —Annie la miró—. ¿Es a Tom a quien no quieres perdonar? —preguntó—. Aunque aún no me has contado quién es el tal Tom.

Polly hizo otra mueca.

—Te he dicho que aún no estoy preparada. De todas formas, hoy es tu día. Luego ya pensaré en mí. Venga, es el momento perfecto. Has visto a tus amigas, te han dicho que Jane se siente fatal. Es el destino.

—No es el destino, eres tú metiendo las narices donde nadie te llama. Ni siquiera

habría visto a Zarah si tú no lo hubieras organizado todo.

—Te la habrías encontrado tarde o temprano.

Annie suspiró. Quejarse no servía de nada.

—Vale. Pero solo voy a hablar con ellos. No pienso perdonarlos. Al menos de momento.

Ni ahora ni nunca, probablemente.

—Tom es un cabrón —dijo Polly al cabo de unos segundos—. Créeme.

—Tendré que fiarme de tu palabra.

A Annie no le gustaba meterse en la vida de los demás, pero ¿acaso Polly no confiaba lo suficiente en ella para contarle sus secretos? Ella sabía los suyos. Era un poco injusto, con comodín del cáncer o sin él.

—Seguro que sabes conducir, ¿eh? —le preguntó con cierto recelo, mientras Polly rascaba las marchas.

—¡Pues claro! A ver, ¿hacia dónde tengo que ir?

—A la derecha y luego a la izquierda. Mira por dónde vas o... ¡Dios! —Polly cambió repentinamente de carril y Annie se encogió en su asiento—. Luego sigue todo recto.

Recordaba tan bien el camino que podría llegar perfectamente andando y con los ojos cerrados. 175 de Floral Lane, Ladywell. Hasta la dirección sonaba bien, siempre lo había pensado. Porque aquella había sido su casa en el pasado. Estaba destinada a serlo desde el día en que Mike la llamó emocionado para decirle que había encontrado el sitio perfecto, y habían ido a verlo a la salida del trabajo, cogidos de la mano y sudando mientras contemplaban las baldosas blancas y negras del salón o los narcisos, las flores favoritas de Annie, que crecían en el jardín de atrás. Durante una temporada intentó bautizarla como Casa Narciso, pero Mike pensaba que era un poco cursi y que el cartero sería incapaz de encontrarla. Era suya cuando encontraron un sofá Chester en una tienda de antigüedades y cuando pulieron los suelos de madera con una máquina que habían alquilado, un trasto enorme y ruidoso, tan potente que era capaz de levantar a Annie del suelo. Y era suya cuando llevaron por primera vez a Jacob desde el hospital, con su carita rosada asomando desde el moisés.

Pero ahora ya no era suya; era de Jane. De Jane y de Mike.

—¿Y si no están en casa?

Polly dobló una esquina y estuvo a punto de llevarse una farola por delante.

—Es domingo, ¡pues claro que están en casa! Estarán montando muebles y preparando recetas de Jaime Oliver, como cualquier pareja de clase media-alta que se precie.

—Gracias por recordármelo. ¡Y mira la carretera, Polly! ¡Dios...! —Un terrier pequeñito acababa de librarse por los pelos de una muerte segura—. ¿Cuándo has dicho que te sacaste el carnet?

—Hace un montón de años. Tú tranquila, ¿vale? Tengo cáncer; los accidentes de coche no son una amenaza para mí.

—¡Pero para mí sí!

—Vaya, ¿ahora quién está restregándole cosas por la cara a quién? Mira, tú diles hola, que quieres hablar con ellos porque hace mucho tiempo que no os veis, que sientes haber perdido el contacto y que crees que ya es hora de que paséis página. Y luego os abrazáis.

—No pienso decir eso. Creerán que me he metido en una secta o algo así. —Lo cual era verdad hasta cierto punto, pensó Annie, si tenía en cuenta las últimas semanas de su vida. La secta de Polly—. Además, no siento haber perdido el contacto. Fue todo culpa suya.

—Annieeee... Ese no es el espíritu que necesitamos para una reconciliación, ¿no crees? Seguro que tú también has hecho algo de lo que te arrepientes.

Annie pensó en los largos correos cargados de ira que les había enviado a los dos, siempre coincidiendo con algún día que había bebido demasiado vino, diciéndoles cuánto los odiaba y que esperaba que cogieran el ébola.

—Mmm... No sé.

—Pues entonces diles que los perdonas. Es el mayor regalo que puedes hacerles.

Pero tampoco era verdad. Y, a medida que se acercaban a la que había sido su casa, rodeada de las calles y las tiendas que tan bien conocía, Annie sintió la rabia que aún anidaba en su interior como un hijo maligno. Pero había llegado hasta allí, había empezado algo, y sabía que no podía recuperar su amistad con Zarah y Miriam

hasta que intentara, como mínimo, hablar con Jane.

—Gira aquí. Es la última de la izquierda. Ciento setenta y cinco. ¡He dicho ciento setenta y cinco! —Polly se la había pasado de largo. De pronto Annie se percató de que Polly entornaba los ojos y un sudor frío le recorrió la espalda—. ¿Es que no ves?

—¡Estoy bien!

—¡Polly!

—Vale, vale, tengo algunos problemillas de visión. Al parecer, Bob está presionándome el nervio óptico, eso es todo.

Annie cerró los ojos.

—Dios mío... Ahora lo entiendo todo... Es aquí, para.

—¡Qué mona! Me encantan las ventanas tipo mirador y las tejas de pizarra.

En los días de invierno Annie solía acurrucarse junto a esas ventanas y soñar despierta. Se imaginaba a Jacob haciendo lo mismo cuando fuera mayor, leyendo un libro o mirando una película. Y puede que uno o dos niños más. Niños que ahora eran fantasmas, que nunca nacerían, igual que Jacob.

—Qué pena que ya no viva aquí. Bueno, será mejor que acabe con esto cuanto antes. ¿Vas a entrar conmigo?

Polly respondió que no con la cabeza. Había aparcado con una rueda encima de la acera.

—Me quedo en el coche, escuchando las mejores melodías de Magic FM. La vida es demasiado corta para malgastarla oyendo Radio Tres. Ojalá lo hubiera sabido antes.

¿Qué iba a decirles? ¿Y si la echaban? De camino a la puerta miró por encima del hombro, nerviosa, y vio a Polly moviendo la cabeza al ritmo de la música. Se percató, con una extraña mezcla de satisfacción y de pena, de que habían descuidado los macizos de flores y de que las malas hierbas amenazaban con matar los bulbos y las plantas que con tanto mimo ella había plantado. Levantó la mano para llamar al timbre, pero se quedó petrificada. Volvió a mirar a Polly, que había bajado la ventanilla. El ritmo pegadizo de los Backstreet Boys se oía ahora en toda la calle.

—¡COMODÍN DEL CÁNCER! —gritó, y Annie no tuvo más remedio que llamar timbre.

Al principio no respondió nadie y la sensación de alivio que Annie sintió fue inmediata. Hasta que, de pronto, oyó unos pasos acercándose a la puerta.

—¡Ya voy!

Era la voz de Jane. Una voz que estaba acostumbrada a oír todos los días, al teléfono o en persona. Diseccionando novios, trabajos, los planes de boda de Annie y el argumento del último episodio de *Anatomía de Grey*.

Había sido una pésima idea. Claro que ahora ya era demasiado tarde porque Jane estaba abriendo la puerta y Annie no sabía dónde posar la mirada. En su exmejor amiga, dos años mayor que ella, un poco más arrugada y con más canas que antes, con unos pantalones de pijama y una sudadera ancha. O en el bulto que ocultaba debajo de la sudadera, con una mano apoyada en lo alto, la mano de la alianza. Ay, Dios. ¿Por qué ni siquiera había considerado esa posibilidad?

Jane estaba embarazada.

Era extraño entrar en una casa que había sido tuya pero ya no lo era. Los muebles y muchos de los libros de la sala de estar eran los mismos, pero encima de la tele estaban las fotos de boda de Jane, no las de Annie. Mismo novio también. Pero todo tenía un aspecto desastrado —Annie había cuidado muchísimo de su casa, aunque le resultara extraño recordarlo— y había tazas vacías y revistas abandonadas por toda la habitación. También había una alfombra en el suelo que era claramente para un niño. Estaba diseñada como un jardín, con mariposas bordadas, pájaros y flores. Estaban preparándose para la llegada del bebé. El bebé de Mike y Jane. Cuando consiguió hablar, su voz era como una fina capa de hielo sobre un río de lágrimas.

—No lo sabía.

Jane parecía afectada.

—Ya. Los dos hemos intentado no poner nada en internet, por si... Le dije a Mike que te lo contara, pero... Ya sabes.

«Los dos.» Dos breves palabras que eran como puñales para Annie.

—Siento haberme presentado aquí de esta manera.

Jane estaba recogiendo revistas.

—¿Has venido para... llevarte algo?

—No. No es eso. —Annie ignoraba cómo explicarle qué hacía allí—. ¿Te importa que me sienta un momento, Jane? Solo quiero hablar. ¿Te parece bien?

Jane hizo una pausa y Annie recordó, avergonzada, la última vez que había estado en esa casa, el día que se había marchado definitivamente, gritando por la calle a pleno pulmón que Jane era una robamaridos y Mike un cerdo infiel.

—Claro. Supongo que ya iba siendo hora. —Señaló el sofá con un gesto de la cabeza—. ¿Por qué no...?

Era el mismo sofá, con la piel de color rojo agrietada por el tiempo. Lo había pagado ella y, sin embargo, el único sofá que tenía en su casa actual era aquella cosa horrible de polipiel que había comprado en una tienda de segunda mano. Intentó no pensar en ello mientras se sentaba. Mike se había sentido tan mal que le había ofrecido la casa y todo lo que había en ella, pero Annie se había negado a aceptar un solo penique. Cuando se marchó estaba tan decidida a abandonar su vida y dejarlo todo atrás que ni siquiera tenía un mísero juego de cucharas.

—¿Té?

—Mmm... No, gracias. —No estaba segura de cuánto tiempo la dejaría quedarse una vez que empezara a hablar—. Supongo que estarás preguntándote por qué...

—No me lo esperaba, la verdad.

Jane se agachó para coger una taza sucia y el pelo le tapó la cara. Seguía siendo rubia, aunque ahora tenía más canas en las raíces. Una vez, no hacía mucho, Jane había sido la del sofá y Annie la feliz anfitriona a punto de dar a luz a su hijo. Fue la única ocasión en toda su vida en la que no tuvo celos de Jane —quien, después de todo, había crecido rodeada de hermanos, en una casa bonita y con un padre— y que se había sentido totalmente en paz consigo misma.

Por aquella época Jane estaba un poco perdida, con un nombre siempre distinto en los labios y las lágrimas apenas contenidas cada vez que hablaban. Y Annie siempre estaba allí para escuchar y para suministrarle pañuelos, té y abrazos. Qué curioso. En el momento en que Jane dejó de quejarse de su vida amorosa Annie pensó que por fin

era feliz estando soltera, que había decidido seguir con su vida, cuando en realidad ya estaba con Mike.

—Bueno —empezó Annie—, supongo que últimamente he estado haciendo mucha introspección.

—Ah —dijo Jane.

—Por eso quería venir a preguntarte... a intentar entender lo que pasó. Entre tú y yo... y él.

—Has visto a Zar y a Miriam, ¿verdad?

—Sí. Me han dicho... que te sientes mal.

—Annie, me siento tan mal que podría morirme ahora mismo. Pero tienes que creerme, yo no planeé nada de esto. Mike y yo...

Annie no pudo reprimir un gesto de dolor. Era lo mismo que ella solía decir: «Mike y yo», «Mi marido, Mike».

—Los dos estabais... rotos y yo también, y tú estabas desaparecida, fuera de nuestro alcance, y él necesitaba a alguien con quien hablar, y cuando me di cuenta... Y ahora estoy... bueno.

—Ya lo veo. —Annie se quedó mirándole el vientre—. ¿De cuánto...?

Jane se lo cubrió con las dos manos, un gesto que Annie recordaba muy bien.

—Siete meses más o menos.

El bebé ya estaba totalmente formado, con los puños y los pies enroscaditos. Los piecitos de Jacob eran así, dos ratones minúsculos dentro de sus calcetines azules y verdes. Todo cómodo y seguro, y de colores pastel. Annie tragó saliva.

—Ya sé que no lo hiciste a propósito —dijo, aunque en el fondo no estaba segura por completo—. Pero yo lo había perdido todo. Mi bebé, luego mi marido, mi casa... y a ti. No tenía nada, Jane.

Jane le rehuyó la mirada.

—Ya lo sé. Lo siento. Siento mucho lo que le pasó a Jakey... Sabes cuánto lo quería. Lo pasé muy mal.

De pronto Annie quiso gritarle que ni se le ocurriera pronunciar el nombre de su hijo, pero se mordió la lengua. Al fin y al cabo, había sido la madrina perfecta: iba a verlo todas las semanas, le hacía cientos de fotos preciosas...

—Tuvo que ser horrible para ti —dijo Jane, e inspiró por la nariz—. No puedo ni imaginármelo. Pero lo que pasó entre nosotros... fue un accidente, no lo hice a propósito. Me enamoré. Ya sé que es egoísta, pero quería tanto a Mike... Me enamoré perdidamente y no supe qué hacer.

—¿Sois felices? ¿Los dos?

Pronto serían tres. Annie se preguntó si estarían usando la habitación de Jacob, si habrían pintado encima de las cenefas de patos y ositos felices que ella había dibujado. Jane dudó un segundo y luego asintió.

—Sí, creo que sí. Bueno, siempre estoy mareada y hecha polvo... —Dejó la frase a medias como si, de repente, se hubiera dado cuenta de con quién estaba hablando—. Lo siento. Supongo que no quieres oír lo duro que es estar embarazada.

—Lo recuerdo.

Tener un hijo también era duro, pero el deseo de recuperarlo era tan fuerte que a veces se le olvidaba. Cada vez que recordaba los paseos interminables por esa misma habitación a las tres o las cuatro de la madrugada, con el pequeño berreándole en la oreja y llenándolo todo de mocos y de lágrimas, sentía que era una traidora y un profundo dolor le atravesaba el alma.

—Lo que le pasó a Jakey no fue culpa tuya. Pero, Jane, sí fue la gota que colmó el vaso. Lo que acabó de romperme del todo.

Jane hizo un sonido, una especie de resoplido extraño, y Annie se dio cuenta de que estaba llorando, el rostro contraído por el dolor. Su propio río de lágrimas había empezado a fluir bajo el hielo, avanzando peligrosamente. Pero no, Jane y ella no iban a llorar abrazadas y tampoco iban a recuperar la amistad de antaño.

—Lo siento mucho —dijo Jane entre sollozos—. Te echo de menos. Lo que hice fue horroroso.

A Annie le pesaba tanto el corazón que era como tener una piedra dentro del pecho.

—Será mejor que me vaya.

No podía quedarse ni un segundo más en esa casa tan bonita que un día había sido suya. Era todo tan injusto... Jane tenía su casa, su marido y ahora también tendría su bebé. Y ella... no tenía nada. Por un momento se imaginó un mundo distinto en el que

Jane estaba embarazada de otro hombre que no era su exmarido. Cuánto se habría alegrado por ella. La pérdida —no solo de Jacob, sino también de Jane y de su bebé— era como un puño que le oprimía el corazón. ¿Era capaz de imaginarse un futuro en el que formaba parte de sus vidas? ¿En el que iba a las fiestas de cumpleaños de los niños y les enviaba regalos? Levantó la mirada hacia el techo.

—¿Vais a usar... su habitación?

—No hay más sitio. —Jane se mordía el labio—. Lo siento. Queremos mudarnos pero ya sabes cómo están los precios...

—No pasa nada.

Pues claro que iban a usarla. ¿Dónde si no pondrían al bebé? Pero, al mismo tiempo, le escocía como una herida abierta.

Justo cuando Annie se dirigía hacia la puerta esta se abrió con un chirrido y apareció Mike. Tenía la llave suspendida en el aire, en una postura casi cómica, y su cara era un «oh» de sorpresa. Enseguida se dio cuenta de que estaba más viejo —tenía más entradas y la barriga más abultada por debajo del polo y por encima de los vaqueros.

—¿Annie?

Iba cargado con varias bolsas reutilizables de Waitrose. Así que ahora sí que se acordaba de cogerlas.

—Hola, Mike.

Volvió la cabeza lentamente hacia Jane.

—Cariño, ¿te ha...?

«Cariño.» Annie sintió que con esa expresión le clavaba un puñal en el estómago. Los miró mientras ellos mantenían una breve conversación sin palabras, el mismo tipo de conversación que ella solía tener con él.

«¿Te ha montado una escena?»

«No, no pasa nada.»

Annie no podía arriesgarse a sufrir otra debacle emocional de aquellas proporciones, así que se obligó a sonreír, o al menos a dibujar una curva ascendente con los labios.

—Tengo que irme. Gracias por hablar conmigo, Jane. Y fe... —La palabra se le

atravesó en la boca—. Felicidades. Adiós.

Los dejó plantados en la puerta de entrada, la futura familia de tres, y, mientras se dirigía de vuelta hacia el coche, oyó que Mike decía:

—Hay una loca en un Volvo cantando canciones de *Grease*.

Día veintinueve: Haz limpieza en Facebook



—Bien hecho —dijo Polly después de que Annie le enseñara el móvil, no de muy buen humor, para que lo inspeccionara—. ¿Los has borrado a los dos?

—A los dos.

Pero Annie no se sentía bien. Había sido amiga de Jane desde mucho antes de que existiera internet, antes de la regla y de los chicos, de que ninguna de las dos fuera capaz de atarse los cordones. Y ahora la había borrado de su vida para siempre. No podía evitarlo, tenía la sensación de que las cosas habrían sido diferentes si hubiera esperado un par de años más. Quizá Polly la había presionado cuando ella aún no estaba preparada... Pero no. Ese puente estaba ardiendo desde hacía mucho tiempo, la gente gritando y lanzándose a las turbulentas aguas del río. No tenía sentido preguntarse qué habría pasado si las cosas hubieran sido distintas.

Polly le apretó cariñosamente el brazo mientras se sentaban en la cafetería del hospital.

—Venga, te invito a un trozo de tarta. ¿Crees que el doctor Quarani querrá algo para cuando acabe su ronda? Lo he visto antes, dando vueltas y más vueltas alrededor del hospital. Está muy en forma, ¿eh?

Annie frunció el ceño.

—Polly...

—Solo es un trozo de tarta.

—Ya, ya. Pero si me como un solo pedazo más acabaré ingresada con una diabetes

tipo dos, y entonces te habrás quedado oficialmente sin comodín del cáncer.

—Vale, vale. Me parece que acabo de ver al doctor Cascarrabias, y necesito evitarlo a toda costa. ¡Dice que estoy tan mal de la vista que debería llevar un bastón blanco! ¿Puedes creértelo? Ni que estuviera ciega.

Annie vio al doctor Max delante de la barra, haciendo cola para pagar lo que parecía ser un cuádruple expreso. Lo saludó con la mano y se preguntó si tendría cuenta de Facebook.

Día treinta: Escucha



Annie respiró hondo. Había reescrito el correo tantas veces que empezaba a sentirse ridícula. Solo eran cuatro palabras. ¿Por qué no le daba al botón de enviar? Pero ¿y si se reía de ella, lo ignoraba o se lo reenviaba a algún amigo? Su mano planeó sobre el ratón, indecisa. ¿Qué diría Polly? Alguna tontería sin sentido como: «Para ver las estrellas antes tiene que estar oscuro». Por alguna extraña razón, muchas de esas frasecitas *new age* tenían que ver con la astronomía.

Suspiró, le dio al botón de enviar y clavó la mirada en la mesa. «¿Te apetece comer conmigo?» Tenía el corazón en un puño. Aquello podía acabar tan mal... ¿De qué iban a hablar? Suponiendo que respondiera que sí, cosa que seguramente no ocurriría. Pero cuando levantó la mirada, Fee estaba observándola con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué buena idea, Annie! Siempre como sentada a mi mesa y aprovecho para seguir trabajando.

—Igual que yo. Pero no nos pagan para eso, ¿verdad?

—Tienes razón. Y ni siquiera sabía que esto estaba aquí. —Tenían dos tazas de café para llevar y dos bocadillos de beicon, y estaban sentadas en las sillas metálicas que había frente al quiosco del parque. Fee cerró los ojos para disfrutar del débil sol primaveral—. Así me siento mucho mejor. Gracias, Annie.

—¿Va todo... bien? —preguntó tímidamente.

No quería meterse donde no la llamaban, pero Fee estaba extraña desde hacía varias semanas. Hacía al menos un mes que no intentaba llevárselos a todos de karaoke.

—Ah, bueno, las cosas en casa están un poco tensas. Mi compañera, Julie, está haciéndose la in vitro y nos cuesta un dineral. Y en el trabajo no paran de repetir lo de los recortes de personal. Supongo que estoy nerviosa.

—Vaya, lo siento. Sé que el proceso puede ser muy duro.

Un *flashback* la atravesó como un puñal. Mike suplicándole: «Por favor, Annie, tenemos que dejarlo, esto te está matando». Intentó disimular su reacción con un sorbo de café.

—Me siento inútil. A veces pienso que debería haberme sometido yo al tratamiento, pero Julie es más joven, y era más lógico... —Fee se quedó callada—. Debes de pensar que soy lo peor por sacar este tema, Annie. Después de todo lo que has sufrido.

—¡Ah! ¿Lo dices por... mi hijo? —Todo el mundo sabía lo de Jacob, aunque nadie lo mencionaba. Había estado de baja varios meses, sintiendo que en cualquier momento se moriría del dolor—. No me molesta, de verdad. Durante una eternidad la gente dejó de hablarme de sus hijos o de llevármelos a casa para que los viera. Me sentía como una leprosa. —Como si un hijo muerto fuera algo contagioso, pensó—. Así que, Fee, estoy encantada de escucharte.

Durante la siguiente media hora Fee le explicó lo estresada que estaba, que Julie dormía en la habitación de invitados, que se habían gastado todos los ahorros, lo mucho que le preocupaba perder el trabajo... Y era extraño, pensó Annie, porque por primera vez en mucho tiempo sentía que no era ella la que estaba desmoronándose. Y se dijo que aún conservaba la capacidad de ayudar a los demás.

Día treinta y uno: Baila como si nadie te mirara



—Pero ¿puedes hacer esto, Poll? Quiero decir, ¿estás suficientemente bien?

—De qué estás hablando, ¿si estoy de maravilla!

Polly ya estaba bailando al ritmo de la música mientras los demás se cambiaban de ropa, se quitaban los jerséis y dejaban al descubierto mallas y camisetas ajustadas. Annie cruzó los brazos; llevaba tantas capas que era imposible saber si era un hombre, una mujer o el Monstruo de las Galletas.

—Esto va a ser una auténtica pesadilla —dijo George mientras se terminaba una lata de Coca-Cola Light. Tenía unas ojeras considerables y desprendía un sutil olor a vodka por cada uno de los poros de su piel—. En serio, cómo odio estas cosas de hippies. Al menos cuando no voy colocado.

Por una vez Annie estaba de acuerdo con él. Abrazarse y restregarse con desconocidos seguramente estaba muy bien cuando ibas drogado, pero no a las seis de la mañana de un miércoles cualquiera. De pronto le entró el miedo. Intentó por todos los medios no establecer contacto visual con nadie, como si pudiera evitarlo, pero la clase de danza de contacto estaba a punto de empezar y tendría que tocar a otras personas, dejar que le pusieran las manos en la cintura —si eran capaces de encontrarla—, en sus piernas, en sus brazos, puede que también en la cara... ¡Ay, Dios! Aprovechó que tenía a George cerca para cogerse de su brazo.

—No puedo hacerlo. En serio... Es que no puedo. No sé bailar y odio que me toquen. De verdad que soy incapaz. Lo siento.

—Conmigo no hace falta que te disculpes, estamos en el mismo barco. —George se pasó la mano por la cara—. Odio bailar sobrio. Odio llevar ropa ajustada. Odio sonreír.

Los demás asistentes rebotaban buen rollo y no paraban de sonreírse los unos a los otros. Incluso habían recibido a la profesora con abrazos. Annie se refugió en una esquina, la más alejada que encontró. Tenía una sensación horrible en la boca del estómago.

—Dios mío... No puedo.

—¿Por qué no me apunté al gimnasio en lugar de solo proponérmelo? —protestó George metiendo barriga—. Y yo que pensaba que los gais estábamos en forma. Esta gente no podría estar más... sana.

Polly apareció girando sobre sí misma. Aunque estaba delgada como los demás, ella no tenía nada de sano. Se le notaba en el pelo tan frágil que le asomaba por debajo del pañuelo que llevaba en la cabeza, en los huesos que se le marcaban por todas partes y en la piel de aspecto cansado. Ya estaba jadeando y ni siquiera había empezado la clase. Annie y George se miraron.

—Va a ser genial. Chicos, vosotros también participáis, ¿verdad?

—¡Pues claro! —exclamó Annie.

—¡Yo me muero de ganas! —añadió George al tiempo que sonreía y levantaba el pulgar. Cuando Polly se dio la vuelta le hizo una mueca a Annie—. No sé cómo, pero sobreviviremos a esta tortura y nos habremos ganado un millón de puntos de buen hermano y buena amiga. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —respondió Annie a regañadientes.

Era agradable tener un aliado, aunque fuera alguien inesperado.

—Y ahora coged a vuestra pareja por los brazos... ¡y miraos fijamente a los ojos!

Annie tenía como compañero a un hombre de mediana edad que tenía un aliento asqueroso y llevaba suelto el pelo largo y grisáceo.

—Es mucho mejor si te abres, Anna.

—Annie. Me llamo Annie.

¿Quién lo había nombrado rey de la clase?

—Y tiraaad... —canturreó la profesora, una esbelta pelirroja llamada Talia cuyo atuendo de licra parecía pintado sobre sus gráciles extremidades.

El Hombre del Mal Aliento empujó a Annie.

—Se supone que tienes que tirar —le dijo tratando de ayudarla.

—Es lo que estoy haciendo —replicó ella entre jadeo y jadeo.

—Vaya. Tienes que trabajar más esos cuádriceps, Anna. Conozco un gimnasio genial...

—¡Y caaambio de parejaa!

—¡Adiós!

Annie salió por patas antes del inevitable choque de manos. Ella no chocaba los cinco con nadie. Era una cuestión de principios. George la cogió al vuelo, con los ojos como platos.

—¡Socorro! Acabo de meter la cabeza entre las piernas de una mujer. No lo hacía desde el día en que nací.

Los dos miraron a Polly, que iba dando vueltas entre la gente como si fuera una bola de billar, con el pañuelo turquesa ondeando al viento cual estandarte. Respiraba con dificultad y Annie sospechaba que no veía con claridad.

—¿Crees que está bien? —le preguntó a George.

—No lo sé. Está en negación total con eso de la vista. Ven conmigo. —Bailaron hacia ella—. Eh, Poll, ¿por qué no descansamos un par de canciones?

—No necesito... descansar —jadeó ella.

—Ya, pero estás dejándonos en evidencia. Danos algo de tiempo a Annie y a mí para conectar con la peña, ¿no?

—Vale. —Polly asintió a regañadientes y se sentó en una silla que había allí al lado. Se llevó una mano a la espalda y su rostro se retorció en una mueca de dolor—. Que conste que lo hago por vosotros.

—Sígueme el rollo —susurró George a Annie—. Vamos a fingir que lo damos todo.

Y así, durante los siguientes cincuenta minutos dieron vueltas, gruñeron, rodaron por el suelo y extendieron los brazos para abrazar la energía del universo. Annie tenía cada vez más calor a causa de llevar tantas capas de ropa, hasta que empezó a notar las gotas de sudor descendiendo por su espalda, por debajo del sujetador. Tenía a George tan cerca que a veces le arañaba la cara con la barba o le acariciaba la oreja con el aliento. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba tan cerca de un ser humano? Desde Mike, como mínimo. Clavó los ojos en el suelo, en las alfombras de yoga tipo puzle, con su ligero olor a sudor, e intentó contar los segundos como cuando tenía que hacerse alguna prueba médica especialmente dolorosa o humillante, algo en lo que tenía bastante experiencia. Por fin, la profesora dio la clase por terminada y Annie sacó la cabeza de la axila de George, que olía como si se hubiese echado un frasco entero de ambientador.

—Creo que... se ha acabado —dijo, sin creérselo del todo.

—¿De verdad?

George tenía mal aspecto.

—¡Holaaa! —Polly apareció junto a ellos. Se la veía feliz aunque con unas ojeras enormes—. Ha sido increíble. Ojalá lo hubiera probado mucho antes. Me he sentido tan... conectada.

Para Annie había sido como estar en un vagón de metro repleto, aplastada contra la entrepierna de alguien, durante una hora entera. Solo que con todo el mundo mirándola y sonriendo como hienas.

—Ha sido... toda una experiencia —aventuró.

George fue más sincero.

—¡Santo Dios, Poll...! Será mejor que te mueras pronto porque no pienso volver a hacer algo así en la vida. Voy a necesitar años de terapia para superarlo.

Polly agitó una mano. Ofenderse era una de las muchas cosas para las que había decidido que no tenía tiempo, además de preocuparse por la ingesta de calorías, hacer cola e intentar parecer guay. Se echó un jersey por encima de los hombros y Annie se fijó en que le temblaban las manos. Pero su voz sonaba cantarina.

—Creo que iré a tomar un batido de cáñamo con esta gente, ¿os apuntáis?

George y Annie se miraron a los ojos.

—Yo tengo que trabajar —respondió ella.

—¿En fin de semana?

—Mmm... Es miércoles, Poll.

—¿En serio? Bueno, para mí todos los días son iguales. ¿Y tú, hermanito?

—Tengo una audición importante... creo.

—¿Para qué?

—Pues... no lo sé —replicó él—. Mi agente se ha olvidado de decírmelo, ja ja.

—Vale. —Polly se despidió con la mano—. ¿Nos vemos pronto?

—Mañana, ¿recuerdas?

—Pues claro que me acuerdo. Aún no he perdido todas mis facultades. Entonces ¡hasta mañana!

Mientras se alejaba, Annie miró otra vez a George y los dos se echaron a reír.

—Madre mía —dijo ella—. Me han puesto anestésicos generales más agradables que esta clase.

—No volvamos nunca más. Aunque nos lo suplique. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —asintió Annie—. ¿Es verdad que tienes una audición?

—Ja, no. Tal como me van las cosas, no creo que me cojan ni para una rueda de reconocimiento. A no ser que alguien esté buscando un actor para el papel de «marido apaleado».

Annie no dijo nada. Sospechaba que había algo más detrás de aquel ojo morado que ya casi estaba curado, pero no se atrevía a preguntar. George se colgó el bolso al hombro y metió las manos en los bolsillos del chaleco.

—Adiós, Annie. Nos vemos mañana en la próxima payasada de mi hermana.

Y se inclinó hacia ella para darle un beso en la mejilla. Annie se puso colorada. Nunca habría hablado con alguien como George —tan terco y con tan mal genio— si no fuera por Polly y toda aquella locura. A menos que llamara al ayuntamiento para quejarse de sus impuestos, claro está. Y, sin embargo, allí estaba, una mañana de un día laborable, con la risa floja una hora antes de fichar en la oficina. Y con el tiempo justo para tomarse un café con leche en el primer sitio que encontrara, quizá también

un cruasán, y sentarse un ratito bajo el frío sol primaveral. Pensó en la ciudad que se extendía frente a ella; pensó en Sharon, en Jeff y en Fee, encerrados en aquel despacho minúsculo y maloliente de Lewisham, y se le escapó un suspiro que bien podría ser de dicha.

Día treinta y dos: Hazte voluntaria



—Esto es peor aún —protestó George—. Si es que... ¡Mírame!

—Estás genial. Este amarillo le va perfecto al blanco de tus ojos.

George fulminó a Polly con la mirada.

—Permíteme que lo repita una vez más: si no estuvieras muriéndote...

Annie se recolocó su disfraz.

—Si no me equivoco, George es el conejo de Pascua, pero ¿qué somos nosotras?

—Pollitos, obviamente. Unos pollitos monísimos.

Eso explicaba el vestido amarillo y las medias naranjas. Al menos ella llevaba un tocado con forma de pico que, con un poco de suerte, le ayudaría a mantener el anonimato. George seguía protestando por su disfraz, que estaba hecho de una tela peluda de color amarillo pálido, con unas orejas enormes.

—Esto es muy humillante... ¡Que tu hermano invierte en bolsa, Polly, no sé si lo sabes!

—Tómatelo como si fuera el papel de tu vida —lo animó Polly, que conseguía que su disfraz de pollito pareciera un modelo de alta costura—. Venga, chicos... Esto es muy importante.

Annie y George intercambiaron una mirada a medio camino entre el mal humor y la compasión mutua.

—Tú al menos no vas vestido como una cabaretera rechoncha —protestó Annie—. Tienes el papel principal.

—Ajá. ¿Y cuál es la motivación de mi personaje para este papel?

—Repartir huevos de Pascua entre los pobres niños del ala infantil del hospital —le espetó Polly—. ¿Los que no pueden salir a la calle porque están tan malitos que podrían morirse? Pues esos.

—Vale, vale. —George se ajustó las orejas—. Voy a hacer de conejito de Pascua que se quedó sin el papel principal en *La colina de Watership* por culpa de un brote trágico de mixomatosis, y que lo compensa aportando profundidad y *pathos* a todos sus personajes, incluido este.

—Lo que tú digas. Bien, ya hemos escondido los huevos por toda la planta, así que solo tenemos que ayudar a los niños a que los encuentren, ser amables y esas cosas. ¿Creéis que podréis hacerlo?

—Sí —murmuraron Annie y George.

—¡Vaya, pero si es Bugs Bunny!

Ay, no. Acento escocés. El doctor Max se dirigía hacia ellos, con camisa y corbata ese día, las dos arrugadas casi tanto como su cara, que era la pura imagen del cansancio. A su lado estaba el doctor Quarani, impoluto como siempre.

—¡Hola, doctor Cascarrabias! —exclamó Polly—. ¿Qué te parece? —Dio una pequeña vuelta sobre sí misma y luego añadió, fingiendo una indiferencia que no sentía—: Ah, hola, doctor Quarani.

—Hola —respondió él, educado pero distante. Annie vio que a Polly le cambiaba la cara—. ¿Cómo está su madre, señorita Hebden?

—Mucho mejor, gracias. Antes me la he encontrado haciendo la sopa de letras de una revista. Hacía meses que no hacía ninguna.

—Interesante indumentaria.

El doctor Max estaba mirando a Annie, que se puso colorada como un tomate.

—Es para los niños —le dijo.

—¿Sí? ¿O es para que los adultos se sientan mejor consigo mismos? Espero que los disfraces estén esterilizados. En serio, Polly, algunos de estos pequeños están muy enfermos.

Polly puso los ojos en blanco.

—¡Basta ya de preocuparse por todo! Va a salir genial.

—Bueno, lo siento, pero mi trabajo es preocuparme. Las manos impolutas, todos. Si están en ayunas, eso significa que NADA de comida. No les deis chocolate. Si tienen el contacto limitado, NADA de cogerlos en brazos o achucharlos. Ya sé que os sentiréis mal, pero podríais matarlos. ¿Entendido?

—¿Quiere unirse a nosotros, doctor Quarani? —preguntó Polly haciéndose la inocente.

—Estoy más acostumbrado a trabajar con los pacientes mayores.

El doctor Max miró a su colega.

—Sami es un médico serio. No creo que quiera que lo asocien a un grupo de adultos vestidos como animales de granja.

—Los conejos no son animales de granja. —Polly se ajustó el pico—. ¡Venga, los niños son una monada!

—Tengo que irme. Es mi hora de correr —replicó el doctor Quarani, y se marchó sin mirar atrás y sin apartar los ojos de su Fitbit.

—Vaya, es el alma de la fiesta, ¿eh? —murmuró Polly.

El doctor Max frunció el ceño.

—Te lo digo en serio: deja a Sami tranquilo. Y ten cuidado con los niños. Son muy frágiles.

—¿Tú no vienes? —le preguntó Annie.

El médico negó con la cabeza.

—Tengo que extirpar un tumor cerebral. El mío no es un trabajo...

—No es un trabajo de nueve a tres, ya lo sabemos. —Polly volvió a poner los ojos en blanco—. Es tu frase favorita, ¿no?

—Bueno, si realmente quieres que las cosas cambien de verdad, pide más fondos al gobierno. En fin, divertíos.

Era curioso cómo se las arreglaba para hacerla sentir frívola y estúpida, incluso cuando estaba intentando ayudar. Annie se recolocó el vestido y Polly aprovechó para sacar la lengua a su neurocirujano.

—No hagas caso al doctor Cascarrabias. Venga, vamos allá.

Las puertas se abrieron justo cuando Annie se ponía un poco de esterilizador en las manos. Estaba extrañamente nerviosa. Podía soportar a los adultos enfermos, pues entendían su situación. Pero ¿qué le decías a un niño pequeño que podía morir antes incluso de haber empezado a vivir? Al menos no habría bebés enfermos. No se veía capaz de soportarlo.

Había seis camas, todas ellas con una pequeña carita asomando desde lo alto. Al final de la sala un crío vestido con un pijama de Superman los observaba desde el interior de una burbuja de plástico. Annie tragó saliva e intentó sonreír. Allí la paleta cromática era menos oscura, pero igual de horrible. El amarillo de las esperanzas truncadas, el rosa del amor no correspondido.

—¡Hola a todos! ¡Somos el conejito de Pascua y sus increíbles polluelas!

Polly entró en la sala agitando las alas. Se hizo el silencio.

—Son un poco tímidos —dijo un enfermero, un hombre joven y recio en cuya chapa ponía «Leroy»—. Hola, Polly.

—Cariño... —respondió ella, e intercambiaron sendos besos en las mejillas.

Annie miró a George con las cejas levantadas. ¿Cómo era posible que Polly conociera literalmente a todo el mundo?

—Este es Leroy, el encargado de llevar todo esto, y esta es Kate, la pediatra.

Era una chica joven con pecas, trenzas y una bata blanca que aparentaba unos doce años.

—Hola, chicos. El doctor Max os ha explicado el protocolo de higiene, ¿verdad? Ya sé que es un rollo, pero algunos de estos niños están muy enfermos.

—¿Qué les...? Es decir, ¿qué tienen?

George, que parecía una figura mitológica en horas bajas, estaba observando a un crío que tenía la cabeza cubierta de vendajes. Kate los rodeó y señaló con el estetoscopio.

—Bilal, que es ese de ahí, tenía líquido en el cerebro. Amy tiene un agujero en el corazón; en breve se someterá a su decimocuarta operación. —Era una niña pequeña con coletas a juego con las de Kate, vestida con un mono rosa de elefantes, que no aparentaba más de tres años—. Matty tiene los huesos de cristal; esta es su décima

fractura. —Un chaval jugando a la Gameboy, con ambas piernas escayoladas—. ¡Matty! —Kate fingió que se sacaba unos auriculares invisibles y él la imitó a regañadientes. Siguió avanzando por la sala—. Aquella es Anika. Tiene un tumor cerebral.

—Yo también —dijo Polly, con la misma sonrisa desconcertante que se le dibujaba en la cara cada vez que hablaba sobre su enfermedad.

A Annie le había dicho: «Ah, es que todos dicen “cáncer” de la misma manera, como si tuvieran que tragarse la palabra antes de que los mate. Como si fuera Voldemort. Yo solo intento un acercamiento distinto, eso es todo».

Kate llegó a los dos últimos niños.

—Esa es Roxy. Tiene quince años pero se comporta como si tuviera cincuenta. Dice que no debería estar en el ala infantil.

Roxy era una adolescente de aspecto gótico vestida con un jersey negro, unas mallas y un pañuelo negro alrededor de la cabeza calva. Se había dibujado las cejas con un lápiz oscuro.

—Puedo oírte, ¿sabes? —dijo Roxy, y chasqueó la lengua—. Y esto es cutrísimo.

—Sí, Roxy, ya sabemos que lo odias todo. Y en la burbuja de plástico está Damon. El pobre nació sin sistema inmunológico.

Annie intentó disimular una expresión de horror.

—Y... ¿tiene que quedarse ahí dentro?

—Estamos preparándolo para un trasplante de células madre, por eso no podemos arriesgarnos a que coja una infección. Todo el mundo tiene que hablar con él a través de eso, hasta sus padres.

Annie sintió que alguien tiraba de sus plumas y cuando bajó la mirada vio a Amy, la niña más pequeña de todas, observándola tímidamente.

—¿Este es el conejito de Pascua?

—¡Claro que sí! Y creo que quiere decir algo.

Annie casi podía ver a George metiéndose en el papel. La voz le salió aguda, con un leve acento yanqui.

—¡Hola, niños y niñas! ¡Soy el conejito de Pascua! Sé que últimamente habéis estado un poco fastidiados, así que he pensado: ¿por qué no organizamos una

búsqueda de huevos de Pascua? ¡A ver cuántos sois capaces de encontrar!

—Muy profesional —murmuró Polly.

Annie jamás se habría imaginado que seis niños —uno de ellos protegido detrás de un plástico— pudiera organizar semejante caos. Localizaron huevos debajo de las camas, en el armario de las medicinas, en los cajones de las mesitas, en el bolsillo de la bata blanca de Kate. Hasta Roxy participó en la búsqueda, empujando la silla de ruedas de Matty para que también pudiera participar.

—¿Sabes que somos gemelas de cerebro?

Polly estaba charlando con Anika. La pequeña la miró con timidez.

—Tengo un bulto malo en la cabeza.

—Yo también.

Polly se quitó el sombrero con forma de pico para enseñarle la calva a Anika. Kate dio un codazo a Annie.

—Creo que a Bilal le vendría bien un poco de ayuda. Aún está grogui de la operación.

Bilal, con la mitad de la cara oculta por las vendas, estaba buscando con cuidado alrededor de una estantería llena de juguetes. Puede que «juguetes» fuera demasiado generoso; había unos bloques de construcción de colores, una muñeca con un solo ojo y varios peluches a los que les faltaba buena parte del relleno. Un poco como a los niños.

—Hola —dijo Annie, increíblemente nerviosa. No tenía ninguna experiencia con niños más allá de los dos meses de edad—. Mmm... Me llamo Annie. ¿Tú eres Bilal?

El pequeño se la quedó mirando.

—¿Cuántos años tienes, Bilal?

—Cinco.

Parecía tan pequeño, tan enfermo...

—Mira, creo que hay algo escondido por ahí. Entre los bloques de construcción.

Bilal metió la mano y sacó un huevecito envuelto en papel de plata de color lila. De repente su carita, pálida y demacrada, se iluminó.

—¡El conejo de Pascua!

—¡Es verdad, te ha dejado un huevo! —Buscó a Kate con la mirada y esta asintió—. ¿Por qué no nos comemos un trocito?

Mientras Bilal se manchaba toda la cara de chocolate Annie miró a su alrededor. Allí estaba George, dejando que la pequeña Amy diera vueltas alrededor de sus patas. Polly, con Anika diseccionando un huevo a sus pies, estaba hablando con Roxy y haciendo ver que se pintaba la raya. Sus cejas también habían desaparecido con la quimio. Matty estaba hablando con Damon y enseñándole los huevos que había encontrado, mientras el otro crío vigilaba a su alrededor. Estaba calvo y pálido, pero llevaba un disfraz de *Star Wars* y Annie vio que tenía una espada láser colgando encima de la cama. ¿A Jacob le habría gustado todo aquello si no se hubiera muerto? ¿Ella habría tenido que aprenderlo todo sobre los *stormtroopers*, el fútbol y los Lego? Abrió los ojos al máximo y parpadeó. Bilal la observaba desde debajo del vendaje.

—Eh, ya sé —le dijo tratando de sonar alegre—. Seguro que puedes llevar un montón de sombreros chulos encima del vendaje. Polly, ¿guardas algún gorro en el bolso?

—¡Pues claro! Nunca salgo de casa sin ellos. Déjame ver qué tengo. —Rebuscó en su enorme bolsa estampada y sacó un gorrito de lana—. ¿Qué te parece este? Es el más chulo que tengo. —Se lo puso en la cabeza, dio un paso atrás y lo observó con detenimiento—. ¡Ay, no! Le queda demasiado bien. No podemos dejar que se lo ponga, ¿verdad, Annie? Sería como robarme todo el estilo.

Annie le siguió la corriente.

—Venga ya, Polly, no has de tener celos de Bilal solo porque sea mucho más guay que tú.

El pequeño se echó a reír. El gorro le iba demasiado grande, pero al menos disimulaba el blanco resplandeciente de las vendas y le daba un aspecto de niño normal, aunque flacucho y vestido con un pijama del *Doctor Who* en pleno día.

George se acercó y se levantó las orejas de conejo. Estaba sonriente y con las mejillas coloradas.

—¿Sabéis qué me han dicho? Que quieren que vuelva, puede que una vez por

semana. Por lo visto, tienen un armario lleno de disfraces. ¡Quién iba a decirme que mi papel revelación iba a ser de conejito de Pascua! Bueno, me voy. Tengo que empezar a preparar las motivaciones de mi próximo personaje: Coco el payaso.

Annie miró a Polly y las dos se echaron a reír.

—Ya verás como a partir de ahora se vuelve insufrible —dijo Polly—. ¿Y tú qué, Annie? ¿Has aprendido alguna lección vital? ¿Los niños te han enseñado el verdadero significado de la vida?

—Yo no diría tanto. —Annie volvió a mirar la triste estantería de los juguetes—. Pero creo que tengo una idea para nuestro próximo propósito.

Día treinta y tres: Organízate



—Vale, entonces Milly se ocupará de las redes sociales y de internet. Dice que, si mantengo las distancias y la dejo a su aire, es muy posible que lo consiga. Suze se encargará de la publicidad y las relaciones públicas. El doctor Max pedirá permiso al hospital y...

—¿En serio? —la interrumpió Annie—. Creía que no estaba de acuerdo con lo de recaudar dinero.

—Bueno, parece que algo le ha hecho cambiar de opinión —dijo Polly haciéndose la inocente—. ¿Se te ocurre qué podría ser, Annie?

—No —respondió esta rápidamente—. Yo puedo ocuparme de clasificar las entradas, gestionar el dinero y todo eso. También deberíamos abrir una página para recaudar fondos, por si la gente quiere colaborar por internet.

—Una idea estupenda. Va a ser genial.

Annie no estaba tan segura. Cada vez que pensaba en lo que estaban planeando sentía la misma sensación que aquel día en que, siendo una niña, se había subido al tobogán más grande de todo el parque: si retrocedía, se arriesgaba a que se rieran de ella, pero la otra opción, seguir adelante, era igualmente aterradora.

Día treinta y cuatro: Saca tu lado artístico



—¿Qué se supone que es eso?

—Es un niño. Ya sabes, como los que estamos intentando ayudar.

Annie observó el lienzo que Polly estaba pintando.

—A mí me recuerda a un oso.

—¿Un oso?

—Sí. La gente va a creer que estamos recaudando fondos para Paddington.

—Vale, vale, suspendí Arte en el colegio, por eso acabé estudiando Historia del Arte. Al menos lo estoy intentando.

Annie le dio unas palmaditas en el hombro. Polly volvía a llevar el mono de una sola pieza y se había recogido con un pañuelo de seda el pelo que le quedaba. Tenía que admitirlo: su amiga sabía vestirse para la ocasión.

—Da igual, diremos a la gente que lo han pintado los niños. No sé, Polly... quizá sí deberías llevar el bastón blanco, ¿no te parece?

Polly frunció los labios, retiró el pincel y le lanzó una gota de pintura azul, que aterrizó en sus vaqueros. Al principio no reaccionó, pero luego metió los dedos en el bote y sacó una buena cantidad de pintura. El manchurrón impactó contra la cara de Polly con tanta virulencia que Annie temió haberle hecho daño. Por suerte, Polly se echó a reír y le lanzó más pintura.

—¡Por el amor de Dios! —protestó el doctor Max, que pasaba por allí. Últimamente lo hacía mucho, lo de pasar por allí, sobre todo teniendo en cuenta lo

ocupado que solía estar—. ¿Tenéis doce años o qué?

Annie pensó que era justo así como se sentía cuando estaba con Polly. Como si volviera a ser joven y hubiera encontrado a su nueva mejor amiga, y ambas tuvieran por delante una vida llena de oportunidades. Excepto que no era verdad, claro.

—Toma. —Dio un pañuelo a Polly—. Lo siento. ¿Por qué no me dejas acabar esto, eh?

—Vale —respondió Polly, extrañamente seria—. Creo que voy a... sentarme aquí un momentito.

La vio arrastrarse hasta una silla con una mueca de dolor, y una breve alarma sonó en su interior.

Día treinta y cinco: Ayuda a alguien



Annie estaba delante de la puerta de Costas con la mano levantada y a un par de centímetros. Buster olisqueaba el marco, acostumbrado como estaba a verla siempre abierta. Debería llamar. Lo sabía. Pero nunca lo había hecho, prefería enviarle mensajes o dejarle notitas pasivo-agresivas (en el fondo, no era mucho mejor que Sharon en ese aspecto). Oyó otro sollozo al otro lado. Confirmado: Costas estaba llorando.

—Quizá deberíamos dejarle algo de espacio —susurró a Buster.

El cachorro ladeó la cabeza y respondió con un leve gimoteo.

—Vale, vale, está bien. —Suspiró y llamó a la puerta—. ¿Costas?

Se hizo el silencio. Pasados unos segundos, Costas respondió.

—¿Sí?

—Mmm... ¿Estás bien?

—¡Estoy bien, estoy bien!

Era como una parodia de su tono habitual, siempre tan alegre.

—Te he oído. Sé que no lo estás.

Se abrió la puerta y allí estaba Costas, con la camiseta del trabajo y la cara enrojecida e hinchada.

—¿Qué ha pasado?

Se restregó la cara como un niño pequeño.

—Nada.

—Pues no lo parece.

—Es por el trabajo —reconoció finalmente, abatido—. Estaba en la cocina, escuchando Magic FM y bailando... ya sabes. Mi canción favorita.

—¿Y cuál es tu canción favorita? —preguntó Annie, como si no lo supiera.

—Una de Mariah Carey, por supuesto. Y unos hombres, los que traen la vajilla, se han reído de mí... me han dicho una palabrota. —Bajó la voz hasta que solo fue un susurro—. Maricón.

—Es horrible. Lo siento, Costas, pero no son más que una pandilla de intolerantes.

—Pensaba que aquí no sería así. Pensaba que no pasaba nada por ser gay. —Su rostro se contrajo, se le aceleró la respiración, y Annie reconoció los síntomas de alguien a punto de echarse a llorar de nuevo—. Y lo único que hago es preparar cafés. Yo quería trabajar en la moda, Annie. Por eso vine a Londres, ¿sabes? En Atenas no hay moda. Pero, en vez de eso, solo he aprendido a hacer dibujitos en el café.

—Bueno, tampoco está tan mal.

Inspiró con fuerza por la nariz, con los brazos cruzados.

—Echo de menos mi casa, Annie. Echo de menos a mi madre y a mis hermanas. Las tengo tan lejos... He venido hasta aquí, me he alejado de ellas y todo para no llegar a ninguna parte... Solo para hacer dibujitos en el café. —Suspiró—. Lo... lo siento, Annie. Ya sé que tu amiga y tu madre están enfermas y que lo mío es una tontería, pero... estoy triste.

Y todo ese tiempo había estado al otro lado de la pared, y Annie había sido incapaz de oírlo llorar porque su corazón hacía demasiado ruido al romperse en mil pedazos.

—Lo siento mucho, Costas. Me sabe fatal por ti.

Él asintió, al borde de las lágrimas.

—Estoy bien. No pasa nada. Solo es... un contratiempo. Al menos tenemos al cachorro. Ven aquí, bebé.

Cogió a Buster en brazos y se echó a reír mientras el perro le lamía las lágrimas de la cara. Tenían que deshacerse de él y pronto, se dijo Annie; Buster no podía vivir en un piso para siempre. Pero ¿cómo lo haría?

Miró la hora: las dos. Tenía intención de pasarse todo el día en la cama

acompañada de sus médicos de ficción favoritos (y no pensar ni un segundo en el de la vida real).

—Oye, ¿te apetece salir? Este piso es deprimente, no me extraña que estemos así. ¿Qué te parece si te invito a algo tan británico como comer en el pub? Podemos llevarnos a Buster, si quieres.

Día treinta y seis: Arréglate el pelo



—En serio, Annie, tienes que despedirte de él.

—¡Pero es que le tengo mucho cariño!

—Ese es el problema. —Polly se inclinó hacia ella y cogió un puñado de su pelo lacio y castaño—. Cortarse la melena es un acto simbólico. Significa dejar atrás el pasado, liberarse... Piensa en Rapunzel. En Dalila. En Britney Spears.

—No pienso afeitarme la cabeza.

—Me refiero a que te cortes unos centímetros, ¡por el amor de Dios! Si vas a hablar en público, necesitas sentirte segura de ti misma.

Annie sintió que se le encogía el estómago. ¿Por qué había dicho que sí?

—Bueno, vale. Pero solo un par de centímetros.

Sin embargo, como todo el mundo sabe, para un peluquero «un par de centímetros» en realidad significa «lo quiero todo fuera» y así, una hora más tarde, Annie se miraba en el espejo con el pelo justo por debajo de las orejas y peinado con unas ondas suaves.

—Podríamos haber aprovechado para hacerte algo de color —dijo Polly, y se pasó los dedos por el pelo como si fuera obra suya—. Quizá estamos a tiempo de...

—Ni pensarlo. —Annie se apartó de ella—. Mírame... ¡Estoy totalmente distinta!

—¿A que sí? —Polly levantó los pulgares—. Adiós, malas energías; ¡hola, melenita! Ojalá pudiera hacer lo mismo que tú. Un golpe de secador y se me caería hasta el último pelo.

—Mi pelo no tenía malas energías. Era solo... pelo.

Y ahora estaba en el suelo. Annie miró su reflejo en el espejo, la forma en que su nueva melena se le curvaba por debajo de las orejas y daba a su cara una curiosa forma de corazón. Llevaba uno de los atuendos que Polly le había obligado a ponerse, un vestido verde con florecitas, y unas Converse en los pies. Le quedaba bien. Parecía una persona normal. Vio el reflejo de Polly sonriéndole en el espejo.

—Oye, solo es un corte de pelo. No ha cambiado nada.

—¿Estás segura? —dijo Polly.

Día treinta y siete: Devuelve algo



—¿Dónde quieres estas pistolas, Annie?

Annie consultó su portapapeles un poco nerviosa.

—Mmm... Supongo que son para el número de *Guys and Dolls*. Si ves a alguien vestido de gángster, dáselas, ¿quieres?

—Vale —dijo Zarah, que estaba ayudando entre bambalinas, y se alejó a toda prisa.

Era una locura. Decenas de personas acudían a Annie para hacerle todo tipo de preguntas. Preguntas para las que ella, increíblemente, tenía respuesta y es que, contra todo pronóstico y sin saber muy bien cómo, habían conseguido organizar un festival benéfico en menos de una semana.

Lo habían montado de la forma más sencilla posible, convenciendo al personal del hospital para que cantara o hiciera gags, además de engatusar a unos cuantos amigos de George, que eran actores y bailarines en el West End. A Annie le sorprendió la cantidad de gente que estaba dispuesta a ayudar con tan poco margen de tiempo, y le sorprendió aún más cuando las entradas empezaron a venderse como los churros entre los miembros de la junta del hospital y sus colegas. Aquello no paraba de crecer.

Algunos conocidos de Polly, todos ellos cargos importantes en empresas con las que había trabajado cuando era relaciones públicas, también quisieron ayudar y reservaron filas enteras. «El comodín del cáncer —explicaba Polly—. Todos se sienten fatal por lo mío, por eso puedo pedirles lo que quiera.» Y la cosa no se

acababa ahí. Suze conocía a mucha gente en los medios de comunicación. Costas estaba loco de contento organizando los vestidos que les habían prestado la amiga estilista de Polly o el grupo de teatro *amateur* de Valerie. El marido de Miriam, que era electricista, se ocupaba de la iluminación. Y Annie lo había organizado todo, creando hojas de cálculo, delegando tareas, ocupándose de recaudar el dinero.

Incluso se había plantado delante de la junta del hospital, formada por un buen número de hombres y mujeres todos ellos formidables, y les había explicado la idea. La noticia había corrido como la pólvora. El festival había sumado adeptos sin parar, desde los pacientes hasta las familias pasando por todo aquel que conocía a Polly. Y así era como esperaban un centenar de personas para ver el espectáculo de variedades que habían conseguido organizar. Annie intentaba no darle demasiadas vueltas; no quería acabar vomitando encima de la primera fila. ¿Cómo había terminado una mujer como ella, Annie Hebden, Annie Clarke, ocupándose de semejante montaje?

Polly. Polly era la respuesta.

—Annie. —El doctor Max se dirigía hacia ella por el pasillo central de la sala de conferencias, entornando los ojos en la oscuridad—. ¿Peinado nuevo?

—Ah, sí —respondió Annie tocándose el pelo.

—Eso me ha parecido. Muy... bonito. —Se detuvo y recogió una pluma amarilla del suelo—. Veo que has convencido a la Caponata para que participe en el espectáculo.

—Ah, debe de ser de una de las bailarinas de *burllesque*.

—¿Hay *burllesque*? Sabes que tenemos algún octogenario entre los miembros de la junta, ¿verdad?

—Polly dice que está hecho con mucho gusto, que no es un striptease. Dice que una vez llevó las relaciones públicas de un club de cabaret o algo así.

—¿Mujeres desnudándose al ritmo de la música? A mí me parece una definición bastante precisa de lo que es un striptease. Pero ¡qué sabré yo! —Se pasó las manos por el pelo y, sin querer, se lo dejó de punta. Parecía agotado, como siempre, con la ropa arrugada. ¿Alguna vez se miraba en el espejo?, se preguntó Annie. ¿Cómo era posible que alguien fuera capaz de operar un cerebro y luego no supiera abotonarse la

camisa como era debido?—. Supongo que esto ha sido idea de Polly. ¿Dónde está, por cierto?

—De hecho, ha sido idea mía. Polly está allí arriba.

Annie señaló hacia la escalera en la que Polly se había subido para colocar unas tiras de luces. El doctor Max se llevó las manos a la cabeza.

—Por el amor de Dios... Esta mujer no está bien, ¡no puede subirse ahí arriba, Annie! Ya te lo he dicho. Tiene que descansar.

—¡No quiere descansar! —Annie intentó no levantar la voz—. Sabe que no le queda mucho tiempo y no desea estar postrada en una cama de hospital, ¿vale?

—Lo sé. Eso ya lo sé. Pero créeme, necesita conservar todas las fuerzas que le queden. Para cuando llegue la hora.

Annie ignoró el escalofrío que acababa de recorrerle la espalda.

—Doctor Max, en vez de protestar tanto, ¿por qué no nos echas una mano? Estamos intentando recaudar dinero para la planta infantil. Nos hemos propuesto comprarles juguetes y cosas así.

El médico se remangó la corbata manchada de café, un poco de mala gana, y se agachó para mover las cajas que se apilaban en el escenario.

—Es muy loable, Annie, pero esos niños lo que necesitan es dinero público. Tiempo dedicado a la investigación. Enfermeras y especialistas que no estén hechos polvo y desmoralizados.

Annie también se agachó para recoger cajas, herida en su orgullo. Creía que estaba de su parte, que por eso la había ayudado con la junta.

—Yo solo intento hacer algo.

—Sé que solo quieres ayudar. Pero, en serio, con este tipo de cosas siempre pasa lo mismo. Todo el mundo se lo pasa en grande y luego se van a casa sintiéndose bien consigo mismos. Me preocupa que sea una forma de silenciar las preguntas incómodas. Las importantes. Pero tú a lo tuyo, no te agobies. No creo que haga daño a nadie.

«Tú a lo tuyo.» Como quien da unas palmaditas en la cabeza a un niño. Annie se lo quedó mirando fijamente, muy seria.

—Al menos lo intento. No soy médico ni investigadora, pero con algo tan insignificante como este festival sí que puedo, y es lo que pienso hacer, ¿vale?

El doctor Max levantó las manos en alto.

—Annie, no quería decir...

—Mejor lo dejamos.

Clavó la mirada en el portapapeles y aprovechó para esconderse detrás de él.

—¡Pero si es el doctor Cascarrabias! —exclamó Polly balanceándose en lo alto de la escalera—. ¿Has venido a informarnos de que estamos contraviniendo alguna normativa de sanidad o qué?

—Tú seguro que lo haces, subida a una escalera con esos zapatos. ¿Quieres hacer el favor de bajar?

—Un segundo.

Polly estaba mirando de cerca la guirnalda de luces e intentando sujetarla con un trozo de celo. Le estaba costando lo suyo. El doctor Max la observaba atentamente.

—¿Quieres que te eche una mano con eso?

—Claro que no, solo es celo... ¡Mierda!

La guirnalda cayó al suelo y se apagó. El doctor Max miró a Annie con una expresión de «te lo dije».

—Polly —la llamó—, necesito que me ayudes con una cosa. Mmm... las bailarinas de *burlesque* se han quedado sin... laca. ¿Puedes bajar un momento?

—Ah, vale.

El doctor Max corrió a sujetar la escalera mientras Polly bajaba como podía, con su vaporoso vestido rosa y sus tacones plateados de diez centímetros.

—No estoy inválida —farfulló.

Pero lo parecía. Estaba delgadísima, más que las últimas semanas. Annie ni siquiera se había dado cuenta. ¿Cómo podía alguien adelgazar tanto en tan poco tiempo? El vestido le colgaba de los hombros, su cuerpo estaba completamente perdido entre los pliegues de gasa rosa. Pero, a pesar de todo, seguía sonriendo.

—A ver, qué es eso de la laca... Ay, Dios mío.

—¡POLLYYY! —exclamaron dos voces al unísono.

Milly y Suze acababan de entrar por la puerta del auditorio. Las dos llevaban tacones altos, pantalones de pitillo y sendos iPhone en la mano con los que no paraban de hacer fotos.

—¿Quiénes son esas?

El doctor Max las siguió con la mirada mientras se acercaban apuntando sus teléfonos a diestro y siniestro como si fueran un equipo del CSI peinando el escenario de un crimen.

—Esas son mis amigas. El Pelotón RP. —Polly las saludó con la mano—. Oh, Dios mío... ¡Habéis venido! Permittedme que os presente. Este es mi neurólogo, el doctor Max, y estas son Milly y Suze. Entre ambas llevan prácticamente las relaciones públicas de todos los medios de comunicación del Reino Unido.

Las dos mujeres se abalanzaron sobre él.

—Oh, santo Dios, me encanta tu look. Respetable y lánguido a la vez. ¿Qué te parecería una sesión de fotos rapidita?

—Eh, señoras...

—¡Oh, por Dios, si es escocés! Mejor aún. Estoy pensando en algo en la radio. Voy a darle un toque a Sunil del *Today*, a ver qué me dice.

Sus dedos no dejaron de escribir ni un segundo en la pantalla de sus respectivos móviles.

—La página de las donaciones va viento en popa, Pe —dijo Milly—. Ya vamos por las cinco mil libras. Está corriendo como la pólvora por Facebook y por Twitter. El *Telegraph* quiere una entrevista.

—Voy a llamar a Ivana del *Guardian*. Valores humanos, empatía y todo eso. Va a encantarles.

Milly cogió a Polly por la barbilla.

—Cari, estás un poco pálida. Hay un fotógrafo en camino, ¿quieres que te haga un poco de *contour*?

Suze estaba sacando fotos al doctor Max desde todos los ángulos.

—Al cirujano también. Mantén las sombras, pero disimula un poco la nariz y...

—¡SEÑORAS! —bramó el doctor Max—. ¡No voy a conceder ninguna entrevista!

ni a dejarme poner una tonelada de maquillaje encima! Tengo papeleo que rellenar, pacientes que visitar y heridas que revisar. No tengo tiempo para esto.

—Me encanta esa ira. —Suze suspiró—. Quizá podríamos aprovecharla. Estoy pensando en las noticias de Channel 4. Le daré un toque a Liam.

—El dinero está llegando. —Milly agitó su móvil—. La noticia se ha disparado en Twitter. Pero necesitamos una historia personal, Polly, cari. Para que la gente pueda sentirse identificada. ¿Un videodiario rapidito?

—El dinero —dijo Polly a Max—. ¿No serviría para comprar ese escáner nuevo que querías? ¿O una segunda máquina de resonancias? Así la gente no tendría que esperar tanto para que la diagnostiquen y tú ganarías tiempo para ocuparte de su cáncer.

Max consideró su respuesta.

—Sin maquillaje. Y yo pongo los límites.

—¡Genial! —exclamaron al unísono Milly y Suze, y se lo llevaron de allí sin dejar de hablar, hacer fotos y consultar la pantalla del móvil ni un segundo.

Polly suspiró.

—Esas dos podrían dirigir el mundo sin despeinarse. Supongo que no debí apartarlas de mí.

—Es tu cáncer. Puedes apartar de tu lado a quien quieras.

Polly se echó a reír.

—Por eso me gustas, Annie. Consigues que no me sienta obligada a ser optimista ni a escribir largas entradas en un blog explicando cómo me siento.

—Pensaba que eso era exactamente lo que deseabas hacer.

—En mis propios términos. No porque sea lo que la gente espera de mí.

—Pero esta noche tenemos que fingir que somos todos muy optimistas y que podemos cambiar las cosas, ¿no?

—Eso es. Aunque creo que vamos a tener un pequeño problema.

A Annie se le encogió el estómago.

—¿Qué problema?

Polly miró la hora.

—Bueno, ya sé que tiene un papel protagonista y todo eso, pero ¿has visto a George

en algún momento de la noche?

El sudor ya había atravesado todas las capas de ropa que Annie llevaba encima. La zona de detrás del escenario estaba llena de gente: cómicos ensayando sus monólogos, bailarines calentando, cantantes repasando escalas, hasta había un tipo haciendo malabares con unas bolsas de suero. Pero de George, que se suponía que tenía que presentar todo el espectáculo, no había ni rastro.

—¿Has vuelto a llamarlo?

—Sí, pero no lo localizo. —Polly estaba aún más pálida—. Ay, Dios. Seguro que se ha ido a empinar el codo. Es lo que pasó cuando le dieron su primer papel en el West End, ¿sabes? Hacía de soldado en el coro de *Miss Saigon*. No fue capaz de acabar. Lo despidieron después de la noche del estreno. Me juego lo que quieras a que está con el desgraciado de Caleb. Esta vez lo mato.

—¿Su exnovio? —quiso confirmar Annie. Pero Polly no la escuchaba—. A ver, quizá hay una explicación lógica. Puede que esté en un atasco o...

—¡Pero si viene en metro! —Polly empezaba a perder los estribos, algo que Annie no le había visto hacer hasta entonces—. Va a ser un desastre absoluto. Con toda la gente de la prensa... Annie, vamos a decepcionarlos. A los niños. Al hospital. ¡Vamos a fracasar!

«Fracasar.» La palabra se le atravesó en la garganta. Pues claro que no iba a salir bien. ¿En qué estaba pensando? Ella no era de esa gente capaz de cambiar las cosas. Era de los que se dejan arrastrar por la vida y, al final, acaban hundiéndose en el lodo. De pronto se dio cuenta de que oía algo a través de aquella nube de pensamientos negativos.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido?

Polly tenía las manos entrelazadas y tan apretadas que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Parece...

Alguien llorando. Seguro. Buscó como una loca por el pequeño pasillo que había entre bastidores hasta que, al final, se detuvo frente a la puerta del aseo para minusválidos y la abrió. Y allí dentro, sentado en la taza, con su chaqueta de presentador bordada con lentejuelas rojas, estaba George. Tenía la cara escondida entre las manos y los hombros se le movían al ritmo de los sollozos.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Corrió a su lado, pero Polly no se movió de donde estaba.

—Enséñame la cara —le dijo, fría como un témpano.

Él sacudió la cabeza.

—¡George! ¡Enséñame la cara!

Lentamente, George levantó la cabeza y Annie no pudo reprimir una exclamación de horror. Tenía el ojo izquierdo y ese lado del rostro cubierto por un enorme moretón de color púrpura, además del pelo salpicado de sangre.

—¿Te lo ha hecho él? —le preguntó Polly.

George asintió y su hermana soltó una retahíla de palabrotas.

—Esta vez vamos a llamar a la policía. Me lo prometiste.

George respondió con un hilo de voz que Annie nunca le había oído hasta entonces.

—No puedo. ¿Es que no ves cómo estoy?

—¡Pero tienes que hacerlo! —exclamó Polly—. ¡Me lo prometiste!

A George se le escapó un sollozo.

—Mira lo que me ha hecho. Yo... yo lo quería. Y esto es lo que piensa de mí. No... no soy nada. No soy nadie. Él es una estrella de televisión y yo soy un fracasado y...

De pronto Annie encajó las piezas. Caleb, pues claro. Era aquel tío del programa de veterinarios.

—¿Has vuelto con él?

Polly parecía furiosa. George respondió que no con la cabeza, avergonzado.

—No quiere volver conmigo. Solo nos... nos veíamos de vez en cuando. Pero ahora es... —Las lágrimas ahogaron de nuevo su voz—. Lo siento. Lo siento mucho, Poll. Quería que viniera esta noche. Quería que me viera haciéndolo bien. Por eso lo

he llamado y... esto es lo que ha pasado.

Polly entró en el aseo como una exhalación y se arrodilló delante de su hermano.

—Escúchame, George... Eso de que no eres nada no es verdad. Es él quien tendría que avergonzarse de sí mismo. Debería estar en la cárcel. Pero tú eres mi hermano y ahora mismo te necesito. Lo digo en serio, te necesito. Hoy es tu gran noche, pero también es mucho más que eso. Vamos a recaudar miles de libras y a ayudar a muchas personas, enfermas como yo. Podríamos detectar antes el cáncer para que la gente tuviera al menos una oportunidad... Mira. —Abrió el bolso—. Dónde está, dónde está... ¡Aquí! —Sacó el sombrero del día—. Hoy tocaba un fedora, por suerte. Toma, pónelo en un ángulo elegante e iremos a buscar a alguien que pueda curarte eso. Creo que he visto a Leroy, ese enfermero tan simpático. Luego te pondremos un poco de maquillaje y nadie se dará cuenta. Está oscuro, te lo prometo.

George tragó saliva con fuerza, tanta que Annie lo oyó desde donde estaba.

—El espectáculo debe continuar, ¿verdad? —se oyó decir a sí misma.

George se levantó temblando. Cuando se dio la vuelta hacia la luz Annie no pudo reprimir una mueca de dolor al verle la herida.

—No pienso ponerme un fedora —protestó George después de sorberse la nariz—. No soy un puto activista por los derechos masculinos. A ver si puedes encontrarme otra cosa. Mientras tanto, consígueme a la mejor enfermera y a la mejor maquilladora que tengamos, y veremos qué se puede hacer.

—De acuerdo. —Polly extendió una mano—. Ven conmigo. No tenemos mucho tiempo.

—Annie... —La aludida se detuvo al ver al doctor Max en el pasillo—. ¿Va todo bien?

Estaba despistada observando a un grupo de bailarinas que tenían las plumas de las colas demasiado cerca de las luces.

—Ya sé que me dirás que es una tontería, pero tampoco es que sirva de mucha ayuda pasarse el día criticándolo todo y...

—No creo que sea una tontería. No debería haberlo dicho. Lo siento.

Annie lo miró de reojo.

—Vale, sí, no es lo mío. Pero... has hecho un gran trabajo. Un trabajo increíble, en

serio, con el poco tiempo que has tenido. Va a ir genial, ya lo verás.

—¿Tú crees? —Esa vez fue el pánico de Annie el que hizo acto de presencia—. No lo sé, la verdad. Hemos tenido que correr, y todo parece improvisado. Además, aquí hay gente muy importante, ya me lo habías advertido, y por si fuera poco George está teniendo una crisis y hay un montón de bailarinas semidesnudas a punto para salir al escenario y... Ay, Dios. Tienes razón. No sé en qué estaba pensando.

—Eh, tranquila. —Max extendió los brazos, visiblemente incómodo—. Todo va a ir bien. Tranquilízate. Respira hondo.

De pronto Annie acabó aplastada contra su pecho, clavándose en la mejilla el cordón que llevaba al cuello. El doctor Max estaba abrazándola. Y ella estaba abrazando al doctor Max. Retrocedió un par de pasos, aturdida, y se encontró la cara del médico a escasos centímetros de la suya. Como si aquello fuese una especie de trance, él levantó una mano, una de sus manos de cirujano, tan hábiles y capaces, y le acarició la mejilla.

—Annie, todo va a ir genial. Ya lo verás.

—Yo...

¿Iba a besarla? No podía ser. Era el médico de Polly, y el espectáculo estaba a punto de empezar, y hacía años que nadie la besaba, y de todas formas ¿por qué iba a besarla? No obstante, tampoco se apartaba.

El momento no se rompió. Annie le sostuvo la mirada. Pensó en Mike, y en Jane. Aún tenía el corazón en carne viva. ¿Y si le daba un beso y se enamoraba de él y volvía a pasarlo mal? No sabía si sería capaz de soportarlo. Pero ¿no debería intentarlo al menos? Max era tan agradable... Olía a jabón y a café. Sus brazos eran como rocas alrededor de su pecho.

—¡Annie! —Mierda. Polly estaba de pie justo detrás de ellos, con el ceño fruncido—. ¿Qué estás haciendo?

El doctor Max retrocedió y se aclaró la garganta.

—Annie no se encontraba bien. Son los nervios, creo.

—Ya estamos listos para empezar.

Annie intentó recomponerse.

—Genial. Voy a...

—Esto... Será mejor que...

El doctor Max empezó a alejarse.

—Claro —dijo Annie, pero lo seguía con la mirada.

—¿Estás lista?

Polly aún tenía el ceño fruncido.

—Perdón. Sí, estoy lista. Vamos allá.

Más tarde Annie solo recordaría esa noche como una sucesión de momentos borrosos. Lentejuelas, luces, risas y suspiros del público, aplausos. El sonido de los zapatos de claqué sobre el escenario del auditorio, en el que por lo general solo se celebraban conferencias sobre enfermedades. Un lugar lleno de muerte, muerte y más muerte, y lo habían llenado de vida, una vida estridente, colmada de brillo y de luz. Al menos en el escenario. Entre bambalinas, todo era un poco más caótico: todo el mundo quitándose los disfraces, el maquillaje y cambiando de compañeros de baile.

Annie corrió de aquí para allá con su portapapeles, sin ver prácticamente nada. Hacia el final del espectáculo estaba empapada de sudor, convencida de que tenía un lamparón en la espalda, y le dolían los pies. Oyó el aplauso final mientras George hacía un discurso impecable. Se había pasado toda la noche en el escenario sonriendo, entreteniendo al público, controlando la situación. Parecía imposible que fuera el mismo hombre que se había encontrado llorando en el aseo. Annie reparó en lo fácil que era fingir. Se preguntó qué pasaría a partir de ese día. ¿George dejaría a Caleb definitivamente, tal como Polly quería? ¿O volvería a por más? Sabía que no era fácil abandonar a alguien, incluso cuando esa persona te hacía daño.

Se detuvo un instante y escuchó.

—Señoras y señores, enfermeras y doctores, padres y pacientes. Esta noche hemos hecho algo maravilloso. Sumando las donaciones online, hemos alcanzado la cifra de sesenta mil libras.

Se oyeron exclamaciones entre el público. Annie abrió la boca de par en par.

¿Cómo era posible que hubieran recaudado tanto dinero? La pantalla que había detrás de George cobró vida y vio la página web de la colecta: habían superado el objetivo inicial varios cientos de veces. George estaba diciendo:

—... Y para explicarles por qué es tan necesario este dinero, me gustaría presentarles a la paciente más pesada de la historia de este hospital: mi hermana, Polly Leonard.

Un aplauso atronador. Annie volvió la cabeza y vio a Polly subir al escenario por el otro lado. Se movía despacio, como si le doliera la espalda, pero no dejaba de sonreír y saludar a todo el mundo. Milly y Suze estaban sentadas en primera fila, preparadas para grabar el discurso y subirlo a internet.

—¡Hola! —dijo Polly. Annie se dio cuenta de que tenía la garganta seca y la voz rota—. No voy a entreteneros mucho porque seguro que os morís de ganas de llegar a casa. —En otras palabras, era ella la que tenía ganas de irse—. Hace unos meses me diagnosticaron un tumor cerebral justo en este hospital. —Más murmullos de simpatía. Polly siguió adelante; Annie estaba convencida de que aquello la había molestado—. Ya lo sé, suena horrible y supongo que lo es, pero permitidme que os diga que yo no soy una persona valiente ni una paciente de cáncer especialmente noble. La gente noble y valiente de verdad está en esta sala, y también fuera de ella porque están trabajando, cambiando vías, actualizando gráficas, llevando agua a los enfermos y limpiando quirófanos.

Polly miró hacia el público, hacia el personal del hospital que ocupaba los laterales y el pasillo central, y les sonrió a pesar del agotamiento.

—Antes, cuando pensaba en el día de mi muerte, me parecía imposible que pudiera ocurrir en Lewisham. Tenía que ser en una isla tropical perdida en el océano, quizá tras un trágico accidente a bordo de un yate a la edad de noventa años. —Risas—. Pero ahora que está pasando me siento muy afortunada. Si tengo que morir, no se me ocurre un sitio mejor donde hacerlo que aquí, con toda esta gente cuidando de mí.

Annie se llevó una mano temblorosa a la cara para enjugarse las lágrimas. ¿Dónde estaba el doctor Max? Ojalá estuviera escuchando a Polly. Pero seguramente estaba por ahí, trasteando en el cráneo de alguien, peleándose con la máquina expendedora o tomándose uno de sus horribles cafés triples. Esperaba que no estuviera enfadado con

ella después del momento incómodo de hacía un rato. Quizá ni siquiera tenía intención de besarla. ¿Por qué iba a hacerlo, cuando el hospital estaba lleno de mujeres guapas que lo consideraban un regalo divino al mundo de la neurología? Todo era tan desconcertante...

De pronto fue consciente de que todo el mundo miraba en su dirección y retrocedió para esconderse entre las sombras. Polly le hizo un gesto para que se acercara.

—Así que, como iba diciendo, el mérito de haber imaginado esta noche tan increíble es de una sola persona. Por favor, un fuerte aplauso para mi amiga Annie.

Ay, Dios. Tenía que salir al escenario. Madre mía... Y estaba sudando y tenía el pelo hecho un desastre. Avanzó lentamente, cegada por las luces. El impacto de cientos de caras observándola. Todo el mundo aplaudiendo. Polly empujándola hacia el micrófono. Tendría que decir algo. Notaba el sudor recorriéndole la espalda.

—Eh... Hola. —Había una cámara grabándolo todo. ¡Cielos!—. El mérito no es solo mío, también es de la gente que ha participado, que ha hecho correr la noticia, que ha donado lo que ha podido a través de la página web, que ha comprado entradas... Eh... Pero solo quería decir que Polly tiene razón. A lo largo de mi vida, que hasta la fecha ha sido bastante saludable, este hospital me ayudó a tener un hijo y luego, el día que murió, mandó una ambulancia a mi casa para intentar salvarlo. —Fue consciente de la reacción de George, que no lo sabía—. También está ayudando a mi madre desde que empezó a olvidarse de quién era o de dónde estaba. Y está ayudando a mi amiga Polly. Por eso... deseo recalcar que... que todos necesitaremos un hospital en algún momento de nuestras vidas. Si aún no os ha pasado, tranquilos que llegará el día. Así que, por favor, dadles vuestro apoyo. A todos los hospitales. No dejéis que los destruyan. Por favor... No podemos vivir sin ellos. Literalmente.

Dio un paso atrás, temblando por el subidón de adrenalina. Había hablado demasiado. Había adoptado una postura excesivamente política.

Alguien que acababa de subir al escenario le quitó el micrófono, con mucho tacto, mientras murmuraba algo por encima del rugir de los aplausos. ¿A quién aplaudían? Tenía que ser a ella. Estaban aplaudiéndola.

—Bien dicho —murmuró el doctor Max. Se había arreglado un poco, llevaba una

camisa y una corbata limpias, y el pelo aplastado en un intento de domarlo—. A menos que quieras decir algo más, y creo que lo que has dicho ha sido perfecto, ¿te importa si cojo esto?

Annie retrocedió. «Perfecto.» El doctor Max acababa de decir que su discurso había sido «perfecto» y en ese momento se aclaraba la garganta.

—Hola a todos. Soy el jefe de Neurocirugía del hospital. Lo que Annie acaba de decir... es la razón por la que venimos a trabajar todos los días. No lo hacemos por el dinero o por el prestigio, aunque también tiene su gracia cuando la gente intenta denunciarte... —Risa nerviosa—. Pero os he prometido que no me enrollaría. Y acabo de perder una apuesta, así que voy a cantar una canción.

Y el doctor Max empezó a cantar con una voz sonora y grave. Al principio Annie no reconoció la canción. Algo sobre tropezar y una copa de ambición y... ¡Por Dios, estaba cantando «9 to 5» de Dolly Parton. Una broma interna. La cantó muy lenta, casi como una balada, y luego aceleró hasta que todos se levantaron de los asientos, jaleando y siguiendo el ritmo con las palmas, y su voz desapareció entre un mar de voces. Después, cuando la cosa parecía que no podía ser más surrealista, salió al escenario un gaitero vestido con el traje típico de las Tierras Altas e hizo con su instrumento la voz del bajo. Annie lo reconoció: era uno de los enfermeros de Cuidados Intensivos. Más aplausos. Más cantos. Annie miraba a Polly, que se estaba partiendo de risa, y Polly la miraba a ella.

De pronto le cambió la expresión del rostro. Más adelante Annie pensaría que había sido como una sombra que se cernía sobre su amiga. Una sombra con una capa larga y negra. La cara de Polly se contrajo, y Annie cruzó el escenario corriendo, justo mientras el aplauso final se apagaba y el doctor Max daba las gracias a los presentes. Ya estaba corriendo cuando las piernas de Polly cedieron, por eso pudo cogerla antes de que se desplomara, inconsciente.

Día treinta y ocho: Visita a un convaleciente



—¿Cómo está?

George negó con la cabeza. No parecía que hubiera dormido en toda la noche. Cuando Polly se desmayó mandaron a todo el mundo a casa para que pudiera descansar, pero Annie estaba tan preocupada que no había pegado ojo y había cogido el primer autobús de la mañana de vuelta al hospital.

Miró el oso de peluche que llevaba para su amiga y se sintió estúpida. Había intentado evitar los consejitos tipo «Mejórate», entre otras cosas porque sabía que Polly no mejoraría.

—¿Han dicho algo?

—Ni una palabra. Max está evitándome. Y mis padres... —Suspiró—. Está volviéndome loco. Entra, ¿quieres? Quizá se calmen si estás tú delante.

Annie lo siguió hasta el interior de la habitación y vio a Polly tumbada en la cama, su frágil cuerpo desapareciendo entre las sábanas y el camisón del hospital, conectada a varias máquinas. Un monitor cardíaco. Una máscara para respirar. Una vía. Annie había estado suficientes veces en el hospital para saber que cuantos más aparatos te conectaban, peor era el pronóstico.

Valerie y Roger estaban sentados uno a cada lado de la cama, discutiendo en voz baja.

—¡Está enferma, Valerie!

—Es lo que ella quería. Y estaba perfectamente.

—¡No estaba perfectamente! ¿Por qué te niegas a aceptar la realidad? Polly se muere, George es... lo que es y...

—¡George está confundido, Roger! ¡No sabe lo que quiere! No sé ni cómo te atreves a hablar. Qué vergüenza pasé anoche. Tuve que venir en taxi porque tú no estabas en condiciones para conducir y...

—Ha venido Annie —dijo George levantando la voz, y sus padres esbozaron sus mejores sonrisas.

—Ah, qué bien. Adelante, querida.

Annie se quedó junto a la puerta.

—No quiero molestar. Solo deseo ver cómo está.

A Valerie le brillaban los ojos y el cansancio se reflejaba en su voz.

—Ayer por la noche tuvo una especie de bajón, pero aún no sabemos si es... si es temporal o no. ¡Esperemos que sí! Seguramente solo está agotada.

Roger chasqueó la lengua. Se abrió la puerta y apareció el doctor Max, enérgico y con la ropa arrugada, como siempre. ¿No había pasado por casa? Annie lo dudaba.

—Hola a todos.

Sus ojos se posaron un instante en Annie y el oso de peluche que tenía entre las manos.

—Me voy —anunció ella de inmediato—. Para que tengáis un poco de intimidad.

Después de lo de la noche anterior, no sabía qué decir a Max. George la cogió del brazo y se lo apretó con disimulo.

—Creo que a Polly le gustaría que estuvieras aquí, Annie.

Se quedó, aunque de mala gana. Max carraspeó mientras colgaba unas placas de rayos X de la pared.

—Veamos... Esto es un escáner de sus pulmones. ¿Veis esta manchita blanca?

Annie ya sabía qué significaban las manchitas blancas. Nada bueno. Eran el equivalente a un «oh, ¡mierda!». Significaban que Polly estaba empeorando.

—Un tumor —dijo George con un hilo de voz.

—Sí. Un tumor secundario, en el pulmón. Explica las dificultades para respirar y el dolor de espalda que Polly lleva varias semanas intentando ocultarnos —dijo, y miró

a Annie, que sintió una punzada de remordimiento al recordar a Polly subida a lo alto de la escalera.

A Valerie le temblaba la voz.

—¿Podemos...? ¿Hay algo que se pueda...?

—La radioterapia debería encogerlo. Reduciría un poco el dolor, la ayudaría a recuperar el aliento. Pero le pasará factura. Polly está muy débil.

En los espacios entre palabra y palabra, en el silencio de los cuatro —cinco, contando a Polly—, Annie entendió lo que Max intentaba decirles. Ya había empezado. El principio del fin. Tenía que hacer algo, moverse, hablar.

—Yo... —Todos miraron a Annie y ella le dio el oso de peluche a Max—. No debería estar aquí. Lo siento. Lo siento.

Abrió la puerta y salió corriendo al pasillo. Aquel lugar. Lleno de muerte y de noticias horribles, una sucesión infinita de horrores, uno detrás de otro. ¿Cuándo recibiría alguna noticia buena? ¿Cuándo le pasaría algo normal, como enamorarse, tomar clases de zumba o irse de vacaciones?

—¡Annie, espera!

Se dio la vuelta y vio al doctor Max caminando detrás de ella con sus pasos largos y pausados. Aún tenía el oso de peluche en las manos, como si no supiera qué hacer con él.

—Soy incapaz de estar ahí. No es justo, es tan joven y está tan llena de vida... No es justo, Max. ¿Por qué no puedes hacer nada? ¿Por qué no puedes curarla? —Se tragó un ataque de llanto histérico—. Lo siento. Mierda. Lo siento.

—Tranquila, ahora mismo no te oye nadie.

—Lo... lo siento.

—Ojalá pudiera hacer algo, Annie. Lo he intentado todo con ese tumor, pero es muy cabrón. Quimio. Radio. Cirugía. Medicación. Y siempre vuelve. Lo he probado todo.

—Ya lo sé. Siento haberte hablado así. Y siento...

Quería decirle que sentía lo de la noche anterior, pero ¿lo sentía? Estaba muy confusa.

—Todo el mundo lo suelta tarde o temprano, pero no somos magos, Annie. Somos gente normal y corriente.

Annie se enjugó las lágrimas con la mano.

—Ya... ya está, se acabó, ¿verdad?

—No del todo. —Su voz era cálida—. Pero... sí. Es el principio.

—Ah.

—Siempre fue terminal, Annie. No había cura. Quizá dentro de unos años, si las pruebas salen bien, tengamos más armas para casos como este. Pero nunca ha habido esperanza para Polly.

Estaba ocurriendo. Ya había empezado. Polly se moría.

—¿Se va a...? ¿Nos hemos quedado sin tiempo?

—Ten un poco de esperanza, Annie. Solo un poco. Quizá aún podamos sacarla del pozo para darle un último adiós. Ya lo verás.

El doctor Max vaciló un instante y Annie quiso lanzarse a sus brazos. Necesitaba desesperadamente abrazar a alguien, apretarse contra su cuerpo. ¿Quién más tenía a mano? Su madre ni siquiera sabía quién era. Pero Max vaciló y a ella le pasó lo mismo, y al final ninguno de los dos hizo nada.

—Debo irme —dijo él.

Y Annie se apoyó en la pared y lloró. Por Polly, por sí misma, por Jacob y por su madre, pero sobre todo porque la esperanza, cuando permites que eche raíces, se convierte en un arma de doble filo.

Día treinta y nueve: Esperanza



—¡Pero lee los estudios, por favor!

La voz del doctor Max sonaba tranquila.

—Los he leído, Polly. Parte de mi trabajo consiste en estar al día de cualquier nueva vía de investigación.

—¡Pues vale! El tratamiento con células madre ha dado muy buenos resultados...

—En un ensayo muy limitado. Para un tipo de cáncer que tú no tienes. Y dos pacientes murieron por culpa del tratamiento. Aún falta mucho para que lo aprueben. Dos años, como mínimo. Lo siento. Tú no tienes tanto tiempo.

—Pero... ¡te firmaré lo que quieras! Estoy dispuesta a probarlo antes de que esté listo. ¡Puedo hacer de conejillo de Indias! —exclamó Polly justo antes de que se le quebrara la voz.

Annie no podía soportarlo más. Se levantó, decidida a abandonar su puesto junto a la puerta, pero se encontró a George de cara con una bolsa de galletitas Waitrose en la mano. Annie sabía que Polly no podría comérselas, pero siempre intentaban llevarle algo, lo que fuera, para despertarle el apetito.

—¿Qué pasa? —preguntó susurrando al verle la cara.

—No... —Annie señaló hacia la puerta—. No puedo seguir aquí escuchando esto. Lo siento. Es horrible.

—... No puedo permitirlo. El comité ético nunca lo aprobaría.

—Bueno, pues me iré a otro hospital. Seguro que en Estados Unidos lo hacen o...

—Polly... —Era el tono de voz más severo que Annie le había oído al doctor Max desde que lo conocía. George escuchaba atentamente con los ojos muy abiertos—. Por favor, intenta entenderlo. Es posible que algún hospital esté dispuesto a hacerte el tratamiento con células madre, a cambio de que les entregues miles y miles de libras. No hay ninguna garantía de que funcione y, en mi opinión, no estás para hacer viajes tan largos. Necesitas una autorización de tu médico para poder volar, y yo no te la haré.

—¿Por qué?

—Porque te mataría.

—De todos modos, ¡me muero, por el amor de Dios! ¿Por qué no me das una oportunidad?

—Ya lo he hecho. Te he dado todas las oportunidades que existen. Ese tratamiento, si es que algún día lo es realmente, llegará demasiado tarde para ti. No podemos hacer nada más, Polly. Lo siento.

Sollozos.

—Solo quiero un poco más de tiempo. Por favor, solo eso.

—Yo... No sabes cuánto lo siento, Polly.

Annie y George dieron un brinco cuando el doctor Max abrió la puerta e intentaron disimular.

—... Pues sí, es el día del Burrito en la cafetería —farfulló George.

El doctor Max arqueó una de sus pobladas cejas.

—Supongo que lo habéis oído todo.

—Pueeede.

—Por favor, intentad hablar con ella para sacárselo de la cabeza. ¿Ha tenido esperanzas todo este tiempo? ¿Como si hubiera una cura mágica de última hora?

Annie pensó en los artículos de investigación que Polly había estado leyendo, la insistencia de su madre para que probara la acupuntura, los remedios naturales y las visualizaciones creativas.

—Supongo que... se niega a aceptar la realidad. Es demasiado para ella.

Ahora lo veía claro. Polly recitando alegremente «Estoy muriéndome. Me quedar

tres meses de vida» como una actriz que representara un papel sin acabar de creérselo.

—Dios... Así que por eso lo llevaba tan bien. Escuchadme los dos. Si creyera que puede hacerse algo más, lo haría. Pero no hay cura. No existe el milagro. Cuanto antes lo acepte, mejor.

George estaba temblando.

—Supongo que todos pensábamos... esperábamos que hubiera algo más...

Desde el interior de la habitación les llegaba el sonido de un llanto desconsolado.

Polly, siempre tan optimista, siempre tan alegre, al final se había roto.

—¿De verdad que no podemos hacer nada más? —preguntó George.

—Nada —respondió el doctor Max con firmeza—. Lo siento, tengo que visitar a otro paciente. Nos vemos luego.

Y se alejó con paso decidido. George se mordió el labio.

—Dios, Annie... ¿Y ahora qué hago? ¿Qué les digo a mis padres? Mi madre se niega a ver la realidad.

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

Aún estaba temblando.

—¿Y qué le digo a Poll? ¿Cómo voy a hablar con ella, ahora que sé...? ¿Qué le digo?

—Mmm... —Annie sintió que la cabeza le daba vueltas—. Podrías empezar contándole lo del día del Burrito.

George la miró, estupefacto, y de pronto se echó a reír. Eran carcajadas a medio camino entre la risa y el llanto. Lo mismo que les ocurría a todos últimamente.

—Joder, Annie, ¡que se muere! Está muriéndose de verdad.

—Lo sé —dijo ella, sintiendo que esas palabras eran como dos pesados lastres que la arrastraban hacia el fondo de las oscuras aguas.

George se pasó las manos por la cara, tirando de la piel.

—Nos avisaron de que no tenía cura, pero supongo que no nos lo creímos o... Es que parecía que estaba tan bien... Tú la viste. ¿No te pareció que estaba bien?

—Sí, lo reconozco. Pero supongo... que ella también estaba intentando convencerse a sí misma de que si seguía avanzando la enfermedad no la atraparía.

Y ahora por fin la había atrapado. Annie fue consciente de que ella también había negado la realidad. Polly respirando con dificultad. Su dolor de espalda. Los kilos que se habían volatilizado de su cuerpo de la noche a la mañana.

George miraba a Annie buscando una respuesta, como un niño pequeño que no deja de preguntar «por qué, por qué, por qué».

—¿Crees que el doctor Max tiene razón? ¿Que nos hemos quedado sin opciones?

—Pues... —Annie aún podía verlo al fondo del pasillo, aporreando la máquina expendedora visiblemente cabreado—. Creo que tiene razón, sí. Dejémosla un rato en paz. Tiene que asimilar muchas cosas.

Día cuarenta: Sé sincera



—Hoy no quiere ver a nadie.

El doctor Max sacudió la cabeza y cerró la puerta al salir.

—Parecía que estaba tan bien... —repitió Annie.

Sabía que decirlo no servía de nada, pero era como si una parte de su mente se negara a creer que Polly estaba muriéndose. Hacía apenas unos días iba de aquí para allá, riéndose. ¿Cómo era posible que le quedara tan poco tiempo?

El doctor Max se pasó las manos por el pelo, y se le quedó de punta.

—Es el tumor, Annie. Polly no lo aceptó, después de todo. Suele ocurrir. Es como si, al principio, tu propia mente te impidiera interiorizarlo. La gente sigue tirando en piloto automático durante mucho, mucho tiempo. La esperanza es lo último que se pierde. —Metió las manos en los bolsillos de su bata blanca—. En fin..., hasta luego.

Aún seguía allí, interponiéndose entre los dos, el momento incómodo que habían compartido la noche del festival, separándolos justo cuando Annie más lo necesitaba.

—Max —lo llamó—, siento lo... lo que pasó. Ya sabes, lo de la otra noche.

—Ah. —Él dirigió la vista hacia el suelo—. No es nada, Annie. Me pareció que necesitabas un abrazo, solamente eso. Bueno, adiós.

Se quedó allí plantada, siguiéndolo con la mirada, mientras la lluvia golpeaba los cristales del pasillo, y de repente fue consciente de que Polly, que se encontraba al otro lado de la puerta, estaba muriéndose, se moría de verdad, que iba a dejarlos para siempre. Y asumió que, de algún modo, todos tendrían que encontrar la manera de

seguir adelante.

Día cuarenta y uno: Sal a la calle



—¿Adónde me llevas? —preguntó Polly de mal humor—. No me está permitido abandonar esta cárcel.

—El doctor Max dice que puedes salir media hora.

George era el encargado de empujar la silla de ruedas y Annie los seguía de cerca, cargada de bolsas.

—No quiero ir a la calle. Estamos en Lewisham, es todo horrible.

—Espera. Igual te llevas una sorpresa.

La sacaron por la parte trasera del hospital, atravesando Maternidad y Consultas Externas, y luego por encima de un pequeño puente hasta llegar a un amplio parque lleno de vegetación por el que discurría un riachuelo.

—¿Qué es esto?

—Ladywell Fields —respondió Annie—. Antes solía venir mucho. Es precioso.

Estaba cerca de donde Mike y ella vivían, y era uno de los sitios favoritos de Jacob. Obviamente, sabían que aún era demasiado pequeño para tener sitios favoritos, pero a ellos les gustaba pensar que era así.

—Mmm... Veo que has cambiado de discurso, pequeña Miss Sunshine.

George y Annie se miraron. Aquello iba a ser más duro de lo que creían.

—Vamos —dijo George mientras ayudaba a su hermana a levantarse de la silla—. Pon los brazos alrededor de mi cuello. Sujétate un poco más fuerte.

Los brazos de Polly colgaban flácidos, apenas sí podía agarrarse.

—Hace años era yo la que te llevaba cuando eras un bebé —dijo—. Y ahora tienes que cogerme tú a mí. Si no recuerdo mal, una vez te me caíste de cabeza. Eso explica muchas cosas.

Colocaron la manta para el picnic que Annie llevaba y dispusieron en ella toda la comida.

—Mira —intentó tentarla George—, tu queso favorito. Roquefort. Y también hay olivas, jamón y todo tipo de cosas ricas para picar.

—No puedo comer de esto, tonto, estoy en el nivel más alto del control de infecciones. —Se sentó encorvada envuelta en su chaqueta de punto y se frotó las manos con gel antiséptico—. Es como si estuviera embarazada, solo que ya nunca lo estaré. Embarazada de un tumor enorme.

—Escucha, Pe... —empezó George—. Ya sé que esto es una complicación más...

—Me muero. Es una complicación importante, sí.

—En realidad, no ha cambiado nada —intervino Annie—. Cuando nos conocimos, me dijiste que estabas en fase terminal.

Polly se quedó mirando la manta, con sus alegres tonalidades de rosa y azul. En el cielo brillaba el sol y, cerca de allí, unos niños chapoteaban en el riachuelo, gritando como locos cada vez que el barro les salpicaba los deditos de los pies. Era una escena adorable. Un poco fuera de lugar.

—Ya lo sé. Es como... si lo viera claramente en mi cabeza, pero no dentro de mí. No sé por qué. Creía que superaría los cien días y luego ya pensaría en lo demás, y que quizá entonces habría algún tratamiento nuevo o algo así... Pero ya es demasiado tarde. Me he quedado sin tiempo.

—Esto aún no se ha acabado —dijo George—. El doctor Max dice...

—El doctor Max. ¿Para qué sirve el doctor Max? ¿Qué ha hecho realmente por mí? Hace dos meses estaba perfectamente y ahora... ¡mírame! Si casi no puedo ni mear yo sola. —Arrugó la nariz como si estuviera intentando aguantarse las ganas de llorar—. Qué hago yo ahora, ¿eh? ¿Qué hago?

—Seguir adelante —dijo Annie—. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Pero ¿qué sentido tiene? Me queda muy poco tiempo.

—Un día me dijiste que querías ayudar a la gente. A mí ya me has ayudado, Poll. Puedes hacer mucho más. Milly dice que lo de las redes sociales está despegando, que muchísimas personas dejan comentarios y...

—Redes sociales. ¿Para qué? Nunca conoceré a ninguna de esas personas. A ellas les da igual si muero o sigo viva.

Annie le ofreció su teléfono.

—Míralo tú misma. Venga.

La observó mientras leía la pantalla.

—¿Todo esto son donaciones?

—Sí. Solo ayer, más de cien. Y mira, todos dejan comentarios. A la gente le importas, Poll, a pesar de que no te conocen en persona. Para ellos, estás marcando la diferencia. Mira, han empezado a colgar sus propios retos de los Cien Días Felices.

George se tumbó sobre la manta.

—Uno puso «limpiar el lavabo», puedes creerlo? Esta gente te necesita, Pe. Enséñales a divertirse de verdad.

—Te necesitamos, Poll —dijo Annie—. ¿Has visto lo que llevo puesto hoy?

—Sí —respondió Polly de mala gana—. ¿Ibas a un concierto de homenaje a ABBA y te has perdido por el camino? En serio, Annie, ¿volantes?

Un breve destello de la Polly de siempre, que había regresado de entre las nieblas de la desesperación. El doctor Max tenía razón. Aún no se había acabado.

—Está bien —dijo al cabo de un rato—. Lo intentaré. No sé si seré capaz, pero al menos lo intentaré. Si, a cambio, tú haces algo por mí, George.

—No pienso volver a aquello del baile. No sin drogas duras de por medio.

—No es eso. Quiero que plantes cara a mamá. Que le digas de una vez por todas que eres gay y que entre Annie tú no hay nada ni lo habrá.

—¿Tu madre piensa eso? —preguntó Annie colorada como un tomate.

George suspiró.

—No para de soltarme indirectas sobre lo bien que nos llevamos. Pero es que... a ver, en realidad ya lo sabe. He intentado decírselo, pero no quiere darse por enterada. Sigue creyendo que algún día conoceré a la chica perfecta y sentaré la cabeza, me

compraré un BMW y una casa en Surrey.

Annie los miró a los dos.

—Pero si vuestros padres son muy modernos... Me cuesta creer que tengan un problema con los gais.

—Ah, es que mi madre... se considera muy progre pero en realidad le gustaría que todo fuera como en la típica foto perfecta, con la familia feliz y los nietos adorables. Antes de que Poll enfermara, a mí me dejaban en paz con lo de la descendencia, pero ahora...

—Ahora yo no le daré nietos —apuntó Polly—. Así que solo queda Georgie. No es que mamá sea homofóbica, qué va. Lo que pasa es que el hecho de que George sea gay no acaba de encajar en su idea de familia perfecta.

—O que sea un actor fracasado —añadió él con una sonrisa torcida.

—Madre mía, menuda familia. Se os da bien el tema de la negación —murmuró Annie.

—Bueno, está a punto de perder una hija, así que supongo que una cosa anula la otra —dijo Polly. Se hizo el silencio—. Por favor, Georgie, dime que hablarás con ella. La vida es demasiado corta para malgastarla mintiendo. Créeme, sé de lo que hablo.

—Vale, sí. Y lo mismo digo: ¿tú piensas hablar con Tom?

Polly frunció el ceño.

—George, no.

—Al menos merece saberlo.

—No se merece nada. Vamos, llévame de vuelta.

Annie sabía que era mejor que no preguntara por el tal Tom. De todas formas, tenía una idea bastante aproximada de quién era. De camino al hospital vieron una silueta solitaria enfundada en licra dando vueltas alrededor de los edificios.

—¡Doctor Quarani! —gritó Polly—. ¡Doctor Quarani!

Su voz sonó como un graznido. Él no la oyó y desapareció en cuestión de segundos, dejando tras de sí una nube de polvo.

Día cuarenta y dos: Haz algo espiritual



—Alucinante. ¿Y alguna vez viste a Bowie por allí?

El sonido de una tos seca.

—Sí, claro. Era un habitual. Dile hola de mi parte cuando estés allí arriba, ¿quieres?

—Uy, no creo que me atreva a dirigirle la palabra.

Annie estaba esperando junto a la puerta de la habitación, sin saber si entrar o no, cuando Polly levantó la mirada y la vio. No estaba sola, había un hombre mayor sentado en la silla, vestido con un pijama de seda negra. Estaba delgadísimo. Annie intentó disimular.

—¡Eh! Se te ve mejor.

Después de los lacrimógenos días anteriores Polly parecía haber recuperado la entereza.

—Más o menos. Dion, te presento a mi amiga Annie.

Annie le ofreció la mano.

—Encantada.

Dion se levantó de la silla, para lo cual necesitó un buen rato. Annie podía contarle las vértebras de la espalda a través de la seda del pijama.

—Pues te dejo bien acompañada, pequeña. La enfermera de los ojos dulces vendrá en cualquier momento con las medicinas, y no me lo quiero perder. —Dion lanzó un beso a Polly. Cuando pasaba junto a Annie, le hizo una especie de caperuza con el

pañuelo rosa que llevaba alrededor del cuello—. Mucho mejor así. Más elegante.

—Mmm... Gracias.

Polly dio unas palmaditas en el brazo de la silla y consiguió esbozar una sonrisa. Estaba horrible, con unas ojeras enormes y la piel grisácea y demacrada. Había perdido tanto pelo que se le veía el cuero cabelludo. Pero estaba sonriendo. Algo era algo.

—Dion trabajó de diseñador de vestuario en el Old Vic y en algún teatro más. No hay nada que no sepa acerca del mundo de la moda.

—¿Y qué hace aquí?

Annie se sentó y vio que el osito de peluche que le había llevado hacía unos días estaba sentado encima del monitor cardíaco de Polly.

—Ah, es una historia fascinante. Fue la cuarta persona en todo Reino Unido a la que diagnosticaron SIDA. En el ochenta y tres. ¡Alucina!

—Vaya. ¿Y aún está vivo?

—Más o menos. Está empezando a atacarle el cerebro y a veces se olvida de las cosas. Todos sus amigos están muertos, dos de sus antiguas parejas también; no le queda nadie en el mundo. ¿Te lo imaginas?

—Qué triste.

Era evidente que Polly estaba recuperando el buen humor como si de un globo en plena ascensión se tratara. Annie esperaba descubrir pronto por qué.

—No sé... ¿Te imaginas vivir como yo ahora mismo, pensando que cada día puede ser el último, pero durante treinta años? El pobre no tiene ahorros. Le han retirado las ayudas y no puede pagarse ni el alquiler. No tiene familia y ya te he dicho que todos sus amigos están muertos. —Polly acarició un libro que descansaba sobre la mesita de noche—. Me ha dado esto para que me lo lea. *El hombre en busca de sentido*. Es de un tío al que enviaron a Auschwitz y su mujer y su familia murieron allí, pero aun así sostiene que es posible ser feliz en cualquier situación, que siempre podemos controlar nuestra respuesta ante la vida, en nuestro interior. ¿Crees que es verdad, Annie?

—Seguro.

Era mentira. Había cosas que no se creía capaz de superar.

—Annie, ¿has visto la página de las donaciones? Hay un montón de comentarios de gente que está haciendo el Reto de los Cien Días Felices. Necesito seguir haciendo cosas. Da igual lo que me pase. Tengo que seguir con el reto. Pero estoy encerrada aquí. No puedo salir del hospital hasta que hayan conseguido reducir el tumor nuevo. ¿Te he dicho que tengo un tumor nuevo? Qué emocionante. A este voy a llamarlo Frank.

—Sí, me lo has dicho. Oye, George y yo podemos ocuparnos del reto, si tan importante es para ti. Y Costas también.

—¿En serio?

Polly enarcó el lugar en el que solían estar sus cejas.

—Pues claro. Mientras no haya animales marinos por medio...

A Polly se le escapó la risa, que acabó convirtiéndose en un ataque de tos.

—Voy a... llamar a Seaworld... para cancelar la visita. ¿De verdad harías eso por mí? Si os grabáis haciendo cosas, podemos subir los vídeos a la página web. Milly dice que ayudaría a «atraer tráfico» o como se diga. Eso es bueno, ¿no? Sería muy importante. Como una especie de... legado.

Annie se preguntó qué pasaría si Polly abandonara el proyecto por completo. La energía que invertía en el reto era lo único que la mantenía en pie.

—Pues claro. Oye, no puedo quedarme mucho rato, lo siento. Últimamente he faltado demasiado al trabajo y necesito ver a mi madre.

—Ah. ¿Me dejas ir contigo?

—¡Eh! No puedes levantarte de la cama.

—Sí que puedo. Llévame en la silla de ruedas. Por favoor. Me aburro tanto aquí...

—Vale, como quieras, si un viaje a la planta de Geriátría es tu idea de diversión...

—En mi mundo, es el equivalente a una noche de discotecas.

—Deja de hacerte la dramática. ¿Llamo a una enfermera?

—No, no, están muy ocupadas salvando vidas. Nos apañaremos entre las dos.

Después de unos cuantos movimientos, Annie consiguió bajarla de la cama y sentarla en la silla de ruedas, que estaba en una esquina de la habitación. Pesaba tan

poco que seguramente podría haberla cogido en brazos.

—Así. ¿Adónde la llevo, señorita? No puedo cruzar al sur del río, no a estas horas de la noche.

—¿Hay un Uber para la gente con silla de ruedas? Podría montar una empresa nueva desde mi lecho de muerte.

Annie la subió al ascensor y se dirigieron hacia la planta de Geriátrica. Mientras empujaba la silla por el pasillo iba saludando a la gente que reconocía: la secretaria de Pediatría, la mujer que se ocupaba del carrito de los libros, la recepcionista de Registro. Al final, acababas acostumbrándote a todo. Un hospital podía convertirse en un segundo hogar; un desconocido, en un mejor amigo. Y una madre... bueno, una madre podía acabar siendo una desconocida.

—Está durmiendo —anunció el doctor Quarani, bloqueándoles el paso.

La sala estaba tranquila, la única señal de que allí había pacientes eran los pequeños montículos de las camas. Era curioso ver cómo, en el tramo final de nuestro camino vital, nos encogemos como niños.

—¿Mi madre está bien, doctor Quarini?

—Diría que sí. Hoy me ha confundido con Omar Sharif, pero aparte de eso...

—Ay, Dios mío —murmuró Annie avergonzada—. Lo siento.

—No pasa nada. Parecía encantada de verme. Me ha invitado a una partida de bridge.

—Eh, ¡que estoy aquí abajo! —dijo Polly desde la silla de ruedas.

El doctor Quarani bajó la mirada.

—Hola, señorita Leonard. ¿Ya puede levantarse de la cama? Tenía entendido que le ha salido un secundario y tiene que hacer reposo hasta que empiece la radioterapia.

Polly puso cara de aburrimiento.

—Habla como si yo fuera un jardín o algo así. No puedo estar todo el día tumbada en la cama. Necesito hacer cosas.

Él frunció el ceño.

—¿El doctor Fraser sabe que está levantada?

—Ah, seguro que sí. Más o menos. Pero no hablemos de mí. ¿Cómo está usted?

Annie juraría que Polly estaba intentando pestañear. Como si le quedara alguna.

Apoyó la barbilla en la palma de la mano, la misma en la que aún tenía el catéter.

—Estoy bastante ocupado. —Cogió el teléfono del mostrador—. De verdad, creo que debería hablar con el doctor Fraser...

—Déjelo, por favor. Es un cascarrabias. Hábleme de usted. ¿Tiene familia aquí o...?

Annie miró hacia otro lado. La escena era bastante bochornosa.

—¿Familia? No. —El doctor Quarini miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca—. Señorita Leonard...

—Llámame Polly, por favor, que esto no es un juicio ni yo soy la acusada. Al menos de momento, ja ja. ¿Y en Siria? ¿Tienes familia allí o...?

El doctor Quarani cerró de golpe el portapapeles.

—Tengo que pedirle que vuelva a su habitación. Se lo ruego... Las enfermeras deben de estar buscándola para sacarle sangre y, si no la encuentran, les complicará el trabajo. Señorita Hebden, su madre está estable. Le sugiero que descanse, que vaya a trabajar y que vuelva mañana.

Polly lo siguió con la mirada mientras se alejaba.

—Paren las rotativas, ¡creo que tenemos un nuevo candidato a doctor más cascarrabias del año!

Annie empujó la silla hacia la salida.

—En serio, Poll, ¿qué ha sido eso? ¿Estabas tirándole los tejos?

—¿Qué pasa? Que esté en un hospital no significa que esté muerta por dentro.

—Pero él es médico y tú...

—Qué, ¿estoy enferma? Ya lo sé, Annie, por el amor de Dios. ¿Es todo lo que soy para ti, una enferma?

Annie empujó la silla más deprisa y resopló mientras apretaba los dientes. Era difícil discutir con alguien que te daba la espalda.

—Sabes que no. Simplemente me ha parecido... fuera de lugar, eso es todo.

—Pero tú sí puedes tontear con el doctor Cascarrabias, ¿no?

—Yo no tonteo con él.

—¡Oh, doctor Max, enséñame más escáneres! ¡Oh, doctor Max, alguien debería

plancharte las camisas y prepararte la comida!

—Yo no hablo así. —La gente empezaba a darse la vuelta al oírlas discutir. Annie apretó el paso—. Venga, a la cama. A menos que quieras que pregunte por ahí si pueden ingresarte en una planta específica para personas de dudoso comportamiento.

—Tengo un tumor cerebral, puedo hacer lo que me dé la gana —dijo Polly cruzándose de brazos.

—A veces es difícil saber qué es achacable al tumor y qué a tu forma de ser.

—Ay, qué agradable eres cuando quieres. ¡Mierda! ¡El doctor Max! ¡Da la vuelta, da la vuelta! ¡Métete ahí, Annie! ¡Rápido!

—Pero eso es...

—¡RÁPIDO!

Annie puso la silla de lado y cerró la puerta. Miró a su alrededor, la sala cálida y silenciosa, la luz que se filtraba a través de los ventanales de cristales azules. Estaban en la capilla, uno de los pocos sitios del hospital al que siempre se había negado a ir, incluso cuando su madre le pedía que la llevara. No podía entrar allí. Sus manos se cerraron con fuerza sobre los mangos de la silla de ruedas.

—Venga, Poll, vámonos de aquí.

—¿Por qué? Sentémonos un momento. Se está bien.

Iba a llegar tarde al trabajo otra vez. A regañadientes, Annie aparcó la silla y se sentó en uno de los bancos de madera. No parecía formar parte del hospital. Apenas se oía el ruido de pasos procedente del pasillo y no olía a desinfectante sino a incienso, mucho más agradable. Polly se quedó callada durante un buen rato.

—Llevo tiempo posponiendo este momento, la verdad.

—¿Qué momento?

—El momento en que me encomiendo a Dios, a Alá, al universo místico o como quieras llamarlo. El momento en que busco una posible escapatoria.

¿Estaba negando la realidad, buscando un milagro?

—¿Una escapatoria?

—La religión es eso, ¿no? Una forma de no enfrentarse a la certeza de nuestra propia mortalidad, de no enfrentarnos al hecho de que, cuando morimos, sencillamente... desaparecemos.

—¿Eso es lo que piensas?

Se lo preguntó casi en voz baja. Polly tenía la mirada fija en el altar, la cara iluminada de azul por el efecto de la luz que entraba por los ventanales.

—Es lo que siempre he pensado. No quería cambiar de idea porque ahora resulte que tengo cáncer. Supongo que esto de los Cien Días Felices... lo empecé porque quería que mi vida significara algo ahora, no cuando haya muerto.

—Tu vida significa algo, Poll, lo sabes, ¿verdad? Has llegado a muchísima gente.

—¿Tú crees? —Se pasó la mano por la cabeza y, al ver la cantidad de cabellos rubios que se había llevado por delante, no pudo contener una mueca—. Dios, estoy desmontándome por momentos. ¿Esto es el final, Annie? ¿Volveré a salir de entre estas cuatro paredes?

—Pues claro —respondió Annie, intentando transmitirle seguridad—. Esto no es más que... un contratiempo.

—A veces me gustaría que se acabara cuanto antes. Es una idea horrible, ¿a que sí? Quiero decir, que están mis padres y el doctor Cascarrabias haciendo todo lo que pueden para mantenerme con vida y hay días en que me gustaría poder gritarles: «¡Basta! Basta de agujas y tubos y de meterme veneno por las venas. Dejadme ir a algún sitio bonito, donde haga sol y un camarero bien guapo me sirva un Mai Tai junto a la piscina y yo pueda simplemente apagarme poco a poco». Creo que no quiero morirme en Lewisham, Annie. No te ofendas. Ya sé que es un barrio lleno de vida y que tiene una de las cargas fiscales más bajas de todo Londres, pero no puede compararse con Bali, ¿no te parece?

—No, claro —convino Annie—. Pero ¿Bali tendrá una red de trenes totalmente nueva? No creo.

—Mierda, Annie, voy a perderme el Crossrail. Qué típico, ¿no? He tenido que soportar las obras durante años y ahora resulta que no podré montarme ni una sola vez. Ups, siento lo de «mierda» —dijo dirigiéndose al altar, pero no obtuvo respuesta. Suspiró y, con gesto decidido, puso las manos sobre lo que quedaba de sus muslos—. Vale, esto es lo que vamos a hacer. Aún no me he muerto, me prometieron cien días y todavía no se han cumplido, así que en cuanto me encuentre mejor, o al

menos no tan al borde de la muerte, saldremos de aquí y haremos algo chulo. No pienso sentarme a esperar que la parca venga a buscarme

—Me gusta el plan, pero en este momento tienes que descansar o no podrás mangonearnos en condiciones, y ¿qué harás entonces?

—Pienso mangonearte hasta mi último aliento, Annie Hebden, Clarke de soltera. Ahora llévame de vuelta a la cama.

Salieron al pasillo, y el doctor Max, que estaba consultando la gráfica de un paciente en el puesto de las enfermeras, las descubrió.

—¡Ahí estás! ¡Por el amor de Dios, Polly, por poco no organizamos una batida para encontrarte!

—Estaba rezando —respondió Polly elevando la mirada hacia el cielo—. Rezando por ti, doctor Max, para que tengas la fuerza necesaria para cumplir con tu deber con entrega y devoción —añadió, y se santiguó.

Él la miró y negó con la cabeza.

—Maldita mujer... De ti me sorprende más, Annie.

—Lo siento, doctor —replicó ella, avergonzada—. Ahora mismo la llevo de vuelta a la cama.

Mientras se alejaban por el pasillo Annie oyó que Polly susurraba:

—Ay, lo siento, doctor, he sido una niña muuuy mala. ¿Por qué no me enseña lo que tiene debajo del kilt?

—Cuanto antes te pongan un respirador, mejor —murmuró Annie, y cerró la puerta de golpe.

Día cuarenta y tres: Sube a una montaña rusa



Annie se detuvo en medio del pasillo con el ramo de rosas amarillas entre las manos. Se oían voces un poco más adelante, justo a la altura de la habitación de Polly. Erar Valerie y Roger otra vez, discutiendo en voz baja.

—Tu hija está muriéndose, Roger ¿y tú no puedes dejar el móvil en casa ni un solo día?

—¡Es una llamada de trabajo, Valerie! Alguien tiene que ganar dinero en esta familia. ¿Y si Polly necesita cuidados de un especialista? No quiero que mi niña esté incómoda o sienta dolor, y Dios sabe que hace años que no traes un solo penique a casa.

—Muy típico de ti: usar el trabajo como excusa para no mover un dedo en casa en los últimos cuarenta años. Pero ahora no es el momento, ¿vale? ¡Tu hija te necesita en casa! No en la oficina ni en el pub ni bebiendo whisky en tu despacho ni...

—Dios, Valerie, ¿por qué todo tiene que girar siempre a tu alrededor? Yo no soy el que está molestando a Polly, gritando como una verdulera.

Annie notó una mano en el hombro. Era George.

—Siento interrumpir —le dijo en voz baja.

—Llevan días así. En casa es peor aún. Discuten a todas horas.

—Será mejor que me vaya. He traído esto. ¿Te importa darle estas flores a Polly?
George negó con la cabeza.

—Déjaselas a las enfermeras. Polly dice que se encuentra fatal, pero está fingiendo.

Es que ya no aguanta a mis padres.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Bueno, tú y yo tenemos instrucciones.

—¿Cómo? Yo tengo que ir a trabajar ya mismo.

—Llama y di que estás enferma.

—Es que no puedo. Tengo que...

—Por favor, Annie... Necesito hacer esto. Soy incapaz de quedarme aquí sentado como un inútil, viéndola morir y escuchando a mis padres peleándose sin parar. Además, Polly ha insistido mucho. Ya sé que esto de los Cien Días es una tontería, pero parece que le da esperanzas. O si no es esperanza es otra cosa, da igual. Le ofrece una razón para no rendirse. Un motivo por el que despertar todas las mañanas.

Annie había pensado lo mismo. Miró el reloj: las ocho de la mañana.

—¿Cuáles son las instrucciones?

George le enseñó una hoja de papel. Annie la miró.

—¿Es en serio?

—Sí. Y quiere que lo grabemos. Ya que no puede ir en persona, dice. Entonces qué, ¿llamas al trabajo o no?

Annie lo odiaba, su voz de enferma era muy poco convincente.

—Soy la peor actriz del mundo.

—¿Y no es una suerte que tengas un actor de renombre mundial justo al lado? —

George extendió una mano—. Dame tu móvil. ¿Por quién tengo que preguntar?

Annie buscó el número y luego le dio el teléfono.

—Sharon Horton. Pregunta por ella. Di que he tenido una crisis nerviosa o algo así.

Mientras duró la llamada tuvo que taparse la boca con los puños para que no se le escapara la risa.

—... Verás, Sharon... ¿Puedo llamarte Sharon? Gracias. Tienes una voz muy agradable, Sharon. La cuestión es que la pobre señorita Hebden está dedicándole tantas horas a su madre y a su amiga enferma que hemos tenido que quedárnosla en observación. Creemos que necesita un tónico para los nervios. —George estaba alternando entre un acento vivaracho, a lo Noel Coward, y otro más estoico, un poco *cockney*—. Ya sabes a qué me refiero, Sharon. Se nota que lo entiendes. ¿Yo? Ah, me

llamo Kent Brockwood. Enfermero jefe aquí en el hospital. Admiramos tantísimo a la señorita Hebden... Es una mujer muy noble. Tiene más fortaleza que una viga de acero. Gracias. Que Dios te bendiga, Sharon.

Colgó y le devolvió el móvil con una floritura. Annie fingió un aplauso.

—Que alguien te dé un Tony.

—Es lo que intento.

—¿Pero de dónde se supone que eres, Kent Brockwood?

—De Bow tirando hacia Letterkenny, creo. Supongo que te dejará tranquila unos cuantos días. A partir de ahora con que te tambalees un poco y pasees tu noble sufrimiento por la oficina, con un poco de suerte, te mandarán a casa para que descanses.

Que el jefe te enviara a casa era la victoria definitiva para cualquier trabajador. Tú habías hecho el esfuerzo de ir a cumplir, pero estabas demasiado enferma para quedarte, así que te ibas a casa con toda la impunidad del mundo.

—«Tienes una voz muy agradable, Sharon» —se burló Annie—. Ha sido genial. Bueno, qué, ¿nos vamos a Thorpe Park?

—Nos vamos a Thorpe Park. Polly me ha dicho que recojamos a Costas de camino hacia allí.

Annie miró en dirección a Roger y Valerie, que seguían discutiendo en voz baja.

—¿Deberíamos...?

—No. Vámonos. Qué suerte tiene Polly... Al menos puede fingir que está en coma.

Una vez en la calle George levantó el brazo para parar un taxi. Annie se quedó rezagada.

—¿No está un poco lejos? ¿Y si vamos en tren?

—Polly me ha dado un montón de pasta. Quiere que nos lo pasemos en grande. Además, imagínate la cara de Costas cuando lo recojamos en un taxi de los negros.

Subieron al vehículo y cerraron la puerta, listos para dejar atrás ese día gris y lluvioso en Lewisham. Annie miraba fijamente a George.

—Te gusta, ¿a que sí?

—¿Zorba el Griego? Me parece adorable. Demasiado bueno para esta ciudad.

—Pero ¿te gusta de verdad?

—Es un niño. Y se pasa el día haciendo dibujitos en el café.

—¡Venga ya! —lo reprendió Annie—. Hace lo que puede. Trabaja muchas horas. George parecía sentirse culpable.

—Lo sé. Pero es tan... tan feliz, ¿sabes? Hace que me sienta culpable. Está solo lejos de su familia, con una carrera profesional que no va a ninguna parte. Y siempre está contento. Es una persona alegre por naturaleza. Hasta cuando tiene un mal día en el trabajo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Ah, pues... resulta que vamos al mismo gimnasio.

—¿Te has apuntado al gimnasio? Pensaba que era mentira, que era una excusa para escabullirte de casa.

—Sí, sí, he pensado que ya era hora de empezar a cumplir con los estereotipos del mundo gay. Lo siguiente es ir a un concierto de Barbra Streisand. En fin, lo que te decía, que Costas es demasiado joven para mí.

—Tiene veintidós años; tú, veintinueve. Y encima llevas fuera del armario cuánto, ¿dos minutos?

George restó importancia al asunto.

—Me he pasado parte de mi vida metido en un armario pequeño e incómodo. Ya has visto que mi madre no está muy conforme con que su hijito querido se relacione con *drag queens* y con gais vestidos de cuero. Al menos así es como se lo imagina ella. ¿Por qué lo dices?

—Porque Costas es más viejo que tú en años gais. ¿Eso existe? ¿Como lo de la edad de los perros?

—Ah, claro que existe. Con mi edad, yo soy casi un anciano.

—Pues no aparentas más de veintiocho. —Se inclinó hacia él y le dio un empujoncito—. ¿Qué diría Polly si estuviera aquí? «¡Aprovecha el tiempo! ¡Salta desde un puente! ¡Mea contra el viento!» Y blablablá.

George suspiró.

—Quizá. Te entiendo, ¿vale? Pero de momento, con lo de Polly, y ya que estoy intentando mantenerme alejado de Caleb, prefiero que Costas y yo solo seamos amigos.

Annie le sonrió. Se imaginó recogiendo a Costas, lo contento que se pondría al saber que iban a pasar el día fuera.

—Te entiendo. Perfectamente.

—¿Preparado?

—Ay, Dios. Creo que voy a vomitar.

—No debería haberme comido el algodón de azúcar.

Costas estaba pálido. La montaña rusa, una especialmente aterradora que caía en picado y hacía tirabuzones, estaba subiéndolos hasta el punto más alto. Annie sintió que se le revolvía el estómago con la hamburguesa, las patatas y el batido que había devorado, todo dentro. Ya no tenía dieciocho años. Aquello traería consecuencias. Abajo, la gente que los observaba desde el suelo parecía muy pequeña. Y estar muy lejos.

—¡Allá vamos!

Estaban cogiendo velocidad. Annie se fijó en que tenía los nudillos blancos. Costas se aferró a una de sus manos y George a la otra. Con la que le quedaba libre, George sujetaba el móvil, asegurado a su muñeca con una correa.

—¡Venga! —gritó por encima del ruido ensordecedor de la maquinaria—. Una sonrisa y no digáis tacos... ¡Aaah! ¡JODER! ¡JODER! ¡DIOS MÍO...! ¡VAMOS MORIR!

Día cuarenta y cuatro: Ratifícate en tus objetivos



«¡J****! ¡J****! ¡Dios mío! ¡Vamos a morir!»

George observó detenidamente la pantalla del iPad de Polly.

—Ni siquiera se me oye con todos esos pitidos que Suze ha añadido.

—No le quedaba más remedio —replicó Polly—. Esta maravilla está haciéndose viral. Diez mil visitas en YouTube y subiendo. La página web está recibiendo una barbaridad de tráfico gracias al vídeo.

—¿En serio? —George se animó al instante—. Será mejor que incorpore un enlace a mi página personal.

—Claro, siempre puedes ser el hermano de la valiente Polly Leonard, superviviente del cáncer. ¿Cómo se llamaba ese chico? Sí, hombre, el que decía tantas palabrotas en la montaña rusa.

George le sacó la lengua.

—Pasamos muchísimo miedo, ¿verdad, Annie?

—Yo acabé vomitando en una papelera —dijo ella—. ¿Me has visto en el vídeo? Creo que en el trabajo no van a creer que la cura a mi repentino agotamiento nervioso sea la montaña rusa más aterradora de Europa.

—No pasará nada —la animó Polly. Tenía mucho mejor aspecto, sentada en la cama y con las mejillas sonrosadas de tanto reírse viendo el vídeo—. Además, seguro que en tu oficina nadie sabe usar internet, ¿a que no?

—Solo el Farm World en Facebook —bromeó Annie—. Será mejor que me vaya.

No puedo volver a llegar tarde.

Annie no podía parar de sonreír para sus adentros, pensando en el vídeo de la montaña rusa. Era tan absurdo... Y tan divertido.

—Pareces contenta —dijo una voz con acento escocés.

El doctor Max estaba otra vez de pie frente a la máquina expendedora, mirándola fijamente como si entre los Twix y los Bounty se escondiera una antigua sabiduría olvidada. Annie se sintió avergonzada. No debería ir por ahí sonriendo mientras Polly se moría.

—¿Estás intentando decidir qué barrita de chocolate quieres?

—¿Mmm? Ah, sí. Se me acaba de morir un paciente en el quirófano.

—¡Dios mío! Lo siento.

—Diez años. El tumor era tan grande que no he podido hacer nada por él.

Annie veía el reflejo de su cara en el cristal de la máquina, una cara que era la viva imagen del cansancio y la decepción.

—Al menos lo has intentado —le dijo tímidamente.

—Lo he intentado. Lo he intentado y he fracasado. —Negó con la cabeza y empezó a apretar botones hasta que cayó un Mars—. Será mejor que vuelva a lo mío. Nos vemos, Annie.

Una vez ya en la calle vio a Jonny, el vagabundo, sentado en la parada del autobús. Él también la vio y a Annie le dio reparo apartar la mirada.

—Hola.

—Hola. ¿Un mal día?

—Tengo una amiga que está bastante malita.

—Vaya, lo siento —dijo él, muy educado; tenía los dedos sucios e hinchados dentro de unos guantes harapientos.

—Mmm... ¿Quieres que te traiga algo? —Annie se lo preguntó de carrerilla, un poco avergonzada—. ¿Hay algo que necesites?

Jonny repasó su escasa colección de pertenencias y la caja de cartón en la que estaba sentado para no mojarse.

—Un *jacuzzi* no estaría mal. —Se rio en su cara—. No, en serio, no hace falta que me des nada. Solo estoy pasando el día, como los demás. Estoy bien.

—Vale. Gracias.

Llegó el autobús y Annie se subió como todos los días, pero mientras arrancaban miró por la ventana y vio la triste figura de Jonny sentado bajo la marquesina en el suelo, a solas.

Día cuarenta y cinco: Haz el tonto



—¿Preparados? ¿Listos? ¡Ya!

—¿Seguro que no es peligroso? —preguntó Annie.

Polly y su oponente la ignoraron por completo y pasaron junto a ella en sus respectivas sillas de ruedas, moviendo los brazos a toda velocidad. Recorrieron el pasillo casi hasta el final y frenaron con un chirrido junto a una estantería repleta de sábanas. A una enfermera que pasaba por allí se le cayó una bandeja llena de cuñas y empezó a maldecir como un marinero. El doctor Max asomó la cabeza por la puerta de su despacho-armario de las escobas, con el pelo de punta como de costumbre.

—Sabía que tenías que ser tú, Polly. Pero de ti, Ahmed, no me esperaba esto.

—Lo siento, señor —se disculpó el chaval que, a sus diecisiete años, aún llevaba un pijama de Action Man; estaba completamente calvo y tenía un aneurisma cerebral que amenazaba con reventar en cualquier momento.

—No lo escuches, Ahmed. Eres el terror de la planta de Neurología. Más rápido que una bala.

Polly levantó la mano para chocar los cinco. El chico sonrió, apuntó y falló estrepitosamente. La alteración en la percepción de la profundidad era uno de los efectos secundarios del aneurisma. El doctor Max miró a Annie, que estaba al final del pasillo, y ella se encogió de hombros. Era idea de Polly: el gran pentatlón de la planta de Neurología. Siguiente prueba: curling con cuña en vez de piedra y mopa en lugar de cepillo. El doctor Max puso los ojos en blanco, le regaló una sonrisa casi

imperceptible y volvió a meterse en su despacho-armario.

Día cuarenta y seis: Recauda dinero para una obra benéfica



—¿Le apetece una magdalena? —preguntó la camarera francesa, que medía casi dos metros y tenía las rodillas peludas.

Annie entornó los ojos.

—¿Es usted, Yusuf?

Yusuf, o doctor Khan como era más conocido, era el jefe de Cardiología del hospital.

—Sí, soy yo. Hoy es el día de los Disfraces. Todo el mundo recauda dinero vendiendo pasteles, disfrazándose...

—Ya veo. —Annie dejó un billete de cinco libras en la cesta y cogió un par de pastelitos cubiertos de un glaseado rosa en forma de ondas. Eran muy parecidos a los que Polly le había comprado el día en que se conocieron—. Esto no tendrá nada que ver con Polly, ¿no?

El dinero de la colecta seguía entrando a espuestas, y ahora Polly estaba decidida a conseguir suficiente para comprar otra máquina con la que hacer resonancias magnéticas.

—¿De verdad hace falta que lo preguntes?

—Reconozco que no. ¿Y qué más ha preparado Polly? —farfulló con la boca llena de glaseado; sabía a fresa y llevaba tanto azúcar que enseguida notó el efecto.

—Estamos subastando a unos cuantos radiólogos y las enfermeras de la unidad de Neonatales han organizado una conga. Ah, y en la cafetería están depilando con cera a

algunos de los trabajadores velludos...

—¿En serio? Mmm... ¿A quién exactamente?

—A los que tengan más pelo, supongo. Yo debería estar allí con los demás, pero me ha parecido que mi vello mejoraba considerablemente este disfraz.

Annie llegó justo a tiempo para ver al doctor Max sin camisa y tumbado en una mesa que alguien había cubierto con papel azul del hospital. Tenía la espalda como el resto del cuerpo: muy peluda.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó en cuanto la vio llegar—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No tienes una casa a la que ir?

—¡Mira quién habla! Creía que odiabas las colectas solidarias y todas esas estupideces.

—Y las odio. Con todo mi ser. Casi tanto como voy a odiar esto de la cera.

—Ah, pero si casi no duele.

—¿Lo juras?

Ladeó la cabeza, lleno de esperanza.

—No. ¡Duele muchísimo!

Se apartó a un lado y una de las enfermeras de quirófano, que solía depilar a los pacientes antes de la operación, le aplicó una tira de gasa en la espalda, previamente cubierta de cera, y dio un tirón. Los gritos del doctor Max se oyeron hasta en la tercera planta, desde donde Polly tiraba de los hilos, sin duda.

Annie miró la hora.

—Me encantaría quedarme y disfrutar del espectáculo, pero tengo que ir a ver a mi madre y luego a trabajar.

—Seguro que habrá fotos —dijo él, hundido—. Maldita Polly...

Delante del pabellón de Geriatria el doctor Quarani estaba haciendo esprints arriba y abajo, reseteando el Fitbit a cada vuelta.

—¿No participa en la recaudación de fondos? —le preguntó Annie.

—No tengo tiempo para eso. Solo dispongo de cinco minutos entre ronda y ronda.

La bata blanca ondeaba tras él mientras corría, contando en voz baja y con todos los músculos tensos y controlados.

Después de visitar a su madre Annie fue otra vez a la parada del autobús. Jonny llevaba la misma ropa del día anterior. Solo debía de tener una muda, pensó ella, y luego cayó en la cuenta de su propia estupidez. ¿Dónde iba a guardar lo demás si no tenía adónde ir?

—Hola —la saludó.

Estaba pasando las páginas de un libro de Terry Pratchett. Annie lo señaló tímidamente.

—Ese me lo he leído. Es muy bueno.

—Ah, sí. Al menos me hace reír. ¿Cómo estás hoy?

—Estoy bien. —Comparada con él, no podía decir otra cosa. Al menos ella tenía un piso al que volver, amigos, un trabajo. Ojalá pudiera hacer algo por Jonny—. Mmm... ¿Te gustan los pastelitos? —preguntó, un tanto incómoda, y le ofreció la bolsa de papel abierta.

Un pastelito no era mucho, no le cambiaría la vida, pero Annie sabía, por su primer encuentro con Polly, que al menos era algo.

Día cuarenta y siete: Conoce gente nueva



—Tienes mucho mejor aspecto.

Polly se miró en el espejo de mano que Annie había colocado encima de la mesa auxiliar y sonrió.

—Sí, ¿verdad? ¡Menos mal! A mi cutis no le va bien tanta palidez. Pásame la sombra de ojos.

—¿Cuál?

Annie tenía delante el enorme neceser de Polly abierto.

—La verde brillante. Hoy tengo el día verde. —Cerró los ojos—. Hazlo tú. Mis muñecas ya no son lo que eran. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale? No me apetece que los chicos se enteren.

—Polly... ¿De verdad quieres que lo haga yo? Se me da fatal.

—Pues tienes que aprender. Yo no estaré siempre aquí para maquillarte y escogerte la ropa. Aunque me gusta ese conjunto. Déjame ver.

Annie retrocedió tímidamente para que Polly pudiera admirar la falda de ante y las botas, además del jersey a rayas marineras.

—Me gusta. No, ¡me encanta! No creo que me necesites mucho más.

—Calla, calla.

Annie no quería hablar del final. Ese día menos que nunca, ahora que Polly había recuperado el color en las mejillas, y no solo por el colorete, y que parecía que estaba mejor, aunque solo fuera otra de las bromas crueles del cáncer.

—Ya está. Espero que te guste la estética «*drag queen* en plena quimio» porque es lo que acabo de hacerte. Me parece que necesitaré unos cuantos tutoriales más antes de...

Había estado a punto de decir «antes de que te vayas». Como si Polly se fuera de crucero o algo así. Por mucho que lo intentara, le resultaba imposible hacerse a la idea de que su amiga no volvería jamás de aquel viaje final. Y ese día estaba cada vez más cerca; quizá hoy no, puede que tampoco ese mes, pero sí pronto.

Se abrió la puerta y un fuerte olor a Chanel inundó la habitación.

—Cariño, ¿cómo...? Ah, hola, Annie.

—Hola, Valerie. Estoy emperifollando a Polly.

—Eso está bien. Creo que George anda por aquí. Seguro que se alegra de verte.

Annie se limitó a asentir. Era evidente que George aún no había tenido «la conversación» con su madre.

—Mamá, ¿me has traído más hierbas de esas anticancerígenas? Porque he de decirte —anunció Polly alegremente— que saben a pipí de caballo.

—Eh... Polly, cariño, tienes una visita.

Valerie llevaba un vestido hasta los tobillos, el maquillaje recién aplicado y el pelo brillante, pero al mismo tiempo se le notaba el cansancio. La enfermedad de su hija empezaba a cobrarse un precio en las vidas de todos.

—¿Quién es? ¿Milly? Ya le he dicho que, de momento, nada de vídeos sobre el cáncer. Solo cosas positivas. La página web funciona genial. ¡Ayer tuvimos veinte mil visitantes únicos!

—No es Milly. Eh... Creo que... te vendría bien estar a solas, cariño.

Annie pilló la indirecta al vuelo y empezó a recoger el neceser.

—Debo irme de todas formas...

La mano de Polly se deslizó por encima de las sábanas y la sujetó por el brazo.

—No te vayas, Annie. Acabas de llegar. A menos que sea Ryan Gosling, claro, porque si es él... ¡ya tardas en largarte!

Valerie se retorció las manos. Suspiró, retrocedió hasta la puerta y la abrió. Habló con la persona que esperaba fuera.

—Entra. Yo no quiero tener nada que ver.

Desapareció por el pasillo y su lugar lo ocupó alguien a quien Annie no había visto nunca. Un hombre, vestido con un traje llamativamente caro; nada de poliéster. Zapatos pulidos. Corbata roja. Alto, guapo como el modelo de un catálogo de moda, con el pelo oscuro y corto. Brazos y pecho anchos. Un adicto al gimnasio.

Polly lo miró fijamente. Aún tenía la mano en el brazo de Annie, y esta se fijó en que le había desaparecido todo el color de la cara, convirtiendo el maquillaje en una broma pesada.

—Mierda.

—Hola —dijo el hombre. Tenía la voz ronca—. Estás... Pareces... No tenía ni idea.

—Estoy bien. Estoy perfectamente bien. ¿Qué demonios estás haciendo tú aquí?

—¿Que qué estoy...? Dios... ¿Tú sabes lo preocupado que estaba? ¡Ni siquiera sabía si estabas viva o muerta hasta que vi tu puñetera página web!

Annie intentó dirigirse hacia la puerta, pero Polly la sujetó como si le fuera la vida en ello.

—No te vayas.

El hombre se acercó a la cama.

—Poll... Por favor, hablemos. Te lo ruego... No puedes soltar una bomba como esa y largarte así, sin más.

—Puedo hacer lo que quiera, te recuerdo que tengo cáncer —dijo ella con la voz ahogada.

De pronto la ira que había entre los dos estalló como si alguien hubiera tirado una granada y luego hubiera salido corriendo.

—Cáncer. No es el cáncer; eres tú. Siempre has hecho lo que te ha dado la gana. Pintar la casa. Irte de vacaciones con tus amigas. ¿Y yo? ¿Qué pasa con lo que quieres yo?

Annie no dejaba de mirarlos. ¿Quién era ese hombre? ¿De qué iba todo aquello?

—¡Me da igual lo que tú quieras! —le espetó Polly como si estuviera usando el resto de la voz y de la fuerza que le quedaba—. ¡Sal ahora mismo! ¡No tienes derecho

a estar aquí! Tú no me quieres, así que tampoco tienes derecho a estar junto a mi lecho de muerte. Para eso ya tengo a otras personas.

—¿Quién, algún bicho raro al que acabas de conocer?

Annie se lo quedó mirando. Tampoco hacía falta ser tan duro.

—Annie es mi amiga y ha estado a mi lado, no como otros...

—¡Ah, claro, como si me hubieras dado la oportunidad!

—Cierra la puerta, Annie —dijo Polly con la voz temblorosa.

—Eh... ¿Qué? —farfulló ella.

—Ciérrale la puerta en las narices. Échalo de aquí. No tengo fuerzas para hacerlo yo misma, pero no quiero seguir oyendo esto.

Ah, vale. O sea, que tenía que echar a un tipo de metro noventa, asiduo al gimnasio, que para más inri la observaba como si fuese un insecto asqueroso aplastado en el suelo.

—Mmm, lo siento, pero Polly está cansada, así que si no te importa...

—¿Y tú quién coño eres? ¿Qué derecho tienes a echarme de aquí? —Se volvió hacia Polly—. De verdad, necesito hablar contigo. No puedes echarme.

—Claro que puedo —dijo ella con un hilo de voz.

Annie levantó el mentón.

—Polly quiere que yo me quede con ella y que tú te vayas. Así que... —Abrió la puerta y la sujetó—. Como ha dicho antes, ¡ya tardas en largarte!

Al final el tipo se marchó dando un sonoro portazo. Annie sintió que se quedaba sin fuerzas. Lo había conseguido.

—Dios... ¿Qué ha sido eso?

Polly tenía la cara desencajada y le costaba respirar.

—Gracias. Has estado... increíble.

—¿Estás bien?

Asintió, y un ataque de tos sacudió su frágil cuerpo.

—Seguro que es la primera vez en su vida que lo echan de un sitio.

—Y... ¿piensas contarme quién es?

Polly suspiró, se recostó sobre los almohadones y cerró los párpados pintados de verde brillante.

—Aaaj. Ese era...

De pronto empezó a toser otra vez.

—Pero dime quién era, Polly. No me tengas en ascuas.

—¡Vale, vale! Un momento, déjame recuperar el aliento. Ese, Annie..., era Tom. Mi marido.

Su cara se contrajo de repente, y Annie se dio cuenta de que estaba llorando.

—De acuerdo —dijo Polly cuando pudo hablar sin sollozar y sin hipar—, voy a contarte lo que pasó. Pero solo porque tú me has contado lo tuyo y ahora no hay secretos entre nosotras.

—Sí que tenemos secretos.

—Da igual. Pero necesito soltarlo de golpe sin que me interrumpas, ¿vale? Ni siquiera para decir «Dios, es horrible» o «¡Pobrecita!» o lo que sea. Te explicaré lo que ocurrió. No es una tragedia ni una historia épica, ni siquiera es importante. Solo es lo que me pasó. —De pronto se le escapó un sollozo—. Porque no puedo seguir así. No puedo pasarme la vida llorando. No tengo tiempo que perder.

—Vale —dijo Annie—. No diré ni una palabra. Eh... a partir de ahora.

Se sentó en la silla de plástico naranja mientras Polly se acomodaba sobre los almohadones.

—Allá voy: capítulo uno. A mí me diagnosticaron el cáncer como a casi todo el mundo: de buenas a primeras. Llevaba una vida muy ocupada. Aquello no me podía pasar a mí. Yo era... En fin, ya has visto cómo son Suze y las demás. Suze tiene una aplicación para rotar el cajón de las bragas y Milly y su marido programan el sexo con seis meses de antelación. Yo era así. Madrugón todos los días, batido de kale, BlackBerry de camino al trabajo, prensa prensa prensa, contactos contactos contactos. Haciendo de relaciones públicas a todas horas. Yoga. Meditación. Fines de semana en Cornwall y Val d'Isere. Obras de teatro, exposiciones, el restaurante de moda donde te sirven la comida en una hamaca mini y todo eso. Así era mi vida. Y tenía un marido a juego. Guapo, rico; agente de bolsa en la City, cómo no. Alguien podría

decir que me casé con mi padre: un hombre que siempre trabajaba incluso más que yo. Íbamos a doscientos por una autopista que solo podía acabar con un par de hijos tardíos, una segunda residencia en Devon y yo trabajando de autónoma mientras él acaparaba bonificaciones.

Annie asintió, tratando de seguir el relato. Polly estaba intentando recuperar el aliento. Tenía las manos cerradas sobre las mantas.

—Y entonces, de repente, enfermé. El día que me dieron los resultados estaba en casa, metiéndome en mi papel de superviviente del cáncer, de mujer valiente de expresión noble, todo ese rollo. Negando la realidad, obviamente. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y entonces, bueno... mi vida se hizo añicos. Casi pude oír el sonido, ¿sabes? Como un cristal rompiéndose alrededor de mi cabeza.

—Lo sé. ¿Qué pasó?

—Te lo voy a contar.

¿Eso que Polly oía era la puerta? Sí, Tom había llegado a casa. Dios, ¿por qué estaba tan nerviosa? Se alisó el vestido por encima de las rodillas. Nada más llegar del hospital se había dado una ducha muy, muy larga, hasta que tuvo la piel rosada y sensible, y se había puesto su vestido favorito, el de los ramilletes de aciano. No sabía por qué, pero no podía dejar de pasarse las manos por la melena, larga y rubia.

Tom estaba en el recibidor, sin levantar los ojos de la pantalla del móvil. Los hombros encorvados debajo de su traje de Savile Row.

—¿Has llamado al fontanero? El lavabo sigue perdiendo agua. ¿Qué haces ahí?

Polly había encendido una vela impulsivamente, quizá pensando que la ocasión por fin era merecedora de las cuarenta y ocho libras de cera impregnada de mimosa y cardamomo que se había gastado en Jo Malone. Estaba sentada en la sala de estar con su vestidito y el maquillaje perfecto, en vez de los pantalones de yoga y los calcetines de esquí que solía usar en casa. A lo mejor si se ponía guapa el universo se daría cuenta de que se había equivocado de persona. Polly estaba demasiado ocupada para aquello. Tenía la agenda llena hasta después de Navidad. «Circulen, aquí no hay nada que ver.»

Tom levantó la mirada un segundo.

—¿Aún no has empezado a hacer la cena? Me muero de hambre.

—No he estado en casa. —Una parte de ella pensaba: «Se sentirá fatal cuando se lo cuente»—. ¿Puedes venir un momento, Tom?

Tranquila. Elegante. Elevándose por encima de cuestiones tan nimias como un váter que pierde agua o una cena tardía.

Tom abrió la puerta de la sala de estar; camisa arrugada, corbata torcida. Sienes salpicadas de canas.

Y Polly pensó: «¿Cómo ha podido pasarnos esto? ¿Cómo nos hemos alejado tanto el uno del otro?».

—¿Qué? Necesito una ducha, el trayecto hasta aquí ha sido horrible, como siempre.

—Hoy tenía cita con el médico. ¿Recuerdas?

Se lo había dicho, pero tan de pasada que sabía que Tom no se acordaría. Porque no iba a ser nada. Todo el mundo tenía dolores de cabeza, aunque fuera todos los días, aunque le costara ver los carteles del tren de camino al hospital. Había estado a punto de cancelar la resonancia magnética porque le coincidía con una reunión de la cuenta de los cereales. Seguramente le dirían que tenía que ponerse gafas o beber más agua o dormir o tomarse un Nurofen o hacer acupuntura o ser más ordenada o dejar el trabajo y empezar un blog sobre ello.

—Ah. —Su cara: culpa disfrazada de excusa—. Deberías habérmelo recordado.

Tom no se había dado cuenta de lo fuertes que eran los dolores de cabeza de Polly, o de que un día, no hacía mucho, se había olvidado de ponerse los zapatos antes de salir de casa. No estaba preocupado. Todavía no.

—No pasa nada. —Siguió allí sentada, tranquila. El corazón le latía casi como si estuviera emocionada. A punto de destrozar sus vidas—. Bueno, pues... cariño... —dijo, aunque nunca lo llamaba así, pero parecía algo que su nuevo yo más noble sí debía decir—. Han encontrado algo... en mi cerebro. Los dolores de cabeza...

—¿Qué?

Tom volvía a tener los ojos clavados en el móvil. A Polly le habría gustado

aplastar ese chisme de un pisotón. Pensó: «Mírame mientras te suelto mi discursito, cerdo egoísta». Y en cambio dijo:

—Al parecer... no tiene buena pinta.

Su cara.

—¿De qué estás hablando, Polly?

—Estoy hablando de que tengo un tumor cerebral.

—Mierda. ¿En serio? ¿Qué?

Le recitó unas cuantas palabras: «Glioblastoma grado cuatro. Muy agresivo... crecimiento rápido...».

—Mierda. Mierda. Poll, tiene que haber algo...

—Van a intentar varias cosas. Quimio y tal. Pero el médico no parecía muy optimista, más bien estaba... bastante serio.

Esa era la palabra, pensó Polly, que definía perfectamente al especialista con cara de cascarrabias que la había visitado.

—Mierda, Poll. —Tom se llevó las manos a la cabeza, con el teléfono quirúrgicamente implantado en una de ellas—. Estoy tan... Mierda. Mierda. ¿Por qué ahora?

—¿Es que hay un momento mejor que otro para estas cosas?

—Lo siento. Necesito...

Y salió corriendo de la habitación. Quizá estaba abrumado por la situación, por el amor que sentía hacia ella, por el dolor. Polly esperó. Su móvil vibró encima de la mesa y lo cogió. Pensando: «¿Cómo se lo contaré a todo el mundo? ¿En un mensaje de Facebook? ¿En un diario de mis experiencias con el cáncer? ¿En un grupo de WhatsApp?

Era un mensaje de Tom. Decía lo siguiente: «Mierda. Malas noticias en casa. Polly está enferma. Muy enferma, creo. Tengo que solucionar las cosas».

Claramente, ofuscado por el dolor, Tom había enviado el mensaje a la persona equivocada. Era para su madre, quizá.

Y puede que Polly no se hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando porque, al fin y al cabo, estaba un poco distraída, si Tom no hubiera hecho el esfuerzo de añadir unas palabras que ya nunca le decía a ella: «Te quiero, te lo prometo».

Tom volvió a aparecer, con el móvil todavía en la mano. Había estado llorando. Tenía la camisa suelta.

—No puedo creerlo. No puede ser. ¿Es... es verdad?

Polly levantó su teléfono. Aún estaba orbitando alrededor de Cancerlandia. Tranquila. Elegante.

—¿A quién dices que quieres, Tom?

Porque sabía que no era a ella. En el fondo, lo sabía desde hacía tiempo. La cara de Tom se descompuso como papel mojado.

—Mierda.

—¡Madre mía! —dijo Annie cuando Polly acabó de contarle la triste historia del día que le diagnosticaron cáncer y Tom le mandó por error un mensaje destinado a la mujer con la que estaba teniendo una aventura—. Lo siento. ¿Me está permitido exclamar «¡Madre mía!»?

—Sí. Él no quería desvelarme quién era, pero usé el comodín del cáncer, la carta más útil de la baraja con diferencia. Al final, se sinceró y me dijo que:

»Sí, estaba viendo a otra mujer.

»Su nombre era Fleur.

»Sí, con “viendo a” quería decir “ follando con”.

»Sí, había “pensado en” dejarme.

»Fleur tiene veintitantos años.

»Es profesora de yoga y bailarina interpretativa.

»Trabaja en el gimnasio al que lo animé a apuntarse.

Annie asintió lentamente.

—Y entonces qué, ¿lo dejaste tú?

—Sin mediar una sola palabra. Si la vida es demasiado corta para gastar una vela de cuarenta y ocho libras de Jo Malone, entonces también es demasiado corta para preocuparse por un marido infiel y adicto al iPhone. Así que recogí mis cosas, me mudé a casa de mis padres y me pasé unas dos semanas tirada en la cama, llorando hasta que no me quedaron lágrimas. Ni siquiera lloraba por el puñetero cáncer.

Lloraba por él. Por él y por su amante. ¿A que es ridículo?

—En absoluto —replicó Annie—. A veces nuestro cerebro no es capaz de procesar lo más grave. Es como si lo disimulara, para protegernos. Yo una vez me pasé tres horas llorando porque no encontraba un zapato izquierdo.

—Me han dicho que la metió en casa en cuanto me fui. Qué bonito, ¿eh? —De pronto calló para recobrar el aliento—. Bueno, pues esa es mi historia.

—Mmm... ¿Puedo darte mi veredicto?

—Claro, te cedo la palabra. Ya conoces la trágica historia de mi vida.

—Yo... Madre mía, Polly.

—Espero que no se te ocurra decir que soy una enferma de cáncer muy valiente.

—No iba a decir eso. Iba a decir: «¡Felicidades! Has ganado el premio a la Historia más Patética del Año». Siempre tienes que ser la mejor en todo, ¿eh?

Polly se echó a reír/toser, y Annie se sintió aliviada.

—No lo sabes tú bien, Hebden.

—Entonces... el día que nos conocimos, que tú parecías tan alegre...

—Estaba hundida, Annie. Acababa de dejar a mi marido y tenía cáncer.

—Pero ¿cómo...?

Polly sonrió. Era esa sonrisa que Annie tan bien conocía y que quería decir: «¡Ajá! Mira lo que acabo de enseñarte».

—Pues claro que estaba enfadada, y hundida, y hasta las narices de todo... Como tú, mi queridísima Annie... Pero me queda muy poco tiempo. Me planteé qué pasaría si me negaba a ceder a mis emociones. Si me concentraba en ser feliz, a pesar de todo.

—¿Y funciona?

Polly extendió los brazos, señalando los tubos y los monitores, su cuerpo decrepito, su cabeza calva.

—¿Te parece que estoy triste?

—Bueno, no, pero...

—La felicidad es un estado mental, Annie.

Annie estaba hecha un lío. ¿La Polly que había conocido en el mostrador de Recepción, hacía ya cuarenta y siete días, era la misma mujer cuya vida también había

sido destruida por completo? Le costaba creerlo.

Polly se tumbó en la cama.

—Espero que estés tomando nota de mis enseñanzas. Quiero un mínimo de cuatro biografías sobre mi vida cuando me haya muerto.

Día cuarenta y ocho: Considera tu propia mortalidad



—Hola, he venido a ver...

—Ahora mismo está ocupada —dijo Annie, resignada; últimamente, se había convertido en la secretaria personal de Polly.

Los mirones habían empezado a presentarse en el hospital el día después de su ingreso. Antiguos amigos íntimos, otros que no tanto, personas con las que había coincidido en algún curso, que había conocido durante las vacaciones o que habían salido con su hermano. Se presentaban con cestas de uvas —Polly bromeaba sobre la posibilidad de abrir una frutería desde la habitación del hospital—, bombones, flores o tarjetas enormes con elefantes dibujados que sujetaban bolsas de hielo contra sus pobres cabezas magulladas. Polly la obligaba a tirarlas en la incineradora de residuos tóxicos. «Por el amor de Dios, ¡que tengo un tumor cerebral, no un bulto en el brazo! ¿Qué le pasa a la gente?» Pero siempre los recibía. Annie no sabía por qué.

La última visita era una mujer de mediana edad muy delgada vestida con un anodino anorak azul marino y abrazada a un bolso de cáñamo.

—¿De parte de quién? —le preguntó Annie amablemente mientras la acompañaba pasillo adelante.

Quizá cuando todo aquello terminara podría buscar trabajo de recepcionista. Experiencia: «Ayudé a morir a una amiga muy famosa y bastante narcisista».

—Emily.

—¿Emily...?

—Ah, ella sabe quién soy.

Siempre decían lo mismo.

—Pero por si acaso... Es que está muy cansada, ¿sabe?

—Trabajamos juntas hace años. Yo era la secretaria ejecutiva.

Annie pensó en Sharon y no pudo reprimir un escalofrío.

—¿Y han mantenido el contacto?

—Ah, no. La vi en internet y me dije: «¡Esa es Polly! ¡Polly, la relaciones públicas!». Y pensé en traerle esto. —Sacó algo del bolso, un folleto mal impreso en el que ponía «Cúrate gracias a la comida». Annie podía oler el tufillo a pachuli y sudor—. Aún está a tiempo, pero tiene que empezar ya.

—¿A tiempo de qué?

—De hacerse vegana. Siempre comía jamón de ese tan caro y tan indigesto y bebía alcohol, le ponía leche al café... Si le enseña este folleto, podrá curarse gracias al ayuno, las hierbas medicinales y...

Annie esbozó la mejor de sus sonrisas.

—Gracias, Emily. El problema es que solo le permiten un número de visitas por día. Órdenes del médico. Pero me aseguraré de que reciba esto. Y ahora gracias. ¡Adiós!

—No, espere. Tengo que verla, es muy importante. A todo esto, ¿quién es usted?

—Ya me ocupo yo, Annie. Gracias. —Valerie acababa de aparecer con un vaso de té en la mano—. ¿Qué está pasando aquí?

Emily se abalanzó sobre Valerie y le cogió la mano.

—¡Usted debe de ser la madre! Se parecen muchísimo. Hola, hola, he venido a traer unos folletos a la enferma.

—«La enferma» tiene un nombre —le espetó Valerie, muy seca—. ¿Qué clase de folletos?

Emily le dio uno.

—Tengo una cura para su cáncer aquí mismo. Es muy sencillo. Solo tiene que evitar la carne, el azúcar, el alcohol, el gluten y todos los aditivos.

Se hizo el silencio mientras Valerie leía el folleto.

—¿De verdad conoce a mi hija? ¿Ha mantenido el contacto con ella?

—Hace años que no hablamos, pero me he enterado de lo que le ha pasado y he sentido que tenía la obligación de venir a verla. Quiero decir que es muy fácil curarse uno mismo sin todas esas toxinas y esos venenos terribles. —Miró a su alrededor con cara de asco—. Nos ocultan la verdad por culpa de la industria farmacéutica.

Intentó hacer unas comillas imaginarias con los dedos y se le cayeron unos cuantos folletos al suelo.

—A ver si lo entiendo. Usted, una completa desconocida, decide venir al hospital a ver a mi niña para decirle que tiene cáncer porque... ¿porque una vez se comió una tableta de chocolate?

—No es solo eso. La carne, la bebida, los lácteos, todos provocan directamente cáncer. ¡Pero aún puede salvarse! Solo tiene que salir del hospital, dejar el tratamiento y ayunar de forma intermitente —replicó Emily con una sonrisa.

Valerie respiró hondo, incapaz de disimular la ira.

—¿Cómo... se atreve?! ¿Cómo se atreve a venir a este hospital, donde están intentando salvar la vida a mi hija, e insinuar que si está sufriendo tanto es... por culpa del jamón?! ¡Lárguese de aquí!

—Pero...

—No. ¡Márchese ahora mismo o llamaré a seguridad!

Emily salió disparada, soltando por el camino unos cuantos juramentos que de zen tenían más bien poco.

—¿Estás bien? —preguntó Annie a Valerie, al ver que estaba temblando.

—Sí. No, en realidad no. La gente no la deja en paz. Todo el mundo quiere algo de ella, se creen con el derecho a decirle qué debería hacer. No es justo.

Annie se preguntó si a ella también la consideraba así. Y quizá era verdad.

—¿Necesitas que te traiga algo? ¿Quieres sentarte?

—Estoy bien. Es que... no quiero que Polly me vea así. —Tenía el vaso de plástico sujeto con tanta fuerza que se habían derramado unas gotas de té por un lateral y habían caído al suelo. Valerie se agachó para recoger los folletos—. Está pasando realmente, ¿verdad? Y no la salvarán los masajes, ni el reiki ni una nueva

cura milagrosa.

—Supongo que no —respondió Annie con mucho tacto.

No quería ceder a la tentación de mentir, de decir que habría un milagro de última hora, entre otras cosas porque sabía que no sería así.

—Pensé que no pasaba nada por intentarlo. Por conservar la esperanza.

—Y no pasa nada. Pero... creo que Polly está preparada para aceptarlo y para vivir lo que le quede de vida lo mejor posible.

Valerie se mordió el labio.

—Gracias por todo lo que haces por ella, Annie. No creas que no nos hemos dado cuenta. Sé que no es fácil.

—No pasa nada. Ella hace mucho más por mí.

—De todos modos, te estamos muy agradecidos.

Annie dejó sola a Valerie —pensó que le vendría bien un poco de privacidad por si le apetecía llorar— y volvió junto a Polly, que estaba contemplando su último homenaje floral; a saber, un centro hecho con cactus en cuya maceta podía leerse: «Espero que no recibas muchos pinchazos».

—¿Qué crees que simbolizan? ¿Mi afilado sentido del humor?

—Puede. Toma. —Dejó el folleto encima de la cama—. Tu madre se ha deshecho de una hippy, aunque estoy segura de que volverá. Emily, trabajaba contigo.

Polly tuvo que concentrarse para recordar quién era.

—Dios mío... ¿Emily la vegana? Siempre salvando el mundo; los documentos importantes, ya no tanto. Se le daban fatal los ordenadores; perdimos el servidor entero tres veces.

—¿No se dan cuenta de que no está bien que vengan aquí a acosarte?

Annie se dejó caer en la silla que había al lado de la cama. Polly, por su parte, se encogió de hombros.

—Les resulta emocionante. Tienen miedo de que les pase a ellos y se sienten aliviados cuando ven que me ha pasado a mí. En realidad, no deja de ser voyerismo puro y duro. Y si encima se les ocurre la forma de echarme la culpa de mi propia enfermedad, se sienten aún más a salvo.

—¿Y por qué los recibes?

—¿Qué quieres que haga todo el día aquí metida? Además, la gente te escucha con atención cuando sabe que estás muriéndote. Es una de las ventajas de estar terminal. ¡Quién sabe!, quizá consiga inspirar a alguien para que cambie su vida y sea feliz.

—O puede que solo vengan para verte la calva.

—Puede. —Polly sonrió—. Menos mal que te tengo a ti, Annie, o todo este optimismo podría acabar estallándonos en la cara. Y no queremos que eso pase. ¿Qué haría yo sin ti, señorita Aguafiestas?

—No hay de qué. Y ahora, mi querida Pelona, es hora de ir al lavabo.

Día cuarenta y nueve: Anima a alguien



—¡Uuuh! ¡Vamos, doctor Quarani! ¡Ánimo!

Annie saltó emocionada, saludando con la mano. Llevaba más de una hora esperando para verlo pasar a la carrera, esbelto y concentrado como siempre. El doctor Quarani no se detuvo; seguramente no la oyó. Ni siquiera tenía la ropa sudada. Annie dio la vuelta al móvil para que Polly pudiera ver la escena vía Skype.

—Es ese de ahí.

A su alrededor, la gente se apretaba contra las vallas del maratón, agitando banderines y gritando todo tipo de mensajes de ánimo. El ambiente estaba tan cargado de buenas vibraciones que a Annie le preocupaba acabar contagiándose. Había llevado a Buster con ella y, cada vez que alguien pasaba por delante, el pobre se ponía a ladrar como un histérico. Annie nunca se había fijado en que todo el mundo te sonreía, porque sí, cuando ibas con un perro. Era desconcertante, aunque no por ello dejaba de ser agradable.

Polly seguía babeando por el doctor Quarani.

—Menudo culo le hacen esos pantalones de licra.

—¡Poll!

—¿Qué? ¡Es verdad! ¿Dónde está el doctor Cascarrabias?

—No lo sé. ¡Ah, mira, ahí viene! ¡Uuuh! ¡Vamos, doctor Max!

A Max estaba costándole cubrir el tramo final. Tenía la cara tan congestionada que Annie temía que pudiera explotarle en cualquier momento. Estaba cubierto de sudor

de la cabeza a los pies y llevaba el logo del hospital en la ropa, cubierto de unas manchas oscuras. A pesar de cuanto había renegado del maratón, al final participaba para recaudar dinero.

—¡No pares! —le gritó—. ¡Tú puedes!

—Yo no estaría tan segura, ¿eh? Voy a pedir que le preparen una cama en Urgencias —dijo Polly al otro lado del teléfono, con la voz metálica que salía del altavoz.

—Chist. Está haciéndolo lo mejor que puede —la reprendió Annie, y saludó con la mano al doctor Max, que corría con las cejas fruncidas y los hombros hacia delante.

—¡Te quiero, doctor Cascarrabias! ¡Tranquilo que no pienso mirar debajo del kilt si te desmayas!

—¡Cierra la boca, Polly!

Día cincuenta: Deja el trabajo



—Lo siento, Annie, pero tenemos que llegar hasta el fondo de la cuestión.

Annie notó que se le instalaba un peso en el estómago. Jeff la había llamado a su despacho, donde Sharon esperaba sentada en la «zona de charlar» con una expresión en la cara como si estuviera comiéndose una sardina podrida. Ese día llevaba el modelito número tres: un jersey enorme estampado con fotos de cachorros y con pelos de perro de los de verdad. Annie intentó no estornudar solo de pensarlo.

—¿Cuál es el problema, Jeff?

Jeff parecía aún más incómodo que de costumbre.

—Mmm... Annie, me ha llegado un vídeo.

Ay, madre. El peso del estómago había crecido tanto que ya lo tenía a la altura de los tobillos. «El vídeo de Thorpe Park no, por favor.»

—Ah.

—¿Esta eres tú?

Jeff dio la vuelta al portátil, y allí estaba el vídeo de YouTube, pausado justo en un fotograma en el que se veía la cara de Annie con la boca abierta, gritando.

—No sabría qué decirte —respondió—. Está bastante borroso.

—Sé de buena tinta que eres tú. Y que estabas allí, en ese parque de atracciones, el día que se suponía que estabas enferma.

—No sé quién era el tal Kent, el hombre que llamó —murmuró Sharon—. Parecía tan agradable...

—Pero no puedes demostrar que esa de ahí sea yo —dijo Annie manteniendo un tono de voz despreocupado y distante.

—No. Para eso tendríamos que abrir un proceso disciplinario que acabaría con una primera advertencia por escrito. Tardaríamos meses. O también podrías admitirlo, en cuyo caso lo dejaríamos en una advertencia verbal. Tres advertencias verbales equivalen a una por escrito. Dos advertencias por escrito equivalen a una vista...

Annie empezaba a notar una sensación que le resultaba familiar. Sentada en el despacho de Jeff, con su olor a batido de proteínas y a tallarines instantáneos, teniendo que oír que no sonreía suficiente, que la gente la veía triste, que se negaba a hablar de los bebés perfectamente sanos de los demás. En resumen, teniendo que oír que era humana en un entorno que quería convertirla en un robot procesador de facturas. De pronto lo vio claro: nunca podría cambiar ese lugar, su burocracia, sus normas. Nunca podría deshacerse de las plantas muertas sin presentar antes un informe de seguridad laboral a sus superiores. No podía soportar un día más de tener que levantar la mano para introducir el código de la puerta. Ni un solo día más.

—No puedo —se oyó decir en voz alta.

—¿Admitirlo? Annie, he de decir...

—No. No puedo con esto. Jeff... Sharon... ¿Qué hacemos aquí metidos todos los días? ¿Por qué venimos a esta oficina tan horrible día sí, día también? Porque vuestras casas son más bonitas que esto, espero. Seguro que no huelen a comida podrida y a suciedad acumulada durante años. Seguro. Y, aun así, nos pasamos el día aquí metidos, más horas de las que nos pagan, y ni siquiera nos gusta la gente con la que trabajamos.

Jeff abrió la boca como si fuera a protestar acerca de aquello último, pero al final no lo hizo. Annie siguió.

—¿Qué sentido tiene? ¿Por qué nos pasamos las horas muertas hacinados en trenes, rodeados de gente triste y cabreada, y luego estamos todo el día sentados en un sitio feo y sucio, comiendo sándwiches rancios y sopas instantáneas, ignorándonos los unos a los otros hasta acabar con una ciática galopante, y luego nos vamos a casa y nos sentamos a ver programas de gente que cocina, baila o también mira la tele?

—No todos nadamos en la abundancia —respondió Sharon con un resoplido—. Algunos necesitamos trabajar para vivir.

—En eso tienes razón. Pero ¿por qué vivimos en Londres, donde el sueldo enterc se nos va en el transporte y en el alquiler de un piso horrible y húmedo en una décima planta? Seguro que encontraríamos otra cosa, algo que hacer con nuestra vida que estuviera mejor pagado. Tú, Jeff. Sé que tienes sueños. Quieres llegar a ser un tíc importante en la administración local. Con un buen sueldo. Mudarte a Surrey. Casarte con una de las chicas que van a tu gimnasio, las de las tetas operadas y el moreno de bote. Enviar a los niños a un colegio privado, darles lo que tú nunca tuviste.

Jeff la miró con la boca abierta.

—¿Cómo lo has...?

—Pero ¿vale la pena? ¿Vale la pena pasarte los últimos años de tu juventud fingiendo que te importan las normas de la fotocopidora o los turnos para fregar los platos? ¿Y todo para cobrar una buena pensión algún día?

—¡Annie! Voy a tener que pedirte que pares, esto es muy poco profesional.

—Ya lo sé, tranquilo. Ser profesional es lo que me ha hecho acabar metida en este lío.

Annie sentía que estaba cayendo, deslizándose, como si la gravedad la hubiera atrapado y no pudiera frenar aunque quisiera. Todos sus miedos colgaban de sus piernas, chillando. ¿Cómo pagaría la hipoteca? ¿Cómo cuidaría de su madre? ¿De dónde sacaría el dinero para comprar chocolate? Pero, como decía Polly, cuando estás muriéndote lo ves todo mucho más claro. Y Annie también estaba muriéndose. Puede que no en los próximos cien días, casi seguro, pero sí en algún momento y, en ese contexto, pasar una sola hora más en esa oficina ya era demasiado.

—Lo dejo —se oyó decir en voz alta—. No puedo seguir trabajando aquí. Lo siento. No es culpa vuestra. Bueno, un poco culpa de Sharon sí que es, pero supongc que no puede evitarlo.

Sharon la miró boquiabierta.

—¡Serás descarada...!

Jeff tenía los ojos muy abiertos, intentando no perderse.

—Annie, hay todo un proceso, un margen de tiempo...

—Ya lo sé. Pero si me largo ahora mismo, por ejemplo, ¿puedes hacer algo para impedírmelo?

—Pero... ¿Y la carta de recomendación..., la última nómina...?

—Todo eso me da igual. —Si la idea era reducir su vida a cenizas, acabaría antes rociándola con gasolina—. Repito: si me voy ahora mismo, literalmente, ¿puedes impedírmelo?

—No. Pero... no sé, ¿también hay unas normas para estas ocasiones! Solemos hacer una colecta y compramos una tarjeta entre todos...

—Muy amable, Jeff, pero no hace falta que finjamos que nos queremos y que me echaréis de menos. Tengo que empezar a ser más sincera en mi vida. Así que... adiós.

—Pero... pero...

Annie se puso de pie.

—Ah, por cierto, ¿sabes eso de los despidos que llevas repitiéndonos desde hace meses? ¿Para que obedezcamos y hagamos horas extras sin rechistar? ¿Qué te parece si me las pagas? Ah, y no creo que quieras despedir a Fee. Es la única que trabaja en esta oficina.

Salió del despacho con la vista borrosa y el paso inseguro. Ay, Dios. AY, DIOS. Tenía que contárselo a Polly. Seguro que le parecería genial.

Nadie levantó la mirada de su mesa. Todos siguieron encorvados delante de la pantalla de su ordenador, jugando a Candy Crush o mirando Facebook. Annie apagó el suyo, y cogió el bolso y el abrigo. Miró a su alrededor por última vez: la yuca muerta, la bandeja de las facturas con la mancha de tinta, el polvo incrustado en el teclado. El metro cuadrado en el que había pasado casi toda su vida durante los últimos cuatro años. Le temblaban las manos. Recogió los bolígrafos de colores, las bolsitas de té pijas y el pequeño jacinto que Polly le había regalado. Abrió la boca para decir algo como «Adiós a todos, os deseo que seáis felices, espero que también salgáis de aquí cuanto antes, a menos que os guste, claro». Pero volvió a cerrarla y se dirigió en silencio hacia la puerta para salir por ella por última vez.

—Vale, vale, pero para de gritar. De todos modos, puede decirse que me han despedido.

Annie se apartó el móvil de la oreja.

—No te han despedido —la corrigió Polly—. Has sido tú la que los ha mandado a paseo. ¡Has roto tus cadenas y ahora eres libre! Annie, es la mejor noticia que podías darme.

—¿Tú crees? Cada vez que pienso en el alquiler me entran ganas de vomitar.

—Ya encontrarás algo. Tienes dinero ahorrado, ¿verdad?

—Un poco.

Era inevitable si nunca salías ni te comprabas cosas bonitas.

—Ahora puedes hacer lo que te apetezca. ¡Apunta a la luna, Annie! Aunque yerres el tiro, estarás entre las estrellas.

—Tú sabes que las estrellas están mucho más lejos que la luna, ¿verdad? A millones de kilómetros de distancia. Esa frase no tiene ningún sentido.

—Lo que tú digas. Y ahora no te preocupes por el trabajo. Lo que necesitas es tiempo para pensar. Organizarte. Relajarte.

—Ajá —asintió Annie con cierto recelo—. ¿Cuál es el plan esta vez?

—Escocia —respondió Polly alegremente—. Imagínate la escena, Annie. Rebaños de vacas de las Tierras Altas. Montañas majestuosas coronadas de nieve. Una copita de whisky para calentar el gaznate...

—¿Es que ahora trabajas para el departamento de Turismo o qué?

—Vamos todos. Los médicos dicen que estoy un poco mejor, que puedo hacer una pausa en el tratamiento, y no pienso pasar ni un segundo más en Lewisham. Tú, yo, George, Costas y el doctor Cascarrabias. Dormiremos en la granja de su madre, en las Tierras Altas.

—Pero ¿no hará mucho frío? ¿No podríamos ir..., no sé, a Barbados?

—Créeme, lo he intentado. El muy aguafiestas del doctor Max dice que no puedo volar y que tampoco puedo estar muy lejos de un hospital. Da igual, nos lo pasaremos bien. Hay montones de cosas chulísimas que hacer allí arriba, y siempre podemos

acurrucarnos delante de una buena chimenea... Será genial. Hasta puede que veamos la aurora boreal. Hace años que lo intento. He estado en Noruega, en Islandia... Pero nada. Esta vez lo conseguiré, ya lo verás.

Como si bastara con que Polly lo deseara para que apareciera la aurora boreal. Al fin y al cabo, funcionaba igual con todo.

—Bueno, vale. Pero porque, de pronto, tengo la agenda muy despejada.

—Genial. Se lo diré al Cascarrabias. Nos lleva él en coche.

Annie tuvo una visión fugaz: una chimenea, una alfombra de pelo y el doctor Max tumbado a su lado con un kilt, un whisky en la mano y...

No. Por el amor de Dios, ¿en qué estaba pensando? No podía enamorarse de un médico gruñón y desaliñado, y mucho menos de uno que tenía la vida de su amiga entre sus enormes manos de nudillos peludos.

—Ah, y pon ropa de abrigo en la maleta —añadió Polly—. Sabes esquiar, ¿verdad?

Día cincuenta y uno: Planea unas vacaciones



—Mamá, tengo algo que contarte.

La madre de Annie tenía las manos sobre el regazo y no paraba de moverlas.

—¿De qué se trata? ¿Eres la dentista, querida?

—No, no soy la... ¿Tienes dolor de muelas, mamá?

Maureen miró por encima del hombro de Annie, hacia ninguna parte.

—Fueron los tofes los que le hicieron daño. A Sally le gustaban mucho, ¡pero le sacaron los dientes!

—Vale, mamá, pero intenta escucharme, ¿quieres? Me voy unos días, pero te prometo que volveré pronto. Solo voy a Escocia.

—Ah, pues saluda a Andrew de mi parte.

Annie frunció el ceño.

—¿Andrew? Mamá, ¿a qué te refieres?

¿Por qué, de repente, lo mencionaba a todas horas? Cuando Annie era pequeña su padre casi era un tema tabú. Maureen solo se refería a él cuando trataba de explicarle por qué no podía ir a la universidad o a esquiar con el colegio. «No nos sobra el dinero, Annie. No pidas lo imposible.»

—Mamá, ¿has entendido lo que he dicho?

—Pues claro —respondió ella contrariada—. Que te vas de vacaciones.

Su madre solía instalarse en su casa cuando Mike y ella se iban de vacaciones, para regar las plantas, coger el correo y, sin duda, husmear en los armarios. A la vuelta

casi siempre se encontraban la porcelana sobre la encimera y lavada con bicarbonato. Resultaba bastante molesto —Mike siempre ponía los ojos en blanco—, pero al menos había alguien pendiente de ella. Ahora ni siquiera sabía si su madre se daría cuenta de que se había ido.

—Eso es. ¿Sabes qué? Me han despedido del trabajo. Bueno, lo he dejado.

—¿El trabajo?

Sus ojos pasaron por encima de Annie, con su color azul acuoso.

—Lo siento, mamá. Te prometo que todo irá bien. Es que no podía seguir allí ni un segundo más.

—Bien hecho, querida. ¿Por qué tiene que trabajar una chica joven como tú? Deberías quedarte en casa cuidando de tus niños.

Annie observó las manos de su madre.

—Mamá, ¿estás bien? Pareces nerviosa.

—Ah, ojalá hubiera traído la labor de punto. La cola es tan larga en este dentista... ¡Tengo la sensación de que llevo semanas aquí esperando!

No había vuelto a tejer desde que le diagnosticaran la enfermedad, pero antes había sido una experta, capaz de realizar prendas muy complicadas: calcetines, gorros, jerséis, lo que fuera.

—Puedo conseguirte unos ovillos de lana, mamá. Si el médico dice que puedes tener tus agujas de tejer, claro. —De pronto vio que el neurólogo de su madre se dirigía hacia ellas—. Hola, doctor Quarini. Estoy tratando de explicarle que me voy unos días.

—Eso he oído. —Anotó algo en la gráfica—. El doctor Fraser también. Son sus primeras vacaciones en cinco años. Intente no preocuparse, señorita Hebden. Yo me ocuparé de su madre. No se alterará porque usted no venga durante unos días.

No, pero porque seguía sin tener ni idea de quién era Annie. A veces ni siquiera recordaba que tenía una hija. Otras, en cambio, creía que tenía cinco años, o dieciocho.

—Gracias. Se lo agradezco.

Se preguntó cuándo había sido la última vez que el doctor Quarani se había cogido unas vacaciones. Siempre parecía tan controlado, tan distante... Costaba imaginárselo

teniendo una vida normal y corriente.

Día cincuenta y dos: Cómprate ropa nueva



—Ni pensarlo —dijo Polly con firmeza.

—¡Pero a mí me gusta!

Annie lo sujetó contra su pecho en un gesto protector. Era su sudadera favorita; la tenía desde que tenía diecisiete años.

—Hay adolescentes más jóvenes que ese jersey. Tal cual. ¡Cómprate algo nuevo, por el amor de Dios! Hay un mundo lleno de ropa preciosa ahí fuera. Y no me digas que no puedes permitirte porque no te has comprado nada nuevo desde hace años.

Annie frunció el ceño.

—Odio ir de compras. Los probadores son minúsculos, las luces son horribles y la ropa no me queda bien. Además, estoy sin trabajo. No puedo tirar el dinero.

A Polly solo le quedaban unas semanas, pero Annie tenía que apañárselas el resto de su vida, además de cuidar de su madre. Cuando pensaba en ello tenía la sensación de que su estómago aún seguía en la montaña rusa.

Polly, con la cabeza cubierta con un sombrero de paja, estaba sentada en la cama de Annie. La miró fijamente y suspiró.

—Annie, ojalá consiguiera hacértelo entender. No estoy diciendo que te pulas la pasta, solo que buena parte de tu ropa ha conocido tiempos mejores y que quizá reemplazándola por cosas nuevas conseguirías el empujoncito final que tanto necesitas. —Se quedó observando el top negro que llevaba, con la tela del cuello llena de bolitas—. Además, vas a necesitar ropa nueva para las entrevistas, ¿no?

Las entrevistas. Pues claro. Annie asintió a regañadientes.

—Supongo que sí.

—Y si te sientes culpable gastando dinero en ti misma, aprovecha y compra un regalo para alguien. Es lo que siempre hago yo. Tom se volvía loco. Tenía más pares de calcetines que un ciempiés en invierno. En fin —continuó, y señaló con la cabeza hacia una esquina de la habitación—, me temo que la sudadera ya es cosa del pasado.

Annie se levantó de un salto y arrebató la sudadera de la boca a Buster, que en cuestión de un minuto había conseguido colarse en la habitación y arrancarle el bolsillo.

—¡Perro malo! ¡No te comas mi ropa!

—Eh, que no es un perro malo. Es un perro muy, muy bueno. —Polly lo levantó en brazos, canturreándole y dándole besitos—. No escuches a esta bruja, eres un perrito estupendo.

Buster estornudó y escupió un trozo de tela.

—Para ti es fácil decirlo, Polly. No se te ha comido todos los zapatos, ¿a que no?

—Razón de más para comprarte unos nuevos.

Polly sonrió victoriosa.

—Bueno, vale. Pero lo de ir de tiendas lo decía en serio.

Polly extendió una mano después de dejar a Buster encima de la cama al tiempo que Annie contenía una mueca de asco al imaginar sus preciosas sábanas nuevas llenas de pelos de perro.

—Dame tu portátil, Annie.

—¿Por qué?

—Tú dámelo.

Annie obedeció y le entregó el mamotreto cubierto de polvo. Polly frunció el ceño.

—Más adelante ya hablaremos de accesorios. Pero, de momento, permite que te descubra las bondades de la entrega en veinticuatro horas.

Día cincuenta y tres: Haz un regalo



—Pues estaba comprando unas cosas para mí y he pensado... Qué, ¿te sirve?

Jonny se había quedado mudo mirando la chaqueta que Annie le había comprado por internet. Estaba forrada de lana y era impermeable; parecía la típica chaqueta que cualquiera que pasara muchas horas en la calle querría tener.

—¿Te gusta?

Annie se sentía fatal. ¿Estaba siendo condescendiente? ¿Y si Jonny prefería el dinero? De pronto Jonny hizo un movimiento brusco y Annie se dio cuenta de que estaba llorando.

—¡Lo siento! —se disculpó—. Es que el otro día vi que tenías la chaqueta agujereada y pensé...

—Hace dos años que no tengo nada nuevo —dijo él con un hilo de voz—. Si hasta huele a nuevo. No como en las tiendas de segunda mano, que siempre apestan a humedad. —Se quitó la vieja, mientras Annie intentaba no arrugar la nariz al notar el hedor que desprendía, y se puso la nueva—. ¿Cómo me queda?

La tela azul resaltaba la palidez de su cara, pero Annie respondió:

—Genial. Te queda muy bien.

—Gracias, eh...

—Annie. Me llamo Annie.

—Jonny.

—Sí, lo sé.

—Gracias, Annie.

—No es nada. En serio, no es nada. —Comparado con todo lo que ella tenía, no era nada. Aun habiendo perdido el trabajo, estaba muy lejos de la calle. Todavía tenía amigos. Una madre. A Polly—. Oye, me voy fuera unos días, pero si necesitas algo, ¿me lo dirás? Ya sé que... te hacen falta muchas cosas, seguro, pero...

Jonny hizo un gesto con la mano, como restando importancia a la torpeza de sus palabras.

—Tranquila, lo haré. Pásatelo bien, Annie.

Día cincuenta y cuatro: Haz un viaje en coche



—Imposible, ni de coña, antes muerto.

—Pero ¿por quééé? —protestó Polly.

—Porque el coche es mío. No vamos a escuchar a ABBA. Te lo prohíbo.

Polly, que iba sentada, cómo no, en el asiento del copiloto, se dio la vuelta hacia los demás. Annie, Costas y George iban hacinados en la parte trasera del Renault del doctor Max. Miró a Annie y arqueó las cejas como para decirle: «Pídeselo tú». Annie le respondió que no con la cabeza.

—Bueno, y ¿qué tipo de música te gusta? —le preguntó al doctor Max.

Polly se metió los dedos en la boca y fingió que vomitaba. Annie la ignoró.

—El típico rock clásico. Clapton, Freetwood Mac. Y el jazz, claro.

George protestó.

—Por Dios, jazz no. ¿Y musicales? Tengo *Miss Saigón* en el Spotify.

—¿Y un poco de disco? —propuso Costas, enfundado en el abrigo de esquí de Polly—. ¡Donna Summer! ¡Frankie Go To Hollywood!

Buster gimió entre sus pies, como si apoyara la propuesta. Max había aceptado su presencia siempre que fuera sentado encima de un periódico. «Como si un poco de pipí de perro pudiera empeorar mucho más este coche», había señalado Polly.

George le revolvió el pelo a Costas.

—Eso está muy anticuado. Eres una monada.

—Nada de musicales —dijo el doctor Max—. Lo siento, George. Si tuviera que

pasarme las próximas diez horas escuchando temas conocidos de musicales, creo que acabaría practicándome una lobotomía a mí mismo. —Buscó los ojos de Annie a través del retrovisor—. Annie, ¿por qué no escoges tú? Eres la más sensata de todos.

—Mmm... —Annie intentó por todos los medios no desviar la mirada hacia Polly—. Si te soy sincera, a mí también me encanta ABBA.

—Vale, estoy en minoría.

Suspiró resignado, apretó un botón de la radio y empezó a sonar «Dancing Queen». Cuando todos, incluido el doctor Max, elevaron la voz para cantar el estribillo, un glorioso *crescendo* de notas capaces de levantar el ánimo de quien las oyera, Annie miró a Polly y vio que tenía los ojos cerrados y una sonrisa de felicidad en la cara.

Día cincuenta y cinco: Supera un miedo



Annie observaba la procesión de esquiadores que ascendía lentamente por la falda de la montaña sobre una especie de pasarela móvil. El doctor Max la había llamado «alfombra mágica», pero no se parecía a la de Aladín. Chirriaba sin parar bajo la nevada que adormecía la cara a Annie como si acabara de salir del dentista.

—Está muy alto.

Debería haber sabido que ese viaje incluiría varias actividades aterradoras. Maldita Polly.

—En realidad, no. No llega a los treinta metros.

Su acento escocés se había acentuado ahora que estaban en su tierra y su voz sonaba más alegre, menos deprimente. Iba equipado con un mono de esquí negro, brillante como una nutria. Annie, que obviamente no tenía ropa de esquí, se sentía estúpida con sus pantalones de montaña y su chubasquero. Se había puesto tantas capas de ropa debajo que le preocupaba caerse y bajar rodando por la montaña como una bola de nieve. Lo cual era bastante plausible. Cambió de posición, nerviosa; le pesaban los esquís y se sentía torpe como si tuviera los pies de un hobbit.

—No estoy muy segura de esto. Solo lo he probado una vez, con el colegio en esa pista cubierta que hay en Milton Keynes. ¿Crees que le molestará si me rajo?

Polly y el doctor Max habían mantenido una fuerte discusión sobre si podía o no esquiar. Hacía frío, había dicho él, y tenía los huesos tan frágiles que una simple caída podría acabar con ella. Pero Polly estaba decidida. No pensaba morirse sir

esquiar por última vez. Nunca se había caído, solo bajaría por pistas fáciles y haría muchos descansos para tomar un montón de chocolate caliente. Al final Polly se había salido con la suya, por supuesto, y ya estaba bajando con su elegancia característica por la pista verde, con las mejillas tan rosadas como su mono y lo que quedaba de su melena rubia oculta bajo un gorrito con pompón incorporado. Parecía una de esas chicas populares del instituto, las ricas que se iban a esquiar a los Alpes en Semana Santa mientras Annie y su madre se quedaban en casa viendo películas de Doris Day. Las mismas que jamás le dirigían la palabra ni locas, que se reían de sus camisetas y de la ropa que Maureen le hacía. Y, sin embargo, allí estaba, con veinte años más, formando parte del círculo de amigos de Polly.

George frenó de golpe junto a ellos, levantando un montón de nieve.

—Creo que voy a probar la negra. ¿Te apuntas, Max?

Costas, que venía de climas más soleados, se había negado siquiera a intentarlo y en ese momento estaba en el bar con Buster, bebiendo chocolate a la taza con un chorrito de Bailey's.

Max miró a Annie, que seguía avanzando hacia el remonte con la soltura de un potrillo recién nacido.

—Yo me quedo aquí por ahora. ¡Cuidado con Polly! Si se rompe una pierna no le van a quedar muchos días felices que digamos.

Polly le sacó la lengua mientras se alejaba montada en la alfombra mágica. Annie aún no había conseguido subirse. Estaba paralizada al principio de la cola, bloqueándola.

—Perdón.

Se apartó para dejar pasar a la persona que venía detrás.

—Madre mía. Pero si ese niño no debe de tener más de cuatro años.

—Sí, cada vez empiezan antes.

¿Cómo se le habría dado a Annie si hubiera tenido unos padres que la llevaran a esquiar, en lugar de empezar ahora, como un bebé adulto, enorme y patoso? No era justo.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo Max al tiempo que dirigía una mirada melancólica hacia la ladera de la montaña, blanca y lisa como las sábanas de un hotel

—. Polly lo entenderá.

—Es que ahora mismo esto no me hace sentir muy feliz que digamos. Más bien estoy pasando miedo.

Max movió sus esquís, que estaban entrecruzados con los de ella, como dos pares de pies en la cama a primera hora de la mañana.

—La felicidad, Annie, a veces se encuentra en los contrastes. Un baño caliente en un día frío. Una bebida helada bajo el sol. Esa sensación cuando el coche está a punto de patinar en el hielo pero no pasa nada. Es difícil apreciar las cosas a menos que sepas cómo es la vida sin ellas.

Annie levantó la mirada hacia la ladera de la montaña. Parecía muy alta y, sin embargo, los niños pequeños bajaban sin problemas, sus pequeñas piernecitas asentadas con firmeza sobre la nieve. Se apartó el pelo de la cara; tenía las gafas empañadas por culpa del frío.

—¿No quieres probar una pista más difícil? —dijo Annie; albergaba la esperanza de que si Max la dejaba sola podría escaparse al bar.

—Ah, no, puedo bajar por una cuando quiera.

Pero Polly no. Aquella era probablemente la última vez que se lanzaba ladera abajo, sintiendo el aire gélido y cristalino en los pulmones y oyendo el fuuum de la nieve bajo los esquís. Annie, que podría hacerlo el resto de su vida, allí estaba, en cambio, tan asustada que era incapaz de tirarse por la pista más fácil de todas.

—¿Me ayudas a subir al remonte?

Estaba cogida a Max como si le fuera la vida en ello. Sus manos, sus preciosas manos de cirujano, corrían un serio peligro de gangrena. Él no dejaba de hablar en una especie de monólogo tranquilizador mientras Annie se bajaba de la cinta dando tumbos, caminando como una jirafa borracha.

—Eso es. Buena chica. Ya lo tienes.

Annie sintió que se deslizaba y apretó los muslos con tanta fuerza que fue como si la nieve se llenara de baches.

—Ay, Dios. ¡Ay, Dios!

—¿Annie? —la llamó Max jadeando—. ¿Puedo darte un consejo? No te cierres tanto o no avanzarás, ¿vale?

Por un momento pensó que se refería a la vida, que estaba soltándole una de las frases motivadoras de Polly. Hasta que lo entendió. Aflojó la cuña y sintió que el suelo se deslizaba bajo sus pies.

—¡No me sueltes! ¡No me sueltes!

Pero Max la soltó. Se movía, estaba volando. La gravedad la había atrapado y se alejaba de él ladera abajo.

—Haz cuña. ¡Haz cuña! —le gritó Max.

Annie intentó cambiar la posición de las piernas, formar una uve con los esqui tal como le habían enseñado, pero no tenía suficiente fuerza. De pronto se dio cuenta de que estaba a punto de caerse, pero un segundo antes del trágico desenlace Max apareció a su lado, veloz como un destello de color negro.

—¡Haz cuña! ¡Gira a la izquierda! ¡La izquierda!

Annie cambió el peso del cuerpo a la pierna derecha y consiguió girar, pero directa hacia Max. Por un momento la boca de Max dibujó una «o» de sorpresa, justo antes de que Annie se desplomara encima de él.

—¡Uf!

Se quedaron tumbados sobre la nieve, jadeando, mientras a su alrededor los niños los dejaban atrás.

—Ay, Dios, lo siento. ¿Estás bien? ¡Tus manos!

Max estaba debajo de ella, intentando respirar.

—Estoy... bien.

—Lo siento muchísimo. Soy idiota.

—Nada de eso, Annie. Todo el mundo se cae al principio. Así es como se aprende. ¿Puedes levantarte?

Polly pasó junto a ellos como una exhalación y los vio cuando aún estaban enredados.

—¡Buscaos una cabaña de esquí, vosotros dos!

Annie se puso colorada, abrumada por una especie de sentimiento de culpa que se sumaba a la vergüenza, el miedo y el bochorno que ya sentía. El doctor Max la ayudó a levantarse, no sin ciertas dificultades.

—Ya está —le dijo—. ¡Has esquiado!

—Eh... Me he caído.

—No te preocupes. Esquiar es eso: los trocitos entre caída y caída. Solo tienes que levantarte de nuevo.

—Como en la vida —dijo Annie temblando—. Si no fuera porque ahora mismo soy incapaz.

—Bueno, en el esquí, como en la vida, en ocasiones necesitas que otra persona te ayude a levantarte. Ven aquí. —Le sacudió la nieve de la espalda—. ¿Preparada para seguir?

Annie dirigió la mirada hacia el final de la pista. Ya se había caído una vez, ¿qué más podía salir mal? Al fin y al cabo, la gente se caía continuamente, y aquello no significaba que ella fuera torpe, estúpida o inútil. Quería decir que... estaba aprendiendo.

—Enséñame qué es lo que he hecho mal —le dijo al tiempo que clavaba los palos con fuerza en la nieve.

Día cincuenta y seis: Contempla las maravillas de la naturaleza



—¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Era una cola, seguro!

Todos corrieron hacia aquel costado de la barca, que se balanceó peligrosamente. Annie se aferró a la barandilla.

El doctor Max llevaba una chaqueta azul North Face, salpicada con gotas de lluvia como también su gorro de lana y la barba, que estaba dejándose crecer ahora que no tenía que ir al hospital todos los días. Era bastante impresionante; no era la típica barba de tres días, sino que parecía que no se hubiera afeitado en un par de semanas, al menos.

—¿Lo has visto?

Annie negó con la cabeza.

—Me preocupa más evitar caerme al agua.

—Toma.

Max le dejó sus prismáticos, pesados y muy fríos. Annie se los acercó a los ojos, pero cuando miró a través de ellos el mar solo le pareció una mancha de color gris.

—No veo nada.

—Deja que te lo enseñe. —Se inclinó sobre ella, y Annie contuvo la respiración. Podía oír su voz susurrándole al oído—. Ahí está. A la izquierda. ¿Ves la cola por encima del agua? Es una ballena piloto.

Annie miró, pero seguía sin ver nada. Solo gris, gris, gris... Y de pronto...

—¡He visto algo! —Tan rápido que era fácil perderselo, como un destello de deseo aleteando en el fondo del estómago—. Y allí... ¡Dios mío!

Mientras miraba a través de los prismáticos tres delfines saltaron fuera del agua y volvieron a sumergirse, salpicando a su alrededor. Pasó en un suspiro. El doctor Max rio al ver su cara de sorpresa.

—Les gusta jugar con las ballenas, a los muy traviesos.

—¿Por qué lo hacen, eso de saltar fuera del agua?

Max cogió los prismáticos y se pasó la cinta alrededor de la muñeca.

—Para divertirse. Podría decirse que para ser felices.

—Saltar para ser felices —repitió Annie sin apartar la mirada del agua.

—Exacto. Lo que nunca he entendido es por qué a la gente le hace tanta ilusión nadar con ellos. Debe de ser horrible para los pobres animalitos. Son criaturas inteligentes.

Annie asintió con tanta energía que estuvo a punto de quedarse sin sombrero.

—No podría estar más de acuerdo.

—Por Dios... ¿Por qué parecéis todos tan felices? ¡Si esto es horrible!

George pasó tambaleándose por su lado, pálido como una sábana, y vomitó estrepitosamente por encima de la borda. El chaleco naranja no le hacía juego con el gris de la cara.

—Estos londinenses —dijo Max sacudiendo la cabeza—. No aguantan nada.

—Yo estoy bien —señaló Annie, olvidando a su conveniencia que había tardado más de media hora en poder acercarse a la borda.

—Sí, bueno, quizá eres especial. —Lo dijo como si tal cosa, y luego volvió junto a Polly, que estaba sentada en una tumbona y tapada con varios abrigos y mantas—. Ni se te ocurra coger frío, ¿eh? Podría ser catastrófico.

Dios, le encantaba cómo lo decía. *Cattassstróófico*.

Annie miró hacia el mar y vio otra vez a los delfines, acompañados por los movimientos más lentos de la ballena piloto. Era imposible saber qué se escondía bajo la superficie del mar, tan gris y picado, pero Annie sabía que debajo de ellos las aguas estaban llenas de vida, y los delfines eran tan felices allí que no podían estarse

quietos ni un segundo.

Día cincuenta y siete: Come algo diferente



—¿Qué hay en este *haggis*?

Costas estaba contemplando su plato y pinchando la masa informe que descansaba sobre él. Parecía un tumor o algo por el estilo, pensó Annie, debajo de aquella capa de piel transparente.

—Es cordero —respondió el doctor Max mientras sacaba otro del horno con un guante y lo dejaba en el plato de Annie. Buster no paraba de olisquear el suelo, visiblemente alterado por culpa del olor a carne—. En Grecia coméis mucho cordero, ¿verdad?

—No le hagas caso, Costas —dijo George con una mueca de asco—. Es estómago de oveja.

—¿Estómago? —Costas abrió mucho los ojos—. Creo que solo me comeré estas patatas de aquí.

—*Haggis*, nabos y patatas —recitó el doctor Max—. El plato nacional de Escocia. Prueba un trocito, te encantará.

Polly ya se había terminado los cuatro bocaditos que era capaz de ingerir.

—Yo como de todo —dijo—. La vida es demasiado corta para andarse con remilgos.

—Pues yo una vez me comí una larva viva —explicó alegremente el doctor Max. De hecho, pensó Annie, estaba así de alegre desde que estaban en Escocia. Quizá era Londres lo que lo ponía de mal humor—. Estuve un año haciendo prácticas en Brasil.

Sabía a coco.

—Puaj. —George fingió que vomitaba—. Te adoro, de verdad, doctor Max, pero ¿hay alguna pizzería por aquí con servicio a domicilio?

—Ni una en ochenta kilómetros a la redonda. Tú pruébalo. ¿Annie?

Max levantó una salsera llena de una espesa salsa al whisky. Llevaba puesto el delantal de flores de su madre y tenía el pelo aún más despeinado que de costumbre por culpa del calor de la cocina.

—No tenía ni idea de que sabías cocinar —dijo Annie, y empujó su plato hacia él. Quizá la salsa disimularía el sabor del estómago de oveja—. Creía que te alimentabas exclusivamente a base de Twix.

—Pues cocino, muchos cirujanos lo hacemos. Supongo que tenemos buenas manos.

Annie evitó mirar a Polly.

—Estás acostumbrado a ver vísceras, eso seguro —murmuró George empujando el *haggis* con el tenedor.

Polly dio unos golpecitos en el plato de su hermano.

—¡Cómetelo! No seas maleducado.

Annie hincó el tenedor en el suyo. El doctor Max la observaba.

—Adelante. Está muy bueno, en serio. Es mi plato favorito.

Annie cortó la piel de su *haggis* y de su interior salió una masa oscura, parecida al compost para jardinería. Con mucho cuidado, se acercó el tenedor a los labios y su boca se llenó de un intenso sabor a carne, jugosa y especiada.

—¡Riquísimo!

—Te lo he dicho. Pruébalo con la salsa al whisky. La he hecho con un Lagavulin de diez años.

—Yo me conformo con unas tostaditas —dijo George compadeciéndose de sí mismo.

El doctor Max se apiadó de él.

—Ese *haggis* es vegetariano. También está muy bueno. No ha estado cerca de ningún estómago. Te lo prometo.

Al final todos se comieron el suyo y lo acompañaron con whisky, ya fuera en forma de salsa o a palo seco, lo cual provocó las protestas del doctor Max, que los acusó

entre dientes de ser una pandilla de ignorantes. Al rato Edna, su madre, una mujer minúscula con un casco de rizos teñidos de lila que siempre se acostaba a las nueve, se pasó a darles las buenas noches. Iba tapada hasta el cuello con una bata acolchada de color rosa, y no era de extrañar porque fuera de la cocina hacía un frío de muerte.

—¿Os ha gustado el *haggis*?

—Estaba delicioso —dijo George sonriendo de oreja a oreja. Quizá algún día tendría éxito como actor, pensó Annie—. ¿Ya se va a dormir, señora Fraser?

—Ah, sí, es muy tarde para mí. Tenéis las camas preparadas y una bolsita de agua caliente en cada una. A las chicas no os importa dormir juntas, ¿verdad?

Eso último lo dijo mirando a Costas y a George, y Polly guiñó un ojo a Annie desde el otro lado de la mesa.

—No hacía falta que se molestara, señora Fraser —dijo George—. No queremos darle trabajo extra.

—No me cuesta nada —dijo Edna—. Que descanséis y tengáis dulces sueños. Maximillian nunca trae a sus amigos. No sabéis cuánto me alegro de teneros aquí.

—¿Ya están todos arriba? —preguntó el doctor Max.

Annie y él acababan de lavar los platos mientras escuchaban la radio en un silencio extrañamente agradable. Él cantaba cada vez que sonaba una canción que le gustaba. The Eagles. Smokey Robinson. Incluso ABBA, sorprendentemente.

—No digas nada —le advirtió al ver que Annie arqueaba las cejas—. Quizá no son tan malos después de todo.

Habían terminado de recoger la cocina y se encontraban en la sala de estar. Buster se había quedado dormido delante de la chimenea y, de vez en cuando, le temblaban las patas mientras perseguía conejos en sueños.

—Polly está en el cuarto de baño, creo.

George y Costas habían dicho algo sobre «ver la aurora boreal» para, acto seguido, desaparecer. A Annie le había tocado dormir en la sala de estar, en un sofá cama, y tenía la intención de sentarse junto al fuego con una copa de whisky en la mano.

Sospechaba que por fin le empezaba a cogerle el gustillo del que todo el mundo hablaba, por la sensación cálida que le dejaba en el cuerpo y por el olor como a brezo y a riachuelo en un día de primavera.

El doctor Max señaló el sofá en el que acababa de sentarse.

—¿Te importa? Ya sé que ahora mismo estoy sentado en tu cama.

Annie esperaba que el rubor de sus mejillas quedara disimulado por el calor de las llamas.

—No pasa nada. Estaba disfrutando de una copa.

Max se agachó delante de la chimenea y removió el fuego con el atizador hasta que las brasas del centro brillaron con una llama naranja. El olor a turba era igual que el del whisky de Annie, cálido y extrañamente nítido, como de aire fresco y tierra. Desde donde estaba, le veía la coronilla, donde la mata de pelo rebelde empezaba a clarear. Se quedaría calvo al cabo de unos años, pensó. Aún no, no hasta que rondara los cincuenta. Envejecería bien, con la barba poblada de canas y... Decidió echar el freno y no imaginar nada más.

—Me alegro de que te guste —exclamó él—. Quiero decir, no solo el whisky, sino Escocia en general. Porque te gusta, ¿verdad?

—Claro. Me parece increíble que no haya venido antes. Es muy bonita.

—Yo siempre pienso con más claridad cuando estoy aquí arriba. En Londres todo es muy ruidoso. No solo las calles, también mis pensamientos, mi cabeza. Aquí puedo estar... en silencio.

—Sé a lo que te refieres. Y... si no te molesta que te lo pregunte, ¿cómo es que no trabajas aquí?

El doctor Max se puso en cuclillas y comenzó a remover la copa de whisky que tenía en la mano.

—Lo he pensado muchas veces. Tendría que ser en una ciudad grande, claro está, y de momento no es que me sobren las ofertas. Además, el trabajo que hacemos allí abajo es más puntero. Pero sí, no creas que no he pensado en ello. Y ahora que mi madre se hace mayor, todavía más.

Annie no quería que se mudara a Escocia.

—Supongo que Londres tiene más... teatros y esas cosas.

—Seguro. —Le rascó la barriga a Buster, pensativo—. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste al teatro?

—Mmm... Hará unos seis años, seguramente.

—Yo igual. Entonces ¿qué hacemos allí?

—Yo tengo a mi madre. Y crecí en Londres. El trabajo... bueno, lo tenía allí. A partir de ahora, ¡quién sabe!

—Tienes el mundo a tus pies, Annie. Nunca he acabado de entender esa expresión. Siempre tenemos el mundo a nuestros pies, ¿no? ¿Cómo va a estar? ¿Patas arriba?

—Patas arriba, así es como está mi vida ahora mismo.

De pronto Annie se dio cuenta de que no era verdad. Ahora mismo estaba en la zona más bonita de todo el país, con una muy buena amiga en el piso de arriba, el estómago lleno y un hombre bondadoso y generoso sentado a sus pies. Lo tenía tan cerca que podría acariciarle la cabeza con solo estirar el brazo.

—Annie.

—¿Mmm?

—¿Has pensado qué pasará... después?

—¿Después? —repitió ella sin acabar de entender la pregunta.

—Me refiero a Polly. Está muy enferma, ya lo sabes. Creo que... que esto es su último adiós. —Lo dijo con un hilo de voz—. ¿Qué harás después?

Annie suspiró.

—No tengo ni idea. Es como si hubiera lanzado una granada en el centro de mi vida. Tendré que buscar trabajo y un sitio en el que mi madre pueda vivir.

—¿Tiene que ser en Londres?

—No, supongo que no. Si es en un lugar más barato, mejor. Pero también necesito trabajar.

El doctor Max se acercó el vaso a los labios. Estaba de espaldas a ella, contemplando el fuego, y, de repente, Annie tuvo la sensación de que iba a decir algo importante.

—Bueno, quizá...

—No interrumpo nada, ¿verdad? —dijo Polly desde la puerta.

Annie sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Pues claro que no. ¿Lista para meterte en la cama?

Polly llevaba puesto un pijama de franela con corazoncitos que le hacía bolsas por todas partes. Estaba delgadísima, pero tenía la cabeza bien alta y le brillaban los ojos.

—Lista. Max, ¿te importa que hable un momento con Annie?

—No, claro. Voy a cerrar la verja. A ver dónde se han metido los chicos.

Polly se sentó donde, hasta hacía un momento, había estado Max y estiró las piernas hacia la chimenea. Cogió su vaso y apuró lo poco que quedaba en un gesto tan extrañamente íntimo que Annie se sintió traicionada.

—Puaj. No sé cómo es capaz de beberse esto.

—¿Qué pasa?

—Bueno, ya sabes que mañana es nuestro último día aquí.

—No puedo quedarme más tiempo, lo siento. Ya sé que estoy sin trabajo, pero mi madre está sola y no tiene a nadie más.

—De eso quería hablar contigo. —Polly levantó el vaso, ahora vacío, y observó con los ojos entornados las marcas que el whisky había dejado tras de sí. «Piernas», así las había llamado Max—. ¿Y si hubiera alguien más?

—¿A qué te refieres?

—No te enfades —dijo Polly con una sonrisa.

—Vale, lo intentaré. ¿Qué pasa?

—Cuando me contaste lo de tu padre, que no lo habías conocido y todo eso, pensé que era una pena, sobre todo teniendo en cuenta que ahora también estás perdiendo a tu madre, en cierto modo. No quería que te quedaras sola. Por eso lo he hecho. Espera que lo entiendas.

—¿Qué has hecho, Polly?

Annie se incorporó, al borde del ataque de nervios.

—Bueno, en realidad, lo único que he hecho ha sido buscar a tu padre.

Lo dijo como si tal cosa, como si no fuera importante.

—¿Que has... qué? Polly, ¿por qué lo has hecho?

—Para que no estuvieras sola, ya te lo he dicho. Mira, Annie, lo hemos pasado muy bien, ¿vale? Pero yo no voy a estar aquí para siempre. Y ¿qué pasará contigo? ¿Volverás a encerrarte en ese piso horrible con tu pobre madre que no sabe ni quién eres, espiando a Mike y a Jane por internet, sin salir a la calle? No quiero que acabes así.

—Pero... —Annie se había quedado sin palabras—. No soy una niña, Poll. Sé cuidar de mí misma.

—¿Sí? Pues no te iba muy bien antes de conocerme.

«Se está muriendo, se está muriendo», se recordó Annie.

—Muy bien, has buscado a mi padre —dijo con una paciencia infinita—. Y qué, ¿lo has encontrado?

—Ah, sí. Es fácil encontrar gente en el censo electoral. De hecho, vive bastante cerca de aquí. Bueno, cerca en términos escoceses, claro. —Así que a eso se refería su madre con lo de ver a Andrew. Su padre vivía en Escocia. Pero... ¿cómo lo sabía? Annie notó un palpito en el estómago. Polly seguía hablando—. Así que he pensado que mañana Max podría acercarte en coche mientras nosotros damos un paseo por el pueblo, vamos a ver la destilería y todo eso —concluyó, sin perder la sonrisa ni un segundo.

—Así, sin más.

Acababa de entregarle en bandeja un padre al que Annie no conocía y al que ni siquiera había pensado buscar.

—Sí, así, sin más. Aún tengo que hablar con Max, pero te acompañaré, seguro.

—Claro.

Porque el transporte era el único problema en todo aquel asunto. Polly frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿No estás contenta?

¿Por dónde empezar? Una cosa era hacerle un cambio de imagen, obligarla a faltar al trabajo varias veces hasta ocasionarle un problema grave, hacerle participar en unos bailes extraños o subirse a una montaña rusa. Pero ¿meterse en su familia, como si Annie no fuera capaz de encontrar a su padre por sí misma?

—Polly —empezó, consciente de que le temblaba la voz.

De pronto se oyó la puerta y aparecieron Costas y George, acompañados de una corriente de aire frío y con los gorros y las chaquetas cubiertos de nieve.

—¡Hemos visto un montón de estrellas! —exclamó Costas, feliz—. Casiopea, las Pléyades... ¡Todas con nombres griegos!

—Lo mismo que él —dijo George con una sonrisa en la cara—. No tengo ni idea de astronomía, pero ¡madre mía!, es alucinante. Eso sí, ni rastro de la aurora boreal. Lo siento, Poll. ¿Qué pasa aquí?

Día cincuenta y ocho: Conecta con tus raíces



—¿Por qué has parado? —preguntó Annie, nerviosa.

El motor había dejado de ronronear y las voces de Radio 2 se habían quedado mudas de repente.

—Porque... —respondió Max— hemos llegado.

Un miedo irracional se apoderó de Annie.

—¿Estás seguro? En el GPS pone...

—Estoy seguro. Es la única casa que hay en toda la carretera.

«Carretera» era un término bastante generoso para definir una pista de tierra con una construcción aislada al final. Aún era temprano, pero ya se veía luz a través de las ventanas. El sol no había acabado de hacer acto de presencia y ellos llevaban buena parte del día encerrados en el coche, de camino a esa casita al lado del bosque. El hogar de su padre. Quizá.

Annie limpió el vaho de la ventanilla.

—Supongo que ya no puedo echarme atrás.

—Bueno, hemos hecho más de trescientos kilómetros para llegar hasta aquí.

—En plena ventisca.

—Qué va, eso no era una ventisca. ¡Si eran cuatro copos de nieve...!

«Cuatro copos de nieve.» El cielo estaba nublado y la nieve empezaba a cuajar encima del capó del coche. Annie respiró hondo.

—De todas formas, seguro que no es aquí. Será otro Andrew Clarke. Es un nombre

muy común.

—Puede. —Max no parecía muy convencido—. Creo que es mejor que te espere aquí, Annie. Avísame si me necesitas.

—¿No tendrás frío?

Él se la quedó mirando fijamente.

—Esto no es frío. Si baja la temperatura, me pondré el abrigo y listos —sentenció, y sacó un libro que había traído.

—¿Estás leyendo *Rivals* de Jilly Cooper?

Max parecía avergonzado.

—Empecé con la saga cuando era residente. Solo podía leer a ratos, así que necesitaba algo que me atrapara y que pudiera retomar fácilmente. Y supongo... que me gustaba el glamour. No sé, que la gente no estuviera siempre cubierta de vómito y de sangre y palmándola por todas partes. —Abrió el libro—. Venga, vete. Y no me molestes, que están a punto de montárselo en las caballerizas.

Annie abrió la puerta del coche y una ráfaga de aire glacial le golpeó la cara.

—Dios, qué frío.

Sintió la nieve en el rostro como la caricia de unos dedos congelados. Era un manojo de niervos; también su estómago. ¿Qué estaba haciendo? Su padre la había abandonado cuando solo tenía dos días de vida. No sabía si había llegado a cambiarle los pañales siquiera una vez o si la había bañado. Si la había querido o si no veía el momento de salir por la puerta para no regresar nunca más. Su madre nunca hablaba de él, solo lo mencionaba para insinuar que si no llevaban una vida más holgada era por culpa suya. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo iba a llamar a la puerta con una sonrisa, presentarse y luego preguntarle por qué se había perdido los últimos treinta y cinco años de su vida?

Quería largarse de allí, pero el doctor Max seguía en el coche, leyendo su libro, esperándola. Annie se dirigió hacia la puerta por un camino de piedras que empezaban a estar resbaladizas por culpa de la nieve. Se limpió la cara con la mano y llamó al timbre. Nadie respondió. Una sensación de alivio le recorrió el cuerpo. Habrían salido, seguramente se habían dejado las luces encendidas...

—¿Sí?

La puerta se abrió un par de centímetros. Tenía una cadena de seguridad. A través de la abertura Annie vio la cara de una mujer con unas gafas muy grandes.

—Mmm...

De pronto se quedó en blanco.

—No necesitamos nada. Hay un cartel en...

—No, no es eso. Disculpe. No sé cómo... —balbuceó. «Respira hondo, Annie. Respira hondo. E intenta no parecer enfadada», se dijo. Se imaginó a Polly poniendo los ojos en blanco—. Me llamo Annie Hebden —se presentó—. O sea..., Annie Clarke.

Silencio. Volvió a intentarlo.

—Siento molestarla. Es que estoy buscando... a alguien... y creo que puede que viva aquí.

Se oyó un ruido metálico y la puerta se abrió del todo. La mujer debía de rondar los cincuenta años e iba vestida con un jersey largo y unos vaqueros, además de las gafas enormes que llevaba sobre la nariz. Tenía el pelo largo, sin teñir y lleno de canas.

—Adelante.

—Pero...

—Sé perfectamente quién eres, tesoro. Entra o cogerás un resfriado.

Annie la siguió hasta la cocina de la casa, en la que de inmediato notó un calor reconfortante después del frío de la nieve. El fuego crepitaba en la chimenea y la mesa estaba preparada para la comida, con cuencos redondos de color gris y vasos de vidrio tintado. Había una adolescente acurrucada delante del televisor con cara de aburrimiento. Estaba viendo ese programa en el que había que completar palabras que tanto le gustaba a su madre y, de repente, Annie vio la imagen de Maureen delante del televisor, bolígrafo en ristre, intentando descifrar el batiburrillo de letras que tenía delante, y se sintió como si estuviera traicionándola.

—Apaga eso, Morag —dijo la mujer, que debía de ser su madre.

Tenían el mismo pelo largo y deslucido, las mismas gafas. La chica llevaba una camiseta negra de Nirvana y unos vaqueros rotos. Se quedó mirando a Annie, que le devolvió la mirada.

—¿Te apetece algo para beber? ¿Un té?

—Mmm... No sé si...

Annie no tenía ni idea de qué estaba pasando allí.

—Tómame una taza de té, tesoro. Te sentará bien.

—Bueno, vale. Con leche, por favor.

—Morag, prepara el té.

La chica suspiró y, sin dejar de hacer aspavientos, se dirigió hacia la zona de la cocina para encender la tetera. Al pasar a su lado, sus miradas se cruzaron y Annie sintió una descarga que le recorrió todo el cuerpo. Tenía los ojos azules. De un azul que le resultaba familiar.

—Siéntate. —La mujer le ofreció un sitio en el sofá, que parecía bastante cómodo. Annie aceptó. Había una foto familiar encima del televisor, pero no podía examinarla con detalle sin que se notara—. Bueno, Annie. Aquí estás.

—Pues sí. Pero ¿cómo...? Perdón, ¿usted es...?

—¡Ah! Pensaba que lo sabías. Yo soy Sarah y esa de ahí es Morag. Y tutéame, por favor.

Morag parecía muy ocupada leyendo las indicaciones de la caja del té.

—Gracias —dijo Annie—. Supongo que estarás preguntándote por qué he venido así, sin avisar.

—Ah, no, tesoro. Pensábamos que vendrías mucho antes, la verdad. Imagino que debes de estar muy ocupada en Londres.

¿Estaban esperándola? ¿Y cómo sabía que vivía en Londres? Decidió seguir adelante.

—La cuestión es que estoy buscando a un hombre que se llama Andrew Clarke. ¿Por casualidad... vive aquí?

La mujer, Sarah, la miró fijamente. Luego se volvió hacia la chica y fue como si hablaran en silencio. Sarah suspiró y miró a Annie.

—Ay, tesoro. No lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no sé?

De pronto sintió que el pánico se apoderaba de ella y cerró los puños.

—Bueno... Andrew, tu padre... —Por un momento Annie creyó que estaba a punto de vomitar—. Lo siento, tesoro, pero murió hace dos años.

Annie no entendía nada. Oía las palabras y sabía que eran en su idioma, pero no conseguía comprender su significado.

—Oh.

Se oyó un ruido en la cocina. Era la chica, Morag, que había tirado la caja del té en el fregadero y luego había salido corriendo de la cocina entre sollozos. Sarah volvió a suspirar.

—Pobrecilla. Estaba muy unida a su padre.

Su padre. Su PADRE. Eso quería decir que...

—Lo siento. No estoy... —balbuceó Annie—. Una amiga mía, bueno, digo «amiga» aunque ahora mismo estoy bastante cabreada con ella, intentó encontrarlo porque sabía que yo no lo había conocido, al menos que yo recuerde, y me dio esta dirección y por eso he venido y...

—Entonces es cierto que no sabías nada. Dios mío, ¿en qué estaba pensando tu madre? Le mandé una carta cuando se puso enfermo. En mi opinión, debíais saberlo. ¿No te lo dijo?

—Mi madre no está bien. Se... se le va la cabeza. —Annie se preguntó si Maureer sabía que Andrew había muerto. Quizá sí, y por eso hablaba tanto de él—. Pero... ¿mi madre te respondió?

Annie no estaba entendiendo nada.

—Deja que te lo explique, tesoro, que veo que vas perdida. Andrew, tu papá, vivía aquí, sí. Has venido al sitio correcto. Y yo... yo era su mujer y Morag es tu hermana. Tu medio hermana. Tu padre enfermó hace unos años y yo le mandé una carta a tu madre. Y tu madre respondió y me habló de ti y de que habías tenido un hijo. Quería que tu padre lo supiera.

Jacob. Su padre sabía quién era Jacob.

Ah.

—Estaba encantado, tesoro. Hacía años que quería recuperar el contacto, desde que nació Morag, pero... No sabía qué diría tu madre al respecto. Cuando contestó a

mi carta, tu padre pensó que podría verte antes de... ¿Ella no te dijo nada?

Annie negó con la cabeza lentamente.

—Ya estaba enferma por aquel entonces. Tiene demencia. Quizá se olvidó o... No lo sé.

Sarah parecía afectada.

—Ay, tesoro, cuánto lo siento. Tu padre ya no se encontraba bien. No le quedaba mucho tiempo. Ojalá... En fin, ¡qué le vamos a hacer!

Annie no estaba segura de lo que pasó a continuación. Solo sabía que necesitaba a Max, lo necesitaba como se necesita un salvavidas cuando estás ahogándote en el mar. Se levantó, derramando el té sobre la alfombra beis, y salió corriendo de allí, avanzando sobre la nieve hacia él, agitando las manos como una loca. Max abrió la puerta del coche y dejó el libro a un lado.

—Pero ¿qué...?

Annie no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que notó el frío de las lágrimas en la cara.

—Está muerto. Está muerto, Max. Mi padre está muerto.

Annie solo era consciente hasta cierto punto de lo que pasaba a su alrededor. El crepitar de la leña y el calor en el dorso de las manos. Sarah y Max en la cocina, murmurando, la tetera hirviendo, el ruido de las tazas. Max le había explicado, o eso creía ella, la situación de Annie con su madre y lo que le había pasado a Jacob. Fuera empezaba a oscurecer; no conseguirían volver antes de que el tiempo empeorara. La nieve empezaba a arremolinarse detrás de los cristales. Sarah cerró las cortinas y le puso una taza en las manos.

—Bébetelo. Te has llevado un buen susto.

—Lo siento. Es que... nunca pensé que lo conocería. Creía que era cosa del pasado y luego, de repente, me entero de que vive aquí y... ahora sé que nunca lo veré.

—Él quería conocerte. Sabía que no se había portado bien contigo, tesoro. Estuve insistiéndole durante años para que te escribiera, pero le daba miedo.

Aunque amortiguado, Annie sintió el golpe y supo que más tarde sufriría las

consecuencias. Su madre no le había dicho que estaban en contacto, por la razón que fuera, y ahora ya era demasiado tarde. La muerte funcionaba así, haciendo que fuera demasiado tarde para todo. No había vuelta atrás. Normal que Polly quisiera hacer tantas cosas, ser tantas personas distintas al mismo tiempo, y todo en cien días. Cuando muriera sería como si nunca hubiera existido y los demás tendrían que seguir avanzando como pudieran sin mirar atrás. Annie bebió un trago de té sin apenas saborearlo.

—Lo siento, Sarah. De haberlo sabido, no habría venido.

—Pero queríamos que vinieras, tesoro. Te escribí invitándote al funeral.

El funeral de su padre. Lo habían enterrado y ella ni siquiera se había enterado. Si hubiera sabido de su existencia a tiempo, podría haberlo conocido. Haberle perdonado, quizá, que las abandonara a su madre y a ella. Tenía tantas emociones distintas rondándole la cabeza que se sentía como si estuviera en medio de una ventisca. Al menos había alguien que la entendía. Mientras Sarah y Max preparaban más té en la cocina, por tener algo que hacer, Morag apareció de nuevo, esa vez con los ojos enrojecidos.

—Hola —dijo Annie.

—Mmm.

—Siento lo que ha pasado. No tenía ni idea... No sabía nada de ti. Te lo juro.

—Entonces... ¿eres como mi hermana o algo así?

—Eso parece. —Era muy extraño. Toda una vida siendo hija única, teniendo solo a su madre, y ahora aparecía esa chica que no dejaba de observarla con el rabillo del ojo. Una hermana—. ¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Quince. —Se volvió hacia ella y la miró a los ojos, un poco a regañadientes—. ¿Y tú?

—Un poquito más vieja. Treinta y cinco.

Tenía veinte años cuando Morag nació. Por aquel entonces ya estaba trabajando y salía con Mike. Morag podría haber llevado las alianzas el día de su boda, aunque, en realidad, no tenía sentido imaginarse cómo podrían haber sido las cosas. Hacerlo nunca tenía sentido.

Morag se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—¿Es tu marido? ¿O tu novio?

—¿El doctor Max? No, no, nada de eso. Es...

Se lo quedó mirando y lo observó mientras se movía por aquella cocina desconocida cogiendo tazas y cucharas tan concentrado como debía de hacerlo en el quirófano. Tenía el pelo húmedo a causa de la nieve y el suéter que llevaba era viejo y estaba desgastado.

Debió de notar su mirada porque de repente levantó la cabeza y le preguntó «¿Todo bien?» sin palabras.

Annie intentó esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió. Necesitaba tiempo. Tenía muchas cosas que explicar. Que había estado casada pero que ya no lo estaba y que su exmarido no era Max. Y de pronto cayó en la cuenta. Jacob también había formado parte de esa familia. Era el nieto de su padre, el sobrino al que Morag nunca conocería. Sintió una intensa sensación de pérdida y se inclinó hacia atrás, como si el golpe hubiera sido real.

—Somos amigos —dijo finalmente.

Morag la observaba. Tenía los ojos igual que ella: azules, siempre atentos. Los ojos de un padre al que nunca había conocido. Annie se preguntó qué más habían heredado de él. ¿Su incapacidad para conservar un trabajo, un matrimonio? Al menos, eso era lo que su madre solía decir de Andrew. Pero no se había ido de aquella casa, ¿verdad? Morag tenía quince años. Más de los que había compartido con su otra hija.

Los sentimientos empezaban a abrumarla. Que su padre hubiera escogido otra vida, otra familia, otra hija. Que ella se hubiera quedado sola. Él estaba muerto; su madre, perdida en la oscuridad de su enfermedad. Y Polly... en breve también desaparecería de su vida. Se levantó del sofá, temblando.

—Lo siento —dijo levantando la voz para que la oyeran por encima del sonido de la tetera—. Creo que es mejor que nos vayamos.

Sarah parecía decepcionada.

—¡Ay, tesoro! Pensaba que os quedabais a cenar. Podéis dormir aquí, si queréis.

—No. No podemos. Nos espera una amiga... que está enferma. Y tenemos que

volver a Londres mañana a primer hora.

—¿Seguro? —Max tenía un trapo de flores encima del hombro, como si hubiera estado fregando los platos—. No pasa nada si nos quedamos un poco más, Annie.

¿Por qué no lo entendía? Miró a su alrededor buscando el bolso e ignorando la expresión de hostilidad que había vuelto a aparecer en la cara de Morag.

—No. Tenemos que irnos. ¿Max, te importa llevarme, por favor?

Mucho más tarde, a altas horas de la madrugada, como solía decir Max, el coche se detuvo frente a la verja de la casa de su madre. El frío era intenso y todo estaba en silencio. No se veía ni el aliento de un ratón.

Annie estaba entumecida y tenía los ojos hinchados. No había dicho ni una sola palabra en todo el trayecto de regreso a través de colinas y ríos, en el que los faros del coche iban iluminando los ojos de los animales que poblaban la noche.

—Podríamos habernos quedado —dijo Max después de parar el motor.

Annie se miró las manos heladas. Seguro que estaba decepcionado. Al fin y al cabo, se había mostrado distante con él.

—Son demasiadas cosas a la vez, ¿vale? Primero descubro que mi padre vive allí y luego resulta que está muerto, y encima me entero de que quería conocerme pero mi madre no me dio sus cartas... y ahora no puedo preguntarle por qué ya que resulta que cree que soy una amiga suya del colegio, ah, y también acabo de enterarme de que tengo una hermana.

—Ya sé que son muchas cosas, pero... estaban esforzándose, las dos. No es culpa de ellas.

—Sí, bueno, tampoco es asunto tuyo.

El doctor Max se quedó callado un instante.

—Ya sé que no es asunto mío.

—Oye, gracias por llevarme, de verdad. Es que... no es justo. Podría haberlo visto, haberlo conocido, y voy y llego demasiado tarde. Es la historia de mi vida. Al final, todo me sale mal.

Annie tenía la sensación de que Max estaba conteniéndose.

—Te han pasado cosas malas en la vida, me consta... Y seguro que ha sido horrible para ti. Pero no eres la única, ¿vale? Polly se muere. Su familia perderá una hermana, una hija, de solo treinta y cinco años. Y el doctor Quarani... sabes que es de Siria, ¿no? Se vino a vivir aquí con un permiso de trabajo, pero no le dejaron traer al resto de su familia, así que trabaja todas las horas que puede para intentar sacarlos de allí. Su hermana está atrapada en Alepo con sus dos hijos pequeños. Tiene su foto en el despacho, puede que la hayas visto. Hace meses que no sabe nada de su hermano. Está totalmente solo en un país donde muchos lo consideran un parásito, mientras él se deja la piel para salvarles la vida.

Más dolor aún, más sufrimiento.

—No lo sabía.

—No te cuento todo esto para que te sientas culpable...

—Pues no lo parece.

—Lo siento, pero así son las cosas.

Se hizo el silencio. Annie se frotó los ojos para contener las lágrimas.

—Es horrible. Seguro que está muy preocupado.

—Allí la vida es así. No se lo digas a Polly, ¿vale? Se lo soltaría a todo el hospital o se empeñaría en organizar una especie de misión de rescate o algo así. Él solo quiere hacer su trabajo.

Annie vio que aún había una luz encendida en la sala de estar.

—Deberíamos entrar. Gracias por llevarme hasta allí.

—De nada. ¿Te pensarás lo de mantener el contacto con ellas? Me refiero a cuando las cosas se calmen.

—Quizá —murmuró Annie. Le costaba creer que llegase ese día—. Vamos adentro, ¿quieres? Estoy cansada. Y tú también, seguro.

Al entrar el calor los golpeó como una pared. Polly estaba acurrucada en el sofá, con el gorro de esquí puesto y tapada con una manta. Buster, que dormía en el hueco de su brazo, movía la nariz de vez en cuando. Debían de estar a treinta grados en aquella habitación y, aun así, Polly tenía frío. No era una buena señal. Abrió los ojos en cuanto los oyó cruzar la puerta.

—Ah, aquí estáis. ¿Ha ido bien?

—No como esperaba —respondió Annie.

—¿Por qué no? ¿Por el tiempo? Creía que no tendríais problemas con tus famosas rruedas de nieeeve —bromeó, imitando el acento escocés de Max.

—A Annie le han dado malas noticias —dijo él mientras cerraba la puerta—. Quizá no deberías...

—¿Y ahora qué ha pasado?

Lo preguntó bostezando. Bostezando. ¿Y qué quería decir eso de «ahora qué ha pasado»? ¿Que Annie siempre estaba buscando motivos para estar triste?

—Mi padre está muerto —dijo muy seria—. Murió hace dos años.

—¡Vaya por Dios! Annie, lo siento. Qué rollo.

—Sí. También tengo una medio hermana de la que no sabía nada. —Notó que le temblaba la voz—. Tiene quince años.

Polly sonrió.

—¡Pero eso es genial! ¡Una hermana! Seguro que ahora te alegras de que investigara el paradero de tu padre por ti. Encima vas y te cabreas.

Annie apretó los puños.

—Polly, no deberías haberlo hecho. Era cosa mía, si es que algún día sentía la necesidad de hacerlo.

—No lo habrías hecho. Estabas demasiado asustada para ponerlo todo patas arriba. ¿A que no lo habría hecho? —preguntó a Max, que estaba corriendo las cortinas y poniendo la pantalla de la chimenea.

—A mí no me metas en esto —replicó él.

—¿Y qué pasa si estaba asustada? —dijo Annie—. Dependía de mí. No puedes controlar todos los aspectos de mi vida. No puedes decidir cuándo es el momento de conocer a mi padre o descubrir que tengo una hermana. ¿Qué hago yo ahora con eso? Mi padre está muerto, y mi hermana lo ha tenido a su lado durante toda su vida. Yo lo tuve un día como mucho y ni siquiera lo recuerdo. ¿Cómo se supone que tengo que lidiar con eso? —Annie sentía una rabia insoportable corriéndole por las venas, pero Polly puso los ojos en blanco—. ¿Qué?

—Ay, Annie... Estás decidida a sentirte desgraciada. Antes estabas triste porque no tenías familia; te encuentro una hermana de la que no sabías nada y no me lo agradeces.

—¡Tú no me has encontrado nada! ¡No eres Dios, Polly! ¡No puedes hacer con nosotros lo que te dé la gana!

—Annie, baja la voz —dijo el doctor Max—. Los demás están durmiendo.

—¡Pero si tú estás de acuerdo conmigo! —exclamó Annie volviéndose hacia él—. Sabes que siempre está metiéndose donde no la llaman. Fuiste tú quien dijo que era inestable. —Le temblaba todo el cuerpo. Polly, por su parte, la miraba fijamente, sin moverse—. Me voy. Mañana a primera hora.

—Nos vamos todos. ¡No seas tan dramática, Annie! —exclamó Polly arrastrando las palabras.

—No pienso volver contigo. Cogeré el tren.

—Adelante. Si quieres que haga el viaje sola, estando enferma...

—Tienes a tu hermano y a tu neurólogo, que resulta que ha dejado de salvar vidas durante unos días para venir a Escocia contigo. Porque todo tiene que girar siempre a tu alrededor.

Al final Polly estalló.

—¿Acaso es mucho pedir? —Le brillaban los ojos—. Me dieron tres meses de vida, Annie. Solo eso. Cien días para hacer cuanto siempre he querido hacer. El cáncer me lo ha quitado todo. El pelo. La dignidad. No puedo comer, no puedo dormir y nadie me pone un dedo encima si no es para pincharme o comprobar que realmente estoy muriéndome. No me queda nada ¿y tú me niegas que durante unos días pueda sentirme el centro de atención? Dios, Annie... Creía que éramos amigas.

Annie tragó saliva. No pensaba permitirle que siguiera utilizando el comodín del cáncer.

—Las amigas no se manipulan las unas a las otras como... como marionetas colgando de un hilo.

Polly se echó a reír. Fue una risa dura y antipática.

—Estás confundiendo las cosas, Annie. Y ¿dónde estarías tú si yo no te hubiera

manipulado, como dices? ¿Atrapada en un trabajo que no soportabas, sintiéndote miserable, odiando cada día de tu vida? ¿Compadeciéndote, malgastando tu vida? ¡No tienes ni idea de la suerte que tienes! Yo solo te he ayudado.

—¿Qué quieres decir?

Annie frunció el ceño, pero en cuanto hizo la pregunta en voz alta se dio cuenta de que sabía la respuesta. El enlace al vídeo de YouTube. Jeff nunca entraba en YouTube; estaba demasiado comprometido con su trabajo. ¿Qué posibilidades había de que lo hubiera visto por casualidad? Alguien tenía que habérselo enviado.

—No puede ser. ¡Polly! ¿Hiciste que me despidieran?

Polly se encogió de hombros.

—No te despidieron, lo dejaste tú. De todas formas, alguien tenía que hacerlo. Estabas volviéndote loca en aquel sitio. Solo te di un empujoncito.

—¡Me hiciste perder el trabajo! ¿Cómo pudiste? Eres... eres... increíble. Eres la persona más egoísta del mundo.

—Me alegro —replicó Polly—. Me gusta serlo. Al menos así la gente se acordará de mí cuando ya no esté.

Annie notó la mano del doctor Max en su brazo. No como le habría gustado que la tocara —con delicadeza, con cariño—, sino a modo de advertencia.

—Creo que deberíais dejarlo por hoy. A la cama, las dos.

—No os creáis que no me he dado cuenta de cómo os hacéis ojitos —les espetó Polly—. Seguro que estáis encantados: mi muerte os ha venido de perlas. Os habéis enamorado conmigo de cuerpo presente. ¿Por qué no? Pero no es justo. ¡Todo el mundo sigue con su vida y yo en breve estaré muerta, muerta y enterrada!

—Aquí nadie se ha enamorado —dijo el doctor Max con frialdad—. Os estáis comportando como dos crías, las dos. Ahora idos a la cama, ya lo arreglaremos mañana.

—Yo mañana no estaré aquí —anunció Annie adoptando el mismo tono frío que él—. Como ya he dicho, me iré a primera hora. Tengo que seguir con mi vida y encontrar trabajo. Gracias a ella.

Día cincuenta y nueve: Viaja



«Señoras y señores, les pedimos disculpas por el retraso del servicio, que se debe a la presencia de... eh... vacas en la vía.»

Las protestas de la gente se oyeron en todo el vagón.

Annie no había encontrado un solo asiento libre en todo el tren que partía desde Edimburgo, así que hasta llegar a Doncaster fue sentada encima de su maleta en un hueco junto al aseo, donde la gente pasaba por encima de ella cada dos por tres y olía a lejía y orina. Y ¿qué la esperaba al llegar a casa? Costas y George se quedaban unos días más en Escocia porque «Buster era muy feliz allí».

Así que lo que la esperaba era un piso frío, húmedo y vacío; tantas noches deseando que Costas estuviera lejos de allí y ahora resultaba que iba a echar de menos oírlo cantar en la habitación de al lado. De momento, solo tenía una pizza congelada, su serie favorita de la tele y una visita al hospital para ver a su madre.

Tenía que empezar a evitar las horas de visita de Polly, aunque todo el mundo la quería tanto que sería difícil no oír su nombre. No era justo. A Polly se le daba mejor morir que a Annie vivir: era simpática, popular y estaba aprovechando hasta el último día de su existencia para hacer del mundo un lugar mejor. Annie, por su parte, se había dedicado a destruirlo. Había perdido a su mejor amiga, a su marido y a su hijo, y ahora también a su padre y a su hermanastra. Su madre tampoco duraría mucho más, y entonces ¿qué pasaría con ella? Estaría sola. Huérfana. Divorciada. Sintió que algo crecía en su interior, una tristeza infinita, una sensación de vacío.

—¿Estás bien, guapa?

Una anciana estaba observándola por encima de su revista femenina. Annie clavó la mirada en el mugriento suelo del vagón. «Invéntate algo», se dijo. Una alergia. Una cebolla recién pelada. Pero allí no había cebollas, así que lo dejó salir, un sollozo desgarrador desde lo más profundo de su ser.

—Estoy triste. Estoy muy triste.

—¡Ay, pequeña! ¿Qué te pasa?

¿Cómo explicárselo todo? Su madre, Mike, Jacob...

—Mi... mi mejor amiga está muriéndose —susurró y, de pronto, empezó a llorar y ya no pudo decir nada más.

Todo el mundo fue muy amable con ella. La anciana, Patricia, le explicó que su mejor amiga había muerto el año anterior («Que Dios la tenga en su gloria. Cumplió ochenta y cuatro años, pero se puso furiosa cuando supo que iba a perderse Wimbledon») y que entendía que se sintiera sola. Un soldado con los brazos llenos de tatuajes le cedió su asiento y un estudiante con rastas fue a buscarle una taza de té al vagón restaurante. Annie lloraba tanto que no pudo tomárselo, pero aquel gesto hizo que se emocionara todavía más.

—Sois todos muy amaaables. Gracias —consiguió balbucear.

No entendía qué le pasaba y se sentía absurda, como si no fuera ella. Era capaz de contenerse delante de la gente que conocía, pero la amabilidad de un desconocido había bastado para llegarle al alma.

Día sesenta: Tómate un descanso



Costas tardó varios días en volver. De manera que la primera semana que Annie pasó a solas fue tal que así:

11 de la mañana-1.38 de la madrugada: Tumbarse en la cama mirando la mancha del techo y recordar la conversación con Polly.

1.38-2.07 de la madrugada: Recordar la conversación con el doctor Max. Darse de cabezazos contra las almohadas, gruñir en voz alta.

2.07-3.45 de la madrugada: Pensar en bajar a comprar comida. No ir.

3.45-3.59 de la madrugada: Revisar los armarios de la cocina y llevarse a la boca los trocitos de pan duro encontrados, seguidos de una de las bolsas de pistachos de Costas. Tirar las cáscaras al suelo. Llorar más porque Costas seguramente decidirá irse y por reconocer que siempre se había portado mal con él.

4-6 de la madrugada: Llorar tirada en el suelo de la cocina. Encontrar uno de los desagradables juguetes de goma de Buster, pegajoso aún por culpa de sus babas, y llorar porque siempre se había portado mal con él.

6-8.45 de la mañana: Darse un baño para intentar animarse, pero llorar dentro de la bañera hasta que el agua se enfría. Rebuscar en la nevera, hasta entre los pimientos enmohecidos, en busca de una botella de vino rosado. Regresar a la bañera y bebérsela entera dentro llorando.

8.45-3 de la tarde: Ver episodios antiguos de *Anatomía de Grey* y llorar cada vez que sucede algo triste (aproximadamente cada tres minutos) como si aquella fuera la primera vez que los viera.

Día sesenta y uno: Adquiere un hábito nuevo y saludable



Al día siguiente: más de lo mismo, excepto por una escapada rápida a la tienda de la esquina —la misma tienda horrible en la que la leche siempre estaba caducada— en busca de vino rosado, patatas fritas y una tarrina de helado Ben and Jerry's, y deseando que Costas le hubiera dejado a Buster porque así al menos tendría a quien abrazar. Le limpiaría encantada el pipí si, a cambio, el perro le hacía compañía sin juzgarla. Pensó en llamar a Polly, pero entonces recordó que esta le había dicho que malgastaba su vida compadeciéndose, y se dio cuenta de que no era capaz.

Día sesenta y dos: Compra en las tiendas de tu barrio



—Lo siento, guapa. No me queda. Ayer te llevaste la última terrina.

—¿Qué? —Annie miró a su alrededor, más allá de las revistas sensacionalistas y de la cerveza conseguida de extranjis, al borde del ataque de nervios—. Seguro que te queda alguno. ¿Un Chunky Munky? ¿Un Phish Food?

—Ya te he dicho que no me queda ni un Ben and Jerry's. ¿Y un Carte D'Or?

—¿De qué sabor?

A Annie le temblaba la voz. El dependiente metió la cabeza en el congelador.

—¿Vainilla?

Annie se mordió el labio con fuerza para no ponerse a llorar en medio de la tienda. De camino hacia la salida —sin helado, porque aún le quedaba un poco de dignidad—, se vio en el monitor de seguridad. Tenía el pelo revuelto y sin cepillar, con una cáscara de pistacho enredada. La piel, grasienta y con los poros abiertos. Los ojos, hinchados y enrojecidos. Si se cruzara consigo misma por la calle, cambiaría de acera sin pensárselo dos veces. Volvió a casa, se metió en la cama y se quedó allí durante casi una hora mirando la pantalla del móvil y sin hacer nada. De todas formas, Polly no querría hablar con ella o ya la habría llamado. Porque ¿quién querría ser amiga de alguien que se compadecía de sí misma y malgastaba su vida, como le había dicho Polly?

Día sesenta y tres: Aprende una nueva habilidad



—Venga... ¡Será divertido! —le suplicó Costas.

Por fin había regresado, tambaleándose bajo el peso de una montaña de galletas escocesas de mantequilla y de *haggis* (por lo visto, ahora le encantaban), y de un montón de cojines de tartán. Buster saltó alrededor de Annie y le arañó la piernas, pero estaba tan contenta de volver a verlo que por poco no se echa a llorar, y eso que el perro se alegraría de ver hasta una caja de cartón.

—Venga, Annie... ¿No has salido del piso en todo este tiempo?

—Sí que he salido —murmuró ella—. He quedado con unas amigas... de la zona. No necesito a Polly para nada. Mmm... ¿Cómo está?

Costas se encogió de hombros.

—Igual, supongo.

—¿Te ha dicho si pensaba...? Da igual, no me hagas caso.

Costas le dedicó una mirada llena de compasión.

—Por favor, me gustaría que vinieras esta noche conmigo.

—Suena fatal. ¿Estará lleno de hipsters?

—¿Qué es un hipster?

—Ya sabes, un tío moderno de clase media con barba y una camisa de cuadros.

Los ojos de Costas se iluminaron.

—¡Has estado...!

—No, no, es que... Da igual. Ahora en serio: no quiero ir a una clase de ukelele.

¡Si ni siquiera sé tocar la flauta dulce...!

—¡Pero si es divertido! Aprendemos canciones, las tocamos y las cantamos, y nos lo pasamos en grande. La gente está muy bien. El pub, también. Y la música. Y el vino es excelente.

Annie lo fulminó con la mirada.

—No insistas. No puedo salir a la calle. Además, hace tres días que no me ducho.

—No me digas —exclamó Costas arrugando la nariz. Últimamente, pensó Annie, pasaba demasiado tiempo con George—. Venga, va, que solo será una hora. Y te invito a una copa de vino.

—Ah, bueno, en ese caso... —replicó enfurruñada, pero solo porque se había quedado sin galletas y no estaba preparada para hacer otro viaje a la tienda, no después de lo que le había pasado con el helado—. Espero que sea una copa enorme.

Media hora más tarde salían de casa, Annie entornando los ojos como un bebé al notar el frío en la cara. Costas, con su habilidad para vestirse con el atuendo perfecto para cada ocasión, llevaba un jersey con dibujitos de pingüinos. Annie, por su parte, había vuelto a las andadas: negro, negro y más negro. Aunque al menos ahora iba limpia.

—Ni siquiera tengo ukelele —protestó.

—Te lo dan allí. ¡Vamos! A tocar la guitarrita.

Mientras subían la escalera del pub Annie sintió los mismos nervios de siempre. Tenía el labio superior perlado de sudor y la sensación de que la cabeza le pesaba demasiado, como si no pudiera levantar la mirada del suelo. Tenía ganas de salir corriendo, pero Costas la obligó a entrar en el local y saludó al grupo de personas que, ukelele en ristre, se habían sentado formando un semicírculo. Algunas llevaban los típicos jerséis con mensajes irónicos.

—¡Hola, hola! —Costas buscó dos asientos libres—. Atención todos, esta es mi amiga Annie.

Annie clavó los ojos en la pared y consiguió esbozar una sonrisa que casi parecía una mueca. Alguien le puso un ukelele en las manos y una partitura delante.

—Esta es para principiantes —dijo el profesor, un hombre con una barba tan larga que le llegaba más abajo de los pezones.

Annie se preguntó qué diría Polly cuando se lo explicara, pero entonces recordó que ya no se hablaban. Sujetó el pequeño instrumento contra el pecho e intentó descifrar las notas de la partitura que tenía delante. La canción, cómo no, era «Over the rainbow». Puf. En el mundo de Annie, no había pajaritos cantando ni problemas que se volatilizaban como gotas de limón. Se sentía un poco como la Malvada Bruja del Oeste.

—Entonces qué, ¿te lo has pasado bien?

—No ha estado mal —admitió Annie. Durante un rato había estado concentrada en tocar la nota correcta y casi se había olvidado de todo lo demás—. ¿Sueles ir a menudo?

—Cuando no trabajo, no tengo gimnasio, básquet o clase de costura —respondió Costas alegremente—. Hay tantas cosas que hacer en Londres...

—¿Te gusta vivir aquí?

Nunca se lo había preguntado.

—Al principio, cuando llegué, me sentía solo. Echo de menos a mis hermanas y a mi madre, y la comida griega. ¡Pero hay muchas cafeterías bonitas aquí en Lewisham e infinidad de cosas divertidas para hacer! Además, es mejor para los gays. La gente no tiene tantos prejuicios.

A Annie le costaba imaginarse lo que debía de ser mudarse a otro país con veintidós años, sin conocer a nadie y sin dominar el idioma. Pero allí estaba él, con un montón de amigos y más activo que ella, que no se había movido del mismo código postal en toda su vida. Tenía que mejorar. Tenía que esforzarse un poco más.

—¿Te apetece, eh... una pizza o algo? —preguntó Annie tanteando el terreno—. Podemos llevárnosla a casa y ver una peli.

Desde que compartían piso Annie había hecho todo lo posible para mantener las paredes que los separaban. Paredes que no solo eran físicas, sino también sociales, como cuando le enviaba correos en vez de llamar a su puerta o se negaba a ver la tele con Costas, no quería salir a tomar algo juntos o incluso rechazaba su comida porque la había hecho él. Y ahora, de repente, se daba cuenta de que era uno de los mejores amigos que tenía.

A Costas se le iluminó la cara como a un niño pequeño.

—Yo la quiero de *pepperoni*, por favor. Y, por favor, ¿podemos ver *Dirty Dancing*?

Día sesenta y cuatro: Cómete el mundo



—Venga, Buster. Te lo ruego, ¡haz pipí de una vez! ¡Por favor!

Buster meneó la cola, servicial como siempre, pero se dedicó a olisquear una bolsa de patatas abandonada. Annie estaba temblando; se había puesto el abrigo encima del pijama para bajar al perro, pero eran las tres de la madrugada y hacía mucho frío. Aquel trozo raquítico de césped no era especialmente tentador durante el día, pero por la noche parecía sacado de una película de miedo.

—Venga, por favor te lo pido. Si haces pipí te daré una galletita. Dos galletitas.

Buster se acercó a ella y le lamió el lateral del pie. Annie suspiró.

—Bueno, vale, volvamos adentro.

Subieron en el ascensor y se refugiaron en el calor del piso. Costas trabajaba de noche, preparando café para la gente que entraba a trabajar a primera hora de la mañana. Menudo empleo de mierda. Ella al menos podía aprovechar que estaba en paro para pasarse el día metida en la cama compadeciéndose de sí misma.

Sabía que le costaría volver a conciliar el sueño, así que encendió la tetera y se puso el portátil encima de las rodillas. Abrió la página de Facebook de Polly, un poco avergonzada, pero no había colgado nada nuevo desde el viaje a Escocia. Debería llamarla. Lo sabía perfectamente. No podía cortar con una amiga a quien le quedaban semanas de vida. Pero cada vez que cogía el móvil se acordaba de lo que Polly le había dicho y se echaba para atrás. Quizá no soportaría tratar de hablar con ella y que Polly le negara la palabra.

Cerró Facebook y abrió una página web de ofertas de empleo. Vio que había muchas para trabajar en una ONG. Mal pagadas, cierto, pero al menos tenía la sensación de estar haciendo algo positivo. Y debía empezar a pensar en el futuro. Después de Polly. Se le hacía imposible imaginárselo. Pero la vida seguiría su curso, aunque su amiga ya no estuviera. Y Annie tenía que formar parte de ella. Buscó entre las distintas ONG pensando que quizá era hora de planear un futuro nuevo para ella, hasta que Buster se acurrucó en el hueco de su brazo y su dulce ronquido de cachorro colmó la estancia.

Día sesenta y cinco: Ve a la biblioteca



Annie abrió la puerta y enseguida percibió el olor a libro viejo. La biblioteca estaba llena de gente que se resguardaba de la lluvia gélida que caía fuera. Era curioso porque hacía muchísimo tiempo que no entraba allí, desde que iba al colegio. Solía ir los sábados por la mañana con su madre. Cada una escogía un libro por su cuenta y luego se lo mostraban entre sí mientras tomaban un café con leche y una magdalena. A su madre le encantaban Mills y Boon, Catherine Cookson, los crímenes sangrientos basados en casos reales, las sagas familiares y, en general, cualquier libro que fuera gordo y le hiciera pasar un rato entretenido. Hacía años que ya no era capaz de seguir una historia, pero Annie pensó que quizá podría conseguirle unos patrones para tejer.

Enseguida le llamó la atención un libro que estaba en la estantería de «nuevas adquisiciones»: *Aprende a tocar el ukelele*. A Costas le encantaría. Lo cogió. Fue entonces cuando la vio: «Jardinería», una sección entera, cinco estanterías llenas de libros sobre siembra, parterres, poda y diseño de jardines. Temas sobre los que Annie solía leer. Siempre había pensado que tener un jardín era una prueba definitiva de madurez. Literalmente, echar raíces en el lugar en el que uno escogía vivir para siempre. El sitio en el que Jacob y su hermano o hermana jugarían entre las plantas de las que su madre se había ocupado. Y ahora, en cambio, nada de todo aquello sucedería. A buen seguro Mike había cubierto el jardín con una tarima para organizar barbacoas con sus amigos vendedores de seguros. Esa vida no sería la vida de Annie. Ella ahora no tenía un jardín que cuidar, una tierra que pisar y poder decir que era

suya.

Pero, a pesar de todo, sí tenía ventanas. Tenía plantas de interior, que nunca habían acabado de crecer bien. Cogió un libro titulado *Jardinería vertical* y corrió al mostrador de recepción, casi como si hubiera robado algo.

De camino hacia la salida, con una bolsa de tela al hombro llena de libros, vio un cartel junto a la puerta. «Jardinería de guerrilla. Mejorando el paisaje urbano.» Se le quedó mirando un buen rato, hasta que se decidió a sacar el teléfono móvil y hacerle una foto.

Día sesenta y seis: Pide perdón



—Annie. ¡Annie!

—¿Eh? —Abrió los ojos lentamente y vio a Costas de pie junto a ella. En su habitación—. ¿Qué haces aquí?

—¡Lo siento! —exclamó él, y retrocedió con las manos en alto—. He llamado a tu puerta, pero no te despertabas. Lo siento, Annie. Pero tienes que levantarte.

Ella bostezó.

—No, no tengo por qué levantarme. No tengo trabajo, gracias a Polly, así que puedo dormir hasta que me dé la gana.

—Annie, Polly está malita. Muy malita. Ayer... —Agitó las manos, intentando encontrar la palabra adecuada— empeoró.

Annie se incorporó de golpe.

—¿Los pulmones?

—No, no, la cabeza. George dice que es el tumor. Ha crecido.

Mierda. Annie apartó la colcha, un poco avergonzada de que Costas viera su pijama lleno de manchas de té.

—¿Y cómo está?

—Annie, no ve. Se ha despertado y no veía nada. Por favor, tienes que venir al hospital. —Abrió los cajones de la cómoda y sacó unos vaqueros y un jersey limpio—. Ponte esto.

—Vale. Ahora voy. Mierda.

Costas apartó la ropa de su alcance.

—¿Podrías ducharte primero?

Una hora más tarde, sin restos ya de patatas fritas en el pelo ni en la ropa, Annie avanzaba a toda prisa por el pasillo de Neurología detrás de Costas. Era como si las paredes oscilaran y se combaran sobre ella. Aquello no podía ser el final. Acababa de discutir con Polly, nadie se pelea con alguien que está a punto de morir. Solo habían pasado dos meses, no tres. Aún no habían agotado el tiempo.

El doctor Max estaba junto a la puerta de la habitación con una gráfica en la mano y una expresión seria en la cara. Annie intentó bloquear el recuerdo de todo lo que le había dicho en Escocia. «Idiota», se dijo.

—¿Cómo está?

—Estable. De momento. —No sonrió—. Ha llegado la hora, Annie.

—Ay, no, por favor.

—Lo siento. El tumor ha vuelto a crecer y está presionándole el nervio óptico. Le he puesto un catéter para drenar algo de líquido y que pueda recuperar parte de la visión, pero es una solución temporal.

Annie reconoció ese tono de voz: tranquilizador pero sincero. La voz de dar malas noticias a los familiares. El corazón le dio un vuelco.

—Dios mío. ¿No puedes...?

—No. —Max dejó la gráfica en su sitio, junto a la puerta—. Créeme, Annie, lo he intentado todo. No puedo hacer nada más por ella.

Costas estaba llorando.

—¿Cuánto le queda, doctor Max?

—No hay forma de saberlo. Una semana o dos, quizá.

—Pero solo han pasado sesenta y seis días. ¡Eran cien! —exclamó Annie.

—Ya lo sé. —Max parecía agotado—. Lo siento. Podéis entrar a verla si queréis. No creo que tarde en despertarse. Sin embargo, os advierto que la cirugía ha sido bastante agresiva. No la veréis como antes.

¿Cómo era posible? La había visto no hacía ni una semana. Y ella encerrada en su casa, fustigándose, mientras su amiga se moría. ¿Cómo podía ser tan egoísta? ¿Por qué no había derribado la puerta de Polly y la había obligado a que volviera a ser su amiga?

Aferró la maneta y volvió a soltarla, temerosa de lo que podía encontrarse al otro lado. El doctor Max asintió. «Adelante», pareció decirle. Annie abrió la puerta.

Polly se veía diminuta en medio de la cama, con la cabeza afeitada y una cicatriz rojiza en un lado con los puntos aún tiernos. Annie se cubrió la boca con una mano. Costas palideció y empezó a retroceder.

—Annie, voy a... buscar a George. Me ha mandado un mensaje, está en la cafetería. Lo siento. Me voy.

Annie contempló a su amiga, horrorizada. Tenía muy mal aspecto, y las manos, como garras, llenas de tubos y de cardenales nuevos y antiguos.

—¿Qué te han hecho? —murmuró Annie.

Apoyó los dedos sobre las mantas, un montón de ellas apiladas las unas sobre las otras a pesar del calor que hacía en la habitación.

—Aún... no estoy... muerta —susurró Polly sin abrir los ojos—. Annie, ¿eres... tú? Reconocería ese olor a patatas fritas y a... desesperación en cualquier parte.

Annie asintió.

—Hola, Pelona.

—¿Te gusta? Es muy... retro, muy Sinéad O'Connor. Todo el mundo dice... que los noventa vuelven a estar de moda. —Abrió los ojos y los entornó para protegerse de la luz—. No veo muy bien. Acércate.

Le hizo un gesto con la mano y Annie se sentó en la silla naranja, inclinada sobre la cama.

—Lo siento, no me ha dado tiempo a comprarte un detallito. Costas me ha dicho que tenías poco menos que un pie en el otro barrio, así que he venido corriendo.

Polly tosió y todos los tubos temblaron a su alrededor.

—Se lo he dicho yo. Sabía... que estarías fustigándote en tu casa.

—Bien hecho, Sherlock Pelona. Entonces ¿tienes un pie en el otro barrio o no?

—Un pie... y parte del otro. —Tanteó por encima de las mantas en busca de la mano de Annie. La suya estaba congelada—. Creo que ha llegado la hora.

Annie sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—No sabes cuánto lo siento.

—Eh, venga, nada de sentirlo. Recuerda el trato. Pero es... una lástima. No he podido cumplir los cien... días.

—No pasa nada —replicó Annie con los ojos llenos de lágrimas—. No han sido cien, pero han sido unos cuantos. Y yo no habría cumplido ni un solo reto sin ti. Poll..., estoy tan... ¡Dios! No puedo creer que te dijera esas cosas. Tú estás enferma y yo ahí, gritándote, montando el espectáculo... Soy lo peor.

Polly agitó la otra mano.

—*No problem!*, como dirían los... yanquis. Me pasé contigo. Lo siento. Es que me cabrea mucho ver a la gente... perdiendo el tiempo, un tiempo que yo no tengo. De verdad que... siento lo de tu padre. ¡Y lo del trabajo! ¿En qué estaba... pensando? Yo sí que soy lo peor. Madre mía, ¿qué vas a hacer?

—Sinceramente, no lo sé, aún no lo he pensado. Y yo no tengo unos padres ricos a los que acudir, ¿sabes? —Annie suspiró—. Polly, he descubierto por qué estaba un poco a la defensiva contigo a veces.

—¿A la defensiva? No me había dado cuenta —murmuró Polly, irónica hasta el último aliento.

—Si te soy sincera, y sé que voy a quedar fatal diciendo esto, creo que en ocasiones estaba celosa de ti. De todo lo que tienes. Una familia genial, unos padres guays, una casa familiar preciosa, un montón de amigos, una carrera, ropa, estilo, gracia. Hasta tu nombre. Ninguna Polly acabaría de administrativa en el ayuntamiento o viviendo en un piso roñoso de protección oficial en Lewisham. No paraba de pensar en lo injusto que era todo. Reconozco que suena fatal, considerando que tienes cáncer, pero... ya está, ya lo he dicho.

Polly abrió un ojo. Tan azul como siempre, a pesar del tono amarillento y las venas

rojizas que lo rodeaban.

—Yo también te tenía envidia. Tú tienes tiempo, Annie. Tiempo para ser quien tú quieras. Y encima veía lo bien que te llevabas con el doctor Cascarrabias, mientras yo le tiraba los tejos al doctor Quarani y él me miraba como si fuera... un tumor con patas en lugar de una persona. Tuve miedo; me di cuenta de que ya no me necesitabas. Estarás bien cuando ya no esté. Tienes toda la vida por delante. Pero yo sí que te necesito, Annie. No puedo hacer esto sin ti.

—Y no tienes que hacerlo sin mí. Voy a estar a tu lado, te lo aseguro. Todo el rato, hasta que te canses de mí.

—¿Me lo prometes?

Annie le apretó la mano con más fuerza.

—Pues claro que te lo prometo. No pienso moverme de aquí. Hasta... hasta el final.

—Bueno, no nos pongamos dramáticas. Puedes ir a casa de vez en cuando a ducharte y tal.

—Bah, ducharse está sobrevalorado.

—Esa es la Annie que yo conozco. Ah, y, por cierto..., en realidad no me llamo... Polly.

—¿QUÉ?

—Que mi nombre de pila no es Polly.

—¿Y cómo te llamas?

Polly tosió.

—Tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie. Ni siquiera cuando me haya muerto, o te juro por... el Monstruo de Espagueti Volador que volveré del más allá para atormentarte.

—¿Tan feo es?

—Muy feo. —Se estremeció y estuvo a punto de arrancarse la vía—. Mi verdadero nombre es... Pauline. Me lo pusieron por una tía abuela o algo así. Me lo cambié cuando tenía cinco años, siempre lo había odiado.

Annie se la quedó mirando con la boca abierta. Pauline. Una Pauline podía acabar perfectamente trabajando de administrativa en el ayuntamiento. Una Pauline podía

tener sobrepeso, estar triste a todas horas y obsesionada con *Anatomía de Grey*. A una Pauline podía abandonarla su marido y acabar viviendo en un piso horrible.

—¡Dios mío! —exclamó Annie, sintiendo que iba a estallarle el cerebro.

Polly no había nacido siendo Polly. Polly se había convertido en Polly.

—Como se lo digas a alguien, te mato... con mis propias manos.

—Te morirás antes, Pauline.

—Cierto —asintió Polly, y empezó a reír con una especie de gorgoteo grave y gutural.

Unos segundos más tarde, Annie también estaba riendo.

Día sesenta y siete: Conoce a un recién nacido



—Ay, Dios, otra muestra de sangre no —protestó Polly—. ¿Por qué no nos saltamos los intermediarios y me ponéis un tubo que conecte directamente mis venas con el laboratorio? Perdona, Khalid. Ya sé que tú solo cumples las órdenes del malvado doctor Cascarrabias.

El enfermero, vestido de verde de la cabeza a los pies, esbozó una sonrisa incómoda.

—No he venido por ti, Polly. —Se volvió hacia Annie—. ¿Es usted la señora Hebden?

—Bueno, sí, aunque soy señorita.

—Hay otra señora Hebden en la planta de Maternidad y pregunta por usted.

Al principio Annie no entendió nada. ¿La madre de Mike? Hasta queató cabos. Y Polly también.

—¿No puede ser! ¿Va a tener el bebé aquí?

—Es la maternidad que le queda más cerca de casa.

Annie se sorprendió de la naturalidad con que lo había dicho. Después de todo lo que había pasado.

—¿Y quiere que vayas a verla? ¡Madre mía! ¡Menuda jeta tiene!

—Eh, creía que tu máxima en la vida era perdonar a los demás y olvidar el pasado, Polly.

—Sí, bueno, pero con unos límites.

Khalid parecía desconcertado.

—¿Le digo que no? Estaba... gritando como una loca.

Annie se levantó.

—Poll, te veo luego, ¿vale?

—¿Me abandonas por ella? Esto no lo olvidaré nunca, Annie Hebden —exclamó fingiendo un puchero.

—En realidad, es culpa tuya. Tú me has convertido en una santa que todo lo perdona, como la Madre Teresa pero con pantalones de nailon. Hasta luego.

—No para de gritar —dijo la comadrona, que parecía bastante estresada—. He intentado explicarle que aún le queda un buen trecho por delante. ¿Sois amigas?

—Bueno..., sí. —Era más fácil decir que sí que tener que explicarse—. Entonces ¿está de parto?

Era demasiado pronto, seguro.

—No lo sabemos. Pero está histérica. ¿Sabes dónde puedo encontrar a un tal Mike?

—La comadrona consultó sus notas—. Es su marido, ¿verdad?

«Es mi marido», pensó Annie. Aún le costaba reprimir el impulso, a pesar del tiempo que había pasado.

—Sí. ¿No lo habéis localizado?

—No coge el teléfono. La mujer dice que han discutido y que él se ha largado. Al bebé aún le falta un mes. Al menos es lo que ha dicho ella, creo. ¡Es que no paraba de gritar!

—Vale. Gracias. ¿Entro?

—Si quieres... Yo me pondría unos tapones por si acaso.

Annie avanzó lentamente por el pasillo. Pues era verdad, ya se oían unos aullidos guturales que parecían los de un animal retorciéndose de dolor, lo cual se acercaba bastante a la realidad. Si algo había aprendido en el hospital era que las personas no eran más que animales ocultos bajo una fachada de supuesta humanidad y que bastaba un poco de dolor o de miedo para derribarla.

Abrió la puerta de la habitación. Jane estaba apoyada contra la cama, cogida al pasamanos de hierro y vestida con un camisón del hospital que le dejaba el tatuaje de la espalda al aire. Era una flor de loto. Se la había hecho en un estudio de Croydon de dudosa reputación cuando las dos tenían diecisiete años. Annie se había rajado en el último momento, como llevaba haciendo toda la vida. Hasta ahora.

—Jane. ¡Jane!

—Aaajjj... Annie, ¿eres tú? —preguntó Jane entre jadeos, dejando de gritar un momento.

—¿Querías verme?

—Ven aquí. Ven aquí. —Extendió los brazos y apretó las manos de Annie entre las suyas—. Ay, Dios... ¡Qué dolor! ¿Cómo lo hiciste?

—Se te pasará. ¿Quieres que te pongan la epidural?

—No quería, pero... ¡Santo Dios!, es como si fuera a partirme por la mitad. ¿Dónde está Mike? ¿Dónde coño está Mike?

—No lo sé. —En un gesto automático, Annie frotó la espalda a su amiga. Tenía la respiración acelerada y superficial—. Lo encontrarán. Aún falta mucho. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—He llamado... a tu casa... Un chico... me ha dicho... que estabas... aquí.

Maldito Costas. Era incapaz de mentir, aunque ¿por qué iba a hacerlo si Annie no le había contado lo que le había pasado con Jane?

Jane había empezado a sollozar.

—Voy a morirme, Annie. Voy a morirme, literalmente, y me está bien empleado por lo que te hice.

—Venga ya, Jane, no digas tonterías. No vas a morirte. Ya verás lo bien que te cuidan.

A Jane le rodaban las lágrimas por las mejillas y tenía la frente contraída del dolor.

—Pero ¿me perdonas? Por favor, dime que me perdonas, Annie. No quiero morirme sin que me perdones.

—No vas a morirte.

A Jane se le escapó otro sollozo. Annie le frotó la espalda de nuevo para

tranquilizarla y notó el latido desbocado de su corazón. Estaba muerta de miedo. Ella todavía recordaba esa sensación. El miedo irracional a partirse en dos. A no volver a ser la misma. A que tu cuerpo y tu corazón acabaran aplastados bajo aquel amor que parecía imposible de controlar. Y ¿cómo podía seguir enfadada con Jane cuando la pobre estaba tan asustada y pasándolo tan mal?

—No te preocupes —le dijo—. Tranquila. Todo irá bien. Te lo prometo.

Miró a su alrededor, vio a una de las enfermeras y la llamó mediante señas a través del cristal de la puerta. Cuando esta se asomó le susurró:

—¿Por qué no le dais algo para el dolor? ¡Está pasándolo fatal, mira!

La enfermera se encogió de hombros.

—Lo siento, señora. Ya le hemos dado todo lo que podíamos darle de momento.

—Vale. ¿Y la epidural?

—Es demasiado pronto. Ahora le traigo unos cubitos de hielo.

Y volvió a cerrar la puerta.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Jane entre lágrimas—. ¿Me darán algo para el dolor? Dios, necesito que me den todas las drogas que tengan. Les dije que no quería nada. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué he sido tan estúpida?

—Todas pensamos lo mismo antes de ponernos de parto. Venga. Ya verás como todo sale bien.

Jane la cogió otra vez de las manos, con tanta fuerza que le cortó la circulación.

—Ay, Dios mío, ¿dónde demonios está Mike? No vas a dejarme sola, ¿verdad? Por favor, no te vayas.

Annie siguió frotándole la espalda, notando los movimientos del bebé por debajo de la piel. El hijo de su exmarido. Era la situación más extraña del mundo. Por suerte, gracias a Polly, últimamente había vivido ya unas cuantas experiencias peculiares.

—Venga —le dijo—, vamos a hacer lo de la respiración, ¿vale?

Tiempo después Annie recordaría aquel día como instructivo, aterrador y absolutamente abrumador. Durante el nacimiento de su propio hijo estuvo más bien ausente, cambiando los gritos por las risas en cuanto las drogas le hicieron efecto y se

la llevaron al quirófano para practicarle una cesárea. Al despertarse, se encontró a un niño limpio y envuelto encima de su pecho, y a Mike mirándolos a los dos con auténtica adoración. Ojalá hubieran sabido lo que se les venía encima.

En cambio, como espectadora, estuvo presente del primer al último segundo del parto de Jane. Se mantuvo en un segundo plano, pero la ayudó en todo lo que pudo poniéndole cubitos de hielo en la boca, sujetándole la mano y secándole el sudor de la frente.

—¿Dónde está Mike? ¿Dónde coño se ha metido Mike? —repetía Jane una y otra vez.

Y Annie le respondía:

—No lo sé. No lo sé.

Jane se recostó sobre la almohada, agotada tras la última contracción.

—Me alegro de que estés aquí. Siempre pensé que, si tenía hijos, tú estarías a mi lado.

Y Annie recordó algo de la bruma de felicidad que siguió al nacimiento de Jacob: Jane había sido la primera en aparecer en la habitación con un montón de globos y un osito de peluche azul del tamaño de un perro pequeño, casi antes de que ella tuviera a su propio hijo en brazos. La recordaba abrazando a Mike, emocionada. ¿Por aquel entonces ya había algo entre ellos? ¿Debería haberse dado cuenta?

No. No iba a caer otra vez en la misma trampa. No podía permitir que los buenos recuerdos se tornaran negros entre sus manos, como fruta podrida, teñidos por la tristeza y el dolor que durante tanto tiempo había sentido. Jane había sido su mejor amiga; Mike, su marido. Todo empezó cuando perdieron a Jacob y sus vidas se desmoronaron. Tenía que creer que era así como había pasado.

La médica que estaba entre las piernas de Jane levantó la cabeza, con el rostro tenso detrás de la mascarilla.

—Muy bien, señora Hebden.

Annie estuvo a punto de responder: «Dígame», pero se mordió la lengua a tiempo.

—Jane, necesito que dé un último empujón. El bebé está a punto de salir.

—¡Pero Mike no ha llegado todavía! ¿Dónde coño se ha metido? Esto no se lo

perdonaré en la vida.

—No podemos esperar más. Vamos allá. Un último empujón.

Jane emitió un grito tan desgarrador que Annie temió que se partiera en dos de verdad. Notó la presión en la mano, aplastada hasta machacarle los huesos, y por todo el brazo. Se le escapó un alarido de dolor y, de repente, sin previo aviso, se percató de que había otra voz en la habitación, otra persona. Alguien dejó un bulto resbaladizo sobre el pecho de Jane, todo sangre y mucosidad, con un mechón de pelo oscuro y los ojos cerrados con fuerza.

—Es una niña —dijo la médica—. Felicidades, mamá.

«Mamá.» Annie se dio cuenta de que estaba llorando. A ella nadie la había llamado así. Jacob nunca se lo había dicho y nunca lo haría. De pronto todos estaban llorando, Jane y ella, y el bebé también, con la carita roja del esfuerzo.

—¿Está bien? —Jane palpó el bulto que era su bebé y lo atrajo hacia su pecho a ciegas—. ¿Mi niña está bien?

—Es preciosa —dijo Annie—. Es la cosa más bonita del mundo.

Más tarde, no sabía exactamente cuánto tiempo, Annie estaba sentada en una silla junto a la cama mientras Jane dormía, agotada. Tenía en brazos a la recién nacida, aún sin nombre, envuelta con una mantita blanca. El bebé tenía una mano cerrada formando un puño diminuto. Annie estaba meciéndola suavemente contra su cuerpo cuando la puerta se abrió.

Mike se quedó mirando a su exmujer con su hijita en brazos.

—¿Qué...?

Annie se estremeció. ¿Qué pensaría Mike al verla allí? Se levantó con tanta rapidez que el bebé se movió y emitió una especie de breve maullido.

—No conseguían encontrarte. Yo estaba aquí acompañando a una amiga enferma y Jane ha pedido que fueran a buscarme. Yo... ¡Toma!

Extendió los brazos y le ofreció a su hija como si fuera un regalo de Navidad.

Mike seguía observando en silencio, dirigiendo la mirada alternativamente de Jane a Annie y la niña.

—Tenía... el móvil apagado. Habíamos discutido. Dios... ¡Aún faltaba un mes!

—Bueno, ¡pues la niña está aquí!

—¿La niña?

—Sí. Tienes... —De pronto Annie notó que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Tienes una hija preciosa, Mike. Mira. ¡Cógela! Es perfecta.

Annie se la puso entre los brazos, y Mike la miró con la misma expresión con la que miraba a Jacob.

—Me cuesta creerlo —dijo—. ¿Has estado aquí todo el rato?

—Tengo una mano rota que lo demuestra.

La levantó en alto y se sobresaltó cuando Mike se la cogió.

—Annie..., no he estado con ellas. No me lo puedo creer. Seguro que Jane me odia. Lo siento... Está costándome asimilar todo esto.

—No creo que Jane recuerde gran cosa —mintió Annie.

—Nos peleamos. Le dije que aquel día no debería haberte dejado entrar en casa. ¡Se sentía tan mal...! Ha estado muy abatida desde entonces. Repetía una y otra vez que acabaríamos pagando por lo que te hicimos... Y ahora resulta que el parto se adelanta un mes.

—La doctora ha dicho que la niña está bien. Es un poco pequeña, eso sí.

De pronto el rostro de Mike se contrajo y Annie se dio cuenta de que él también iba a echarse a llorar, para completar la escena.

—¿Y si vuelve a pasar lo mismo, Annie? No podría soportarlo. Yo... —Inclinó la cabeza sobre el bebé con un sollozo—. ¡Ni siquiera quería tener otro! ¡Me volvería loco si la perdiera a ella también!

Annie le cogió la niña de los brazos.

—Todo irá bien, Mike. Lo que le pasó a Jakey... fue mala suerte. No volverá a ocurrir.

—¿Cómo puedes dirigirnos la palabra? —preguntó Mike con los puños cerrados—. ¿Después de lo que te hicimos? ¿De lo que yo te hice? Seguro que nos odias.

Annie se encogió de hombros.

—Durante mucho tiempo odié a todo el mundo. A ti. A ella. A mí misma, sobre

todo. Pero... supongo que las cosas han cambiado. Tú y yo jamás nos habríamos recuperado, ¿verdad?

—No conseguía llegar hasta ti. Me sentía muy inútil. Nunca quise hacerte daño.

—Ya lo sé —lo tranquilizó Annie, si bien reconoció para sí que nunca conseguiría estar totalmente segura de ello—. Tú y yo estábamos rotos como pareja, y tú decidiste seguir con tu vida. No es ningún delito. Solo porque yo no supiera cómo hacerlo.

—Jane necesitaba desesperadamente que la perdonaras.

—Y la perdono —dijo Annie—. En serio, la perdono.

Hasta podría ser verdad. Y si no lo era, por mucho que Mike le hubiera hecho la peor ofensa imaginable, ya no tenía importancia, ahora que había llegado una nueva personita al mundo.

Mike seguía llorando y balbuceando palabras incoherentes. Annie lo acompañó hasta la silla y luego se paseó por la habitación con el bebé en brazos hasta que consiguió dormirlo. Cuando levantó la mirada vio a Polly al otro lado del cristal de la puerta, levantándose de la silla de ruedas y bloqueando la luz con la mano para poder ver. Abrió la puerta lentamente y se llevó un dedo a los labios.

—¿Qué haces levantada!

—Estaba aburrida. ¿Qué ha pasado aquí? Hace horas que te fuiste.

—Ha pasado esto.

Annie levantó al bebé en brazos.

—¿Es...? Dios mío... ¿Has estado con ella durante el parto?

—Qué remedio. Mike estaba desaparecido en combate.

Las dos hablaban susurrando.

—¿Es él? —Polly asomó la cabeza por la puerta y vio a Mike con la cabeza agachada, llorando, y a Jane dormida en la cama—. Annie, quiero que me cuentes hasta el último detalle de lo que ha pasado aquí.

—Tranquila que te lo contaré, pero... ¡mírala!

Extendió los brazos para que Polly pudiera ver al bebé.

—Ay, Dios. Qué pequeña es.

—¿A que sí? —Annie sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Se parece a él. En serio, es igualita que Jacob.

—Ay, Annie... —La cara de Polly transmitía dulzura, a pesar de lo demacrada que estaba—. Algún día tendrás otro bebé. Estoy convencida. Uno no, un montón, vestiditos con sus kilts...

—Déjalo ya. —Annie se limpió la cara con la manga para no molestar al bebé, que la observaba con sus enormes ojos azules profundos. Lo veía todo por primera vez. Un mundo nuevo a sus pies, brillante y lleno de oportunidades—. Estoy bien, en serio. Pero de momento... saluda a esta criatura, que ha sido, al menos durante unos segundos, la persona más joven del mundo.

Día sesenta y ocho: Une a la gente



—Y ahora entras en la madriguera, rodeas el árbol, sales de la madriguera y ¡a correr!

—Hace que parezca más fácil de lo que es, señora Ce —dijo Polly mientras se peleaba con la labor de punto.

Annie sabía que no tenía fuerza suficiente ni para sujetar las agujas en alto.

—Hoy en día nadie sabe hacer punto. ¡Las jóvenes os compráis los jerséis en las tiendas! Es mucho más caro.

—Yo sé tejer, mamá —dijo Annie—. Me enseñaste tú, ¿te acuerdas?

Otra cosa que solían hacer los domingos en casa, una afición que no era cara y que encima les ahorraba tener que comprar tanta ropa. No era justo, pensó. Su madre tenía mejor aspecto que Polly, que apenas unos meses antes se veía vibrante y colorida. Era como si la hubieran blanqueado: el camisón y las sábanas blancos, la cara pálida, la cabeza pelada. Mientras que su madre estaba recuperándose claramente. Tenía el rostro más lleno y la pierna mejor, y se la veía más alegre, menos desubicada. Pero seguía sin saber quién era Annie. Y quizá ya nunca lo recordaría.

Ahora parecía confusa, como si estuviera intentando entender lo que acababan de decirle.

—¿Te enseñé yo? Pero ¿cuándo? ¿Y tú quién eres?

Quizá era un poco cruel recordarle una y otra vez lo desorientada que estaba.

—Da igual —dijo Annie para tranquilizarla—. Gracias por enseñarnos, Maureen.

—Yo trabajé con niños en un colegio, hace muchos años —dijo Maureen—. Me habría gustado estudiar para ser profesora, pero en casa no nos sobraba el dinero precisamente.

Había hecho de ayudante, a tiempo parcial, cuando Annie iba al instituto. Se conformaba con poco. Una vida modesta. Sin pedir nada, sin recibir nada. A Annie le parecía cruel estar allí sentada con ella sin poder hablarle del viaje a Escocia o de la rabia que sentía desde que sabía que su padre había intentado contactar con ella antes de morir y su madre se lo había ocultado. Annie procuró no pensar en ello y forzó una sonrisa.

—Repítelo otra vez, Maureen, ¿quieres? Eres muy buena.

Día sesenta y nueve: Suelta amarras



—¡Annie! —Costas estaba delante de la habitación de Polly agitando las manos en el aire—. Gracias a Dios que has venido. Tenemos un problema, Houston.

—¿Qué pasa? ¿Es Polly?

Annie intentó mirar por encima de su hombro, pero Costas estaba bloqueando la puerta.

—Annie, he hecho algo malo.

—Seguro que no hay para tanto.

Costas levantó las manos en alto como si se rindiera.

—Míralo tú. Entra y mira. Es muy malo.

Dentro de la habitación, Annie vio la parte trasera de la cabeza de Polly asomada a la ventana, que estaba abierta. Y no es que sirviera de mucho, porque la habitación apestaba a marihuana. George estaba sentado en la silla con los ojos cerrados.

Annie se volvió hacia Costas, que había cerrado la puerta de la habitación y tenía los ojos muy abiertos.

—¿Les has traído marihuana?

—Un amigo del trabajo tenía un poco en casa... ¡No sabía que se la fumarían aquí, Annie! ¡Ya verás, vamos a meternos en un buen lío!

—Relájate, Costas del Costa —balbuceó Polly desde la ventana—. Solo quería colocarme por última vez. ¿Qué tiene eso de malo?

—Estás fumando —masculló Annie—. ¡En un hospital! ¡Con un tumor en el

pulmón! Haz el favor de entrar.

Polly metió la cabeza y empezó a toser.

—Qué quieres que te diga, no creo que me provoque otro tumor.

—¡Esa no es la cuestión! Mírate. Estás temblando.

Y era verdad. Tenía la piel de gallina y los ojos hinchados e inyectados en sangre como los chicos de su colegio que se escondían detrás del cobertizo de las bicicletas para fumar. La acompañó hasta la cama, le arrancó el porro de entre los dedos y lo apagó en un vaso de agua.

—Venga, tápate. George, ¿cómo has podido permitirlo?

Silencio.

—Eh, Annie —intervino Costas—. Está... dormido.

Annie se dio la vuelta y vio a George desplomado en la silla, inconsciente. Costas le estaba abanicando la cara con las manos.

—¡Por el amor de Dios! Costas, ve a buscar al doctor Max.

—¡No! —exclamó Polly desde la cama—. ¡Seguro que me echa la bronca!

—Y con razón. Venga, Costas, ve a buscarlo.

Costas asintió y salió de la habitación. George había empezado a roncar. Annie se quedó allí plantada, con las manos en la cintura, fulminando con la mirada a la diminuta figura que ocupaba el centro de la cama.

—Esto ha sido idea tuya, supongo.

—Solo quería probarlo... una última vez —resolló Polly—. Sentirme viva. Sentirme normal. ¡Deja de ser tan aguafiestas, Annie!

—Polly, estoy preocupada por ti. ¿Has oído cómo respiras?

Era como el ruido de una moneda girando dentro de una aspiradora. Polly tosió.

—Qué más da, si estoy muriéndome igualmente. ¿Qué pasa si me drogo, si bebo hasta perder el sentido o me acuesto con el hospital al completo? Dime, Annie, ¿cambiaría algo si intentara vivir a tope los pocos días que me quedan?

Annie intentó pensar en algo.

—Bueno..., nadie quiere morir con una cistitis —dijo.

A Polly se le escapó un sonido a medio camino entre la risa y el sollozo. No era la primera vez que Annie lo oía, esa misma escena se había repetido varias veces en los

últimos días. De pronto Polly estaba llorando, solo llorando, con el rostro descompuesto y cubierto de lágrimas.

—Mierda, Annie. Ya he tenido todas mis últimas veces. El último colocón, la última borrachera, hasta el último polvo... Son cosas que nunca volveré a hacer. Ni siquiera volveré a compartir una cama con alguien. Voy a morir aquí, en esta horrible habitación de hospital, con estas sábanas que son cualquier cosa menos algodón egipcio de cuatrocientos hilos.

Annie se quedó un momento pensativa y luego se quitó las Converse.

—Hazme sitio.

—¿Qué haces?

—Meterme en la cama contigo.

—Ah. No te ofendas, pero preferiría a alguien como Ryan Gosling.

—Bueno, pues vas a tener que conformarte conmigo. Venga, aparta.

La cama era estrecha, pero Polly había menguado tanto que parecía una niña. Annie se tumbó a su lado y recordó las fiestas de pijama con Jane y con las chicas cuando aún iban al instituto, compartiendo secretos a oscuras y riéndose a carcajadas hasta que la madre de Jane golpeaba la puerta y las hacía callar. A Polly le costaba respirar y había empapado las sábanas de lágrimas.

—Lo siento.

—Tranquila, no ha pasado nada que no tenga remedio. Supongo, vaya.

—El doctor Max se enfadará, ¿verdad? —preguntó Polly con voz lastimera.

—Verdad.

—Podrías hablar tú con él. Le gustas, ¿sabes? Y mucho.

Annie no sabía qué pensar.

—Chist. No pasa nada.

Le acarició el pelo, o lo que quedaba de él, y le despejó la cara. Parecía una anciana, con la piel tirante por encima de los huesos. Consumiéndose por momentos.

—Annie —dijo Polly, con un hilo de voz—, creo que ahora mismo eres mi mejor amiga. ¿Lo sabías? Gracias por... Gracias por estar aquí conmigo. ¿Te quedarás?

—Claro. No me voy a ningún sitio.

—Porque te necesito. Para enfrentarme a esto. Sé que he sido muy egoísta y bastante mala y... Lo siento.

—Chist —susurró Annie otra vez, tragándose el nudo que tenía en la garganta—. Tú tranquila. Todo irá bien —dijo, aunque sabía que no era cierto.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

La puerta se abrió de golpe y apareció el doctor Max, seguido de cerca por un Costas al borde del ataque de nervios. Tenía una marca en la mejilla, como si se hubiera quedado dormido encima de su mesa.

Annie se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio.

—Está dormida —dijo.

Y es que Polly había cerrado los ojos y su respiración sonaba más pausada. Tenía los puños cerrados y debajo de la barbilla, como los niños pequeños. Max bajó la voz.

—¿Se ha dormido de verdad o está fingiendo para que no le eche la bronca? ¡Por el amor de Dios, a quién se le ocurre fumar marihuana en su estado! ¿Se encuentra bien?

Se acercó a la cama y le cogió la muñeca para tomarle las constantes. Annie bajó las piernas al suelo y se levantó.

—Lo siento mucho —dijo Costas estrujándose las manos—. ¿Está bien?

—No está peor de lo que estaba —reconoció Max—. Pero, en serio, eso aquí no, ¿entendido? La próxima vez tendré que llamar a la policía.

Costas estaba a punto de echarse a llorar.

—Creo que Costas no pensó que fueran a hacerlo aquí —intervino Annie—. Solc quería ayudar.

—Con drogas ilegales.

El doctor Max le levantó un párpado a Polly con sumo cuidado.

—¿Es que tú nunca lo has probado? Venga, hombre, dale un respiro al chico.

—No en un hospital y mucho menos con un tumor en el pulmón. Bueno, supongo que no ha pasado nada grave, pero George debería pensar un poquito más y... Eh? ¿Dónde está?

Se dieron la vuelta y vieron la silla vacía y la puerta abierta.

—*Skata!* —exclamó Costas.

Por suerte George no había ido muy lejos. Estaba sentado en el suelo, delante de la máquina expendedora.

—Me he quedado atrapado —se lamentó al verlos llegar.

El doctor Max se arrodilló a su lado.

—George, ¿qué hacemos contigo? Primero lo de las drogas y ahora intentando robar un KitKat...

—Lo he pagado, pero no ha salido.

—Ya, me hago una idea. Déjame ver.

El doctor Max revisó la ranura para meter las monedas, apretó unos cuantos botones y extendió la mano para recoger lo que la máquina acababa de vomitar.

—¿Sabes qué pasa, George? Pues que este chisme no acepta fichas de taquillas de gimnasio.

—Ah —replicó George—. Mmm... ¿Podrías ayudarme?

El doctor Max se remangó.

—Tienes suerte de estar con una eminencia mundial en cirugía extractiva de máquinas expendedoras.

—¿Cirugía extractiva? —repitió George con labios temblorosos.

—Exacto. Lo siento, chico, pero la única solución es amputar el brazo.

George se echó a llorar. El doctor Max puso los ojos en blanco.

—Madre mía, veo que la gente se toma las cosas muy en serio cuando está colocada. Venga, cogedlo de las piernas. Costas, tú que estás más delgado, intenta introducir la mano ahí.

En cuestión de minutos, tirando de aquí y empujando por allá, consiguieron liberar el brazo de George, que no paraba de lloriquear como un cachorro. Sin KitKat, eso sí pero con todas las extremidades intactas.

—Ha sido horrible. Creía que me moría.

—Quizá deberías dejar las drogas, chaval. Diría que no tienes el temperamento necesario.

Costas estaba de rodillas al lado de George, examinándole la muñeca hinchada con

toda la ternura del mundo.

—Por favor, George, ten más cuidado. Al final te harás daño.

George se tapó los ojos con la mano buena.

—Fue idea de Polly. Me dijo que quería colocarse por última vez. ¿Cómo iba a decirle que no? Dios mío, ¿cómo es posible que sea su última vez? Mi hermana... ¡Es mi hermana! Voy a ser... ¿Cuál es la palabra para expresar que uno es huérfano pero sin ser huérfano?

Annie y el doctor Max se miraron.

—¿Hijo único? —probó ella.

—No es justo. —George estaba llorando otra vez—. No es justo. ¿Por qué Polly? Es una buena persona, lista, alegre y maravillosa, y está muriéndose. No es justo.

Costas lo abrazó y le susurró palabras en griego al oído. Annie miró al doctor Max y, de pronto, un estremecimiento extraño la recorrió de la cabeza a los pies. Una descarga de adrenalina tan fuerte que le sorprendió su capacidad para permanecer allí de pie, totalmente vestida. Max se rascó la cabeza y se puso tan colorado que Annie supo que él también lo había sentido.

—Oye —murmuró, incapaz de mirarlo a los ojos—, sobre lo de Escocia... No sé si te he pedido perdón por... bueno, por todo. Lo siento, de verdad. Te portaste como un amigo y yo reaccioné fatal.

—Un amigo.

—Bueno, sí. Un amigo. —Ella quería que fuera algo más, mucho más, pero no sabía cómo decirlo, cómo hacerle sitio en su corazón alrededor del pedrusco enorme que era la enfermedad de Polly—. Yo...

De repente se hizo el silencio, un silencio tan largo que parecía imposible.

—Está bien —dijo él al fin—. No pasa nada. Venga, ayúdame a meterlo en la cama para que duerma el colocón.

Días del setenta al ochenta: No te aferres



Hacia el final, durante los últimos días de Polly, Annie se sintió como una cavernícola. Solo iba a casa para ducharse y cambiarse de ropa, y se pasaba todo el día en el hospital yendo de cama en cama.

Jane recibió el alta, con su bebé sujeto al pecho, y se marchó del hospital entre lágrimas, suplicándole que fuera a verla a casa. Mike repitió la invitación, aunque no con la misma convicción.

Annie respondió que claro que iría. Y quizá lo haría, aunque le costaba imaginar dónde estaría dentro de dos días. De momento los dejó marchar, a Jane, Mike y a su bebé, como un bote que se alejara hacia el horizonte hasta desaparecer de su vista. Y con eso se conformaba.

La máquina de resonancias, la que habían comprado con los donativos de la página web y del festival, por fin llegó al hospital. Se organizó un acto de inauguración al que acudió la prensa local. El doctor Max cortó la cinta, y Milly hizo llegar la información al *Guardian*, que publicó un artículo sobre Polly y su historia. La máquina tenía una placa en la que podía leerse: «Donada por los amigos de Polly Leonard». La propia Polly estaba demasiado enferma para levantarse de la cama.

Annie empezó a sorprender a su madre observándola con recelo, como si llevara una especie de disfraz poco convincente. Como si la reconociera, pero no recordara su nombre y lo tuviera en la punta de la lengua...

George consiguió otra audición para el coro de una obra del West End, *Ellos y*

ellas esa vez. Dijo que quizá no podría ir porque Polly estaba enferma, y Annie, a petición de Polly, empezó a tirarle uvas hasta que consiguió que cambiara de opinión.

A Costas lo nombraron Empleado del Mes en el Costa y llevó pastas gratis para todos. Casi todos los días colaba a Buster en el hospital para que Polly pudiera verlo, hasta que el doctor Max se dio cuenta de que su bolsa del gimnasio ladraba y le prohibió la entrada.

—Fascista —le espetó Polly.

Milly llevó a los gemelos, Harry y Lola, que pintarrajearon las paredes de la habitación de Polly con lápiz de ojos y luego se comieron tantos bombones que Harry acabó vomitando detrás del monitor cardíaco.

Suze fue de visita con un montón de almohadas, bolsas de agua caliente y su último novio, Henry, un tipo horrible que acababa de fundar una *start-up* de cafés en Shoreditch (Polly susurró: «Mi último deseo es que nunca vuelvas a salir con un tío que tenga una *start-up* de lo que sea»). Tuvieron que pedir a la gente que donara dinero para el hospital en lugar de enviar flores, y es que había tantas que el doctor Max decía que se sentía como si estuviera en *El día de los trífidos*.

En cuanto a Valerie, se ocupaba de cepillar los últimos mechones de pelo a su hija, a hidratarle la piel y, cuando empezó a toser sangre, a ofrecerle pañuelos perfumados para que los llenara de manchas rojas como amapolas. «Ya está, cariño. Limpiar, tonificar e hidratar, es lo que siempre dicen en la tele, ¿no?» Roger le leía los artículos de las revistas femeninas: «Vamos allá. Los diez errores más habituales al aplicar la máscara de pestañas. Madre mía, ¿qué es esta basura?». Podría decirse que los dos habían acampado en el hospital. Le llevaban pijamas limpias a Polly, libros que ella no podía leer y comida casera que no podía comer, pero curiosamente nunca coincidían.

También estaba el doctor Quarani, que en los últimos días pasaba a menudo por la planta de Polly, aunque él trabajaba en otra. «¿Cómo está?», solía preguntar a Annie cada vez que la veía.

Annie sacudía la cabeza y respondía: «Está. De momento». Poco más podía decir. Tenían que ir día a día.

Annie se encontraba al doctor Max casi todos los días, comprando cafés cuádruples

en la cafetería, comprobando gráficas, tomando constantes, pidiendo a los pacientes que siguieran su dedo, revisando resonancias, afeitándose en los aseos, comiendo Twix o sentado en una camilla leyendo artículos médicos o novelas de Jilly Cooper. Annie sentía que aún tenían muchas cosas que decirse —suficientes para llenar uno de aquellos libros enormes que él solía leer—, pero de momento solo podía ver unos pasos más adelante, como si caminara de noche bajo una espesa niebla. Únicamente era capaz de levantarse, darse una ducha, vestirse e intentar cuidar de Polly y de su madre.

Un día, Polly consiguió convencer a DJ Snazzy Steve, el tipo que estaba al frente de la radio del hospital, para que pusiera «(Is This the Way to) Amarillo» por los altavoces y luego organizó una conga entre médicos, enfermeras, visitantes y pacientes que recorrió todo el pasillo, yendo de habitación en habitación, hasta que apareció el personal de seguridad, al que Polly consiguió engatusar para que se sumara a la conga.

Otro día encargó pizza para todo el hospital y fue entregándola de cama en cama vestida de Santa Claus, a pesar de que era mayo, con George empujando la silla disfrazado de elfo.

Y luego estaban las visitas. De Dion, que había recibido el alta y fue a verla demacrado pero hecho un pincel, con un traje gris claro y un bastón. De Sandy, la amiga estilista de Polly, siempre elegante y casi tan delgada como ella, que metió una petaca de contrabando llena de Amaretto y se pasó la tarde explicándoles anécdotas escabrosas de la pasarela. De amigos viejos y nuevos, falsos y reales, estoicos y egoístas, llorones y graciosos, y así fueron pasando los días, porque eso es lo que tiene el tiempo, que es inexorable. Al final, siempre se acaba.

Día ochenta y uno: Haz las paces con el mundo



—No lo entiendo —dijo Tom—. ¿Qué haces tú aquí?

Annie intentó ser comprensiva. Sabía lo desconcertante que podía llegar a ser encontrarte a una desconocida en la puerta de tu casa.

—Vengo de parte de Polly. Está preparada para hablar contigo.

Tom llevaba una bata de paño de color azul marino, aunque eran las diez de la mañana de un día laborable. En su oficina le habían dicho que llevaba días sin ir a trabajar. También hacía días que no se afeitaba, y ahora se rascaba la barba incipiente mientras la miraba fijamente.

—Pero... la última vez me echó con cajas destempladas.

—Lo sé. No estaba preparada. Ahora sí lo está.

—Ni siquiera sé quién eres.

—Soy... Oye, ¿qué más da? Soy amiga de Polly. No la conozco desde hace mucho es verdad, pero... somos amigas. Y creo que deberías venir conmigo ahora mismo. Confía en mí. Si no vienes, te arrepentirás.

Tom miró hacia el interior de su casa.

—No estoy vestido. Estoy... Bueno, me he cogido unos días libres en el trabajo. En realidad, me han obligado. Después de lo que pasó en el hospital. Estaba fuera de mí. Un día monté una escena en la oficina. Rompí un par de cosas.

—¿En serio? ¿Qué rompiste?

—Una taza de café. Y... una fotocopidora. Me sentía un poco... frustrado.

Annie conocía la sensación.

—¿Está...? Se llamaba Fleur, ¿verdad?

Tom respondió que no con la cabeza.

—Se ha... se ha ido. Dice que estoy hecho un desastre.

Annie suspiró. Tantas bajas en esa guerra sin fin.

—¿Por qué no te das una ducha rápida, te vistes y vienes conmigo? Polly está muy mal, Tom. Ha llegado la hora.

Annie observó cómo recibía la noticia, que parecía penetrar en él como un chorro de leche en una taza de café.

—Ah. Pensaba que... Mierda. No estoy preparado.

—No creo que nadie lo esté. Pero va a suceder igualmente. Y pronto. Así que ven conmigo y arregla las cosas con ella. Es lo mínimo que puedes hacer.

Annie esperó en la cocina mientras Tom se duchaba. Estaba hecha un desastre, llena de platos sucios por todas partes y cajas de pizza apiladas junto al cubo de la basura, pero aun así era evidente lo bonita que debía de ser. El suelo era de mármol y los muebles eran antigüedades escogidas con mucho esmero. Una de las paredes estaba cubierta de fotos de la vida en común de Polly y Tom. Con sus padres, con George. En una de ellas reconoció a Milly y a Suze, vestidas de damas de honor. Nada de gasas y mangas abullonadas, solo seda roja. En el centro estaba Polly con su vestido de novia. Estaba tan guapa que a Annie le costó reconocerla. Como una estrella de Hollywood, con el pelo recogido en una trenza despeinada y salpicada de margaritas, el vestido de encaje marcándole la línea de la cadera. Parecía imposible que aquella fuera la misma mujer del hospital, reducida al tamaño de un niño, medio calva y pálida y cubierta de eczemas. Annie se tragó el nudo que tenía en la garganta. Estaba en lo cierto: Polly había tenido una vida perfecta antes del cáncer, al menos de cara a la galería. Pero al mismo tiempo no era perfecta. En absoluto.

—Esa es del día de nuestra boda.

Tom estaba junto a la puerta. Olía a lima e iba vestido con unos vaqueros grises y un grueso jersey azul marino. El hombre catálogo. El marido perfecto. Annie no supo qué decir.

—Es una foto muy bonita.

Él se frotó los ojos.

—Me parece increíble que esté pasando esto.

—Lo sé. Pero está pasando. Vamos.

—¿Te quedas?

Tom se había detenido en seco nada más cruzar la puerta de la habitación. Se notaba que estaba increíblemente incómodo. Polly no había abierto los ojos. Su respiración era lenta y dificultosa; las máquinas seguían pitando y zumbando a su alrededor.

—Lo siento —se disculpó Annie—. Me ha pedido que... Últimamente le cuesta hablar por el respirador, pero me ha dicho lo que quiere que te diga en su nombre. Ya sé que es duro.

Tom la miró, horrorizado.

—Pero... tenemos que hablar de muchas cosas. Cosas privadas.

Annie sabía que Polly estaba despierta por la forma en que tenía entornados los ojos. Había que pasar muchas horas con ella para darse cuenta, y Annie llevaba prácticamente dos días sin salir del hospital. Polly respiró hondo y tosió tras la máscara de ventilación.

—Tom —dijo, la voz amortiguada por la máscara, que se cubrió de vaho.

—Hola. ¿Estás...? —Dejó la pregunta sin formular—. ¡Dios, Polly, lo siento, de verdad! No sabes cuánto lo siento. No tenía ni idea de que sería tan rápido, pensaba que te curarías, ¿sabes?, y...

Polly apretó la mano de Annie en un gesto casi imperceptible, como el pulso de la sangre corriendo por sus venas.

—No quiere que te disculpes —dijo Annie—. Sabe que debería haberte contado lo que estaba pasando y siente no haberlo hecho.

Tom la miró en silencio.

—¿No pueden hacer nada?

—Lo han intentado todo —explicó Annie, consciente de que estaba repitiendo las palabras del doctor Max—. Radio, quimio, cirugía... Es muy agresivo, está creciendo y ya no pueden controlarlo. Tiene un tumor secundario en los pulmones que le oprime la médula. Ya no puede andar y está perdiendo el habla y la visión. Tiene muchos dolores.

—Lo siento tanto... —repitió Tom.

Las lágrimas relucían en su rostro. Polly se quitó la máscara y su frágil cuerpo se estremeció por culpa de un ataque de tos.

—Fle...Fleur...

—No ha venido. Siento haberla metido en casa, no sé en qué estaba pensando... Pero ya se ha ido.

Polly le tocó el brazo a Annie.

—Lo sé. Chist —dijo esta—. Tom, quiere saber si eres feliz con Fleur. O si lo has sido.

—Mmm... Supongo, pero no.

—¿La que... querías? —consiguió decir Polly.

—¿La querías, Tom? ¿Y ella a ti? Polly quiere saber la verdad.

Él asintió y se le escapó un sollozo desgarrador.

—En ese caso, Polly desea que vuelvas con ella y que seas feliz. Porque vosotros dos no lo erais y ella se ha quedado sin tiempo, pero tú no. Y la vida es demasiado corta para malgastarla siendo infelices. —Annie miró a Polly, que asintió levemente. Annie estaba expresándolo bien—. Así que vete a casa, llámala y sed felices. Y si quieres venir al funeral, eres más que bienvenido. Puedes traer a Fleur.

Polly había insistido en añadir esa última parte, aunque Annie sufrió por Tom. Por la expresión de su cara, parecía que era él quien tenía algo presionándole la médula.

—Pero no puedo... ¿Cómo va a...? ¡Por Dios, Polly! ¡Esto no puede acabar así ¡Eres mi mujer!

Polly apretó la mano de Annie, que dijo:

—No pasa nada. Considérate divorciado, Tom, pero sin todo el papeleo. Perdona, me hizo prometer que te lo diría tal cual. —Polly la fulminó con la mirada, algo

bastante difícil de hacer para alguien a quien no le quedaba fuerza para mover los músculos de la cara—. No pretende ser cruel, pero cree que estamos malgastando nuestras vidas siendo infelices cuando podríamos ser muy felices. Ya sé que conseguirlo no es fácil, pero tenía que contártelo.

Polly volvió a tocarle la mano, impaciente, y cerró los ojos. Cada vez le costaba más respirar.

—Está cansada. Creo que es todo lo que quería decirte.

Tom rodeó a Annie, cogió la mano minúscula de Polly entre las suyas y se la acercó a la cara. Polly se puso tensa, pero luego dejó que la atrajera hacia su pecho y le pasó los brazos alrededor de los hombros mientras Tom la acunaba entre sollozos desesperados.

Annie salió de la habitación en cuanto oyó el llanto de Polly mezclándose con el de Tom: un lamento débil y exhausto. Las lágrimas de alguien a quien ya no le quedan lágrimas. Ella antes también era así. ¿Sería Tom capaz de perdonarse a sí mismo? ¿El recuerdo de lo que le había hecho a Polly le impediría ser feliz en el futuro? Annie fue consciente de que tenía que perdonar a Mike y a Jane, perdonarlos de verdad. Más por sí misma que por ellos.

Al cabo de unos minutos Tom reapareció en el pasillo, el que estaba pintado del color del dolor, con la boca abierta y los hombros hundidos.

—¿De verdad que... que no pueden hacer nada más?

—No. Tenemos que dejarla marchar.

Él se apoyó contra la pared sin dejar de sollozar ruidosamente y Annie temió que se mareara.

—Hay una silla ahí detrás —le dijo—. Siéntate un momento.

Tom obedeció y se desplomó como si sus piernas ya no aguantaran el peso de su cuerpo. Lloró tapándose la cara con las manos. Cuando la levantó, tenía las mejillas empapadas.

—Seguro que piensas que soy una persona horrible. Poniéndole los cuernos a mi mujer enferma.

—Tú no sabías que estaba enferma.

—Es que... yo antes la quería. Creo. No lo recuerdo. ¿No es horrible que ni

siquiera sepa si fui feliz con ella? Supongo que éramos un poco... Vivíamos bien. Teníamos una casa bonita. Íbamos de vacaciones todos los años. Esas cosas. Yo creía que éramos felices. Trabajábamos las mismas horas, nos veíamos cuando ella salía de yoga y yo volvía de jugar al golf, mirábamos el móvil en la cama, trabajábamos hasta las tres de la madrugada... Un día conocí a... Fleur... y me di cuenta de que no era feliz. Polly y yo éramos como dos desconocidos viviendo en la misma casa.

—¿La echas de menos? Me refiero a Fleur.

Annie se imaginó una veinteañera vestida de licra de la cabeza a los pies.

—Mucho. El otro día me encontré un calcetín suyo entre la colada y me eché a llorar.

—Pues entonces ve a buscarla. Y Tom, supongo que te sientes fatal por todo esto, la enfermedad de Polly, los cuernos y lo demás, pero es una cuestión de mala suerte. Cuanto Polly te ha dicho lo decía en serio. Todos, yo en especial, tenemos que permitir que se marche y luego debemos hacer algo todavía más difícil.

—¿Qué?

Estaba enjugándose las lágrimas en un intento por mejorar su aspecto. Annie pensó para sus adentros que un hombre como Tom seguramente no había llorado ni una sola vez en los últimos treinta años hasta ese momento.

—Vivir la vida. Intentar ser felices. Nada más.

Y mientras se alejaba oyó el llanto de Tom acompañándola hasta el final del pasillo.

Día ochenta y dos: Escribe tu propio panegírico



—No, no, no, no, ¡ni pensarlo!

—Pero... ¿por qué? —susurró Polly.

—Por el amor de Dios, Polly... ¡No pienso escribirte un panegírico mientras aún estás viva!

Polly estaba sentada en la cama con una de sus pelucas, corta y de color rosa, en la cabeza. Aparte de la delgadez, no tenía mal aspecto. ¿Era «el último día bueno» del que todo el mundo hablaba?

—¿Por qué no? Así podré... oírlo.

—Porque es... es sensiblero y egocéntrico. Dios, es como un Instagram pero en la vida real.

Polly estaba calmada.

—Solo quiero saber... lo que la gente piensa de mí antes de morirme. ¿Qué sentido tiene decirme cosas bonitas cuando ya no pueda... oírlas? ¿Por qué no decimos a los demás que los queremos cuando aún... nos oyen? Te das cuenta de que estoy... muriéndome, ¿verdad?

Annie chasqueó la lengua.

—¿Cómo puedes decir eso? Todo lo que hemos hecho durante los últimos meses, todos nosotros, ha girado única y exclusivamente entorno a tu muerte. Estás tan ocupada con tu propia desgracia que a veces se te olvida que los demás estamos vivos.

Polly intentó poner los ojos en blanco.

—Si alguien se había olvidado de que estaba viva, esa eras tú, señorita...

Anatomía de Grey.

Annie odiaba que Polly tuviera razón.

—VALE, está bien. Esta vez también vas a salirte con la tuya, como siempre. ¿Qué quieres?

Polly sonrió.

—Quiero... un simulacro de funeral. Aquí, en la capilla del hospital, ya que no puedo... salir. Pero esfuérate para que sea chulo, ¿vale? Ya sabes, que haya flores, velas... Un poco de todo. Esto es... muy deprimente. Habla con Sandy. Ha estudiado... diseño de interiores. Y que nadie vista... de negro. Sobre todo tú. Es tan triste... Quiero color, color... y más color.

—¿Algo más?

—Una lista de la música que quiero. —Señaló la libreta forrada de piel que había sobre la mesita—. Por favor..., no dejes que mi madre ponga «The Wing Beneath My Wings» ni ninguna... cursilada por el estilo. Mi madre se empeñará en que venga... un sacerdote. En realidad, es muy... conservadora. Pero yo quiero que mi amigo Ziggy oficie el funeral también. Es... humanista zoroastra y vive en un árbol. A mi madre le dará un soponcio, pero dile que es lo que... quiero.

—Pero tú también estarás presente, ¿no? ¿Por qué no se lo dices tú misma?

Polly agitó una mano.

—Claro. A ver, la comida. Que no sea de la cafetería. Está... asquerosa. Pregunta a Tom por el catering de nuestra... boda. Diles... que nada de pepinillos.

Annie lo anotó en su móvil.

—Esto va a ser el evento más extraño al que haya ido en toda mi vida.

—Típico de Polly..., ¿verdad?

—No puedes decirlo de ti misma. Te hace quedar como una egocéntrica de cuidado.

—¿Por qué cambiar ahora las costumbres de toda una vida..., cariño? —Estiró los pies por debajo de las mantas—. Me vendría bien una... pedicura. ¿Te importa buscar

a alguien que pueda venir al hospital? Alguien que sepa de uñas de gel. Quiero algo que... llame la atención.

Annie escribió: «Uñas que llamen la atención».

—¿Qué soy, tu asistente personal?

—¿Tienes algo... mejor que hacer?

—No, desde que ALGUIEN me dejó sin trabajo.

—¿Qué crees que debería... ponerme? ¿Tienes que vestir de negro en tu propio funeral?

—Puedes ponerte lo que te dé la gana. De todas formas, es lo que harás.

—Es verdad. Vale, llama a Sandy. Dile que quiero un modelito para morir. El mejor... vestido que tenga. Al menos, estoy tan delgada que... no tengo que preocuparme de que no me quepa.

Annie siguió tomando notas. Era más fácil seguirle la corriente.

—Pedicura, ropa, comida, música, decoraciones. ¿Qué más?

—Quiero una presentación de mi vida. Búscame el número de alguien... que haga vídeos. Y quiero que todo el mundo diga algo sobre mí. Como los brindis en... una boda, solo que no tendré que compartirlo con nadie más.

—¿Siempre has sido tan egocéntrica? ¿O es que has estado conteniéndote hasta ahora?

—Creo que la cercanía de la muerte ha reducido drásticamente mis reservas de... «me importa una mierda». —Polly volvió a mirarse los pies, reseco y agrietados, y suspiró—. ¿Sabes qué me gustaría de verdad?

—¿Volar en globo sobre el desierto del Sáhara? ¿Ver una función de *Les Misérables* hecha con gatos?

—Me gustaría tener una última... cita. Qué tontería, ¿eh? No he salido con nadie desde que conocí a Tom y ya no me acuerdo de cómo era. Ya que voy a ponerme... toda glamurosa, me encantaría salir con alguien, ir a un sitio... bonito. Con un hombre. Pero ¿quién querría cenar conmigo? Si ni siquiera puedo salir... de este puñetero hospital.

Annie siguió tomando notas.

—Bueno, nunca se sabe, Poll. Si algo he aprendido de ti es que todo es posible.

Polly asintió.

—Podría abrirme un... Tinder y ver si hay alguien más en el hospital que esté muriéndose y quiera una cita *in extremis*. Seguro que encuentro algún alérgico al compromiso al que le parece... buena idea.

—Seguro —repitió Annie mientras daba vueltas a una idea que acababa de ocurrírsele.

Polly se recostó sobre los cojines y cerró los ojos.

—Bueno, ¿y qué vas a decir en mi... panegírico?

—Ah, pues que estabas tan borracha de poder que conseguiste que me despidieran del trabajo y me obligaste a bailar en una fuente fría y sucia y me pisoteaste hasta hartarte.

—De... nada.

Annie permaneció en silencio, haciendo rodar el bolígrafo entre los dedos. Era de colores, igual que el que Polly le había regalado hacía ya unas cuantas semanas para alegrar su mesa del trabajo.

—Polly..., hace tiempo que quiero preguntarte algo. ¿Por qué has hecho todo esto por mí? Ya sabemos que soy una persona horrible, malhumorada, miedica y un poco mala.

Polly se echó a reír con un sonido áspero y seco.

—La primera vez que te vi en el hospital, parecías tan... desgraciada, tan rota, que pensé: «¡Por fin alguien que ve la realidad tal como es, alguien que sabe que la vida es... una mierda y que nuestro destino es morir solos en una habitación pequeña y cutre como esta». No quería... tópicos. Mis amigas... son geniales, pero siempre ven el vaso medio lleno. Le habrían dado al «me gusta» en todas mis publicaciones de Facebook, pero luego no se habrían atrevido a hablar conmigo sobre mi... enfermedad. Se habrían hecho selfis el día de mi entierro y habrían puesto un montón de emoticonos tristes, pero al final no habrían entendido nada. ¡Si hasta Milly y Suze se niegan a escuchar cualquier cosa que sea remotamente... negativa! Habrían intentado encontrarle el sentido. Y mis padres igual. Estaban tan asustados que eran incapaces de aceptarlo. Lo hacían sin malicia, pero yo necesitaba... realismo,

supongo. Intentar ser positiva sin negar la realidad. ¿Sabes?, yo antes no era así. Era como tú: me pasaba el día entero en la oficina, me quejaba del tiempo que perdía yendo de aquí para allá, apenas hablaba con mi marido o con mi familia, vivía obsesionada por los «me gusta» en... Instagram o por el tipo de crema hidratante que debía comprar. Todas esas... bobadas. Pero cuando te conocí pensé que si tú podías volver a ser feliz, después de todo lo que te había pasado, sería algo real, la confirmación de que es posible cambiar las cosas. Ser realmente... feliz.

—Entonces qué, ¿soy algo así como tu legado?

—Creo que sí, al menos al principio. Y luego, bueno..., supongo que te cogí cariño. Señorita... Aguafiestas. No sé... es todo muy extraño. No podré llamarte ni enviarte un correo desde... donde esté. ¿Cómo voy a decirte qué... hacer? ¿Cómo sabré qué ha pasado al final con el doctor Cascarrabias? Ni siquiera podré preguntarte cómo estás.

Annie miró a Polly, que aún tenía los ojos cerrados. Estaba pálida, del color de la almohada. Era fácil imaginarse el aspecto que tendría cuando por fin cerrara los ojos para siempre.

—Poll..., ¿alguna vez te he dado las gracias?

—No. Lo recordaría.

—Bueno, pues gracias.

—¿También por hacer que... te despidieran?

—Mmm...

—Saldrás... adelante, Annie. Hay muchos trabajos que puedes hacer, muchos sitios a los que ir. Créeme, algún día, cuando estés donde estoy yo ahora mismo, y ese día llegará, de eso puedes estar segura, te... alegrarás de haberlo dejado.

—Lo sé —dijo Annie con un hilo de voz—. Ya lo sé. Gracias, Polly.

La delgada mano de Polly apareció entre las mantas y se cogió a la de Annie.

—Gracias, Annie Hebden-Clarke. No sé si habría podido... hacer esto sin ti. Me habría pasado el día... gritando como una loca. Me has enseñado que cuando algo es una mierda no pasa nada por estar triste. Que no es una enfermedad que haya que curar.

—Bueno, gritar has gritado, a ratos.

Polly rio, muy bajito, y al cabo de unos minutos su respiración volvió a ser apagada y regular como antes. Annie le sujetó la mano un rato más, luego se la soltó y salió de la habitación.

Día ochenta y tres: Ten una primera cita



—¡Eh, mira esas uñas!

—Chulas, ¿eh? —Polly le mostró los pies, cuyas uñas estaban pintadas en tonos cítricos—. Como para no... verlas. —Movi6 los dedos, cada uno de un color distinto: lima, sorbete, lim6n 6cido—. Voy a ser el cad6ver m6s... a la 6ltima de toda la morgue.

Annie no pudo evitar que se le escapara una mueca. Preferiría que Polly no dijera esas cosas, pero sabía que no tenía derecho a ofenderse. No tenía sentido pedirle que tuviera en cuenta los sentimientos de los dem6s cuando ella se moría.

—¿C6mo est6s?

—Bien. Me encuentro bien. He ido a la pelu, tengo la ropa, estoy lista para la... acci6n. —Y era verdad, tenía mejor aspecto. Le habían arreglado la peluca para que se pareciera a su pelo, con los rizos rubios y brillantes. Sonreía, y tenía mejor aspecto gracias al maquillaje—. Sandy me ha mandado... un vestido alucinante. L6stima que tenga que esperar al día de mi funeral para ponérmelo.

Annie mir6 el reloj. Ya casi era la hora.

—Bueno, quiz6 no tengas que esperar tanto.

—¿Qu6? —Polly estaba arrugando la nariz sobre la bandeja de la cena, que consistía en un cuenco de caldo vegetal y unas rebanadas de pan blanco—. Madre mía, ¿qu6 es esto? En serio, dudo mucho que est6 hecho con un... Nutribullet.

—No te lo comas. Esta noche cenas fuera. Bueno, fuera fuera no. Fuera de la

habitación, eso sí. No nos han dejado sacarte del hospital, lo siento.

—¿No os han dejado? ¿De qué estás hablando?

Polly soltó la cuchara, que cayó en la bandeja con un ruido metálico.

«¡Vamos allá!», se dijo Annie. Aquello podía explotarle fácilmente en la cara.

—Bueno, cuando me dijiste que te gustaría tener una última cita... decidí organizarte una.

—¿Qué? ¿Con... quién?

—¿Con quién crees tú? Con tu enamorado del hospital.

—No... Ay, Annie. Por el amor de... Dios. Quedé como una idiota tirándole los tejos. Era evidente que no estaba interesado.

—Pues ahora sí lo está.

Al menos eso esperaba Annie. Aún no acababa de creerse que George lo hubiera convencido. Era un hombre tan profesional, tan reservado... Polly intentó cruzar los brazos, pero estaba demasiado débil.

—No es justo, me has tendido una... trampa.

—Ah, claro, no como cuando tú conseguiste que me despidieran. O cuando le dijiste al doctor Max que me gustaba...

—Cosa que es cierta.

—O cuando me hiciste posar desnuda o los cientos de cosas que me has obligado a hacer. Me debes una, Polly Leonard.

—Pufff. No quiero que nadie salga conmigo... por pena.

—Piensa que es lo único que vas a conseguir ahora mismo. Lo siento, cielito.

—A mí no me llames... «cielito», Annie Hebden.

—Va, para de quejarte, quítate ese pijama tan horrible y ponte el vestido. Llegará en cualquier momento.

Polly consideró sus opciones en silencio, mordiéndose el labio, y luego levantó las manos en alto.

—¡A la mierda! Supongo que es mi última... oportunidad.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Muy guapa para ser alguien... que tiene cáncer, supongo.

—¡Qué va! De todas formas, las modelos siempre parece que se estén muriendo. Podrías pasar por una de ellas.

Polly, frente al pequeño espejo del aseo, se volvió y observó el reflejo de su cuerpo por encima del hombro. Era la primera vez que Annie la veía levantada desde hacía semanas. El vestido era de seda roja, con el cuello de barco y las mangas ajustadas hasta los codos. Por debajo de la cadera era más ancho, lo cual disimulaba la delgadez de sus piernas y daba un tono cálido a su rostro. Annie le dio una barra de pintalabios.

—Toma. Rojo, a juego.

—Gracias. —Se lo aplicó sobre los labios, a pesar de lo reseco que los tenía, sin dejar de mirarse en el espejo—. Parezco... Por Dios, Annie, ¡parezco... una persona normal! Parezco yo. Después de una... dieta estricta a base de zumos.

—Seguro que le da un patatús cuando te vea.

Polly entornó los ojos.

—Ja ja.

—Perdón. ¡Ay, Dios, que ya viene! —Annie miró a través del cristal de la puerta—. ¡Es él!

—Madre mía, Annie, ni que fuera al baile... de graduación. —Pero la sensación era esa. Polly juntó las manos y sonrió de oreja a oreja—. Tengo una... ¡cita! ¡En este hospital tan romántico!

—Calla, calla. Vale, ¿lista?

Alguien llamó a la puerta.

—Que espere —murmuró Polly—. Uno, dos, tres... Bah, a la mierda, no tengo tiempo de hacerme... la dura. —Abrió la puerta—. Doctor Quarani.

—Sami, por favor. —Llevaba un traje azul marino con una camisa celeste y olía genial, como a almizcle—. Polly... Estás guapísima.

—Ah, lo dices por este... trapito. Bueno, Sami, ¿adónde me llevas?

—Vamos a un... sitio que conozco.

—¿La cafetería? —susurró ella.

—Claro que no. Es un restaurante muy acogedor, que casualmente está en el mismo sitio que la cafetería. ¿Vamos?

Le ofreció un brazo y Polly dio un paso adelante, con el vestido arremolinándose alrededor de sus tobillos, y se apoyó en él. Se había negado a usar la silla de ruedas. Solo había diez pasos hasta el ascensor, así que con un poco de suerte lo conseguiría.

—No corráis —dijo Annie cuando pasó junto a ellos—. Resulta que sé de buena tinta que la camarera aún no ha llegado.

—Esta noche tenemos un menú especial para ustedes, compuesto por especialidades de la cocina griega. Para empezar, hojas de parra rellenas seguidas de musaca. ¿Qué vino desean beber?

Annie tenía que evitar la mirada de Polly o sabía que se le escaparía la risa. Llevaba un trapo colgando del brazo y un chaleco, que George le había prestado, sobre una camisa blanca. Habían apagado casi todas las luces y en todas las mesas de la cafetería, cubiertas con manteles rojos, había velas. Annie había instalado un altavoz para iPod por el que sonaba la voz de Michael Bublé. Casi parecía un restaurante bonito, si entornabas los ojos e ignorabas el intenso olor a desinfectante, que ni siquiera un puñado de lirios era capaz de disimular.

—¿Hay vino?

—Bueno, champán.

Annie señaló la cubitera que Costas había cogido prestada del restaurante de un amigo.

—¿Y puedo beber?

—Por lo visto, sí. Una copa.

El doctor Quarani negó con la cabeza.

—Para mí no, gracias. No bebo.

—Ningún problema, señor. Tenemos zumo de uva.

El doctor Quarani levantó la copa en alto después de que Annie la llenara del brik de zumo que habían comprado.

—Felicidades, Polly. ¿Cuántos años cumples? —Polly miró a Annie de reojo («¿Cómo?», parecía decirle) y el doctor Quarani se dio cuenta—. Ay, lo siento, es una pregunta indiscreta, ¿verdad? ¿Cómo se dice? Ah, sí... ¡Salud!

Annie llenó la copa de Polly y se retiró, no sin antes anunciar:

—Les dejo solos para que puedan hablar.

En la cocina la cosa estaba que ardía, pero no en el buen sentido de la expresión. Costas estaba peleándose con algo en la tabla de cortar, con la cara roja como un tomate. No paraba de maldecir en griego.

—No tiene este aspecto cuando lo hace mi madre.

George también estaba sudando, con la camiseta blanca pegada al cuerpo.

—Dios, no consigo rellenar las puñeteras hojas de parra. ¿Tu madre te ha explicado cómo hacerlo, Costas?

El móvil emitió un sonido y Costas lo cogió, llenando la pantalla de carne en el proceso.

—Dice que por qué hago el trabajo de una mujer. Típico de mi madre.

—No es que sea de mucha ayuda. Mierda.

George se chupó el dedo que acababa de rebanarse con el cuchillo.

—¿Algún problema? —preguntó una voz con acento escocés.

El doctor Max estaba apoyado en el quicio de la puerta con las manos en los bolsillos de la bata blanca... o casi blanca.

—Las hojas de parra no aguantan cerradas con el relleno —dijo Costas, al borde de las lágrimas—. No puedo seguir los pasos de mi madre.

Max se subió las mangas de la bata.

—¿Alguien podría explicarme qué está pasando aquí?

—Mmm... Tenemos la autorización del hospital —dijo Annie—. Polly quería salir a cenar por última vez. Una última cita, vaya.

—¿Y habéis convencido a Sami para que sea el cabeza de turco? ¿Sami, el mismo que jamás traspasa la línea de la profesionalidad? ¿En una cita con una paciente moribunda?

George se limpió unos granos de arroz de la mejilla.

—Bueno, puede que no usara la palabra «cita».

—¿Qué le has dicho? —preguntó Annie al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

—He mencionado lo de cenar con mi hermana... y puede que dejara caer que habría más gente... Vale, le he dicho que era el cumpleaños de Polly. ¿Contentos?

—¿Que le has dicho qué?

Annie se sintió estúpida bajo la mirada irónica del doctor Max.

—Ya —dijo Max con un suspiro—. ¿Y a nadie se le ha ocurrido pensar que el hospital podría despedirlo por salir con una paciente? ¿Y que si lo despiden, lo más probable es que lo devuelvan a una zona de guerra?

—¿Y cómo querías que lo supiera? —exclamó George haciendo aspavientos—. De verdad. Cocinar, pedir citas a heteros... ¡Yo no he pedido nada de todo esto!

Costas parecía aturdido mientras se limpiaba la carne de las manos.

—¿No vamos a preparar la cena?

—No te preocupes —le dijo el doctor Max, transmitiendo seguridad por cada uno de los poros de su cuerpo—. Yo sé prepararlas.

Y empezó a rellenar las hojas de parra. Annie se lo quedó mirando, debatiéndose entre el alivio y la irritación.

—¿Dónde has aprendido a hacer esto?

Max se encogió de hombros.

—La cirugía consiste básicamente en lo mismo. Sacar cosas de donde no deberían estar y asegurarse de que otras no se salgan de su sitio. —Atravesó la hoja con una brocheta con la misma pulcritud con la que cosía las incisiones—. Ya está. ¿Cómo va lo demás?

—La musaca está en el horno —respondió Costas, histérico—. George está preparando el baklava.

—Y eso que nadie me lo va a agradecer —dijo George desde el otro extremo de la cocina.

El doctor Max se lavó las manos y cerró el grifo con el codo.

—Vale. Annie, ven conmigo.

—¿Por qué? —preguntó ella mientras se quitaba el delantal salpicado de arroz.

—Si esta es la última vez que Polly sale a cenar, depende de ti y de mí que salvemos el resto de la velada. Bueno, básicamente de mí, pero tú siempre puedes hacer bulto.

«Hacer bulto...» ¿Eso era lo que pensaba de ella? Salió de la cocina detrás de él, echando humo por las orejas.

—... Fue un procedimiento bastante complicado porque el paciente tenía una perforación en el intestino y la materia fecal había empezado a filtrarse...

Fuera, el doctor Quarani estaba bebiendo zumo y explicando a Polly una operación quirúrgica especialmente desagradable. Ella tenía la copa intacta y, en cuanto vio a Annie, la fulminó con la mirada. «¿Pero qué coño es esto?», parecía gritarle.

Annie evitó mirarla a los ojos y el doctor Max se dirigió directo hacia ellos.

—¡Sami, Polly! Qué alegría veros. ¿Qué es esa porquería que estáis escuchando? —Apagó el iPod—. Creo que podemos hacerlo mucho mejor. —En una esquina de la sala, debajo de un mantel rojo, había un piano—. Los Amigos del Hospital pusieron esto aquí; pensaron que serviría para levantar la moral de los pacientes o algo así... Ah, ¡mirad qué bonito! —Retiró el mantel y se sentó en el banco—. ¿Alguna petición?

—¿Sabes tocar el piano? —le preguntó Annie, tan sorprendida que ni siquiera se dio cuenta de que se había salido del personaje.

¿Había algo que ese hombre no supiera hacer?

—Pues claro —dijo Max—. Es todo cuestión de dedos. ¿Qué tal, para empezar, un poco de Frank? No me refiero a tu tumor, Polly, sino al otro Frank.

Y se puso a cantar «I Get a Kick Out of You», las notas propagándose por la sala vacía y su voz resonando, ronca y profunda. Cuando llegó a la línea en la que mencionaba el champán, Max hizo un gesto con la cabeza al doctor Quarani, que sonrió. Annie se alegró de que no lo hiciera más a menudo o nadie en todo el hospital conseguiría concentrarse en su trabajo.

Costas y George salieron de la cocina para escuchar la canción. Max siguió tocando, Polly por fin cogió su copa de champán y el doctor Quarani levantó la suya para brindar. «Ay, por favor —pensó Annie—, ¡que no le desee un feliz cumpleaños!»

—Brindo por ti, Polly —dijo, y eso fue todo.

—¿Quieres que te ayude con el vestido?

La cita que no era tal cita no duró mucho, y es que Polly estaba demasiado cansada para aguantar sentada, pero al menos probó las hojas de parra rellenas, comió un par de trozos de musaca y medio baklava.

—Esto lleva literalmente millones de capas de hojaldre —había dicho George.

No tenía mucho sentido que siguieran escondidos en la cocina, así que al final habían acabado los seis sentados alrededor de la mesa, a la luz de las velas y escuchando otra vez a Michael Bublé, a pesar de las protestas del doctor Max. Habían comido, habían bebido, se habían reído y se lo habían pasado bien.

Polly negó con la cabeza. Estaba estirada en la cama, aún con el vestido rojo, mirando al techo.

—Creo que me lo dejaré puesto. Es demasiado... bonito para quitármelo.

—¿Te ha gustado la cita?

—Él no sabía que era una cita, ¿verdad? Me preguntaba por qué había... aceptado. Annie se entretuvo colocando las almohadas.

—Eso tendrás que preguntárselo a tu hermano.

—No pasa nada. Yo solo quería un hombre... guapo, un vestido bonito y una velada rodeada de la mejor gente que conozco. Quizá todas las citas deberían ser... citas en grupo. —Guardó silencio—. Me ha contado lo que pasa en su país. Lo de su familia.

—Vaya.

—¿Le echaréis un ojo? ¿Max y tú? Creo que se siente solo. Imagínate acabar atrapado en Lewisham y encima sin poder ni beber. Pobre hombre.

—Tranquila, que lo vigilaré —respondió Annie. Polly no había añadido: «... Cuando yo no esté», pero sabía perfectamente a qué se refería—. ¿Me quedo contigo?

—No, no. Vete a casa a... dormir.

—Como quieras. —Se dirigió hacia la puerta y bajó la luz—. Avisa a las

enfermeras si necesitas ayuda para quitarte el maquillaje o lo que sea. Después de todo, les pagan para eso, para atenderte.

—Vale. Annie...

—Dime.

—Gracias por lo de hoy. Ha sido la... mejor no cita de toda... mi vida.

—Buenas noches.

—Buenas noches..., Annie Hebden-Clarke.

Mientras salía por la puerta Annie miró por encima del hombro a Polly, tumbada encima de las sábanas con su vestido rojo, inmóvil y pálida como una estatua, y con lo poco que quedaba de su melena dorada brillando bajo la tenue luz de la habitación.

Día ochenta y cuatro: Despídete



El teléfono. Estaba sonando el teléfono. Annie palpó debajo de la almohada hasta que lo encontró y apretó los botones a ciegas. La luz azul de la pantalla inundó la habitación.

—¿Sí? ¿Qué hora es? Aún es de noche.

—¿Annie?

—¿Sí? —Era George. ¿Por qué la llamaba en plena...? Annie se incorporó de golpe—. ¿George? —Oyó su voz tan lejana como si le llegara desde el espacio exterior—. ¿Es...?

George no respondió. Annie tan solo oyó un sollozo entrecortado. No necesitaba oír nada más. Se levantó de la cama, se puso los vaqueros y buscó las llaves por la habitación.

—Ahora voy. Ahora mismo voy.

Tiempo después no recordaría casi nada del trayecto, únicamente el fulgor de las luces anaranjadas mientras avanzaban a toda velocidad por Catford y el silencio del conductor del Uber, que debió de darse cuenta de su estado de nervios y pisó el acelerador. Annie le dio las gracias al bajar del coche y entró a toda prisa en el hospital, adentrándose en el brillo verdoso que inundaba el edificio por la noche, con los pitidos y las luces y la gente yendo de aquí para allá, los médicos de aspecto

cansado y las enfermeras de guardia. En vez de esperar el ascensor, subió corriendo por la escalera, resoplando y jadeando. Frente a la habitación de Polly, al fondo del pasillo, había un grupo de personas. Reparó en ellas, pero su cerebro no lograba asimilar lo que estaba viendo. Valerie lloraba en el hombro de George mientras él le acariciaba la espalda, con la cara desenchajada por las lágrimas. Roger se encontraba de pie junto a ellos, y sacudía los hombros como si se tratara de una botella de champán que alguien hubiera agitado. Annie se detuvo al llegar a la puerta y miró a través del cristal. Al principio no entendió nada. ¿La habían trasladado? ¿Qué hacían todos ahí plantados si la habían trasladado y...?

—Annie.

El doctor Max también estaba allí, vestido con la misma ropa, con la misma mancha de tomate en la manga de la camisa. Aún no se había ido a casa.

—¿Dónde está?

—Annie, lo siento. Se ha ido...

—No.

—Ha debido de ser poco después de que tú te marcharas. Aún llevaba el vestido y se la veía muy tranquila, de verdad...

—No.

—Le regalaste una última noche genial. Pero se ha ido, Annie, ya no está. Lo siento. Polly ha muerto hará una hora. Estaba dormida, no ha sufrido, te lo prometo. Es lo mejor que podía pasar, teniendo en cuenta las circunstancias.

—¡NO!

¿Cómo era posible que estuviera muerta? La había visto no hacía ni dos horas antes, feliz y contenta, hablando, riendo, bebiendo champán. ¿Cómo podía estar allí y, un segundo después, desaparecer?

El doctor Max le había pasado un brazo alrededor de la cintura y estaba llevándosela a un lado con delicadeza pero con firmeza.

—Venga, Annie. Ya no puedes hacer nada por ella. Tenemos que sacar a toda esta gente de aquí.

—Pero... ¿si dentro de unos días era el simulacro de su funeral! —exclamó ella estúpidamente.

—Lo sé. Creo... creo que ella quería que ocurriera así, Annie. Quería que estuviéramos preparados. Sabía que no duraría tanto. Venga, vamos, por favor.

Annie miró hacia atrás, incrédula, hacia la habitación que Polly ocupaba desde hacía semanas. Las sábanas estaban perfectamente alisadas; las máquinas, apagadas y en silencio. Era como si nunca hubiera estado allí.

Día ochenta y cinco: Métete en la cama y llora



Polly estaba muerta.

Día ochenta y seis: Saca la caja de pastillas del armario del aseo, míralas pero vuelve a guardarla donde estaba



Polly estaba muerta. Muerta. ¿Cómo era posible? No era justo. Joder, ¡no era justo!

Día ochenta y siete: Siéntate en el suelo de la sala de estar
mirando la pantalla apagada del televisor



Polly estaba muerta. Estaba muerta estaba muerta estaba muerta estaba muerta estaba muerta.

—¿Annie? —Costas le había puesto una mano en el hombro—. Saco a Buster a pasear. —El cachorro estaba olisqueando alrededor de sus pies, pero Annie estaba demasiado triste para cogerlo en brazos—. ¿Quieres que traiga una pizza?

Consiguió encontrar la voz, rescatarla de algún lugar de su interior.

—No. Gracias.

—Tienes que comer algo, Annie.

¿Por qué? Polly estaba muerta. Polly estaba muerta y ya nada tenía sentido. Polly estaba muerta. Daba igual las veces que lo repitiera, no conseguía asimilarlo. En esa ocasión no sabía cómo iba a arreglárselas para recomponerse.

Día ochenta y ocho: Habla en público



¿Era posible que una mujer hubiera conocido a tantísima gente en solo treinta y cinco años de vida? La iglesia estaba a reventar; habían conseguido trasladar el acto desde la capilla del hospital hasta allí, pero los demás detalles seguían siendo los mismos. Solo que Polly no estaría para verlo. Al menos, viva no.

Annie avanzó por el pasillo sintiéndose como una novia tímida el día de su boda. Había pasado demasiado rato arreglándose, pensando que Polly querría como mínimo que llevara el pelo limpio y un poco de maquillaje, además de unas medias que no tuvieran carreras. Por si fuera poco, no estaba acostumbrada a caminar con las sandalias plateadas con tacón que había adquirido hacía ya unas cuantas semanas. Entonces no lo sabía, pero ahora era evidente que se las había comprado para el entierro de Polly. Y al final había llegado el día.

Encontró un asiento libre en la segunda fila, detrás de la familia, y pasó entre los bancos disculpándose en voz baja. George estaba sentado delante de ella, con su brillante traje de maestro de ceremonias, con los ojos hinchados y enrojecidos. Sus padres lo flanqueaban, Valerie con un enorme sombrero rojo con velo incorporado y Roger, muy serio, con un traje verde de tweed bastante necesitado de una visita a la tintorería. Y justo delante del altar, en un ataúd de cáñamo biodegradable, estaba Polly. Su cuerpo, su mente, todo lo que había sido. Metido en una caja. Para siempre.

Annie miró a su alrededor. Allí estaban Suze y su novio hipster, discutiendo porque él se negaba a guardar el móvil. Se la veía delgada y demacrada, un aspecto que

contrastaba con el alegre color rosa coral de su vestido. También vio a Milly, vestida de verde y tratando de controlar a sus hijos, ella con un vestidito azul y él con un traje, mientras el marido intentaba hacerlos callar. Y había más gente: Costas, con un traje especialmente elegante, gris oscuro con una corbata rosa; Dion, frágil como siempre, apoyándose en su bastón, con un traje azul claro que en algún momento había sido de su talla pero del que ahora le sobraba tela por todas partes. Y en la parte de atrás, ocupando casi la mitad de la iglesia, estaban los trabajadores del hospital. Limpiadoras. Recepcionistas. Técnicos de radiodiagnóstico. Zarah había ido obviamente, y Miriam, a pesar de que no había conocido a Polly. Annie les dedicó una pequeña sonrisa. El doctor Quarani también estaba allí. Y junto a él estaba el doctor Max. A Annie le dio un vuelco el corazón al verlo.

Se había puesto un traje para la ocasión, pero estaba un poco arrugado y llevaba el pelo tan revuelto que parecía Lobeznó. Tenía la cara demacrada por el cansancio. Sus miradas se encontraron y Annie apartó la suya.

Alguien se movió junto al altar. Era el sacerdote, acompañado de un hombre con el pelo largo y canoso que llevaba una casulla con un cuello multicolor. Debía de ser el amigo de Polly, el pastor humanista. Annie buscó los ojos de George, que levantó la mirada al cielo, sonrió y se encogió de hombros. Polly era Polly. ¿Qué otra cosa podían hacer más que aceptar todo aquello?

—Queridos hermanos y hermanas, sed bienvenidos —dijo el sacerdote, un amigo de Valerie que había conocido en su club de lectura—. También me gustaría extender el recibimiento al reverendo... eh... Ziggy, que celebrará esta ceremonia conmigo de acuerdo con el espíritu humanista que Polly quería conferir a este día. Tal como era su voluntad, habéis venido de todos los colores, algo que a Polly le habría encantado.

El reverendo Ziggy se dirigió hacia el atril.

—Paz, hermanos. ¡Que el espíritu de Polly brille como el arcoíris! *Oh, yeah!* ¡Repetid conmigo!

La congregación murmuró «*Oh, yeah!*» y el sacerdote siguió con la ceremonia.

—Ahora oiremos unas palabras de la familia y los amigos de Polly. Quiso que hablara en primer lugar su amiga Annie Hebden.

Esa era ella. Annie cogió las tarjetas que había preparado, arrugadas de tanto

manosearlas, y se dirigió hacia el altar sintiendo las miradas de todos los presentes. «Ay, Dios, Polly —pensó—. Me debes una. Vamos que si me debes una.»

El trayecto se le hizo eterno. Le daba pánico resbalar con los tacones nuevos. El atril estaba demasiado alto, así que el sacerdote tuvo que ajustar la altura del micrófono. Mientras lo hacía, Annie reparó en que se había cortado afeitándose, debajo de una oreja.

—Eh... Hola.

En la iglesia reinaba un silencio sepulcral. Frente a ella, un montón de gente vestida de rojo, de verde, de naranja la observaba con detenimiento.

—Mmm... De hecho, ahora soy Annie Clarke, o lo seré pronto... Vosotros no sabéis de qué va, pero a Polly le habría encantado. —Pensó en Polly, la misma que estaba metida en una caja allí mismo, delante de ella, y que nunca sabría lo de su apellido—. Yo, eh..., conocí a Polly hace relativamente poco en comparación con la mayoría de vosotros. Pero pasamos mucho tiempo juntas y supongo que quería que fuera la primera en hablar porque sabía todo lo que he aprendido gracias a su forma de enfrentarse a la muerte. Polly era, en una palabra, extraordinaria. Cogió lo que para casi todos nosotros sería la peor de las pesadillas, un cáncer terminal, y lo convirtió en una oportunidad para ser feliz y productiva, y para cambiar no solo su propia vida, sino también la de los demás. Y una de esas personas a las que les cambió la vida fui yo.

Más silencio. Annie siguió adelante.

—Cuando conocí a Polly yo estaba hundida en la miseria. Odiaba mi vida y todo lo que la rodeaba, y me sentía la persona más triste y solitaria del planeta. Obviamente, Polly eso no podía permitirlo de ninguna manera, así que usó «el comodín del cáncer», como ella lo llamaba. Al principio no quise saber nada de ella porque, la verdad, pensé que estaba loca, pero poco a poco fue arrastrándome y aquí estoy. Así que quiero compartir con vosotros lo que he aprendido en los últimos ochenta y pico días de mi vida.

Cogió aire.

—A veces la gente dice que hay que vivir cada día como si fuera el último. Bueno,

pues yo no creo que eso sea demasiado práctico; podrías vivir cincuenta años más y la cosa no tardaría en complicarse si no fregaras el suelo de la cocina, pagaras tus impuestos o comieras ensalada. Imaginaos lo sucio que estaría todo. —Miró a su alrededor, al mar de caras que la observaban, muchas sonriendo y enjugándose las lágrimas. Respiró hondo—. Quiero compartir algo que he aprendido de Polly, quien me enseñó a vivir mientras ella se moría. Creo que también deberíamos vivir como si estuviéramos muriéndonos, porque estamos muriéndonos, eso tenedlo claro. Deberíamos vivir como si fuéramos a morirnos en un futuro más bien cercano. No podemos aspirar a que todos los días de nuestras vidas sean felices, porque también habrá enfermedades, tristezas y corazones rotos, pero no podemos conformarnos, sin más, con los días aburridos o deprimentes. No nos sobra el tiempo, tengamos cien o cien mil días por delante.

Annie miró las tarjetas que tenía en la mano y sintió que esa tarea la superaba: tenía que resumir todo lo que sentía en ese preciso momento; hablar por su amiga, tan colorida y tan vivaracha, cuando ella en realidad siempre había sido más bien gris. Maldijo a Polly para sus adentros. ¿Cómo se le había ocurrido pedirselo a ella? Siempre esperaba demasiado.

—Mmm... —De pronto, entre la multitud, vio al doctor Max, con su traje y su corbata de un horrible color mandarina. No estaba llorando. Seguro que se le morían pacientes a diario. Los riesgos de su trabajo—. Mmm... En realidad eso es todo. Quiero decir que, aunque compartí muy poco tiempo con Polly, me cambió la vida y ya nunca volveré a ser la misma. Y la echaré de menos. La echaré muchísimo de menos. Eso es todo.

Bajó del atril sin levantar los ojos de sus sandalias plateadas, consciente de que por encima de su cabeza sonaban aplausos, como el zumbido de un avión o el gorjeo de un millón de pájaros. La gente se acercaba a ella, la cogían del brazo, le daban palmadas en el hombro, le susurraban palabras de ánimo: «Ha sido muy bonito», «Gracias, Annie», «A Polly le habría encantado...».

Pero ella solo podía ver una cara, oír una voz, sentir unos brazos alrededor de su cuerpo acompañándola hasta su asiento, percibir ese olor a jabón, a limpio, que desprendía el doctor Max.

—Lo has hecho bien, Annie. Lo has hecho muy bien. Ya está.

El resto de la ceremonia pasó volando. El doctor Max se sentó a su lado, con un brazo alrededor de sus hombros, y ella lloró desconsoladamente sobre su pecho, aspirando el olor a limpio que desprendía. Música, flores e historias divertidas, y también lágrimas. George rompiendo a llorar mientras explicaba las historias de la infancia de Polly, la niña de Milly cantando «Over the Rainbow» y olvidándose la letra, el reverendo Ziggy pidiéndoles que se levantaran y abrazaran a la gente que tenían alrededor. Annie vio a Valerie compartiendo un abrazo incómodo con uno de los celadores del hospital y a Harry, el hijo de Milly, dándose la mano con el doctor Quarani.

En cuanto la ceremonia terminó, con una versión especialmente estridente de «(I've Had) The Time of My Life», Annie se abrió paso entre la multitud y buscó el sol y el aire para respirar a bocanadas como si estuviera ahogándose.

—Dios —murmuró temblando.

—Te entiendo. Yo ya he pagado el peaje. —Se dio la vuelta. Valerie estaba sentada en una lápida, con el sombrero al lado, fumando un cigarrillo—. No se lo digas a George, ¿quieres? Lo necesitaba. Se casó en esta misma iglesia, ¿lo sabías? Vestida de blanco. Estaba tan guapa...

—¿Cómo lo llevas?

Era una pregunta absurda, pero Annie no sabía qué más decir. Valerie dio una calada al cigarrillo.

—Polly me contó que perdiste un hijo.

—Sí.

—¿Se supera? ¿Desaparece esta sensación? —Valerie se dio una palmada en el pecho—. Me siento como si yo también estuviera muriéndome. Era mi niñita, Annie. Mi bebé.

—Lo sé. La verdad..., no sé si desaparece. Es como si, a medida que va pasando el tiempo, fueras tapándola con otras capas de tu vida.

—Yo no quiero taparla. Quiero recordarlo todo. —Valerie apagó el cigarrillo—. ¿Por qué pasan estas cosas, Annie? ¿Tu bebé y mi niña?

—No lo sé —respondió Annie, y le quitó la colilla de la mano—. Ni siquiera sé si deberíamos saberlo. No hay ningún motivo. Simplemente pasan y tenemos que aprender a vivir con ello.

Valerie suspiró con gesto tembloroso y se puso otra vez el sombrero.

—Qué tontería. Y qué típico de Polly esto de obligarnos a vestarnos como payasos.

—A mí me gusta —dijo Annie, y lo decía en serio—. Es especial. Como ella.

—Gracias por lo que has dicho antes de ella. Significa mucho para mí. —Se puso de pie—. Tengo que superar el día de hoy como sea. He de resistir. —Se volvió para mirar las coronas de flores amontonadas junto a la pared del cementerio. Había tantas que no cabían en la iglesia—. La gente es muy amable, ¿no crees? A muchos ni siquiera los conozco. Mira esta: «De parte de Jeff y todo el consistorio de Lewisham». No sabía que el ayuntamiento hacía este tipo de cosas. Qué detalle.

Annie se acercó para leer ella misma la inscripción. Una corona de rosas amarillas. Debían de haber organizado una colecta al enterarse de que Annie había perdido una amiga, un sobre que había dado vueltas por la oficina como tantas otras veces cuando ella aún trabajaba allí. Un nacimiento, un cumpleaños, una despedida. Todos los pequeños gestos que antes pensaba que no servían para nada, cuando la gente no te conocía realmente. Tenía que mandarles una nota de agradecimiento.

George se acercó a través del cementerio.

—Eh, mamá. Annie, ¿estabas fumando?

Annie miró a Valerie de reojo.

—Mmm... No, me lo he encontrado aquí tirado.

George chasqueó la lengua.

—Qué cerda es la gente. Mamá, por lo visto hay un autobús esperando para llevarnos a casa.

Valerie se encogió de hombros.

—Otra de las locuras de tu hermana.

—Típico de ella. —George extendió los brazos para recibir a su madre—. Vamos,

te buscaré un sitio.

—Típico de Poll —murmuró otra vez George mientras se subía al vehículo—. ¡Mira que alquilar un autobús para bodas en un funeral...! Dios, si hay hasta un detallito para los asistentes. —Había dos: unos marcos pequeñitos con la foto de Polly y un poema—. «No te detengas en mi tumba a llorar» —leyó George—. Madre mía... Ojalá pudiera decirle lo cursi que es esto.

—A lo mejor escribo un artículo sobre el tema —dijo Suze, que estaba bebiendo de una botella que llevaba en el bolso—. «¿Son los funerales las nuevas bodas del siglo XXI?» ¿Alguien quiere ginebra?

—Me vendrá bien para soportar esto —dijo George, y dio un buen trago de la botella.

Costas estaba murmurando, escandalizado.

—¿Y las oraciones? ¿Y el incienso? ¿Y la gente aplaudiendo y dándose abrazos en una iglesia! No está bien.

—Ese es mi gay ortodoxo favorito. —George le pasó un brazo alrededor de los hombros—. Toma, bebe un poco. Eres mayor de edad, ¿verdad?

Cuando llegaron a la casa fueron recibidos con más esplendor si cabía. Los árboles estaban decorados con banderines y alguien había impreso carteles con el mensaje «Bienvenidos al funeral», seguramente a petición de Polly. En el comedor había una presentación con fotos de su vida. Polly graduándose. Polly en un yate. Polly en la ruta inca. Polly corriendo un maratón. Una mujer rubia y sonriente, perfecta. Annie jamás se habría imaginado siendo amiga de una persona como esa. La Polly de antes. Solo podía dar gracias a Dios de que se hubieran conocido tan tarde, después de que la vida las hubiera cambiado tanto.

Dentro los empleados de una empresa de catering, vestidos con chalecos negros, repartían copas de champán entre los presentes.

—Joder —murmuró Annie mirando a su alrededor—. Y esto ¿cuánto ha costado?

¿No podría haberse conformado con unas botellas de cava del Aldi?

De pronto fue consciente de que Polly no estaba allí para reírse de su austeridad de cascarrabias, para ponerle los ojos en blanco o gritarle «¡Comodín del cáncer!» mientras descorchaba las botellas con los pulgares. El lugar en el que se encontraba ahora era una incógnita, un silencio que duraría para siempre. Jamás volvería a oír la voz de Polly.

—¡Hola! —dijo Polly.

Annie se quedó petrificada. Había tomado unas cuantas copas de champán, pero no tantas como para tener alucinaciones y oír la voz de su amiga. De repente se dio cuenta de que era real y que procedía de la sala de estar. Se dirigió hacia allí con buena parte del césped del jardín adherido a los tacones. Un chico vestido con un polo estaba manipulando el proyector e intentando quitarse a Valerie de encima.

—Lo siento, señora. Su hija me pagó para que viniera y pusiera el video. Y es lo que voy a hacer.

—¡Pero esto es un funeral! George, ¿tú sabías algo de esto?

George se encogió de hombros.

—Otra de las locuras de Polly, supongo. ¿Qué vídeo es?

El pobre técnico le dio al play y la cara de Polly llenó la pantalla. El vídeo se había grabado la semana anterior; Annie lo dedujo por el gorro de lana que llevaba puesto y por la cama del hospital.

—¡Hola a todo el mundo! Espero que lo estéis pasando bien en mi funeral. Siento no poder estar ahí con vosotros. Probad los bocaditos de salmón, están buenísimos.

Todo el mundo tenía la mirada fija en la pantalla. ¿Un mensaje en vídeo de una persona muerta? Eso era nuevo.

—Bueno, pues ya que no puedo estar ahí en persona, aunque, en serio, creo que los funerales en directo acabarán cuajando, ahora que vivimos en la generación selfi, quiero dejaros unas últimas palabras desde el más allá. —Puso voz de ultratumba, se le escapó la risa y empezó a toser—. Mierda, será mejor que me contenga. Vale,

adelante. Últimas voluntades y testamento de una servidora, Pauline Sarah Leonard... porque me llamo Pauline, qué calladito me lo tenía, ¿eh? Continúo: ... en pleno uso de mis facultades mentales (más o menos) y físicas (no tanto). Esto no es un testamento de mis pertenencias materiales. No poseo casi nada que valga la pena, teniendo en cuenta que Tom se quedó la casa. Tom, si estás ahí, ¡hola!

Tom, que se estaba comiendo un huevo de codorniz, se puso rojo como un tomate y empezó a toser en la servilleta que tenía en la mano. La Polly de la pantalla siguió hablando.

—En fin, que lo que voy a repartir hoy no son posesiones, sino cosas intangibles. Costas. ¿Ha venido Costas?

El aludido saludó con la mano, como si Polly pudiera verlo.

—Sandy, ¿está por ahí Sandy? —se oyó decir a Polly. La aludida, delgada y elegante, vestida enteramente de blanco, estaba bebiendo agua mineral—. Sandy, quiero que des trabajo a mi amigo Costas. Es un desperdicio tenerlo haciendo cafés. Es la persona con más vista para los colores que conozco y estoy convencida de que hará grandes cosas en el futuro. Seguro que hoy también va hecho un pincel, ¿a que sí?

Sandy asintió.

—Luego hablamos, Costas —le dijo.

—Ahora, George —continuaba Polly—. ¿Dónde está mi adorable hermano? Revoloteando alrededor de la comida, seguro. —Al oírla George se quedó petrificado con una mano sobre el plato de *crudités* que estaba mirando con el ceño fruncido—. George, mi queridísimo hermano, los dos sabemos que estás viviendo una vida llena de mentiras. No te culpo por ello, porque ¿quién de nosotros está libre de pecado para tirar la primera piedra?, pero ha llegado la hora de ser quien realmente eres. Que no te importe lo que mamá piense —añadió Polly, y Valerie, que estaba sentada en el sofá, sola, se puso tensa—. Así pues, te presento a Dion. ¿Está Dion en la sala? Espero que la salud te haya permitido venir.

—¡Está aquí! —gritó alguien, y Dion agitó su bastón en el aire desde la esquina en la que, exhausto, se había dejado caer.

—George, cuida de Dion. Lo que les pasó a él y a sus amigos fue horrible, pero gracias a su generación confío en que no te pase a ti también. Dion es alguien que ha

tenido que luchar para ser él mismo; gracias a él, tú no lo tendrás tan difícil. Tú puedes, hermanito. Escucha sus historias. Entérate de todo lo que ocurrió. Formas parte de una comunidad, de una historia, y quiero que estés orgulloso de ello, que no te avergüences. Mamá, lo siento. No quiero hacerte daño. Pero es la verdad. Deja que Georgie sea quien realmente es, que sea feliz y así quizá dejará de salir con perdedores que le pongan la mano encima. Somos muchos los que lo queremos, y el amor siempre es la respuesta, sin importar de dónde venga. Por cierto, que espero que no haya vuelto con el desgraciado ese o este será el momento más incómodo de la historia de la humanidad.

Todo el mundo miró a George.

—¡No he vuelto con él! —exclamó, a la defensiva—. Eh, hola, Dion.

—Hola, querido —dijo Dion con su voz áspera—. No creo que sea capaz de aguantar toda una noche de fiesta, pero unos cócteles sí que me los tomaría contigo.

La Polly de la pantalla seguía hablando.

—Ahora mamá y papá. Siento que lo hayáis pasado mal por mi culpa. Sé que ha sido duro, que no podía morirme como la gente normal. Por favor, cuidad el uno del otro, ¿vale? Y George, cuida de ellos. Debe de ser horrible perder un hijo, y más a una hija tan maravillosa como yo.

A Valerie se le escapó un sollozo.

—Pero eso no es lo que deseaba decir. Lo que deseaba decir es: mamá, papá, ¿queréis hacer el favor de divorciaros? —Se oyó un ruido de cristales rotos; a Roger se le había caído la copa al suelo. Nadie se movió, fascinados por lo que Polly estaba diciendo. Genio y figura hasta la sepultura. Y más allá—. Nunca habéis sido felices de verdad. Os habéis montado una fachada perfecta, me refiero a una casa bonita, los amigos, las cenas y todo lo demás, pero George y yo hemos sabido desde niños que no estabais enamorados. Tú, papá, siempre trabajando, y tú, mamá, siempre enfadada... No es sano.

Roger había salido disparado hacia el técnico del vídeo, que estaba repitiendo con voz apenada:

—Lo siento, señor, no me está permitido quitarlo.

—Papá, ¿por qué no pasas página e intentas ser feliz? Sé que ahora mismo estarás bebiendo más de la cuenta. Es comprensible, teniendo en cuenta la situación, pero ve con cuidado, ¿vale? No deseo verte por aquí en una buena temporada. Y mamá, créeme, te lo dice alguien que intentó aferrarse a un marido que no la amaba: solo te traerá disgustos. Deja que se vaya. Encuentra a alguien que te quiera de verdad. Haz tus clases de cerámica y tu taekwondo... o lo que sea. No necesitas a papá para ser tú misma. Y papá, sé que te sentirás culpable, pero no tiene nada de malo intentar ser feliz. Ah, supongo que esto mismo debería decírselo también a Tom, si es que ha venido... —Tom la oyó y se sonrojó—. Tom, si quieres a Fleur, vuelve con ella y sé feliz. Haz danza interpretativa, yoga o lo que quieras. Y cuida de mis azulejos marroquíes. Me costó un pastón traerlos desde Esauira. —Sonrió desde la pantalla—. Y ahora los demás. Milly, cariño, eres la mejor relaciones públicas que conozco. Haz el favor de volver a trabajar. Harry y Lola sobrevivirán. No dejes que Seb te tenga er casa para siempre. Hola, Seb, no sé si estás por ahí.

—Mami, ¿esa es la tía Polly? —dijo la pequeña Lola.

—Calla, cielo —dijo Milly, roja como un tomate.

—Suze, mi querida Suze, eres tan especial, tan adorable... Por favor, deja a ese novio tan horrible que tienes y búscate alguien mejor. O no busques a nadie. Es preferible estar sola que con alguien que no te valora y te hace pagar las facturas mientras él se dedica a abrir una especie de cafetería de mierda. ¿Vale?

Suze y Henry estaban uno al lado del otro, bebiendo champán y evitando mirarse a los ojos.

—Ahora tú, Annie.

Annie dio un respingo. Hacía tan poco tiempo que se conocían, menos de cien días, que no esperaba que la mencionara.

—¿Estás ahí, Annie? Espero que hablaras en mi funeral o te perseguiré desde el más allá hasta el fin de tus días. Quiero darte las gracias. Dices que te enseñé cosas, y es evidente que lo hice, muchísimas cosas, pero lo cierto es que yo también aprendí algo de ti. Aprendí qué es la tristeza. Suena un poco absurdo, pero nunca la había experimentado. Crecí pensando que se curaba con una copa de vino, un libro de

autoayuda, una clase de yoga o unas pastillas recetadas por el médico. Nunca me planteé qué se siente cuando tu vida se derrumba y lo único que queda de ella es un enorme montón de mierda. Cuando no estás depresiva, sino tan hundida que crees que nunca volverás a ser feliz. Yo tengo cáncer, Annie, pero tú... tú eres la más valiente de las dos. Has tenido que vivir con el peor dolor imaginable. Un dolor que no se arregla con pensamientos positivos o con yoga. Y, aun así, sigues adelante con tu vida. Es digno de admirar. Eso es valentía. Eso es una batalla de verdad. Yo solo me estaba... ahogando con cierto estilo mientras tú nadabas contracorriente todos los días de tu vida.

Todas las miradas estaban puestas en ella. Annie miró hacia la pantalla, desde donde su amiga le sonreía.

—Gracias, Poll —dijo con voz temblorosa—. Podrías habérmelo dicho cuando estabas viva, ¿no?

Se oyeron risas entre los presentes, un leve respiro entre tanta tensión. El chico del proyector parecía aliviado. Annie supuso que ese era el trabajo más extraño que había hecho en su vida. Pensó que quizá esa noche volvería a casa, con sus compañeros de piso, sus padres, su novia o su novio, y Polly seguiría cambiando más vidas, como un cometa cruzando el cielo.

—Bueno, Annie, a ti te dejo mi comodín del cáncer. Si quieres, puedes convertirlo en «el comodín del montón de mierda». Pero solo podrás usarlo durante un mes, luego tendrás que seguir con tu vida. Esas son las normas. Por eso tengo otra cosa para ti, Annie. Te dejo al doctor Max. Y doctor Max, si estás ahí, a ti te dejo a Annie. A ver si os enrolláis ya de una vez, que todo el mundo se ha percatado de lo que hay menos vosotros.

—Amén a eso —murmuró George mientras Annie miraba la pantalla con la boca desencajada.

—Bueno, pues ya está. Vivid la vida. Sed felices. Yo ya he acabado. En más de un sentido. Por favor, no digáis que he perdido la batalla contra el cáncer. No he perdido nada. Hay cosas contra las que no es posible luchar, por mucho que lo intentes. El doctor Max hizo todo lo posible para salvarme, nadie podría haber hecho más, pero no funcionó. Así es la vida. No siempre todo sale bien. Después de bailar en una

fuentes tienes que secarte los pies. Después de montarte en una montaña rusa puede que acabes vomitando en una papelera. El secreto está en el equilibrio. Y por favor, no os preocupéis por mí, estoy bien. Estaba obsesionada con la idea de no sucumbir al olvido, pero durante estas últimas semanas me he dado cuenta de que, pase lo que pase, alguien se acordará de mí. Que pensaréis en mí cuando oigáis una canción en la radio, mientras os tomáis un café al sol o cuando os pongáis vuestro atuendo favorito. Sé que me recordaréis, y eso significa que siempre estaré con vosotros. —Polly hizo el signo de la victoria con una sonrisa irónica en los labios—. Ahora sí... ¡Paz, colegas! —concluyó, y la pantalla se tiñó de blanco.

—¿Annie? —Annie se dio la vuelta al oír la voz del doctor Max, que estaba junto a la puerta con la corbata aflojada y las mangas subidas—. ¿Esto ha sido idea tuya?

—¡No! No tenía ni idea. ¡Lo juro!

—Porque no pienso dejar que me mangoneéis más entre las dos. Todos esos mensajes contradictorios, ahora me acerco, ahora me alejo. No pienso aguantarlo ni un segundo más, Annie.

Dio media vuelta y salió por la puerta principal dando tal portazo que los cristales de las ventanas temblaron. Annie se quedó allí plantada, inmóvil.

—¡Ve tras él! —gritó Costas—. ¿Es que no has visto ninguna comedia romántica o qué?

Así que Annie salió corriendo calle arriba, detrás del doctor Max, que se alejaba rápidamente. Estaba poniéndose el abrigo mientras caminaba, haciéndose un lío con las mangas.

—¡Doctor Max! ¡Espera!

—¿Qué quieres, Annie?

—Eh... El abrigo... —Había metido el brazo en la manga equivocada—. Oye, lo siento, ¿vale? No sabía nada del vídeo, te lo juro. Pero lo que sí sé... es que Polly tiene razón. Sobre nosotros dos. Al menos, por mi parte.

Max estaba negando con la cabeza.

—Es demasiado tarde. Estoy harto, ¿vale? Durante los últimos diez años de mi vida lo he sacrificado todo por el hospital. Mi vida personal. Cualquier esperanza de

tener una buena salud cardiovascular. Casi todos mis amigos, tres relaciones. Y buena parte de mi pelo. ¿Y qué recibo a cambio? Pacientes que se me mueren, uno tras otro, sin que pueda hacer nada para ayudarlos. La dirección haciendo recortes y tratándonos como basura, las familias amenazando con denunciarnos y quejándose de todo lo que hacemos, buscando en Google y viniendo en busca de segundas opiniones. Se acabó. No he podido ayudar a Polly y tampoco podré ayudarte a ti. Se ha ido Annie, y esta vez tendrás que salir del pozo tú sola. Al final, es lo que hacemos todos.

—Pero... pero...

¿Qué podía decir? ¿Que se equivocaba? Porque no era verdad. Y, de pronto, las paredes del pozo se hicieron más altas y resbaladizas que nunca. El doctor Max dio media vuelta y desapareció colina arriba, gritando por encima del hombro:

—¡Di a los padres de Polly que lo siento!

Y se marchó.

Día ochenta y nueve: Lee viejas cartas



Annie entró en casa de su madre y sintió el aire, húmedo y estancado. Las motas de polvo flotaban a la luz del sol y las ventanas vibraban cada vez que pasaba un autobús. Esa era la casa en la que había crecido, la misma en la que había pasado toda su vida hasta que conoció a Mike y se fue a vivir con él. Si cerraba los ojos podía recordar a su madre tal como era: íntegra, aunque un poco entrometida. Siempre estaba ahí cuando Annie se caía y se pelaba las rodillas, o cuando se peleaba con Jane, o cuando dejó a Mike y salió corriendo. Hasta que, un buen día, dejó de estar. Ahora Annie sabía que nadie estaría ahí para siempre.

—Tenías razón, mamá —susurró—. No existe eso de la vida perfecta. Pero... sí que existe una vida feliz. Quizá.

Todo le resultaba tan familiar... Las figuras de porcelana sobre la repisa de la chimenea, necesitadas de una buena limpieza. La butaca hundida donde su madre se sentaba a hacer los crucigramas, a ver la tele, a leer. La vieja alfombra que estaba allí desde que Annie era pequeña. Nunca habían cambiado nada. «No podemos permitirnoslo —solía decir su madre—. No nos sobra el dinero. Por culpa de tu padre.»

Y ahora Annie sabía que su padre lo había intentado, al menos hacia el final de sus días. Era fácil cerrar los ojos e imaginarse una vida diferente, una vida en la que Annie habría pasado los fines de semana y las vacaciones con su padre, conociéndolo, sintiéndose querida, sabiendo que tenía una hermana. Con los ojos

abiertos, volvía a estar en esa ruidosa sala de estar y su padre seguía muerto. Sabía que su madre no volvería allí. Tenía que encontrarle otro sitio para vivir y vender la casa con todos sus recuerdos tristes.

Encontró la carta en el último cajón de la mesita de su madre, dentro de una caja de zapatos que una vez había contenido un par de bailarinas Clarks. Annie la cubrió con una mano y contuvo la respiración. Luego, como si Polly estuviera asomada a su hombro, presionándola, la sacó del sobre. Papel normal y corriente, texto enrevesado. Era de su padre. «Querida Annie: Espero que tu madre te entregue esta carta...», leyó para sí. Se le llenaron los ojos de lágrimas y decidió guardarla con cuidado. Ya la acabaría más adelante, cuando se sintiera más fuerte y pudiera asimilarlo todo.

Había algo más en la caja, un trozo de tela de color salmón desgastado. Un retal del vestido que su madre le había hecho con tanto mimo para el baile de graduación y que Annie había rechazado; el mismo vestido que para ella había significado lo poco que su madre la quería, cuando en realidad era justo lo contrario. Annie sacó un tercer objeto. Un brazalete minúsculo de plástico, tan pequeño que apenas le cabían dos dedos. «Anne Maureen Clarke.» Su pulsera del hospital. La había guardado desde entonces, igual que ella conservaba la de Jacob.

Volvieron a saltársele las lágrimas y el contenido de la caja se volvió borroso. Annie se sentó en la alfombra rosa de la habitación de su madre, casi asfixiada por aquel intenso olor a Anais Anais y a humedad, y lloró por todo lo que había perdido y todo lo que nunca había tenido.

Día noventa: Visita una tumba



La tumba era como una herida abierta en el suelo, con la tierra removida y cubierta de coronas cuyas flores empezaban a marchitarse.

—Tú habrías odiado todo esto, ¿verdad? Tan poco chic —dijo Annie en voz alta. Silencio—. Supongo que tendré que empezar a venir más a menudo. Para tenerte bien arregladita. Estás en el mismo cementerio que Jacob, ¿sabes? Puedo visitaros a los dos.

El viento agitó las flores. Annie hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Tengo que contarte algo. El doctor Max se ha ido. Resulta que al final no estaba interesado en mí. —Silencio. Annie suspiró—. Bueno, vale, tienes razón. Sí que estaba interesado, pero lo asusté comportándome como una loca y perdiendo los nervios el día que intentó besarme. Culpa mía. Por lo demás, todos están haciendo lo que les pediste. Tus padres van a separarse; tu padre ya está buscando piso. Parece todo muy amigable. Costas ha dejado el trabajo. George va a denunciar a Caleb ante la policía. Mi madre saldrá pronto del hospital. Ojalá estuvieras aquí para decirme qué debo hacer. ¿Vendo su casa? ¿Le digo que sé lo de mi padre? Seguramente no sabría de qué le hablo.

No hubo respuesta, obviamente. Nunca la habría. Si en algún momento le parecía oír la voz de Poll, sería producto de su imaginación, una proyección, un fantasma.

—Ojalá pudieras mandarme un correo como decías aquel día. Para contarme que estás bien. Que soy idiota. Lo que sea.

Nada. En el silencio del cementerio Annie se arrodilló y empezó a arrancar las malas hierbas.

Día noventa y uno: Recuerda



—¿Qué te pasa, cariño? Pareces deprimida.

Annie observó las manos de su madre, volando entre las agujas, tejiendo la suave lana amarilla. Esperaba que no fuera más ropa de bebé. Era especialmente duro.

—Es que estoy deprimida, Maureen. Polly ha muerto, ¿sabes? Ha muerto y yo no sé qué hacer con mi vida, ahora que ella no está aquí. Es como... quedarte hasta el final de la fiesta cuando la gente interesante ya se ha ido.

—¿Quién es Polly?

Maureen recorrió la habitación del hospital con la mirada extraviada mientras sus manos no dejaban de moverse. Tan rápidas, tan diestras, sin saltarse un solo punto. ¿Cómo era posible, si luego no recordaba las caras de las personas?

—Es... una amiga mía. Era una amiga mía.

—¿Y Jane? Jane es amiga tuya, ¿verdad?

Annie se quedó petrificada.

—Tienes razón. Entonces ¿sabes quién soy, Maureen?

Su madre no levantó la mirada de las agujas.

—Pues claro que sé quién eres, Annie. ¿No estoy aquí sentada hablando contigo? ¿Y qué es eso de Maureen? Llámame mamá.

—Eh... Lo siento. —El corazón le iba a mil por hora. El doctor Quarani había dicho que habría momentos como ese, en que las nubes se desvanecerían y su madre estaría lúcida. Como si volviera a ser ella misma. Pero Annie casi había perdido la

esperanza—. ¿Cómo estás, mamá?

—Ah, estoy bien. Un poco harta de este sitio, la verdad. La comida es horrible. Peor que cuando tu padre y yo fuimos a Butlins en el setenta y cinco.

Podría haber aprovechado para decírselo: «Mamá, está muerto, y ¿por qué no me dijiste que quería conocerme?». Pero no quería estropear el momento, romper el hechizo.

—Bueno, puede que te saquemos pronto de aquí. ¿Dónde te gustaría estar, mamá? ¿Te gustaría vivir conmigo?

—¿En ese piso diminuto que tienes? —Así que se acordaba de que Annie se había ido de su precioso hogar—. No te ofendas, cariño, pero preferiría quedarme en mi casa.

—Lo sé, mamá. Sin embargo..., no es seguro. Te caíste, ¿recuerdas? ¿Y si buscamos una residencia que te guste? ¿Te parecería bien? Podríamos... no sé, vender tu casa.

—Pues sí. La verdad es que nunca me gustó. —Retomó la labor—. Mientras no esté lleno de viejas chochas... Quiero decir, que a mí aún no se me cae la baba mientras como, Annie.

—Tienes razón, mamá. Seguro que encontramos una residencia que te guste. —De pronto, decidió arriesgarse—. Mamá... ¿recuerdas lo que pasó? Con Mike, Jane y... todo eso.

Su madre frunció el ceño.

—Jane y tú os peleasteis, ¿no?

—Sí, mamá. Pero ya lo hemos arreglado. ¿Sabes que Jane ha tenido un bebé? Una niña. Le han puesto Matilda.

—Qué bonito. Como ese libro que te gustaba tanto cuando eras pequeña.

—Sí, mamá —respondió, y deseó que Maureen no le preguntara quién era el padre.

—Le irá bien a Jacob. Así tendrá una amiguita con la que jugar. ¿No lo has traído?

Miró a su alrededor, descolocada, como esperando ver al niño en algún rincón de la habitación. Annie sintió que el corazón le pesaba como una piedra. De manera que no lo recordaba todo. Y ella no soportaba la idea de tener que recordárselo una y otra vez. Prefería hacerle creer que su nieto estaba vivo.

—No, mamá. No lo he traído.

—Ah, bueno. Otro día. ¡Podríamos llevarlo al parque!

Lo dijo sonriendo, y era curioso porque últimamente, cuando tenía un día bueno, parecía más feliz de lo que nunca lo había sido. Como si la enfermedad estuviera ensanchándola, empujándola hasta el límite, entre las lágrimas y las risas y todo lo que había en medio. Y Annie se dio cuenta de que así era como se había sentido ella en los últimos meses. Se había expandido. Había crecido lo suficiente para albergar toda la tristeza, las risas, la alegría y las miserias.

Miró a su madre. ¿Cómo era posible que la persona que le había dado la vida fuera, al mismo tiempo, un misterio para ella? Decidió que al menos tenía que intentarlo.

—Mamá —dijo—, he encontrado la carta que papá me mandó... antes de morir. ¿Por qué me lo ocultaste?

Su madre siguió tejiendo como si no hubiera oído nada. Y quizá era verdad.

—A ver, mamá..., no quiero que te enfades, ya sé que lo hiciste lo mejor que pudiste, pero tanto tiempo diciéndome que no me hiciera ilusiones, que no fuera a la universidad, que me dedicara a trabajar y ahorrar... —Se tragó las lágrimas. Últimamente siempre las tenía a flor de piel—. No estuvo bien, mamá. Ya sé que lo hacías para protegerme, pero ¿qué problema hay en aspirar a tener una vida mejor? Hay gente que dice que cuando apuntas a la luna y fallas al menos estás rodeada de estrellas. Aunque eso no tiene sentido en términos astronómicos, claro.

Silencio. Miró a su madre, que estaba sonriendo con la mirada fija en las agujas.

—¿Sabes qué, Sally? ¡Pienso ponerme este jersey para el baile del sábado!

Annie suspiró. Volvía a ser Sally.

—Qué bien, Maureen.

—Puede que Andrew Clarke esté allí. ¿Crees que irá? Es el chico más encantador de todo el instituto.

—Sí, seguro que irá. —Annie hizo una pausa, al cabo de la cual preguntó—: ¿Quieres hablarme un poco más de Andrew, Maureen? ¿Cómo es?

Día noventa y dos: Tómate un café



George suspiró.

—Me resulta extraño estar aquí sin ella, intentando convencernos para hacer alguna estupidez de las suyas.

Habían quedado para tomar un café los tres, Annie, George y Costas, pero George tenía razón: les faltaba algo.

—Me habéis dicho que tenéis noticias, ¿verdad?

Costas y George intercambiaron una sonrisa.

—Cuéntaselo tú.

—No, mejor hazlo tú.

Costas parecía nervioso.

—Annie, tengo que decirte que dejo el piso..., si te parece bien, claro está. Me voy a vivir con George.

Annie abrió desmesuradamente los ojos.

—Quieres decir... ¿juntos? ¿O solo para compartir casa?

Intercambiaron otra mirada tímida y, de pronto, Annie cayó en la cuenta. El piso al que se mudaban seguramente solo tendría una habitación.

—¡Ah! Pues claro que me parece bien, Costas. ¡Es genial! Me alegro mucho por vosotros.

George bebió de su café *flat white*. Cuando se apartó la taza de los labios tenía una mancha blanca encima. A Annie le recordó al doctor Max.

—Podría haber sido antes, pero, no sé, entre Caleb, Polly y todo lo demás...

—A ella le habría encantado. Estoy segura.

—Pero ¿cómo lo harás con el alquiler? —Costas, que llevaba un jersey negro ajustado y unos vaqueros grises, era la personificación de la elegancia—. Nos llevaremos a Buster con nosotros, si no te importa, Annie.

Annie se sorprendió al darse cuenta de que le daba pena separarse del perro, pero era lo más lógico. En algún momento tendría que empezar a trabajar, además de visitar a su madre. Aun así, era evidente que Buster se había ganado un sitio en su corazón.

—No pasa nada. Creo que será más feliz con vosotros. —Por debajo de la silla, Buster movía el rabo con gesto perezoso—. En cuanto a lo del alquiler, ya me buscaré la vida. Mi madre va a necesitar una residencia. Puede que tenga que mudarme de todos modos para estar más cerca de ella.

Mientras lo decía, Annie sintió que se le rompía un poquito más el corazón. Cuidar de su madre enferma, hacerse mayor, no salir nunca... ¿Eso sería su vida a partir de ahora? ¿Los meses que había compartido con Polly habían sido un espejismo, como conducir de noche por un túnel muy iluminado?

—¿Y tú qué? —preguntó George—. ¿Has seguido las instrucciones de mi hermana? ¿Has ido detrás del buenorro del doctor Cascarrabias?

—Ah, no. Ya visteis lo que pasó. No veía el momento de alejarse de mí. Ni siquiera sigue trabajando en el hospital. —Annie se había paseado unas cuantas veces por el pasillo de Neurología, un poco sin querer y un poco aposta, y el cartel escrito a mano de su puerta ya no estaba y la placa tampoco—. Dicen que lo ha dejado.

—¿Cómo? Y ¿adónde ha ido?

—No lo sé. Tenía un montón de días de vacaciones acumulados, así que no ha tenido que avisar con antelación.

—Puede que necesite tiempo —dijo Costas—. Todos estamos muy tristes con lo de Polly. Quizá regrese.

Annie recordó la forma en que había dicho: «Estoy harto. Se acabó».

—No lo creo.

George suspiró.

—Intento pensar qué consejo te daría Polly si estuviera aquí, pero no se me ocurre nada.

—No. A mí tampoco. —Annie no dijo lo que estaba pensando en realidad: que tenía un miedo atroz a no saber vivir un solo día más de felicidad sin tener a Polly revoloteando alrededor. Se acabó su café—. Chicos, tengo que irme.

—¡Nooo! Esta noche hemos quedado con Dion y con Sandy. Nos los llevamos de fiesta. Ven con nosotros.

Annie sonrió.

—Gracias, pero no sé si me van las discotecas. Además, tengo que ayudar a Suze a recoger la ropa y las cosas de Polly.

Últimamente tenía la agenda bastante llena. Comida con Fee, noche de chicas con Zarah y Miriam. Tenía amigos, unos cuantos. Pero nadie como Polly. Ni como Max.

Mientras se dirigía hacia la salida reparó en que George y Costas estaban cogidos de la mano por debajo de la mesa. Costas se inclinó hacia George y le limpió el bigote de leche, y los dos se echaron a reír con un sonido limpio y cristalino como el sol primaveral que entraba por los ventanales de la cafetería. Siempre habría alguien, pensó Annie. Gente con la que reír, divertirse, tomar café y hablar. Pero ¿volvería a encontrar a alguien como Polly? Se alegraba por ellos, pero no podía quitarse de encima la sensación de que el resto de su vida iba a ser una coda aburrida y repetitiva, que el acto principal ya había terminado.

Día noventa y tres: Haz una limpieza de armario



—Es tan duro... —se quejó Suze suspirando—. Cada vez que veo todo esto no puedo evitar pensar en ella. Los puñeteros pantalones de yoga. Prácticamente vivía con ellos puestos. Mira cómo están. No sé si podré soportarlo.

—Te comprendo —dijo Annie.

Ella no sentía el mismo apego por las cosas de Polly, básicamente porque no hacía tanto tiempo que la conocía. Pero, a la vez, le costaba mirar sus zapatos, que nunca más volverían a contener los pies danzarines de Polly, o los sombreros, que jamás coronarían su cabeza alocada. Lo más duro de todo era la cotidianidad de todos esos objetos. Para ella, Polly era un arcoíris, un cometa surcando el cielo, pero lo que tenía delante —sujetadores cedidos, jerséis llenos de bolas, gafas de leer en la mesita de noche— pertenecía a una mujer que había sido excepcional en su normalidad. Del mismo modo que todo el mundo era excepcional y normal al mismo tiempo.

—Será mejor que acabemos antes de que Tom vuelva.

Estaban en la antigua casa de Polly, empaquetando las cosas que no se había llevado cuando huyó de allí. Para que todo resultara más fácil, Tom se había llevado a Fleur a comprar un cortador de hortalizas en espiral.

—Hola. —Milly entró en la habitación, no sin antes llamar flojito a la puerta, que estaba abierta—. Al final he conseguido encontrar canguro. No os importa, ¿verdad?

—¡Pues claro que no!

Suze se acercó a su amiga para abrazarla y, durante una milésima de segundo,

Annie se sintió desplazada con el sombrero de punto de color púrpura entre las manos, hasta que Milly volvió a extender los brazos.

—Annie, cariño, ¿cómo estás?

Se lo preguntó como si la conociera de toda la vida. Annie tenía no una, sino dos amigas más. Le devolvió el abrazo y olió su perfume, una fragancia peculiar y personalizada, seguro. Milly había perdido peso y estaba más angulosa bajo la camiseta de rayas que llevaba.

—Estoy bien. Intentando sobrellevarlo.

—¿Algún avance con el doctor que recibiste en herencia? —preguntó Milly, todo inocencia, mientras abría un cajón.

—¡Ah! Pues no. Se ha ido. A la gente no le gusta que le digan en un testamento lo que tiene que hacer.

Se hizo el silencio, y Annie vio que Suze y Milly se miraban.

—He decidido volver a trabajar —anunció Milly—. Seb tendrá que reducirse la jornada. O pagar a una canguro.

—Y yo he roto con Henry —dijo Suze—. Ya sabéis... —Dibujó un círculo alrededor de su barbilla, imitando una barba poblada—. Pe tenía razón. Un día Henry me dijo que le «cortaba el rollo» verme llorando todos los días.

A Milly se le escapó la risa.

—Ay, madre, ¿en qué año vive ese chico, mil novecientos noventa y siete? Pues hasta otra, chato.

—Eso dije yo. De todas formas, he de reconocer que al principio me enfadé bastante con Polly porque ¿cómo se atrevía a mangonearnos de esa manera? Primero nos aparta de su vida, cuando le diagnosticaron el cáncer. Estuvimos meses sin saber nada de ella. Y luego, de repente, apareces tú, Annie, y sois como uña y carne, con lo del Reto de los Cien Días Felices y viviendo la vida a tope.

—Y ahora se ha ido para siempre —añadió Milly—. Y ya no podemos enfadarnos o reírnos con ella ni decirle que no sea tan egocéntrica. De golpe, todo se ha... detenido.

Annie nunca se había preguntado cómo lo habían vivido ellas. Solo las veía como mujeres maduras y estilasas que tenían sus vidas bajo control.

—¿Es verdad eso de que... lloras todos los días? —preguntó tímidamente.

Suze asintió.

—Sí, claro. Casi siempre en la ducha.

—Yo también —dijo Milly—. Es el único momento que tengo para mí sola. Aunque se me ha escapado alguna que otra lagrimilla viendo *Peppa Pig*.

—A mí me pasa en el hospital —confesó Annie—. Cuando voy a ver a mi madre. Por suerte, le darán el alta en breve.

—Si necesitas ayuda, lo que sea, solo tienes que decírnoslo —ofreció Suze—. Milly y yo somos capaces de mover montañas, Pe siempre nos lo decía. Y vamos a necesitar un tercer mosquetero, ¿sabes?

Annie se quedó mirando el mocasín de piel que tenía entre las manos hasta que dejaron de escocerle los ojos.

—Rodajas de pepino —dijo por fin, cuando fue capaz de volver a hablar—. Lo que necesitamos son más rodajas de pepino. Eso es todo.

Día noventa y cuatro: Da las gracias



—De verdad, no sabes cuánto te agradezco lo que has hecho.

—Es mi trabajo, señora Hebden.

—¿Otra vez vuelves a llamarme así? Además, que ahora mi apellido es Clarke, no Hebden.

El doctor Quarani sonrió.

—Es la costumbre. Perdona, Annie. La experiencia de tu madre ha sido de mucha ayuda para el ensayo clínico. Ha respondido muy bien a la medicación. Los períodos de lucidez han aumentado. Pero la enfermedad... es cabezota. No puedo garantizarte que consigamos mantenerla bajo control.

—Tranquilo, lo sé. Aunque, sinceramente, no esperaba tanto.

Su madre la había llamado por su nombre al verla entrar en la habitación. Estaba convencida de que era 2003 y Tony Blair seguía siendo primer ministro, pero al menos habían progresado algo.

Se abrió la puerta del aseo y Maureen salió con el abrigo puesto y el bolso colgando del brazo.

—Muchas gracias, doctor —le dijo formalmente.

Al parecer, ya no creía que era Omar Sharif, lo cual también era un avance.

—Ha sido un placer, señora Clarke. Que tenga mucha suerte en su nuevo hogar.

Con la ayuda del doctor Quarani habían encontrado un centro en Kent rodeado de jardines, con un club de labores y más personas con menos de sesenta años a quienes

la enfermedad les había robado la memoria. Ellas también estaban quedándose sin tiempo, aunque no de la misma forma que Polly. Y lo mismo podría pasarle a Annie. Todavía no se había hecho la prueba del gen del alzhéimer y no sabía si se la haría. Esperaba no necesitar una fecha límite para vivir el resto de sus días al máximo. Aunque solo le quedaran unos veinte años buenos, era tiempo más que suficiente para hacer todo lo que quería. Ver el Machu Picchu, en Perú. Visitar los Jardines Perdidos de Heligan, en Cornwall. Incluso tener otro hijo en el futuro, aunque eso último le daba un poco de miedo. No quería hacerse ilusiones, por no hablar de que no había un padre a la vista.

—Siento lo que pasó aquel día —dijo—. La última noche de Polly. No debimos embaucarte de aquella manera. Sé que no estuvo bien. Pero gracias de todas formas. Significó mucho para ella, aunque solo fuera fingido.

El doctor Quarani se encogió de hombros, avergonzado.

—Era preciosa, debo admitirlo. Como... una lucecita encerrada en una botella, como algo breve y maravilloso que no puedes contener entre las manos. Pero no puedo relacionarme de esa manera con los pacientes, Annie. Es una norma y existe por algo. Y no puedo... No tengo espacio dentro de mí para algo así. Es imposible, al menos de momento. Aunque quizá ya va siendo hora de que me reincorpore a la vida de nuevo, aunque solo sea un poco.

—¿De verdad?

—No estoy seguro. —Annie vio que sus ojos se posaban en la fotografía de su hermana y sus sobrinos—. No sé si puedo, Annie. Hay tanto de lo que preocuparse, tanto por lo que luchar... Cuando llegué no conseguía integrarme, con toda esa gente que vive aquí rodeada de comodidades, sin tener que preocuparse por su seguridad, y aun así se queja y lo critica todo, y siempre quiere más, más, más. Me cabreaba que no fueran conscientes de la suerte que tienen, mientras mi familia vive todos los días entre bombas que caen del cielo.

Annie asintió y no pudo evitar sentirse culpable. Ella también había sido como esa gente.

—Pero ahora... ahora tengo amigos. —Lo dijo tímidamente, con un hilo de voz—. Quizá ya es hora de empezar a construir mi vida aquí. De no correr tanto.

Y eso, Annie lo sabía, suponía más de la mitad de la batalla.

—Espero que sí. Venga, mamá, nos vamos.

Su madre abrió los ojos de repente y la miró fijamente.

—¿Eres la enfermera, guapa?

—Soy yo, mamá. Annie.

—¿Quién?

—Mamá, soy yo. ¡Hace dos segundos sabías quién era! —Era demasiado. La frustración. Nada bueno duraba más de un minuto—. Es que ni siquiera lo intentas, mamá. ¿Por qué no te esfuerzas? Inténtalo. ¡Por favor!

A su madre le temblaba el labio inferior.

—No hace falta gritar. ¿Quién eres? ¿Qué es este sitio?

Annie notó una mano en el hombro. Era el doctor Quarani pidiéndole que se controlara. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Hace un minuto me conocía. Me conocía y ahora...

—Siempre será así, Annie. Como el sol. Asoma entre las nubes y, cuando te das cuenta, ya no está. Al menos has podido compartir un momento con ella.

Annie asintió mientras se enjugaba las lágrimas con la mano.

—Gracias, doctor Quarani. Gracias por ayudarnos. Espero volver a verte pronto.

Él levantó una mano a modo de despedida.

—Cuídate, Annie.

Mientras se dirigía con su madre hacia la parada de los taxis, buscó a Jonny bajo la marquesina del autobús, pero no estaba. El cuadrado de suelo que ocupaba volvía a ser del mismo color que el resto, como si Jonny nunca hubiera estado allí. No era justo, pensó Annie, lo rápido que se movía el mundo, lo rápido que se olvidaba de uno. Hasta alguien como Polly no tardaría en caer en el olvido y no quedaría ni rastro de su existencia.

Día noventa y cinco: Ve a una fiesta



Annie se quedó plantada en la acera con el enorme regalo escurriéndosele entre las manos. Se imaginó a Polly animándola a moverse, diciéndole: «Tú entra. ¿Qué tienes que perder?».

Por suerte, la puerta se abrió mientras ella seguía allí. Miriam llevaba un gorrito de fiesta e iba disfrazada de Elsa de *Frozen*.

—Te he visto por la ventana. ¿Vas a entrar o qué?

—Mmm... Me lo estaba pensando.

—Hay pastel. Y disfraces. Y alitas de hada.

—Me quedo con lo del pastel.

Avanzó lentamente hacia la puerta. De pronto la asaltaron los recuerdos de ese mismo día pero dos años antes. Se vio a sí misma corriendo hacia el coche, gritando a Mike, marchándose de allí sin él. Miriam le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Eh, tranquila. Hoy será distinto, ¿vale?

—Mami, mami, ¿puedo soplar las velas?

Detrás de Miriam apareció una niña vestida de mini Elsa, con una chapa enorme con el número tres enganchada en la ropa. Annie sintió que se le encogía el corazón: era tan bonita... Tenía los ojos grandes y oscuros, y llevaba una cinta roja trenzada en el pelo. Una niña a la que nunca habría conocido, a la que nunca habría vuelto a ver, si no hubiera sido por la intervención de Polly. Se agachó con el enorme regalo entre las manos.

—Hola, Jasmine. Soy Annie. Feliz cumpleaños, cielo.

Día noventa y seis: Apúntate a un club



—Hola —dijo Annie—. ¿Sois, mmm..., los de la jardinería de guerrilla?

Qué pregunta tan tonta. ¿Qué hacían allí, sino, todas esas personas reunidas alrededor de un trozo de tierra abandonado detrás de una parada de autobús, armadas con palas y arrancando malas hierbas?

—Los mismos —dijo una mujer con un bebé amarrado al cuerpo con un hatillo—. ¿Has venido a echar una mano? Yo soy Kate y este es Finn.

Annie observó la carita que la contemplaba, refugiado en el pecho de su madre, y se dio cuenta de que ya no le dolía tanto como antes mirar a un bebé y sonreírle sin ver a Jacob, su cuerpecito aquella terrible mañana, la piel completamente fría. Esa imagen jamás la abandonaría y ella tampoco lo quería. Pero al menos ya era capaz de funcionar con normalidad.

—Me llamo Annie. ¿Qué hago?

—Puedes ayudar a Geoff si quieres. Es ese de ahí, el que está arrancando malas hierbas.

Geoff era un anciano con una camiseta de los Rolling Stones y una barba blanca.

Se quitó un guante para darle la mano.

—Bienvenida, Annie. Sabes usar una pala, ¿verdad?

—Creo que sí.

Puso la esterilla en el suelo, se arrodilló y notó que la tierra se hundía bajo su peso.

Aquel trozo de tierra no tenía muy buen aspecto —cubierto de zarzas y ortigas,

lleno de botellas rotas y cosas mucho peores, seguro—, pero con un poco de trabajo lo harían florecer otra vez.

Día noventa y siete: Da un paso al frente



—¡Hola, Annie!

Annie se dio la vuelta y le extrañó ver a un hombre que se dirigía hacia ella por la calle principal. Iba perfectamente afeitado, con el pelo corto y oscuro. Si no fuera por el abrigo azul, ni siquiera lo habría reconocido. No sabía que era tan alto.

—¿Jonny? ¿Eres tú?

—El mismo. —Se echó a reír—. Me he lavado un poco y me he afeitado, eso es todo.

—¡Vaya! ¿Has conseguido entrar en un albergue?

—De momento —respondió, e hizo una mueca—. No es fácil, como puedes suponer. Al menos he podido ducharme.

—Qué bien, Jonny. Me preguntaba adónde habrías ido.

—¿Cómo está la vieja parada del autobús? —dijo él casi con nostalgia.

—Hace días que no paso por allí. A mi madre le han dado el alta.

—¿Y tu amiga?

Annie se encogió de hombros a modo de respuesta y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ah, mierda. Lo siento.

—No pasa nada. Era lo que tenía que pasar.

—Parecía muy maja. Buena persona.

—Era un poco mandona y egocéntrica, y un poco loca a veces, pero sí, era muy

buen persona. Mucho.

Los dos se quedaron callados, sin saber qué decir.

—En fin..., debo irme. Tenemos toque de queda. Pero gracias otra vez, ¿vale?

—Yo no hice nada.

—Hablaste conmigo. Me trataste como a una persona. Es más importante de lo que crees.

Jonny se alejó calle abajo con paso alegre mientras Annie lo seguía con la mirada.

Día noventa y ocho: Decora tu casa



Annie se arrepentía de haber comprado tantos botes de pintura. Estaba pasándolas moradas para llegar a casa desde la tienda. Pero todos aquellos colores, los verdes pálidos, los azules claros, los amarillos, los rojos y los lilas, eran tan emocionantes... El casero le había dicho que podía pintar la cocina siempre que se lo pagara ella, así que se había dedicado a acumular muestras de pintura como una loca. Era la primera vez que tomaba una decisión de ese tipo por sí misma, sin llamar a su madre, a Jane o a Mike. Ahora estaba ella sola. Y no pasaba nada.

Se detuvo un momento para descansar, resoplando y notando que el sudor le resbalaba por la espalda. Iba a ser un verano precioso, pensó. Siempre le había gustado esa época del año. Los días eran más largos y todo se llenaba de flores de esperanza. Y Polly no estaba allí para verlo. Polly había vivido su último verano, su último invierno. Pero a Annie le quedaban muchos por delante y tenía que empezar a sacarles partido.

Se agachó para coger la bolsa con los botes de pintura y reparó en una figura que le resultaba familiar saliendo de la iglesia que había al otro lado de la calle. Había un cartel sujeto a los barrotes en el que podía leerse: «Slimming World». La mujer, que llevaba un caftán con un estampado de perros, se detuvo junto a la puerta, miró a su alrededor, sacó una barrita de chocolate del bolso y se la metió en la boca, manchándose toda la cara.

Annie tuvo el impulso de seguir andando —después de todo, era Sharon—, pero

algo le hizo saludarla.

Sharon entornó los ojos y, acto seguido, levantó también la mano en la que tenía lo que quedaba de la barrita de chocolate. Annie no se acercó a hablar con ella. «Las cosas, mejor de una en una», pensó.

Día noventa y nueve: Envía una carta



«Señora Annie Hebden, Clarke de soltera», leyó. La carta parecía oficial, impresa en un papel grueso de color crema. Annie la recogió del felpudo y reconoció el logo del abogado de Polly. Abrió el sobre con el corazón desbocado. Dentro había otra carta, esta con un sobre lila lleno de estrellas y corazones, como si de repente Annie hubiera empezado a cartearse con una niña de diez años.

Sabía que sería algo importante, así que se sentó a la mesa para abrirla. Al fin y al cabo, era de Polly. Cualquier cosa que no fuera impactante no era su estilo.

Mi queridísima Annie Hebden, mi señorita Aguafiestas:

No te preocupes, no te escribo desde el más allá. He pedido que te envíen esta carta pasadas unas semanas desde mi muerte porque sé que necesitas que te recuerde unas cuantas cosas. Y porque sé lo cabezotas que podéis llegar a ser el doctor Max y tú.

La gente dice que solo hay que arrepentirse de lo que no se ha hecho en la vida, lo cual es una gilipollez, obviamente. Imagínate que por tu culpa estalla la Tercera Guerra Mundial, o que te compras un montón de Bluray o algo por el estilo. Algo de lo que me arrepiento es de no haberte presionado más para que le tiraras los tejos al doctor Max. Estaba un pelín celosa de que tú te enamoras y tuvieras toda la vida por delante y yo no. ¿Me perdonas? Tú debes de estar muy triste y él estará muy cabreado, pero tengo la sensación de que podéis amansaros el uno al otro. Si os conozco como creo que os conozco, podría jurar que ahora mismo ni os habláis, así que este es mi mensaje: ¡VE TRAS ÉL! Sé feliz, Annie. Te lo mereces. Ya has tenido más que suficiente de l otro.

Si me equivoco y ya estáis juntos, genial, tú ganas. Dile hola de mi parte. Y ¡NI SE TE OCURRA planchar las camisas!

No sé si creo en el cielo o si conseguiré colarme allí dentro, pero si resulta que existe y me abren las puertas puedes estar segura de que encontraré a Jacob y a tu padre, y les daré un abrazo enorme de tu parte. Ellos no

sabrán quién es la extraña mujer de la cabeza pelona, pero bueno.

Con todo mi amor y toda mi vida,

POLLY xxxxxx

Annie limpió las lágrimas que habían caído sobre la carta, arrastrando la tinta lila por el papel. Maldita Polly. Maldita, horrible, maravillosa e irremplazable Polly. ¿Qué haría a partir de ahora si no podía discutir con ella? Casi podía oír su voz, animándola, insistiéndole:

—Pero se largó, Polly. Me dijo que no.

—Estaba enfadado. Se culpaba a sí mismo.

—¿Y si me dice que no otra vez?

—Annieee, ¿qué tienes que perder?

—¡Es que no sé dónde está!

—¿Dónde quieres que esté?

Dejó la carta sobre la mesa, cogió el móvil y buscó los horarios de los trenes a Escocia.

Día cien: Di la verdad



El metro volvía a estar a reventar. Annie acabó incrustada prácticamente en la axila de un tipo sudoroso vestido como un hombre de negocios que escuchaba música a través de unos auriculares. Intentó imaginar qué le diría Polly: «No te enfades. Respira hondo». Una mujer con un carrito de bebé se abrió paso entre la gente y le dio un golpe tan fuerte en el tobillo que no pudo reprimir un grito de dolor.

—Perdón —dijo la mujer, visiblemente agobiada—. Es que hay tanta gente...

El pequeño parecía asustado con tanto desconocido a su alrededor. Tenía la cara manchada de comida orgánica para bebés, o eso le pareció. Annie le tocó el brazo al hombre trajeado.

—¿Qué? —dijo él, molesto, mientras se quitaba un auricular.

Annie se dio cuenta entonces de que ella también había sido esa persona: llena de ira, ahogándose en su propia tristeza; contagiando a todo el mundo el dolor tóxico que la corroía por dentro.

—¿Cree que podría moverse un poco? ¿Para que pueda entrar esa señora? Esto está abarrotado... Gracias.

Él se movió enseguida, a todas luces avergonzado.

—Lo siento, no la había visto.

—Siéntese aquí —dijo otro hombre, que hacía un momento jugaba con el móvil y las ignoraba deliberadamente.

—Si lo prefiere puede sentarse aquí.

De pronto en todo el vagón había personas que se levantaban, obligadas a ceder sus asientos si no querían quedar fatal.

—Gracias —le dijo la mujer del carrito a Annie, al borde del llanto, mientras se sentaba y le quitaba el cinturón al bebé—. ¿Quiere sentarse usted también?

—No, no. —Annie se quedó donde estaba—. Estoy bien, gracias. Estoy bien.

Ya que iba a cometer una locura, Annie había decidido tirar la casa por la ventana y se había comprado un billete en primera clase. Se instaló en su cómodo asiento y el tren partió rumbo a Escocia, dejando atrás casas y pueblos, ciudades y campos, millones de vidas que Annie jamás conocería, millones de corazones que latían y se rompían sin que ella lo supiera. Las azafatas le trajeron té y café, y saboreó una comodidad y un silencio, una sensación de ir hacia delante que serenó su mente. Aquello era buena idea. Aunque no consiguiera sacar nada en positivo, siempre era mejor avanzar que permanecer inmóvil.

Cuando por fin llegó ya era tarde, estaba oscuro y hacía un frío muy intenso. Caminó campo a través sobre el suelo helado, cubierto de una fina capa de hielo que crujía bajo sus botas. Esa vez había ido preparada para no congelarse. Sabía que el mes de junio en Escocia no equivalía necesariamente a verano. Sin polución, el cielo estaba repleto de estrellas, un millón de diminutos puntos de luz.

Le costó verlo, sentado a solas en la ladera de una colina.

Se aclaró la garganta. ¿Qué podía decirle después de todo lo que había pasado? Ahora que Polly estaba muerta. Por suerte, justo en ese momento Annie metió el pie en una madriguera de conejo y aterrizó de bruces a sus pies. Él dio un salto del susto.

—¡Dios! ¡Annie!

—Eh... Hola.

—¿Te has hecho daño?

Su acento sonaba aún más marcado que de costumbre.

—Estoy bien. Bueno, mi cuerpo está bien.

—¿Por qué has...? ¿Qué haces aquí?

—Tu madre me ha dicho que te encontraría sentado en este prado, a oscuras.

—Tengo una manta. Ven a mi lado, que vas a coger un resfriado. La hierba está húmeda.

—¿Ah, sí?

Se deslizó sobre la suave manta de cuadros, junto a él.

—No. Pero no es bueno tener el trasero empapado. —Estaba mirando hacia el otro lado, con la cara en penumbra. Annie vio que había vuelto a dejarse la barba, que ya tenía el largo de un hipster o de un hombre de las montañas—. ¿Qué haces aquí, en un sentido más general?

—Pues... he venido a buscarte, ya que saliste huyendo de mí.

—Yo no hice tal cosa. Tenía que irme. Sin más.

Annie respiró hondo; le castañeteaban los dientes. Había ensayado ese momento mil veces en el tren.

—Una vez creí que ibas a besarme —empezó, tirándose de cabeza a la piscina.

—Sí, así fue. Y tú te apartaste.

—¿No es verdad! Es que... me asusté. Hacía años que no tenía nada con nadie, y encima la última vez había sido un desastre. Me pisotearon el corazón como si fuera una fresa madura. No podía... arriesgarme a que volviera a ocurrirme lo mismo. Supongo que no te conocía bien.

—Entonces el hecho de que me haya pasado toda la vida intentando salvar a bebés, a abuelos y hasta a tu amiga... no cuenta para nada, ¿eh?

Annie suspiró.

—¿Podemos echar la culpa de todo a Polly, aprovechando que no puede defenderse? Me convenció de que no teníamos tiempo para enamorarnos.

—Era tan increíblemente egoísta... —dijo él—. Es curioso, porque antes ni siquiera la conocías. ¿Por qué te preocupabas tanto por ella? ¿Por qué la cuidabas y hacías caso a todas sus tonterías? Yo tenía que estar allí todos los días, pero tú... tú lo hiciste por amor. Y te admiro por ello, Annie.

«Era... La cuidabas», había dicho Max. Aún le resultaba extraño hablar de ella en pasado. Polly había hecho todo lo que la vida le tenía reservado. Los recuerdos

pronto cristalizarían como el ámbar y ella nunca volvería a estar presente para defenderse.

—Porque —dijo Annie— ¡mira cuánto hizo por mí! Yo era muy desgraciada cuando la conocí. Estaba llena de ira y era muy infeliz. Básicamente, había dejado de vivir. Pero Polly vivió más durante los últimos meses que yo en toda mi existencia. Y a mí eso me avergonzaba. Tener tanta vida y desperdiciarla de semejante manera. Así era ella.

Era...

—Y yo no pude salvarla. Fue como la gota que colmó el vaso. Una mujer tan increíble, tan vital, y yo no pude hacer nada para salvarla. Cáncer uno, yo cero.

—Hiciste cuanto estaba en tus manos. Polly lo sabía.

—No lo conseguí. Y ella murió.

Annie suspiró.

—Debes de estar acostumbrado a que se te mueran los pacientes. No quiero decir que seas un mal médico, obviamente, pero un tumor cerebral es un enemigo muy poderoso. Peor que Voldemort.

—No pronuncies su nombre —murmuró Max.

—Polly no habría deseado que dejaras tu profesión, ¡por el amor de Dios! ¿Es que no hay más gente que te necesite? ¿Niños adorables? ¿Ancianas con familias numerosas?

—Annie... ¿Has venido hasta aquí para hacerme sentir mal?

—¿Y quién ha dicho que he venido por ti? Te recuerdo que tengo familia aquí.

Notó que se volvía hacia ella.

—¿Irás a verlas? ¿A Morag y a Sarah?

—Bueno, seguramente. Por lo que parece mi padre me dejó algo de dinero. Aunque no sé si tengo derecho a quedármelo.

Max resopló, indignado.

—Annie, por favor. No has recibido ni un penique de él en toda tu vida. No seas tu peor enemiga. Ve a verlas.

—Ya lo sé... Lo haré. Quizá. Dependende.

—¿De qué?

—Eh... ¿De cómo vaya el resto de esta conversación?

—Ya. ¿Y cómo esperas que vaya?

Annie reconoció para sí que no lo sabía.

—Esperaba que dejaras de estar enfadado conmigo. Y que volvieras, quizá. No lo sé. Si tú quieres. —Respiró hondo hasta llenar los pulmones. «Maldita seas, Polly. Y malditas sean las promesas en el lecho de muerte», pensó—. Solo quería verte porque te echo muchísimo de menos.

Se quedaron callados un buen rato, con la mirada perdida en la oscuridad. Hasta que Annie empezó a temblar.

—¿Tienes frío?

Le pasó un brazo alrededor de los hombros, sin esperar la respuesta. Era tan corpulento y desprendía un calorcito tan agradable, con su vieja chaqueta Barbour que olía a leña, que Annie no pudo evitar apoyarse contra su pecho.

—Ay, Annie Clarke... —Max suspiró—. ¿Y qué vamos a hacer ahora que no está Polly? Es decir, ¿qué toca? ¿Cien días de tristeza? ¿Cien días de sentirse como una mierda? ¿Cien días de volver a la normalidad, dormir en la sala de descanso del hospital y acabar con la mano atrapada en la máquina expendedora?

Annie siguió apoyada sobre su pecho, oyendo el latido de su corazón a través de las diecisiete capas de ropa que llevaba puestas.

—¿Qué te parece cien días haciendo todo lo posible para seguir viviendo, aunque sea una vida triste y ordinaria y queramos llorar a todas horas? Creo que en eso consiste vivir, en dejar que todo fluya, los días felices, los tristes, los cabreados. Estar despierto y sentirlo todo.

—Empiezas a hablar como uno de sus libros de autoayuda.

—Bueno, es culpa tuya. Desde que no estás, no tengo a nadie que me diga que mis ideas hacen más mal que bien. Costas no me sirve, es todo sonrisas y arcoíris. Y George cada vez se parece más a él. Qué pena ver a un hombre tan joven, en la plenitud de su mala leche, descarriarse de esa manera.

—Parece que la cosa está peor de lo que pensaba —dijo Max—. Como os descuidéis, acabaréis haciéndoos una limpieza de chakras.

—Quizá deberías volver —se arriesgó a sugerir Annie. Pero Max no dijo nada—. Por favor, vuelve —insistió ella casi susurrando—. Te necesitamos. Te... te necesito.

Max estaba acariciándole el cuello lentamente. Annie apenas podía respirar. ¿Cómo había acabado allí arriba, congelándose en la ladera de una montaña, con un neurólogo cascarrabias a su lado y toda su vida pendiendo de su respuesta?

—Has dicho que intenté besarte —dijo él—. ¿Era... una sugerencia para que volviera a intentarlo?

Annie no dijo nada. Estiró el brazo, le cogió la mano con la que la acariciaba y se la apretó. Casi no se notaba los dedos.

—Max...

—Es la primera vez que me llamas así. Ven aquí, muchacha. Estás helada.

«Muchacha.» Podría derretirse allí mismo si no hiciera tanto frío.

—¿Y si vamos adentro?

—Un segundo. ¿No creerás que estoy aquí sentado porque sí? ¿Acaso piensas que he perdido la cabeza?

—Eh...

—Annie, debes empezar a tener una mejor opinión de mí. No soy tu exmarido, el que se lio con tu mejor amiga. Yo soy yo. Y mira...

Señaló hacia el cielo, que se había teñido de un color extraño, como si alguien estuviera iluminándolo con unas luces verdes, como la luminiscencia de una ciudad, solo que no había ninguna ciudad por allí cerca.

—¿Eso es...?

—Sí. Te lo dije, aquí es bastante habitual.

—Y Polly se lo perdió. Qué rabia.

Annie notó que Max sonreía y volvió a acurrucarse contra su pecho. Juntos contemplaron la aurora boreal titilando en el cielo, brillando con todos los colores del arcoíris. Lilas y rosas y verdes y azules, resplandeciendo con una belleza como Annie nunca había visto. Algo único. Irrepetible. Como Polly.

—Seguro que en alguno de tus libros de autoayuda pone que ahora ella es así. Como una luz lejana y brillante.

Annie chasqueó la lengua.

—Reclamo mi derecho a veto, Max.

—Me parece bien. Pero... es precioso, ¿verdad?

—Es precioso.

—Siempre nos quedará esto, aunque todo sea deprimente y una mierda y la gente se muera por todas partes. Ahora mismo estamos aquí, con el trasero congelado, cierto, pero estamos aquí, contemplando este espectáculo, vivos. ¿A ti te basta?

Annie sintió sus brazos alrededor del cuerpo, sujetándola con fuerza, los dos solos bajo la bóveda celeste, con las estrellas enviándoles su luz desde muy lejos, cuando quizá ya estaban muertas, apagadas, desaparecidas para siempre. Y aun así, seguían brillando. Polly también brillaría, al menos mientras la recordaran. Annie estaba allí. No había nadie como ella en todo el planeta, nadie en el pasado ni tampoco en el futuro. No había ni una sola persona con sus mismas huellas dactilares, con los recuerdos que se almacenaban en el laberinto de carne y nervios que era su cerebro, nadie con la misma sangre corriendo por sus venas. Ella era única y estaba viva, a pesar de todo. Y Max también.

—Sí —dijo finalmente—. Me basta.

Hola:

Muchas gracias por haber leído *Cómo ser feliz*. Empecé a escribir este libro porque sentía curiosidad por el Reto de los Cien Días Felices que inundaba mi página de Facebook. Normalmente, cuando me encuentro u *#blessed* en mis redes sociales, suelo poner los ojos en blanco y fingir alguna que otra arcada. No soy una persona optimista por naturaleza; crecí en Irlanda del Norte, y allí valoramos un poco de sufrimiento de vez en cuando. Pero había algo en la idea de los Cien Días que me hizo reflexionar. ¿Realmente es posible aprender a ser feliz fijándose cada día en las cosas buenas que tiene la vida? ¿Es posible salir del pozo sin ayuda y empezar de cero?

Ha habido momentos en mi vida en los que, al igual que la Annie del libro, he sentido que había tocado fondo. Cuando tenía veinticuatro años me diagnosticaron un cáncer, como a Polly. Por suerte, me lo detectaron a tiempo y me recuperé del todo, aunque me costó retomar mi vida. Más tarde acabé arruinada y en la calle después de que mi matrimonio se rompiera. ¡Hasta me atropelló un coche! (Afortunadamente, salí bien parada.) En ambos casos me di cuenta de que realizar cosas que me hacían feliz me ayudaba a sentirme mejor. Ir a clases de baile, pasar el día en la playa y hasta elaborar un pastel. Así que sí, creo que es posible recuperar la felicidad y la esperanza, incluso en los peores días. Siempre hay cosas buenas en el mundo.

Si estás pasando por una etapa dura de tu vida, confío en que tú también serás capaz de encontrar la felicidad y la esperanza. Gracias por leerme. Me encantaría saber qué te ha parecido el libro o si has pasado por experiencias parecidas. Puedes encontrarme en Twitter (@inkstainsclaire), en Instagram (@evawoodsauthor) y en mi página web (www.evawoodsauthor.com). Si esta novela te ha gustado, sería genial que escribieras una reseña en algún sitio o, también, que se la recomendaras a un amigo. ¡Gracias!

EVA XX

Agradecimientos

Son muchísimas las personas que participan en el proceso de creación de un libro desde que concibes la idea de manera fortuita en un tren hasta que se concreta en la maravilla que tienes ahora entre las manos. En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mi agente, Diana Beaumont, que siempre sabe guiarme cuando estoy un poco perdida con una novela y me anima a dar el ciento diez por ciento, sobre todo cuando me siento menos capaz. También a Sasha Rankin, quien, desde Nueva York, ha hecho un trabajo excepcional con los derechos para el extranjero, y es emocionante saber que esta novela se ha publicado en varios idiomas. Gracias asimismo a la gente de UTA y Marjacq por contribuir a que mi historia acabara de despegar.

Este es mi primer libro que se publica a ambos lados del Atlántico, y he de decir que ha sido una experiencia fantástica. Gracias a la gente de Sphere y Harlequin US/Graydon House, en especial a Maddie West y a Margo Lipschultz por sus correcciones siempre llenas de entusiasmo e ingenio. Y gracias también a todos los que han participado en la corrección, el diseño de la cubierta, el marketing y la promoción. Resulta abrumador ver el apoyo que este libro está recibiendo.

Tengo la suerte de contar con muchos amigos, escritores y no escritores, que me han ayudado a lo largo de todas las fases del proceso. A ellos y a mi familia les deseo cientos de días de felicidad. Por último, dedico esta novela a Scott, que me acompañó muchos días felices, casi siempre relacionados con algún que otro pastel. Siento haberte hecho ir a Escocia en febrero y haberte obligado a esquiar en plena ventisca.

Este libro, como todos, no sería nada sin sus lectores, así que mi agradecimiento más especial es para ti.

Una novela irresistible que insta a disfrutar de cada momento.

DOS MUJERES MUY DIFERENTES Y UN PROYECTO EN COMÚN: 100 DÍAS FELICES



Annie aborrece su vida. No le gusta su trabajo, ni compartir piso, ni tener que volver a la casilla de salida con treinta y cinco años. Se está recuperando de una terrible pérdida y no quiere hablar de ello.

Pero todo cambia cuando conoce a Polly. Esta joven alegre, vivaz, excéntrica y francamente entrometida acaba de recibir una noticia que la ha hecho consciente de lo valioso que es cada segundo de nuestra vida y está convencida de que debemos ser felices a toda costa. Para ello, le pide a Annie que la acompañe en una misión que durará cien días y en la que todos los días, cada una de ellas hará algo que la haga sentirse feliz.

Poco a poco, Annie empezará a abrirse de nuevo al amor y a la amistad, y descubrirá que quizás sí es posible volver a encontrar la alegría, ya sea en los grandes triunfos o en las pequeñas cosas.

«Sensible y encantadora.»

Kirkus Reviews

«Una novela deliciosamente adictiva, pese al inevitable final de Polly. Polly es un personaje maravilloso, tiene una actitud positiva contagiosa, memorable y magnética, y una buena dosis de humor negro. La alegría está ahí todo el tiempo, aunque sea empapada de lágrimas, porque esta novela es una lección de vida que no debe pasar desapercibida.»

Publishers Weekly

«Simplemente irresistible... Woods gustará sobre todo a las fans de Graeme Simsion, Gabrielle Zevin y Marian Keyes.»

Library Journal

«Una lectura simpática, inteligente, sabia y agrisulce sobre el amor, la vida y la amistad. Te hace pararte a pensar mucho después de que hayas terminado de leer la última página.»

TASMINA PERRY

«Un libro conmovedor y a ratos divertido que seguramente te hará ver la vida y todo lo que te rodea de forma diferente... Una lectura maravillosa.»

ALICE PETERSON

«Un libro repleto de hermosas lecciones de amor, pérdida, amistad y redención... Una lectura perfecta para sentirse bien. Una novela cálida, divertida y reflexiva que es todo corazón y emoción.»

LORI NELSON SPIELMAN, autora de *The Life List*

Los lectores han dicho:

«Esta historia me absorbió desde la primera página, me hizo sentir muy cerca de los personajes y mantuvo mi corazón en vilo hasta el final. Gasté un paquete entero de pañuelos mientras la leía, pero también me hizo reír a carcajadas y me dejó muy claro que la vida es lo que tú haces con ella.»

«Todo lo que podía pedir de una historia en la que se insta a vivir el momento y a ser consciente de la importancia de la amistad.»

«Una gran lectura catártica que equilibra perfectamente el entretenimiento y la

importancia de vivir la vida al máximo.»

«El elenco de personajes es maravilloso y muy diverso, y la trama, una historia inteligente de curación y de amistad. Eva Woods mezcla con habilidad el dolor y la alegría en esta inspiradora novela que permanecerá en el corazón y la mente de sus lectores mucho después de acabarla.»

Eva Woods nació en Irlanda y ahora vive en Londres, donde da clases de narrativa.



[@inkstainclaire](https://twitter.com/inkstainclaire)



[@evawoodsauthor](https://www.instagram.com/evawoodsauthor)



[EvaWoodsauthor](https://www.facebook.com/EvaWoodsauthor)

www.evawoodsauthor.com

Título original: *How to be Happy*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2017, Claire McGowan

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Sheila Espinosa Arribas, por la traducción

Adaptación del diseño de la portada original de Little Brown: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Cent Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02113-8

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

Cómo ser feliz

No siempre eres consciente del momento exacto en el que tu vida se va al traste...

Día uno: Haz un nuevo amigo

Día dos: Sonríe a los desconocidos

Día tres: Busca tiempo para desayunar

Día cuatro: Aprovecha al máximo la hora de la comida

Día cinco: Actívate

Día seis: Celebra tu cuerpo

Día siete: Pasa tiempo con la familia

Día ocho: Ve caminando al trabajo

Día nueve: Anota tus pensamientos

Día diez: Prepara el té para tus compañeros de trabajo

Día once: Regala flores

Día doce: Limpia la casa

Día trece: Mira las cosas con perspectiva

Día catorce: No hagas nada

Día quince: Termina algo que tengas a medias

Día dieciséis: Empápate de cultura

Día diecisiete: Escucha música

Día dieciocho: Busca tiempo para charlar

Día diecinueve: Hazte con una mascota

Día veinte: Practica un deporte de riesgo

Día veintiuno: Cambia de imagen

Día veintidós: Coquetea con alguien

Día veintitrés: Queda con un viejo amigo

Día veinticuatro: Pasa tiempo con niños

Día veinticinco: Comparte algo

Día veintiséis: Recupera una antigua afición

Día veintisiete: Cambia las sábanas

Día veintiocho: Perdona a alguien

Día veintinueve: Haz limpieza en Facebook

Día treinta: Escucha

Día treinta y uno: Baila como si nadie te mirara

Día treinta y dos: Hazte voluntaria

Día treinta y tres: Organízate

Día treinta y cuatro: Saca tu lado artístico

Día treinta y cinco: Ayuda a alguien

Día treinta y seis: Arréglate el pelo

Día treinta y siete: Devuelve algo

Día treinta y ocho: Visita a un convaleciente

Día treinta y nueve: Esperanza

Día cuarenta: Sé sincera

Día cuarenta y uno: Sal a la calle

Día cuarenta y dos: Haz algo espiritual

Día cuarenta y tres: Sube a una montaña rusa

Día cuarenta y cuatro: Ratifícate en tus objetivos

Día cuarenta y cinco: Haz el tonto

Día cuarenta y seis: Recauda dinero para una obra benéfica

Día cuarenta y siete: Conoce gente nueva

Día cuarenta y ocho: Considera tu propia mortalidad

Día cuarenta y nueve: Anima a alguien

Día cincuenta: Deja el trabajo

Día cincuenta y uno: Planea unas vacaciones

Día cincuenta y dos: Cómprate ropa nueva

Día cincuenta y tres: Haz un regalo

Día cincuenta y cuatro: Haz un viaje en coche

Día cincuenta y cinco: Supera un miedo

Día cincuenta y seis: Contempla las maravillas de la naturaleza

Día cincuenta y siete: Come algo diferente

Día cincuenta y ocho: Conecta con tus raíces

Día cincuenta y nueve: Viaja

Día sesenta: Tómate un descanso

Día sesenta y uno: Adquiere un hábito nuevo y saludable

Día sesenta y dos: Compra en las tiendas de tu barrio

Día sesenta y tres: Aprende una nueva habilidad

Día sesenta y cuatro: Cómete el mundo

Día sesenta y cinco: Ve a la biblioteca

Día sesenta y seis: Pide perdón

Día sesenta y siete: Conoce a un recién nacido

Día sesenta y ocho: Une a la gente

Día sesenta y nueve: Suelta amarras

Días del setenta al ochenta: No te aferres

Día ochenta y uno: Haz las paces con el mundo

Día ochenta y dos: Escribe tu propio panegírico

Día ochenta y tres: Ten una primera cita

Día ochenta y cuatro: Despídete

Día ochenta y cinco: Métete en la cama y llora

Día ochenta y seis: Saca la caja de pastillas del armario del aseo, míralas pero vuelve a guardarla donde estaba

Día ochenta y siete: Siéntate en el suelo de la sala de estar mirando la pantalla apagada del televisor

Día ochenta y ocho: Habla en público

Día ochenta y nueve: Lee viejas cartas

Día noventa: Visita una tumba

Día noventa y uno: Recuerda

Día noventa y dos: Tómate un café

Día noventa y tres: Haz una limpieza de armario

Día noventa y cuatro: Da las gracias

Día noventa y cinco: Ve a una fiesta

Día noventa y seis: Apúntate a un club

Día noventa y siete: Da un paso al frente

Día noventa y ocho: Decora tu casa

Día noventa y nueve: Envía una carta

Día cien: Di la verdad

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Eva Woods

Créditos